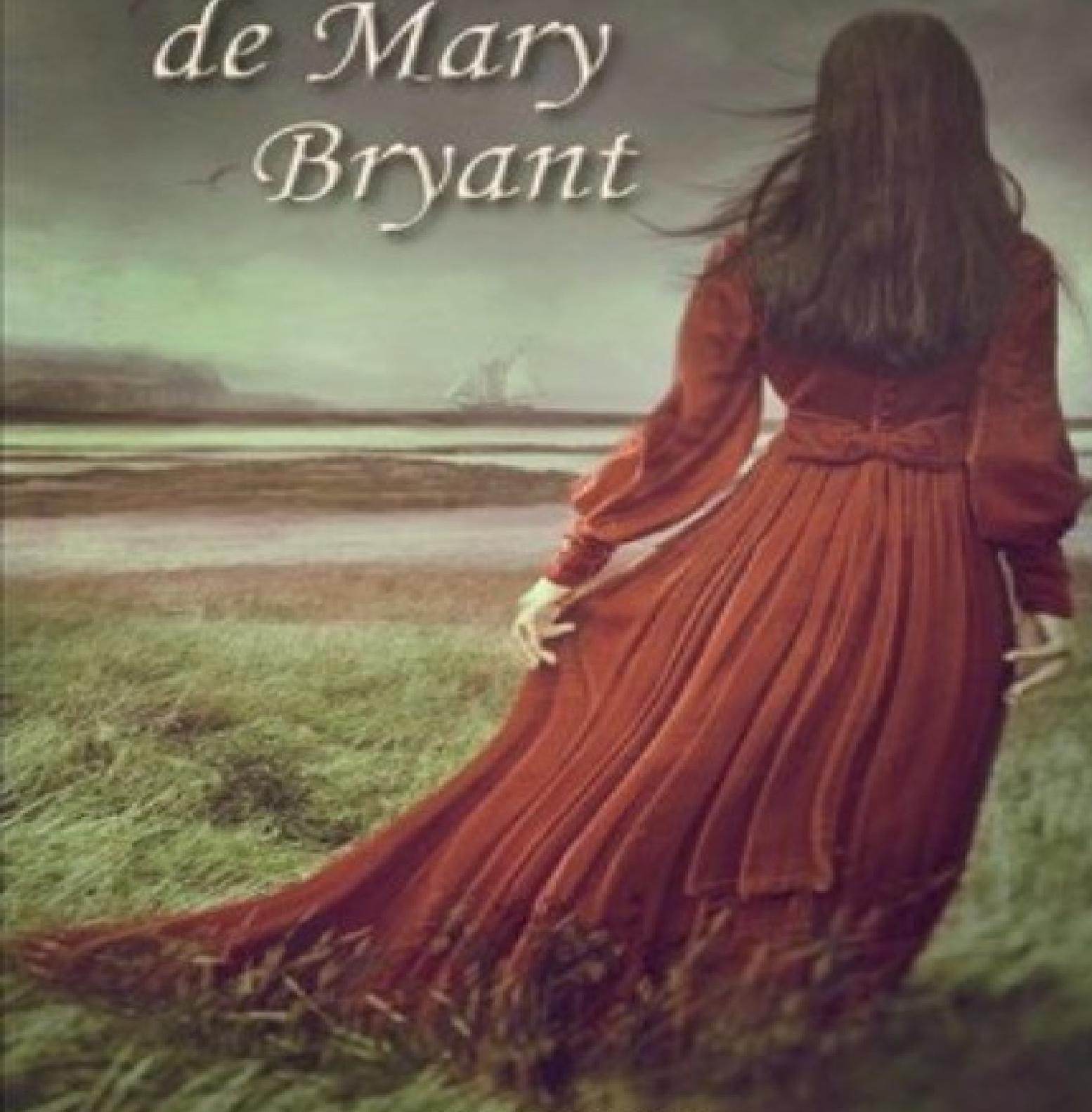


LESLEY PEARSE

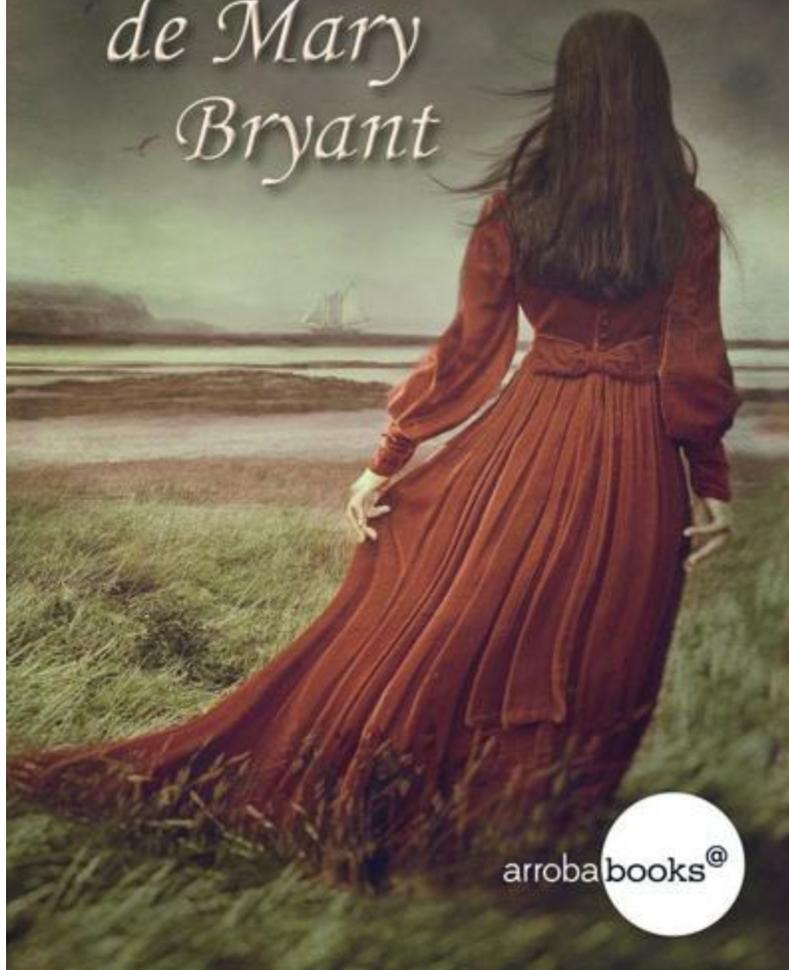
*El increíble viaje  
de Mary  
Bryant*



Círculo de Lectores

LESLEY PEARSE

*El increíble viaje  
de Mary  
Bryant*



arroba**books**®

LESLEY PEARSE

*El increíble viaje de Mary Bryant*

Traducido por  
Robert Falcó Miramontes



## Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Mapas](#)

[Capítulo uno. 1786](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco. 1788](#)

[Capítulo seis. 1789](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once. 1791](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Epílogo](#)

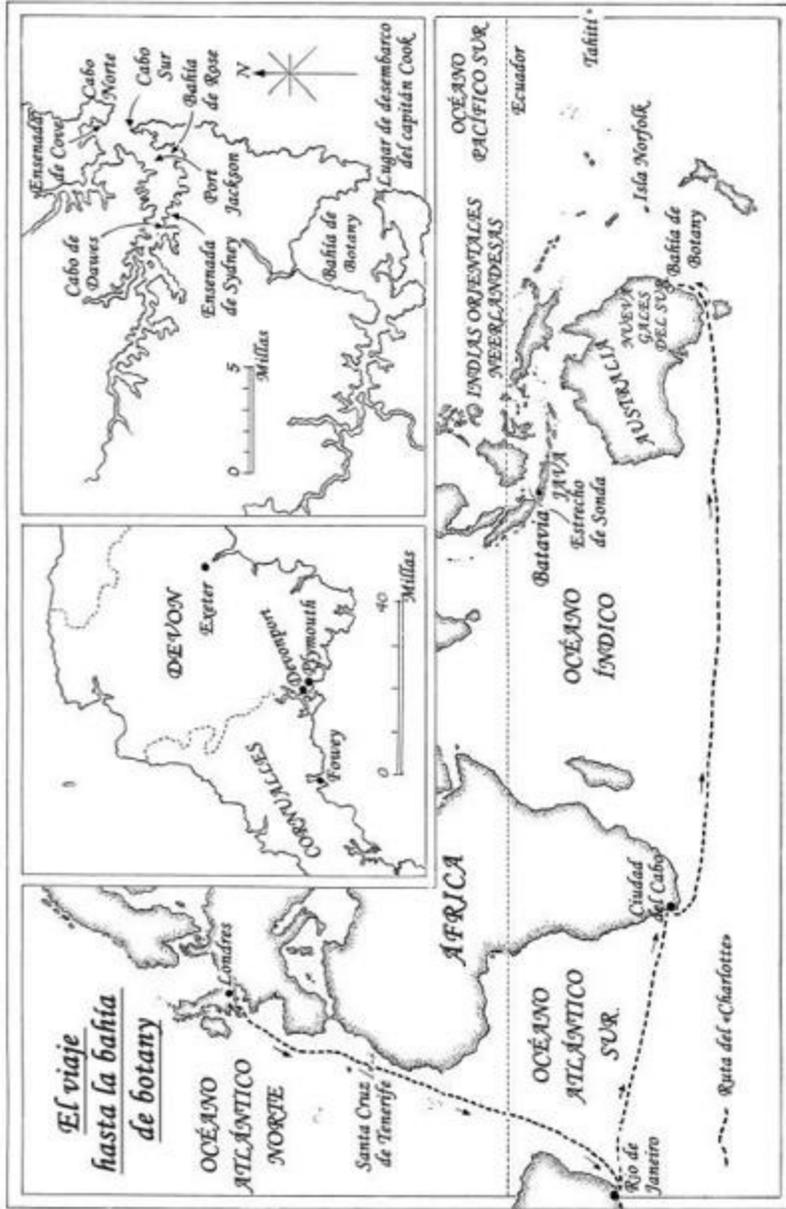
[Palabras finales](#)

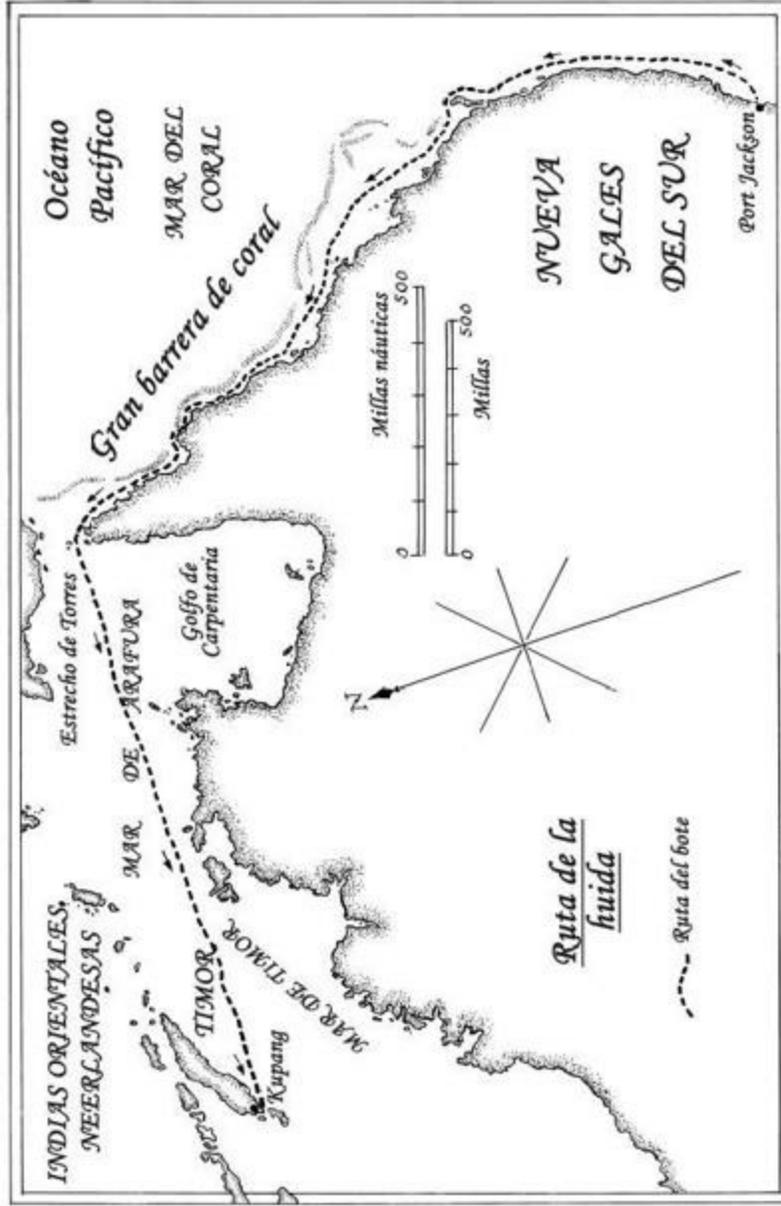
[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

*A John Roberts, mi Boswell particular.  
Las palabras no pueden expresar cabalmente la gratitud que siento.*





## Capítulo uno

1786

Mary se agarró a la barandilla del banquillo de los acusados cuando el juez regresó a la sala. A pesar de que las ventanas, pequeñas y sucias, apenas dejaban pasar la luz, el birrete negro que coronaba la peluca amarillenta era inconfundible, y el silencio expectante que se apoderó de la sala no dejó lugar a dudas.

–Mary Broad. Seréis devuelta al lugar del que vinisteis, donde seréis colgada del cuello hasta morir –pronunció sin tan siquiera molestarse en mirarla–. Que Dios se apiade de vuestra alma.

A Mary se le revolvió el estómago y le flaquearon las piernas. Sabía de sobra que la horca era el castigo habitual para los salteadores de caminos, pero una pequeña parte de ella se había aferrado a la idea de que, al tratarse de una mujer tan joven, el juez se mostraría compasivo. No debería de haberse llevado a engaño.

Corría el 20 de marzo de 1786 y Mary Broad estaba a punto de cumplir los veinte años. Era una chica corriente en todos los sentidos: ni muy alta ni muy baja, no extraordinariamente bella ni tampoco vulgar. Lo único que la distinguía de las demás personas presentes en el tribunal de Cuaresma era su aspecto de campesina. Aunque había pasado varias semanas encarcelada en el castillo de Exeter, su clara tez conservaba aún parte de su brillo. Llevaba el pelo oscuro y rizado sujeto con un lazo y, a pesar de las manchas de tierra, el vestido gris de estameña se encontraba en buen estado.

La sala, abarrotada, estalló en un murmullo a su alrededor. Algunos de los presentes eran amigos y familiares de los prisioneros que iban a ser juzgados ese mismo día, pero la mayoría eran simples espectadores.

Sin embargo, el murmullo no expresaba compasión ni indignación por la inclemente sentencia. Mary no tenía amigos en la sala. Un mar de rostros

adustos se volvió hacia ella, con miradas teñidas de un brillo malicioso; un movimiento leve que permitió a Mary percibir el olor de aquellos cuerpos sucios. Esperaban una reacción de la joven, ya fueran lágrimas, ira o una súplica de clemencia.

Mary sintió deseos de romper a llorar, de suplicar para salvar la vida, pero la misma vena desafiante que la había llevado a robar la impulsaba ahora a aferrarse a su dignidad, su último recurso.

Un guarda la agarró del hombro. Su tiempo se había agotado, y lo único que podía hacer era rezar.

Mary apenas fue consciente del trayecto en carro de vuelta al castillo de Exeter, la cárcel en la que, tras su detención, la habían encerrado después de su traslado desde Plymouth. Apenas reparó en el roce de los grilletes de hierro de los tobillos unidos a un pesado cinturón metálico, en los siete presos que la acompañaban en el carro, en los abucheos de la multitud agolpada en las calles. Un único pensamiento ocupaba su mente: que la próxima vez que viera el cielo sería el día en que la llevaran a la horca.

Alzó el rostro hacia el débil sol de la tarde. Por la mañana, después de pasar varios días en la oscuridad de una celda, el sol primaveral la había cegado. Durante el traslado hasta el tribunal había mirado a su alrededor con ilusión, había visto las hojas que crecían en los árboles, había oído el arrullo de las palomas que se ufanaban para aparearse, y había cometido la ingenuidad de tomarlo como un buen presagio.

Qué equivocada estaba. Jamás volvería a ver su amada Cornualles. Jamás volvería a ver a sus padres ni a su hermana Dolly. Tan sólo esperaba que nunca llegaran a saber lo que había hecho. Era mejor que creyeran que los había abandonado por una nueva vida en Plymouth, o incluso en Londres, que soportar la deshonra de descubrir que su hija había acabado en la horca.

Un sollozo hizo que Mary mirara a la mujer sentada a su izquierda. Le resultaba imposible adivinar su edad, pues tenía el rostro picado por la viruela y se cubría la cabeza con una capa marrón andrajosa para intentar ocultarlo.

—Llorar no servirá de nada —dijo Mary, dando por hecho que la mujer también había sido condenada a la horca—. Al menos sabemos cuál es nuestro destino.

—Yo no he robado nada —gimoteó la mujer—. Juro que no es verdad. Fue otra persona. Pero logró escapar, me abandonó y me culparon a mí en su lugar.

Desde su detención en enero, Mary había oído la misma historia un sinnúmero de veces en boca de otros prisioneros. Al principio les creía, pero cada vez le resultaba más difícil.

—¿Lo has contado hoy en el juicio? —preguntó.

La mujer asintió y siguió llorando.

—Pero me han dicho que tenían un testigo que afirmaba lo contrario.

Mary no tuvo ánimos para pedirle que le contara toda la historia. Quería que el aire limpio le hinchiera los pulmones, que las vistas y los sonidos de la bulliciosa ciudad de Exeter le llenaran la cabeza para conservar algún recuerdo al que aferrarse cuando regresara a su celda mugrienta y oscura. Escuchar las penas de aquella mujer no lograría sino deprimirla aún más. Sin embargo, su compasión innata le impedía ignorar a aquella desdichada.

—¿También van a ahorcarte? —preguntó.

La mujer se volvió con un gesto brusco y el rostro crispado por una mirada de sorpresa.

—No. Sólo me acusan de robar un pastel de cordero.

—Entonces has tenido más suerte que yo —dijo Mary, lanzando un suspiro.

Cuando llegaron al castillo la hacinaron en una celda junto con veinte prisioneros más, hombres y mujeres, y buscó un hueco junto a la pared. En silencio, se ajustó las cadenas de los grilletes para poder doblar las rodillas, se ciñó la capa y se recostó para hacer balance de la situación.

Era una celda distinta de aquella en la que había pasado la noche, y también mejor: el aire fresco entraba a través de una reja situada en lo alto de la pared, la paja que cubría el suelo parecía bastante más limpia y los bacines aún no rebosaban. Pero, a pesar de todo, apestaba. El hedor de la suciedad, los fluidos corporales, el vómito, el moho y el sufrimiento humano que inhalaba cada vez que inspiraba lo impregnaban todo.

Reinaba un silencio que no presagiaba nada bueno. Nadie levantaba la voz, maldecía ni insultaba a los carceleros como en la otra celda. Todos los prisioneros estaban sentados como ella, ensimismados en sus pensamientos o sumidos en la desesperación. Mary supuso que eso significaba que todos ellos habían sido condenados a muerte y estaban tan aturdidos como ella.

No veía a Catherine Fryer ni a Mary Haydon, las chicas con las que la

habían detenido, aunque esa misma mañana las habían conducido juntas al tribunal. No sabía si todavía estaban esperando a que las juzgaran o si les habían impuesto un castigo más leve que el suyo.

Fuera cual fuese el motivo, se alegraba de que no estuvieran allí. No quería recordar que, de no ser por ellas, jamás se le habría pasado por la cabeza la idea de robar a alguien.

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad a sus compañeros de celda. La única luz procedía de un farol que había en el pasillo, al otro lado de las rejas. A simple vista, aparte del hecho de que también había hombres, no parecía que fueran personas muy distintas de aquellas con las que había estado encarcelada en los últimos meses.

El abanico de edades era muy amplio, desde una chica de unos dieciséis años, que sollozaba con la cabeza apoyada en el hombro de una mujer mayor, hasta un hombre de quizás más de cincuenta. A juzgar por sus coloridos e incluso elegantes vestidos, tres de las mujeres debían de ser rameras; las demás no vestían más que harapos, mostraban un gesto serio y tenían la dentadura mellada y el pelo lacio. Algunos hombres de rostro demacrado estaban sentados con la mirada perdida y fija en el vacío.

Mary había coincidido con dos de las mujeres en la otra celda. Bridie, que llevaba un vestido rojo con un cuello de encaje desgastado, le había confesado que había robado a un marinero mientras dormía. Peg, una de las mujeres que vestían harapos, mucho mayor, se había negado en redondo a decir nada sobre su delito.

La experiencia permitió deducir a Mary que, por muy tranquilos que se mostraran todos en esos momentos, los caracteres más dominantes, como Bridie, intentarían hacerse con las riendas de la situación al cabo de unas pocas horas. Su actitud era en gran medida simple fanfarronería, pues se requería aparentar fuerza para sobrevivir en la cárcel. Buscar pelea, gritar y pedir comida o agua a los carceleros era una forma de enviar un mensaje a tus compañeros de celda y hacerles saber que no ibas a dejarte pisotear.

Mary se preguntó si tenía algún sentido que alguien intentara imponer su autoridad en esos momentos, y ni siquiera se sentía dispuesta a hacer el esfuerzo; lo único que quería era saber cuántos días de vida le quedaban.

Al ver a Mary, Bridie cogió las cadenas y se dirigió hacia ella, renqueando.

—¿Horca? —preguntó.

Mary asintió.

–¿Tú también?

Bridie se puso en cuclillas y su gesto desconsolado se lo confirmó.

–Ese juez malnacido –espetó–. No sabe cómo vivimos. ¿De qué servirá que me cuelguen? ¿Quién cuidará de mis padres ahora?

Poco después de llegar a Exeter, Bridie le había contado a Mary que había decidido dedicarse a la prostitución para mantener a sus padres ancianos. Pero había algo en la alegre ropa que llevaba, y en su carácter aún más alegre, que la llevaban a pensar que Bridie no se había visto obligada a enfrentarse a un gran dilema moral. Sin embargo, desde la primera noche que había pasado en prisión, Bridie había mostrado una actitud amable y protectora hacia ella, y Mary creía que, en el fondo, era una buena mujer.

–Estaba convencida de que tu rostro inocente te libraría de la horca –dijo Bridie, tendiendo una mano sucia para acariciarle suavemente la mejilla–. ¿Qué ha pasado?

–La mujer a la que robamos estaba en la sala –dijo Mary con tristeza–. Y me ha señalado.

Bridie lanzó un suspiro de compasión.

–Bueno, esperemos que no tarden en ejecutar la sentencia. No hay nada peor que esperar a que te lleven a la horca.

Más tarde, esa misma noche, Mary estaba tumbada sobre la paja mugrienta esparcida por el suelo entre sus compañeros de celda, quienes parecían dormir profundamente. Sin apenas darse cuenta, sus pensamientos regresaron a su hogar y su familia de Fowey, en Cornualles. Ahora sabía que podía considerarse más afortunada que la mayoría de las mujeres que había conocido en la cárcel.

Su padre, William Broad, era marinero, y aunque habían pasado épocas duras sin trabajo, en su casa nunca había faltado comida ni leña para el fuego. Mary recordaba que, de niña, cuando estaba acurrucada en la cama con su hermana Dolly, oía el embate del mar contra los muros del puerto y, sin embargo, se sentía a salvo. Por mucho tiempo que su padre pasara en alta mar, siempre les dejaba suficiente dinero para que se las arreglaran hasta su regreso.

Los recuerdos de Fowey, sus casitas y sus calles adoquinadas hicieron que se le formara un nudo en la garganta. Tanto en el bullicioso puerto como en el pueblo nunca había lugar para el aburrimiento, ya que conocía a todo el mundo y los Broad eran una familia muy respetada. Grace, la madre de Mary, concedía una gran importancia a ese hecho. Su modesta casa lucía siempre immaculada e intentaba transmitir a sus hijas sus grandes dotes culinarias, la administración del hogar y su habilidad con la aguja. Dolly, la hermana mayor, era la hija disciplinada y obediente, feliz de seguir el ejemplo de su madre. Sus sueños consistían en encontrar esposo, tener hijos y vivir en un hogar propio.

Mary no compartía los sueños de Dolly. A menudo sus amigos y vecinos decían que debería haber nacido chico. Se mostraba torpe con la aguja y las tareas del hogar la aburrían. Sin embargo, era feliz cuando su padre la llevaba a navegar y a pescar, y entonces se sentía en armonía con el mar. Además, era capaz de manejar el bote casi tan bien como él. Mary prefería la compañía masculina, pues los hombres y los chicos hablaban de cosas emocionantes, de tierras allende los mares, de guerras, de contrabando y de su trabajo en las minas de estaño. Mary no tenía tiempo para las niñas, simples y charlatanas, que sólo mostraban interés por los chismes y el precio de los lazos para recogerse el pelo.

Fue su sed de aventuras la que la llevó a abandonar Fowey, convencida como estaba de que dejaría una honda impronta en el mundo si podía irse a vivir a otro lugar. Cuando decidió marcharse, Dolly le reprochó con cierta crueldad que huía porque nunca había tenido novio y porque tenía miedo de que nadie la quisiera jamás.

Pero no era cierto. Mary no quería casarse. De hecho, sentía más pena que envidia por las chicas con las que había crecido y que ya tenían que cargar con dos o tres niños. Sabía que su vida se volvía más dura con cada boca que tenían que alimentar y que vivían con el miedo constante de perder a sus maridos ahogados en el mar o en un accidente en las minas. Sin embargo, en Cornualles la vida era igual de dura para todo el mundo, salvo para la clase acomodada. Los únicos trabajos a los que podía aspirar la mayoría eran la pesca, las minas o el servicio doméstico.

Dolly trabajaba para los Treffry de Fowey como criada, pero Mary se había negado porfiadamente a seguir su ejemplo. No quería pasar los días vaciando orinales y encendiendo chimeneas, a entera disposición de una

severa ama de llaves. No le veía futuro a esa posibilidad. Pero la alternativa se reducía a limpiar y salar pescado, y aunque era algo que había hecho desde la infancia y disfrutaba hablando mientras trabajaba, así como de la camaradería de sus compañeras, nadie se había hecho rico nunca limpiando pescado. Apestabas, y en invierno hacía un frío de mil demonios. Mary observaba las espaldas encorvadas y los dedos nudosos de las mujeres que se habían dedicado a limpiar pescado, y sabía que para ella sería tanto como morir en vida.

Había oído hablar de Plymouth a los marineros, quienes decían que era una ciudad donde abundaban las tiendas refinadas, las casas lujosas y las oportunidades para todo aquel que tuviera determinación. Creyó que podría conseguir trabajo en una de las tiendas porque, a pesar de que no sabía leer ni escribir, podía sumar más rápido que su padre.

La marcha de Mary había despertado sentimientos encontrados en sus padres. Por una lado, no querían que se fuera de casa y abandonara Fowey, pero, por otro, corrían malos tiempos y les costaba mantenerla. Tal vez también albergaran la esperanza de que la experiencia de pasar unos cuantos años lejos de ellos, ejerciendo un oficio respetable, la ayudara a sentar la cabeza y a encontrar marido.

Mary ansiaba marcharse. Sin embargo, ahora, tumbada en el frío suelo de la celda y mientras recordaba el día en que abandonó su hogar, los remordimientos no la dejaban dormir.

Su marcha se produjo muy temprano, un precioso día de julio con un cielo raso y cuando el sol ya empezaba a calentar. Su padre había partido hacia Francia unos días antes, y Mary había insistido en que sólo Dolly fuera a despedirla al puerto. No quería más sermones de su madre insistiendo en que se comportara como una dama en el barco durante la travesía y recelara de los desconocidos.

Su madre nunca había sido muy dada a exteriorizar sus sentimientos, por lo que Mary se sintió desconcertada cuando se acercó a besarla en la mejilla, en la puerta de casa, y recibió a cambio un fuerte abrazo.

—Sé buena —le dijo su madre con la voz quebrada—. Reza todos los días y no te metas en problemas.

Mary recordaba que Dolly y ella se marcharon enseguida, riendo nerviosas y emocionadas. Al llegar al final de la estrecha calle miró hacia atrás y vio que su madre seguía en el umbral, sin apartar la mirada de ellas.

Todavía no se había recogido el pelo en una trenza como hacía a diario y parecía muy mayor, pequeña y extrañamente vulnerable. Era una mujer gris, como su vestido, y se confundía con la piedra de la casa. Aunque no podía verle bien la cara, Mary sabía que estaba llorando. A pesar de todo, Grace se despidió de ella con un gesto alegre de la mano.

–No sé por qué crees que Plymouth será mejor que Fowey –le dijo Dolly con acritud cuando bajaron al puerto y vieron el barco amarrado–. Estoy segura de que podrías recorrer el mundo entero y no encontrarías lugar más bonito que Fowey.

–No seas así –le replicó Mary, convencida de que Dolly estaba celosa.

Su hermana era mucho más guapa que ella, tenía los ojos de un azul tan intenso como el cielo, una piel perfecta y rosada y una nariz pequeña y respingona. Sin embargo, en ocasiones Mary tenía la sensación de que a Dolly le gustaría ser más atrevida, y quizás lamentaba verse atrapada en una vida planeada de antemano.

–No puedo evitarlo –dijo Dolly con un hilo de voz–. Voy a echarte muchísimo de menos. No tardes en volver.

Mary recordó el abrazo que le dio a su hermana, y luego le prometió que haría fortuna y que la invitaría a reunirse con ella. De haber sabido que iba a ser la última vez que la veía, le habría dicho cuánto la quería. Sin embargo, esa soleada mañana sólo pensaba en embarcar. La posibilidad de que pudiera fracasar en Plymouth ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Lo que Mary no había previsto era que todas las semanas desembarcaban en Plymouth cientos de chicas como ella, y que eran las que sabían leer y escribir, las más guapas y las que tenían buenas referencias las que conseguían los mejores trabajos. Lo único que encontró fue un puesto para lavar platos y fregar el suelo en una taberna de marineros. Su cama eran unos cuantos sacos en el sótano.

En torno a San Miguel el dueño la echó acusándola falsamente de haberle robado dinero, cuando su único delito había sido no permitir que se propasara con ella. Como no tenía referencias, no pudo conseguir otro trabajo, y era demasiado orgullosa para volver a Fowey y tener que oír los «ya te lo dije» de su familia.

En cuanto conoció a Thomas Coogan en el puerto, supo que iba de cabeza al infierno. Ninguna mujer decente habría permitido que un completo desconocido la invitara a cenar y la cogiera de la mano, y cualquier mujer decente habría salido corriendo cuando ese hombre le hubiera sugerido que se quedase con él hasta que encontrara trabajo. Pero había algo en aquel rostro huesudo y delgado, en el brillo de sus ojos azules y en las historias que le contó de sus viajes a Francia y a España que la cautivaron.

Thomas no se atenía a ninguna de las reglas con las que Mary se había criado. No le importaban lo más mínimo el rey, la Iglesia ni ninguna otra forma de autoridad. Tenía unos modales de caballero y se mostraba muy exigente con su apariencia. Además, era la persona más divertida que había conocido.

Tal vez se debía en parte al hecho de que Thomas parecía desearla, abrazarla y besarla con toda su alma. Ningún hombre la había querido de ese modo; hasta entonces, todos la habían visto sólo como una amiga. Thomas le decía que era una mujer bella, que sus ojos grises eran del color del cielo antes de una tormenta y que sus labios anhelaban sentir el roce de los de ella.

El primer día que pasó con él fue absolutamente mágico. Llovía a cántaros, y Thomas la llevó a una taberna del puerto y se encargó de secarle la capa frente a la hoguera. También la introdujo en los placeres del ron. A Mary no le gustó el sabor ni la sensación de ardor en la garganta, pero sí el modo en que Thomas se inclinó y le lamió los labios con la punta de la lengua.

—En tus labios sabe a néctar —le susurró—. Bebe, mi querida, y te hará entrar en calor.

Thomas la hacía sentirse liberada, como si su cuerpo entero desprendiera energía, y sabía que no era sólo por culpa del ron. Era el ingenio de Thomas, el roce de su piel cuando la tomaba de la mano, la insinuación de que estaba a punto de sumirse en algo peligroso y, al mismo tiempo, maravilloso.

Ahora se daba cuenta de que debería de haber sospechado que algo no iba del todo bien cuando Thomas nunca intentó acostarse con ella. La besaba con pasión y le decía que la amaba, pero nunca fue más allá. Por entonces, Mary creyó ingenuamente que toda esa cautela era fruto del amor y el respeto hacia ella, pero más tarde descubrió la verdad.

Thomas Coogan sólo se preocupaba por sí mismo. Era un carterista, y cuando la vio llorando en el puerto supo que su aspecto inmaculado e inocente de campesina la convertía en la cómplice ideal. Apenas necesitó dedicarle unas cuantas palabras de compasión para ganarse su confianza.

Durante las primeras semanas, a Mary nunca se le pasó por la cabeza que, mientras se detenían para contemplar los escaparates de las tiendas o paseaban por el mercado agarrados del brazo, Thomas aprovechaba la situación para robar la cartera, el reloj de bolsillo o cualquier otro objeto de valor con la mano libre. Estaba demasiado embelesada con su encanto, emocionada con sus interesantes amigos y conocidos y atónita ante su derroche de generosidad con ella como para examinarlo con detenimiento.

Cuando cayó en la cuenta de lo que sucedía, el estilo de vida alegre y desenfadado de Thomas había arraigado tan profundamente en ella que no se habría inmutado ni aunque le hubiera confesado que era un ladrón de tumbas. Cuando desapareció justo después de Navidad y la abandonó en la casa donde habían alquilado una habitación, Mary se quedó desconsolada.

Lo más probable era que la policía lo hubiera detenido, y esa posibilidad fue la que la llevó a unirse a Mary Haydon y Catherine Fryer. No quería caer en desgracia ante esas dos carteristas a las que Thomas tenía en tan alta estima. Las consideraba mundanas, osadas, y ella necesitaba el dinero para pagar el arriendo de la habitación de Thomas en espera de que regresara.

Al principio, se mantuvo a cierta distancia mientras las dos mujeres robaban monederos en las calles y mercados abarrotados. A veces se encargaba de provocar una distracción fingiendo un desmayo o haber sido víctima de un robo. Pero al cabo de poco Catherine le dijo que había llegado el momento de que también empezara a asumir parte del peligro, y cuando vieron a aquella mujer menuda y tan pulcramente vestida que regresaba a su casa por la calle principal cargando un montón de paquetes entre los brazos, creyeron que habían dado con la víctima perfecta para el rito de iniciación.

Si Mary no hubiera estado tan ansiosa por demostrar su valor, tal vez se habría limitado a ponerle la zancadilla a la mujer y habría huido con uno de los paquetes. Pero en lugar de eso, agarró el bonito sombrero de seda de la mujer con una mano, intentó recoger todos los paquetes que tiró al suelo asustada y se los lanzó a Mary y a Catherine antes de echar a correr. Por desgracia para ellas, la gente las persiguió, las arrinconó en un callejón y llamó a la policía.

Los detalles de su detención y encarcelamiento se habían convertido en un vago recuerdo; el viaje posterior a Exeter había eclipsado todo lo demás. Duró cuatro días y lo hicieron en un carro descubierto, donde la encadenaron a otras tres mujeres. Dos de ellas eran sus supuestas amigas, las cuales se

dedicaron a reprenderla durante gran parte del trayecto acusándola de ser la responsable de que hubieran acabado en la cárcel. Era enero y el viento gélido barría el inhóspito páramo; soplaban con tal ferocidad que, por momentos, les parecía que iba a lacerarles la piel. Si alguna de ellas quería aliviarse, debían bajar todas juntas del carro y soportar las miradas lascivas del guardia. Los grilletes se les clavaban en la piel y no estaban acostumbradas a moverse juntas, por lo que cada paso que daban se convertía en una tortura. Al caer la noche, las encerraban en el establo de cualquier posada y las alimentaban únicamente con pan y agua. Mary creyó que iba a morir congelada. En verdad lo deseaba ardientemente, aunque sólo fuera para poner fin al desdén y las burlas de sus compañeras y a la certeza de que el delito que había cometido estaba penado con la horca.

En su primera noche en el castillo de Exeter, fue Bridie quien la consoló y le aseguró que se acostumbraría a las ratas, a los piojos, a la suciedad, al pan rancio y a utilizar el orinal en presencia de otros presos. Mary supuso que ya había dado ese paso, puesto que había aceptado que todo aquello formaba parte de la vida en prisión y que merecía el castigo por lo que había hecho. Sin embargo, se negaba a admitir que iba a morir al cabo de unos días y que jamás volvería a recorrer los caminos de la campiña, que no volvería a ver cómo rompían las olas en la orilla, ni una puesta de sol.

Entonces, Mary rompió a llorar por haber decepcionado a sus padres y haber llevado la deshonra a su familia, por no haber escuchado a su conciencia cuando sabía de sobra que no debía robar.

Todo el mundo sabía que alrededor de la mitad de los condenados a muerte obtendrían una suerte de conmutación de la pena. Durante los tres días siguientes, los compañeros de celda de Mary no hablaron de otra cosa y todos esperaban ser uno de los afortunados.

Pero Mary no era tan ingenua. Sabía que se necesitaba tener contactos fuera de la cárcel, un señor o una señora preocupados y de buen corazón, un clérigo o incluso un amigo con dinero capaz de interceder por ella. A medida que las horas y los días fueron pasando lentamente, cada vez estaba más claro cuáles de sus compañeros iban a contarse entre los afortunados: los que lograban que les enviaran comida, bebida, dinero e incluso ropa limpia.

Mary lanzó una mirada de envidia a la joven y su tía mientras daban buena cuenta de los pasteles de carne calientes que les había llevado uno de los carceleros. Las habían acusado de robo en una casa de huéspedes, pero no se habían cansado de defender su inocencia desde el mismo momento de su detención. Ahora, a juzgar por los pasteles y las sábanas que les habían entregado, pensó que tal vez dijeran la verdad; al menos, era obvio que había alguien fuera empeñado en conseguir que las pusieran en libertad.

Algunos de los prisioneros, incluso aquellos que no albergaban esperanza alguna de que los indultaran, destilaban un estado de ánimo muy jovial en los últimos días. Quizás se debía a que consideraban que una muerte rápida era preferible al sufrimiento de una larga pena de cárcel, o a una larga agonía por tifus. Además, estar condenados a la horca les confería cierta categoría, ya que las ejecuciones congregaban siempre a una multitud. Si podían enfrentarse a la muerte con dignidad y valor y recibir la admiración de la muchedumbre, cabía la posibilidad de que se convirtieran en figuras heroicas, tal vez incluso en leyendas.

Dick Sullion era uno de los condenados convencidos de lograrlo y había levantado el ánimo de Mary con su humor y su filosofía de vida. Al igual que a ella, lo habían acusado de robo, pero, a diferencia de Mary, Dick era un salteador de caminos que robaba a viajeros incautos y se llevaba no sólo los objetos valiosos, sino también los caballos.

Era un hombre corpulento, de casi un metro ochenta de estatura, rubicundo, de espaldas anchas y un sentido del humor incontenible. La primera mañana después de que se celebrara el juicio, la despertó cantando una canción soez y tabernaria sobre los hombres que subían a la horca borrachos. Mary supuso que era él quien estaba borracho, ya que los hombres que tenían dinero u objetos de valor para sobornar a los carceleros podían pasarse el día y la noche ebrios. Cuando se incorporó, sin embargo, Dick le sonrió y le dirigió una mirada serena con sus ojos azules y brillantes.

—De nada sirve lamentarse —le dijo, como si quisiera explicarse—. He vivido a mi manera, y prefiero que me cuelguen a perder la cordura y mi atractivo en un lugar como éste.

—Algunas preferiríamos dormir a pensar en eso —le replicó ella.

En enero, durante los primeros días en la cárcel, Mary había descubierto que era aconsejable trabar amistad con alguien aguerrido y astuto dispuesto a ejercer de protector, y como Dick parecía encajar perfectamente en la

descripción, permitió que se acercara un poco a ella y entabló conversación con él.

No tardó en descubrir que a Dick no le quedaba dinero para bebida ni comida. Le contó que se lo había gastado todo durante las primeras semanas en la cárcel, antes del juicio. Aunque no pudo hacerle la vida más fácil en un sentido físico, era un hombre fuerte y curtido que conocía el percal y la hacía reír con su buen humor y su entretenida conversación.

Dick también era de Cornualles y a Mary le alegraba poder hablar de su hogar con él; no tardó en confesarle cómo se sentía por el delito que había cometido y por haber decepcionado a su familia.

—De nada sirve preocuparse por eso —le aconsejó él, con el mismo acento marcado y reconfortante de su padre—. Todos hacemos lo que podemos para sobrevivir. El gobierno es el culpable de que hayamos acabado en esta situación. Los altos impuestos, las leyes de cercamiento... Aprovechan cualquier oportunidad para robarnos y viven en sus palacios mientras nosotros nos morimos de hambre. Yo robé a gente a quien le sobraba el dinero, y tú también. En mi opinión, les está bien empleado.

Mary, que había sido educada en la honradez y el temor de Dios, no estaba del todo de acuerdo con Dick, pero no quiso decírselo.

—¿No te asusta morir? —le preguntó, y el hombre se encogió de hombros.

—He estado tantas veces cerca de la muerte que ya no significa nada para mí. ¿Qué es morir en la horca en comparación con ser flagelado a bordo de un barco? Cuando me azotaron por primera vez tenía dieciséis años, y eso sí es algo que asusta. El dolor es tan intenso que sólo deseas que la muerte te lleve. El ahorcamiento es rápido. No te preocupes, pequeña, te cogeré de la mano hasta el final.

Las palabras de Dick le proporcionaron cierto consuelo. Mary tomó la decisión de que, si había de morir, lo haría con valentía.

Cuatro días después del juicio, alrededor de las diez de la mañana, el carcelero se acercó a la puerta de la celda y llamó a Nancy y a Anne Brown. Eran la tía y la sobrina acusadas de robar en una casa de huéspedes. Les anunció que las habían absuelto gracias a la aparición de nuevas pruebas y que podían marcharse.

A pesar de la delicada situación en la que se encontraba, Mary se alegró mucho por ellas, se levantó y las abrazó y besó a modo de despedida. Había hablado más de una vez con ambas en los últimos dos días y estaba convencida de que eran tan inocentes como ellas mismas afirmaban. Apenas habían abandonado la celda cuando el carcelero pronunció cuatro nombres más: los de tres hombres y el de Mary.

–Venid conmigo –les ordenó con brusquedad.

Mary se volvió hacia Dick, consternada y convencida de que iban a llevarla a la horca.

Dick le puso una mano en el hombro y se lo estrechó.

–No creo que haya llegado el momento –le dijo con seguridad–. Al final de cada trimestre revisan la lista de prisioneros y eligen a posibles candidatos para deportarlos. Creo que por eso te han llamado.

El carcelero les gritó que lo siguieran y Mary apenas tuvo tiempo de despedirse de Dick y Bridie.

Mientras arrastraba los pies por el oscuro pasillo detrás de William, Able y John, sus compañeros de celda, los grilletes chirriaban sobre el suelo de piedra áspera.

–Siete años, eso es todo, y luego serás libre, pequeña. Sé valiente y fuerte y llegarás a ver el final –chilló la atronadora voz de Dick detrás de ella.

Able, un hombre que rondaba la treintena y de aspecto enfermizo, miró a Mary.

–¿Qué sabrá él? –repuso con gesto adusto–. Ahora que la guerra ha terminado, he oído decir que no van a enviar a nadie más a América.

Mary había oído lo mismo hacía poco, cuando estaba en Plymouth. Si era cierto sería un alivio, ya que en su infancia había escuchado un sinfín de historias de terror contadas por los marineros sobre los horrores que los aguardaban en esa lejana tierra. Los convictos recibían el mismo trato que los esclavos negros, pasaban hambre, eran maltratados y obligados a trabajar la tierra hasta que caían muertos de cansancio. Pero, si no los enviaban América, ¿dónde iban a deportarlos? ¿Sería un lugar mejor?

Cuando salieron al patio Mary vio otra fila de prisioneros, entre los que estaban Mary Haydon y Catherine Fryer, sus antiguas cómplices. En total había cinco mujeres y unos quince o dieciséis hombres. Mary Haydon apartó la cabeza con un gesto brusco y se volvió hacia el lado contrario al ver a Mary, pero Catherine la fulminó con la mirada; era obvio que seguían considerándola

responsable de su suplicio.

Un juez, o cuando menos Mary dedujo que lo era por la peluca y la toga que llevaba, bajó los escalones que conducían al patio, acompañado por dos hombres más, y leyó en voz alta un pergamino.

Mary no entendió lo que decía. Oyó «Reunido hoy este tribunal, tras ser puestos los acusados a su disposición por los responsables de la prisión de nuestro Señor el Rey», y entonces algo que sonó como una retahíla de «Sires», aunque no conocía a ninguno. Hasta que oyó su nombre no empezó a escuchar con mayor atención. Al oír las palabras «Su Majestad ha resuelto concederles el indulto real», a Mary le dio un vuelco el corazón. Pero la alegría se esfumó en cuanto el juez siguió leyendo y pronunció lo que Dick había predicho: clemencia a cambio de siete años de deportación.

Cuando el juez abandonó el patio de la cárcel, dejando a los prisioneros a solas con los guardias, todos se miraron entre sí, presas de una extraña alegría porque no iban a ser ahorcados, mezclada con un intenso miedo por lo que significaba la deportación.

–No conozco a nadie que haya regresado –dijo un hombre con tristeza–. Todos murieron.

–Yo conozco a un hombre que sí volvió –replicó otro preso en voz alta–. Y lo hizo con dinero en los bolsillos.

Mary intentó sacar algo en claro del murmullo de opiniones que se formó a su alrededor. A pesar de que creía que la deportación por un período de siete años, por muy dura que fuese, tenía que ser por fuerza mejor que la horca, los demás presos del patio parecían estar más bien informados que ella, por lo que de nada iba a servirle expresar su opinión. Sin embargo, cuando la mujer que tenía al lado rompió a llorar, la abrazó para intentar consolarla.

–Tiene que ser mejor que la muerte –dijo en voz baja–. Respiraremos aire libre, y tal vez incluso logremos escapar.

Able, que se encontraba cerca de ambas, debió de oírla y se volvió hacia ella con una expresión de desdén en la cara.

–Siempre que sobrevivamos al viaje –dijo.

Mary pensó que, de cualquier modo, a él no le quedaba mucho tiempo en este mundo. Tenía una tos perruna, estaba muy delgado y era el único de la celda que no mostraba entusiasmo alguno cuando les repartían la ración diaria de pan mohoso.

–Mientras respire, hay esperanza –replicó Mary con firmeza.

Al cabo de menos de una hora, las puertas del patio de la cárcel se abrieron para dejar paso a dos grandes carros tirados por caballos.

Los prisioneros se preguntaban por qué motivo los habían dejado en el patio, pero ninguno de ellos previó que fueran a trasladarlos ese mismo día. Sin embargo, ése era el plan. Sin más dilación, los encadenaron en grupos de cinco y les ordenaron que subieran a los carros. Mary se encontró de nuevo junto a Catherine y Mary. Frente a ella se hallaban la mujer a la que había consolado antes, Elizabeth Cole, y una tal Elizabeth Baker. Detrás de su banco había cinco hombres, entre los cuales se encontraba Able.

Durante la primera hora, mientras el carro traqueteaba por el camino dejando atrás Exeter, Catherine Fryer y Mary Haydon se dedicaron a increpar a Mary.

–Todo esto es culpa tuya –repitió Catherine una y otra vez–. Tú nos has traído aquí.

Elizabeth Cole, que se hacía llamar Bessie, le estrechó la mano a Mary en un gesto de compasión y les mandó que callaran.

–Vosotras dos cerrad el pico –les espetó–. Ahora estamos juntas en esto, tanto si os gusta como si no. De nada sirve que culpéis a Mary. Tarde o temprano, os habrían pillado. Además, el resto de los presentes no queremos oír vuestras estupideces.

Mary quedó conmovida por la intervención de Bessie. A pesar de ser una mujer de aspecto extraño, pelirroja, gorda, bizca y mellada, la valentía que había demostrado al alzar la voz dejaba entrever que no iba a dejarse pisotear.

Un murmullo de asentimiento se extendió entre los hombres sentados tras ellas, y tal vez fue eso lo que convenció a las otras dos mujeres para que guardaran por fin silencio.

Al cabo de poco, uno de los hombres sentados en la parte posterior dio un leve codazo a Mary.

–Engatusa a unos de los guardias para que te diga adónde nos llevan –susurró.

–¿Por qué yo? –preguntó ella.

–Porque eres la más bonita –contestó él.

Hasta ese momento, Mary siempre había estado convencida de que no

poseía ningún atractivo: ni dinero, ni pertenencias con las que sobornar a nadie, ni amigos influyentes. Lo único que tenía era la ropa que vestía, gastada y sucia. Pero al echar un vistazo a la hilera de mujeres que la acompañaban, se dio cuenta de que era más joven, más fuerte y estaba más sana que todas ellas.

Mary y Catherine habían vivido del hurto durante años antes de conocerlas. Al principio, su ropa chillona la engañó y la llevó a creer que eran superiores a ella en todos los sentidos. Pero la seda barata no soportaba muy bien el paso del tiempo, no en la cárcel, y sus rasgos demacrados, la piel deslucida, la mirada vacía y su lenguaje barriobajero dejaban al descubierto su verdadera esencia. En cuanto a Bessie y Elizabeth, a pesar de que aún ignoraba los delitos que habían cometido y desconocía su pasado familiar, ambas tenían ese aspecto extenuado que había observado tantas veces entre la gente más pobre de Fowey.

De repente vio una oportunidad para sí misma. Era joven y fuerte, ningún hombre la había mancillado, sabía que poseía una mente más ágil que la mayoría y tenía determinación.

Esperó a que Bessie pidiera que le permitiesen bajar para aliviarse, y cuando todas las mujeres descendieron del carro, Mary se situó de tal modo que ocultó con la falda a su amiga en cuclillas, a salvo de la mirada indiscreta del guardia, y le lanzó una cálida sonrisa al hombre.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó—. ¿De vuelta a la prisión de Plymouth o directas al barco que partirá hacia las Américas?

Era un hombre de aspecto tosco, con los dientes mellados, marrones, y un sombrero andrajoso que le tapaba los ojos achinados.

—Os llevamos a los buques prisión de Devonport —dijo con una sonrisa malvada—. No creo que lleguéis mucho más lejos.

Mary dejó escapar un grito ahogado. Nunca había visto un buque prisión, pero conocía su horrible reputación. Eran antiguos buques de guerra amarrados en estuarios y arroyos, la respuesta del gobierno a unas cárceles abarrotadas. Se había cedido su administración a individuos cuyo único interés era ganar el máximo dinero posible con cada preso. Se decía que los desafortunados delincuentes que eran enviados a esos buques acababan muriendo de hambre o de extenuación durante el primer año. Los prisioneros de aquellos infiernos eran obligados a realizar trabajos forzados en tierra, a menudo en la construcción de carreteras junto a la orilla del río.

—No sabía que enviaran a mujeres —dijo con voz temblorosa.

–Los tiempos están cambiando –replicó el guardia con una sonrisa–. Más vale que te pongas guapa si quieres salir viva de ahí.

Mary tragó saliva y lo miró a los ojos. Sabía que los carceleros y los guardias recibían un severo castigo si permitían que alguien escapara, por muy «complaciente» que se mostrara un prisionero con ellos. Sin embargo, aquel hombre debía de pensar que Mary era tan estúpida que no estaba al corriente de aquello y tal vez imaginaba que estaría dispuesta a expresarle su gratitud a cambio de favores.

–Pero el juez dijo que iban a deportarme –gimió, esforzándose por derramar unas cuantas lágrimas.

–Ésa es la teoría –replicó el guardia bajando la voz–. Sin embargo, no han enviado a nadie a América desde que terminó la guerra. Lo intentaron con África, pero no salió bien. He oído rumores de un lugar llamado bahía de Botany, pero está en el otro lado del mundo.

Mary recordaba vagamente que los marineros de la taberna en la que había trabajado hablaban de un tal capitán Cook, quien había reclamado para Inglaterra un país que se encontraba en el otro extremo del mundo. Ahora se arrepentía de no haber prestado más atención, pero por aquel entonces le resultaba un tema intrascendente, tanto como la supuesta locura del rey Jorge o los atuendos que vestían las damas de la alta sociedad londinense para asistir a los bailes de gala.

–¿Crees que ése es nuestro destino? –preguntó.

El guardia se encogió de hombros y frunció el ceño al ver que las otras mujeres se habían arremolinado en torno a Mary para oír lo que estaba diciendo.

–Volved al carro –les ordenó–. Aún nos quedan unas cuantas millas que recorrer antes de que oscurezca.

Cuando subieron al carro, Mary decidió que no tenía sentido pensar en algo que no fuera el presente. Quizás no estuviera muy cómoda, pero era mejor disfrutar del sol primaveral que estar encerrada en una cárcel hedionda. Mientras, estaría ojo avizor ante cualquier oportunidad de huida que se le presentara.

Dudaba que pudiera hacerlo antes de llegar a Devonport. Si los guardias de los carros seguían la misma rutina que los del trayecto de Plymouth a Exeter, sus compañeras y ella permanecerían encadenadas en todo momento.

Sin embargo, existía la remota posibilidad de que las desataran cuando

tuvieran que subir al bote que las trasladaría al buque prisión. En tal caso, podría saltar e intentar huir a nado. Sonrió para sus adentros. Era una posibilidad muy remota, y sabía de sobra que cualquier guardia que se preciara como tal habría previsto esa contingencia, pero también era cierto que poca gente sabía nadar, y ni siquiera marineros como su padre habían aprendido. La idea de nadar le resultaba agradable, poder desprenderse del hedor de la cárcel e intentar alcanzar la costa que tan bien conocía. Por grande que fuera, merecía la pena correr el riesgo. Y aunque no pudiera hacerlo entonces, tal vez podría saltar del buque durante la noche.

Pero a medida que las sombras del atardecer cubrían el paisaje y el aire se enfriaba, el desánimo empezó a hacer mella en Mary. Aunque lograra escapar, ¿adónde iría? Si regresaba a Cornualles, la detendrían al instante. Y ¿cómo iba a sobrevivir en cualquier otro lugar sin dinero, vestida con harapos y con unas botas agujereadas?

Cuando empezó a ponerse el sol, Mary estaba demasiado dolorida para pensar en algo que no fuera echarse un rato. El más mínimo movimiento o el de alguna de sus compañeras hacía que los grilletes le descarnaran los tobillos. Se había arrancado una tira de tela de las enaguas para aplicársela como una venda bajo los grilletes, pero la sangre seca había convertido la tela en algo tan áspero que le rozaba las heridas en lugar de protegerlas. Le dolía el estómago por culpa del hambre, tenía la espalda tan rígida que creía que no podría caminar y tiritaba de frío.

Al cabo de cuatro días, cuando el carro por fin llegó a Devonport, las compañeras de Mary estaban tan abatidas que ni siquiera reaccionaron al ver el buque prisión amarrado en el río. Durante los últimos dos días no había dejado de llover y estaban caladas hasta los huesos. Muchas de ellas tenían fiebre, y todas se encontraban al borde del agotamiento por la falta de sueño y el frío que habían soportado en los graneros y cobertizos en los que las habían encerrado para pasar la noche.

Ese día no habían cruzado palabra. Los únicos sonidos fueron gruñidos, estornudos, tos, sollozos y el ruido de las cadenas cuando intentaban buscar una postura más cómoda, aunque había sido en vano. Able estaba muy enfermo, no podía sentarse erguido y tosía sangre.

—Ése es vuestro nuevo hogar, el *Dunkirk* —anunció el guardia, volviéndose en el asiento para lanzarles una sonrisa maliciosa mientras señalaba el viejo buque amarrado en el río—. No es muy bonito, salta a la vista, pero tampoco lo sois vosotros.

Mary había sufrido tanto como sus compañeros, pero tal vez porque era la más joven y la que se encontraba en mejor estado de salud al partir, o quizás sólo porque había mantenido la mente ocupada pensando en la huida, pareció la única afectada por el aspecto del buque.

Los mástiles cortados y rebajados a una hilera de tocones y la tenue neblina marina que lo envolvía le conferían el aspecto fantasmagórico de los restos de un antiguo naufragio a la espera de que una tormenta acabara de desmembrarlo. Sin embargo, peor aún que su aspecto era el hedor pútrido que transportaba el viento.

Mary temblaba con tanta fuerza que le castañeteaban los dientes, pero sintió que un escalofrío aún más gélido le recorría la columna, y las náuseas les revolvieran el estómago vacío. Tuvo el presentimiento de que aquello iba a ser un verdadero infierno, cien veces peor que el castillo de Exeter.

Hasta entonces había pensado que no podía existir nada peor que la cárcel y se alegró de abandonar aquel lugar, encantada de sentir el aire fresco y de ver la luz del sol. Pero no tardó en cambiar de opinión y lamentar haber abandonado el castillo. La noche anterior, atormentada por el frío, la humedad y el hambre, cuando hasta el último hueso de su cuerpo gemía de dolor, habría aceptado la soga para poner fin a aquel sufrimiento. Ahora todo hacía prever que la esperaba un futuro aún más aterrador.

—De nada sirve que pongáis esa cara —dijo el guardia, y se reclinó en el asiento para darle un golpe con la fusta a Mary.

Ya había golpeado a varios de los prisioneros cuando tardaban demasiado en bajar o subir al carro.

—Ésa es la paga del pecado. Lo que todos merecéis.

Unos días antes Mary lo habría maldecido, le habría escupido en la cara o incluso habría intentado agredirlo, pero no le quedaban fuerzas.

—¿Van a trasladarnos al buque de inmediato? —preguntó, sin embargo, ya que sabía que le convenía estar a bien con el guardia.

—No, es muy tarde —dijo, y azotó a los caballos con el látigo para que se pusieran en marcha—. Vais a pasar una noche más en un almacén.

Pero no fueron sólo los ocupantes de los dos carros procedentes de Exeter los que pasaron la noche en el almacén. Apenas habían entrado y se habían dejado caer en el suelo de tierra, cuando las puertas se abrieron de nuevo para acoger a otras dos docenas de personas.

Procedían de Bristol, y se encontraban en peor estado que el grupo de Mary. Vestían harapos, parecían tener fiebre y la gangrena había empezado a extenderse por la herida de la pierna de uno de los hombres; el olor era inconfundible.

Hubo un tímido intento de entablar conversación, preguntas acerca de amigos que habían sido encarcelados en el castillo de Exeter y en la prisión de Bristol, pero la mayor preocupación de todos era el tiempo que iban a pasar en el buque prisión antes de que los deportaran.

—He oído que un grupo escapó de Gravesend —dijo un hombre de Bristol con aspecto fiero—. Los guardias abrieron fuego contra ellos y mataron a dos, pero los demás se dieron a la fuga. Desde entonces, no le quitan las cadenas a nadie.

Bessie, que estaba sentada junto a Mary, rompió a llorar.

—Habría sido mejor morir en la horca —se lamentó entre sollozos—. No lo soporto más.

Mary pensaba lo mismo, pero al comprobar el desánimo que se había apoderado de Bessie, cambió de opinión.

—Todo saldrá bien —le aseguró abrazándola con fuerza—. Sólo tenemos frío, hambre y estamos empapadas, y por eso no podemos pensar con claridad. Dentro de un día o dos todo será distinto.

—Eres muy valiente —susurró Bessie—. ¿No tienes miedo?

—No —contestó Mary sin pensárselo—. No ahora que sé que no voy a acabar en la horca.

Esa misma noche, mientras Mary intentaba dormir hecha un ovillo junto a las demás mujeres, desesperada por impregnarse del calor de sus cuerpos, supo que en realidad no tenía miedo. La indignaba que la gente pudiera tratar al prójimo con tanta crueldad, se avergonzaba del crimen que la había conducido a aquella situación y sentía cierto temor por lo que le deparaba el futuro, pero no tenía miedo. En realidad, al pensar en ello llegó a la conclusión de que

nunca había tenido miedo de nada. Aprendió a nadar a los seis años lanzándose al mar. Cuando descubrió que podía flotar, el mar nunca más volvió a infundirle terror. Se convirtió en la chica que siempre aceptaba los retos, que encontraba emoción en el riesgo. Ni siquiera se horrorizó cuando averiguó cómo se ganaba la vida Thomas; tan sólo le pareció algo osado, incluso divertido.

Entonces recordó que su padre siempre comentaba lo lista que era. Siempre lo había sido, más que Dolly y las amigas de su misma edad. Lo entendía todo con rapidez, sentía una gran curiosidad por el funcionamiento de las cosas y era capaz de retener la información. Casi podía oír a su padre presumiendo ante los vecinos de que Fowey era un lugar demasiado aburrido para Mary y de que sin duda un día volvería a casa tras haber amasado una fortuna.

¿Cómo iba su padre a mantener la cabeza alta cuando se publicara su delito y su castigo en el *Western Flyer*? El pobre hombre no sabía leer, pero había mucha gente en Fowey que estaría encantada de comunicarle una noticia tan escandalosa.

Saber que se encontraba a sólo cuarenta millas de casa le provocó una insoportable punzada de dolor y añoranza. Se imaginó a su madre sentada en un taburete frente al fuego, remendando alguna prenda de ropa. Físicamente, Mary se parecía mucho a ella. Tenía la misma mata de pelo rizado y abundante, que se recogía con una trenza en torno a la cabeza, y los mismos ojos grises. Recordó que de noche, cuando era niña, su madre se deshacía la trenza y se desenredaba el pelo, que le caía como una cascada azabache sobre los hombros. Aquel simple gesto transformaba su vulgaridad en belleza, y Mary y Dolly se preguntaban a menudo por qué no se lo dejaba siempre suelto para que la gente lo admirara.

«La vanidad es un pecado capital», respondía siempre su madre con una sonrisa en los labios, como si se alegrara de tener un preciado secreto que únicamente su familia conocía. También mantenía en secreto sus sentimientos, y las niñas habían aprendido desde una edad muy temprana a adivinarlos en sus acciones. Cuando estaba enfadada, golpeaba las cazuelas y atizaba el fuego con ímpetu; cuando estaba preocupada, guardaba silencio. Su modo de demostrar afecto era un simple gesto, una caricia en la mejilla o un suave apretón en los hombros. Sin embargo, ahora que Mary sabía que no volvería a verla jamás, esos pequeños gestos le parecían muy valiosos.

Recordó cómo la había abrazado cuando se marchó de casa esa última mañana. Mary no le devolvió el gesto, ansiosa por partir. Ése sería el último recuerdo que su madre tendría de ella. Una hija que emprendía su camino riéndose tontamente. Y a la que no volvería a ver jamás.

## Capítulo dos

Por suerte, cuando ordenaron a los prisioneros que salieran del almacén a la mañana siguiente había dejado de llover. El cielo seguía teñido de gris y el viento cortante que soplaba desde el río hizo que se apiñaran para entrar en calor.

El desayuno consistió en un poco de agua y pan rancio, y mientras Mary miraba hacia el *Dunkirk* y comprobaba que era una embarcación destartada, confirmando la impresión que se había llevado al atardecer, dedujo que la comida no sería mucho mejor allí.

Sin embargo, se sentía un poco más animada que la víspera. A pesar de estar empapada, había dormido bastante bien y al menos ese día no iban a seguir viajando. Por el momento, descartó un posible intento de huida. Aparte de los grilletes, que ahora dudaba que fueran a quitarle, el muelle estaba lleno de marinos armados con mosquetes.

Docenas de botes de todos los tamaños cabeceaban en el agua, transportando a los pasajeros de una orilla a otra así como bienes a las embarcaciones más grandes ancladas en aguas profundas. Mary no percibía el hedor del buque prisión, pero no sabía si se debía a que el viento soplaba en otra dirección o a que en realidad había sido producto de su imaginación. Se alegraba de oler el aire salado, y si hacía caso omiso de los demás prisioneros y del hambre y se recreaba con las vistas, los sonidos y los olores, era casi como si volviera a estar en Fowey.

A mediodía, Mary todavía esperaba en el muelle y seguía encadenada a sus cuatro compañeras. Hasta el momento sólo habían trasladado a pequeños grupos de prisioneros masculinos al *Dunkirk*, y los habían observado hasta desaparecer de su vista cuando subían a cubierta por la escalerilla. Pero hacía

un largo rato que el interés de las mujeres por la operación de traslado se había desvanecido. La mayoría estaban intentando acicalarse, se peinaban o se trenzaban el pelo, se curaban las heridas de los tobillos provocadas por los grilletes y las que todavía conservaban sus pertenencias hurgaban en ellas, en busca de otro vestido o enagua.

La única pertenencia de Mary era un peine que le había regalado otra prisionera de Exeter, por lo que su única aspiración era deshacerse del máximo número posible de piojos. Por la mañana les habían dado un cubo de agua para lavarse la cara y las manos, pero ella tenía ganas de quitarse la ropa sucia y averse. No había podido hacerlo desde antes de la detención y tenía la sensación de que apestaba, aunque ninguna de las demás mujeres parecía preocuparse por el lamentable estado higiénico en que se encontraban.

Después de abandonar su hogar, Mary había descubierto enseguida que el alto nivel de higiene personal que les había inculcado su madre no era una costumbre demasiado extendida. Cuando le confesó a Bessie cómo se sentía, la mujer la miró con recelo.

—No podemos tener un aspecto tan horrible —dijo—. Esos marinos nos miran con buenos ojos.

Mary miró con disimulo al grupo de hombres y se percató de que la observaban con atención. Pensó que las casacas rojas, los pantalones blancos ajustados y las botas lustradas conferían a cualquier hombre, por feo que fuera, una ventaja injusta con respecto a los civiles. Sin embargo, no iba a engañarse pensando que la miraban por su extraordinaria belleza.

Mary siempre había vivido rodeada de marineros y sabía que lo primero que hacían al desembarcar era ir en busca de una mujer. La mayoría acababan acostándose con prostitutas y amaneciendo con alguna enfermedad venérea.

Estos marinos se encontraban en una posición ligeramente distinta. Su misión consistía en vigilar a los prisioneros, tanto hombres como mujeres, en el buque prisión y en el barco que habría de deportarlos más adelante. Mary supuso que eran conscientes de que, con suerte, no obtendrían más que un permiso para bajar a tierra firme. Así pues, no era nada descabellado que esperaran que, entre aquel grupo de mujeres desmoralizadas y vestidas con harapos, hubiera alguna dispuesta a satisfacer sus deseos. Una campesina joven y lozana tenía que ser por fuerza su ideal femenino. Sin embargo, Mary prefería saltar por la borda del *Dunkirk* con grilletes antes que rebajarse.

Hasta media tarde no trasladaron al grupo de Mary al buque prisión. Les habían quitado las cadenas que las mantenían unidas, pero les dejaron los grilletes que les sujetaban los tobillos a la cintura. A medida que se aproximaban al buque, Mary vio que los costados eran verdes, viscosos y estaban cubiertos de algas, y el hedor de los excrementos humanos fue aumentando hasta provocarles arcadas.

Cuando subieron por la resbaladiza escalera, las pusieron en fila para examinarlas, medirlas y tomar nota de su crimen.

–Mary Broad –llamó un joven marino, y le ordenó que se situara frente al mástil cortado para medir su estatura–. Un metro y sesenta y dos centímetros –le dijo al hombre encargado del registro–. Ojos grises, pelo negro, sin cicatrices visibles. Delito: robo. Siete años de deportación.

En cuanto terminaron de examinar al grupo de mujeres y entregarles una manta gastada y apestosa a cada una, se abrió una escotilla y los marinos las obligaron a bajar por una escalerilla a empujones. Bessie tropezó con los grilletes, cayó cuando ya estaba a punto de llegar abajo y profirió un grito de dolor. Se encontraban en un pasillo estrecho que parecía conducir a los camarotes de los guardias, y entonces se abrió otra escotilla.

Un hedor insoportable, como si hubieran chocado contra una pared de ladrillos, embistió a las mujeres y las hizo retroceder en un acto reflejo y con una expresión de horror en el rostro. En las últimas semanas se habían acostumbrado a la mugre en todas sus formas, pero aquello superaba cualquier cosa que hubieran experimentado anteriormente.

–Entrad ahí –gritó el guardia, que las golpeó con una vara para obligarlas a bajar por las escaleras–. Os acostumbraréis enseguida. Nosotros lo hemos hecho.

Mary se resistió, pero el guardia la golpeó en el hombro y la obligó a entrar en lo que debía de haber sido la antigua bodega. Lo primero que vio fue un mar de rostros fantasmales. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguió una serie de estantes de madera convertidos en camas, cada uno de los cuales iba a albergar a cuatro mujeres. Por suerte, las escotillas abiertas del lado de mar del buque dejaban pasar un poco de aire y luz, y Mary vio el lugar donde se encontraban los prisioneros masculinos a través de una reja situada en el extremo. El insoportable olor procedía del suelo, cubierto de los excrementos que rebosaban de los cubos que utilizaban para hacer sus necesidades. Era obvio que nadie había limpiado nunca aquel

lugar.

Mary cayó en la cuenta de que aquello significaba que iban a tener que convivir con cientos de ratas, insectos y piojos. Le bastó mirar sus rostros grises y demacrados, su pelo lacio y sus cuerpos huesudos para saber que iban a morir de hambre. La fiebre podía propagarse en una única noche, y en esas condiciones acabaría con todos.

Pensó que podría considerarse muy afortunada si sobrevivía hasta ser deportada.

Al cabo de un par de horas Mary estaba al borde de la desesperación, como todas las demás. A su alrededor oía gemidos, sollozos, llantos y algún que otro grito trastornado de una mujer que parecía haber perdido la razón. Otra estaba amamantando a un bebé recién nacido, y alguien le dijo que había dado a luz en ese mismo lugar con la ayuda de otras presas.

Los baos eran tan bajos que no podían ponerse en pie, por lo que no tenían más alternativa que permanecer sentadas o tumbadas en los estantes de madera. Cuando les llevaron la cena, un mendrugo de pan rancio y una sopa aguada y harinosa, las mujeres se pelearon para conseguir una ración. Cuando Mary llegó al caldero, ya no quedaba nada. Las ratas no esperaron a que cayera la oscuridad para salir y enseguida empezaron a corretear por los baos, las camas e incluso a saltar de un cuerpo a otro.

Sin embargo, lo más aterrador para Mary era pensar que la situación no tenía visos de mejorar. Sabía que nunca les permitían salir a cubierta, que no limpiaban la bodega, que no podían lavarse la ropa y que los cubos sólo se vaciaban una vez al día.

Al final se durmió entre Bessie, que estaba en la parte interior y más próxima al casco del buque, y una chica de sólo catorce años llamada Nancy. Anne, una mujer de más de cincuenta años, ocupaba el borde exterior de la cama.

El último pensamiento que le vino a la cabeza antes de caer dormida fue que tenía que haber alguna manera de huir. Las demás mujeres insistían en que era imposible, pero a juzgar por lo que había observado, eran todas bastante torpes.

Encontraría el modo de huir.

Mary dedicó los días siguientes a observar y escuchar a sus compañeras. A pesar de que todo su ser ansiaba aporrear la puerta, gritar para que la liberaran e incluso insistir en que prefería que la colgaran antes que soportar aquello, sabía que debía controlarse. Si mantenía la calma, aprendía los hábitos del buque y estudiaba a las otras mujeres, lograría obtener toda la información necesaria.

Se fijó en que muchas de las presas estaban tan sumidas en su sufrimiento que apenas se movían de la cama y no abrían la boca. Supuso que esperaban que la muerte viniera pronto a liberarlas.

Al principio Mary sintió una gran compasión por ellas, pero cuando empezó a aceptar lentamente su suerte y a conocer a las mujeres que conservaban una chispa de vida y esperanza en su interior, los sentimientos hacia ellas se convirtieron en desdén e irritación.

Casi todas las mujeres que hablaban y encontraban algún motivo para reírse de vez en cuando habían sido condenadas por robo. Nancy, la chica de catorce años, había sisado un poco de comida de la casa de Bodmin en la que estaba empleada como fregona para alimentar a su familia. Anne había robado un vestido de la lavandería en la que trabajaba, en Truro. Otra mujer había vigilado mientras otra persona sustraía un monedero, y otra había robado una manta tendida para airearla. Una de las prisioneras había robado un par de cucharillas de plata. Ninguna de ellas eran delincuentes habituales. Todas habían cometido delitos oportunistas, por pura necesidad.

Cuando Mary admitió que la habían condenado por asalto, vio un gesto de temor en los rostros de las demás. En Exeter había aprendido la jerarquía de la delincuencia, y el asalto ocupaba el primer lugar de la lista. A Mary le parecía ridículo que robar un sombrero y un puñado de paquetes se juzgara con la misma severidad que el asalto a un coche de caballos, pero supuso que, desde un punto de vista legal, sí que había cometido un asalto, en contraposición al hurto en una tienda o en una casa de huéspedes.

A pesar de que sabía que en el fondo no era distinta de la mayoría de esas mujeres, una chica de campo más que había tomado el camino equivocado, enseguida se dio cuenta de que sería más conveniente guardar esa opinión para sí. La jerarquía era crucial para sobrevivir y conseguir comida y bebida. Y estaba dispuesta a aprovecharla en su favor.

Otra de las cosas que observó fue que no todas las mujeres vestían andrajos ni estaban cubiertas de mugre. Cuatro de ellas llevaban ropa en buen

estado y lucían una melena limpia, como si se la hubieran lavado hacía poco, estaban entradas en carnes y tenían mejor aspecto, sin las ojeras que ensombrecían los rostros de las demás. Mary no tardó en darse cuenta de que, a juzgar por su aspecto y por el hecho de que algunas de las presas las dejaban de lado, esas mujeres tenían amigos entre los guardias y los marinos. Era obvio que comerciaban con su cuerpo a cambio de ciertas prebendas.

—Deberían avergonzarse de sí mismas —exclamó una anciana, frunciendo los labios con un gesto de asco.

La pobre mujer no pudo contener un ataque de tos y Mary adivinó que había caído en las garras de la tisis.

—¡Rameras asquerosas!

Mary siempre había creído que cualquier mujer que vendiera su cuerpo no merecía la salvación. En Plymouth había visto a prostitutas manoseándose con marineros en los callejones, y había oído hablar de las horribles enfermedades que transmitían, lo que le provocó una sensación de asco tan intensa que estuvo a punto de marearse.

Sin embargo, a medida que los días transcurrían lentamente a bordo del *Dunkirk* y los horrores parecían ir en aumento en lugar de disminuir, Mary se dio cuenta de que su punto de vista sobre la cuestión había empezado a cambiar. A pesar de que aún estaba convencida de que ofrecer su cuerpo a cambio de comida y ropa limpia era el camino más seguro al infierno y a la condenación eterna, ¿acaso no era también cierto que ya se encontraba en el infierno? Quería sobrevivir a toda costa, y si sacrificar su castidad le evitaba morir lentamente de inanición, estaba preparada para dar un paso al frente.

Pero no la impulsaban sólo el deseo de conseguir más comida y la posibilidad de salir de aquella cloaca para respirar aire fresco de vez en cuando. Mary no había renunciado a la huida, y para lograr su cometido tenía que conseguir que la desencadenaran. Aunque no tenía la certeza de que un amante fuera a liberarla de los grilletes, esperaba ser capaz de convencerlo. Si lograba conquistar su afecto, cabía la posibilidad de que incluso la ayudara a escapar.

Por desgracia, no sabía cómo trabar amistad con los ocupantes de las cubiertas superiores. Los brutos y adefesios que iban a recoger los bacines y a llevarles las raciones debían de ser los miembros de menor rango de la tripulación, pero eran las únicas personas con las que tenía contacto, y durante un tiempo muy breve.

Al final de la tercera semana, la desesperación empezaba a hacer mella en Mary. Había cumplido veinte años a finales de abril, y el Uno de Mayo, con los felices recuerdos de las celebraciones de su pueblo, la había dejado aún más abatida. Se pasaba el día entero junto a la escotilla abierta, mirando hacia el mar, observando el reflejo de la luz del sol en el agua. Por momentos, el deseo de huir era tan intenso que sentía que iba a perder la cabeza.

Conocía el nombre de las cuarenta mujeres, de dónde venían, el delito que habían cometido y detalles de sus familias. Incluso había visto un cambio en la actitud de Catherine Fryer y Mary Haydon hacia ella, tal vez porque se habían dado cuenta de que era más fuerte y sagaz que las demás, y de que era mejor formar parte del bando ganador que del perdedor.

Mary también había hablado con algunos de los hombres prisioneros, o al menos había intercambiado algunos gritos a través de la reja. Como a menudo los trasladaban a tierra para trabajar, había averiguado los nombres de los pocos oficiales a bordo capaces de proporcionar un trato humano.

El teniente capitán Watkin Tench era el oficial que había captado su interés. Los hombres decían que era joven y lo consideraban justo y razonable, un oficial inteligente que había sido capturado durante la guerra americana. Parecía el candidato perfecto para el plan de Mary, pero todavía no sabía cómo atraer su atención.

Había dejado a un lado sus creencias para trabar amistad con las mujeres tachadas de prostitutas, una tarea que no le resultó muy difícil ya que todas se alegraron de que alguien les prestara atención. Mary descubrió que, en lo esencial, se parecían mucho a ella: eran un tanto osadas, afectuosas y más divertidas que las demás.

Sin embargo, a pesar de que a veces le daban un poco de comida, un lazo nuevo para el pelo y también paños cuando tenía la menstruación, ninguna soltaba prenda sobre sus conquistas y cómo habían logrado ser una de las elegidas. Mary entendía el motivo: no estaban dispuestas a correr el riesgo de perder a sus amantes ni las prebendas que habían conseguido por culpa de otra prisionera.

Al principio se le pasó por la cabeza la idea de provocar una pelea con otra mujer, de crear un gran alboroto para que la sacaran de la bodega. Pero era muy probable que acabaran azotándola, y aunque lograra entonces conocer a Tench, no creía que pudiera ganarse el favor del teniente en aquellas circunstancias.

Una noche, como era habitual, las más fuertes se abrieron paso para quedarse con la mejor parte en cuanto les llevaron la sopa y el pan. El único motivo que llevaba a las mujeres a pelearse para llegar hasta la sopa era el miedo a morir de hambre. El mejunje siempre estaba frío y aguado, y en la mayoría de las ocasiones consistía en un poco de cebada con unos cuantos pedazos de verdura y carne pestilente. Mary había tardado varios días en superar las náuseas antes de sentirse capaz de abrirse paso a codazos para conseguir su ración.

Esa noche se encontraba junto a la puerta hablando con Lucy Perkins, una chica de St. Austell, cuando los hombres la abrieron de repente para entrar. Por una vez estaba en el mejor lugar para conseguir una buena ración, pero mientras se preparaba y las mujeres que había detrás empezaron a darle empujones, miró a su espalda.

La sobrecogió ver los rostros lastimeros de aquellas que estaban demasiado enfermas y débiles para levantarse de las camas y conseguir su ración. Algunas tendían la escudilla, pero sus débiles gemidos de socorro quedaban ahogados por el clamor de las demás, y su sufrimiento pasó inadvertido para todas salvo para ella.

Mary no toleraba la injusticia. Ya en su infancia odiaba a los niños mayores que maltrataban a los más pequeños y débiles. Cuando comprendió que las mujeres sanas que eran capaces de abrirse paso a la fuerza sentenciaban a las enfermas al privarlas de todo alimento, montó en cólera.

Se volvió hacia la cola y abrió los brazos para impedir que nadie se acercara al caldero.

—Dejad que las enfermas tomen antes su ración—ordenó.

Un murmullo se extendió por la bodega al tiempo que en los rostros mugrientos de las mujeres se dibujaba una expresión de sorpresa.

—Deberíamos cuidar de las enfermas—dijo con voz alta y clara—. Tal vez nos traten como animales, pero somos mujeres, no salvajes.

Mary vio a Bessie al fondo de la cola y le gritó:

—Recoge las escudillas y tráelas aquí, Bessie. Cuando las enfermas hayan recibido su ración, las demás podrán tomar la suya.

Mary oyó un murmullo de disconformidad y se asustó, pero no tenía la más mínima intención de arredrarse. Era consciente de que los guardias la observaban desde la reja y esperaba que intercedieran por ella si las mujeres más fuertes intentaban agredirla.

–¿Quién te crees que eres? ¿La reina de Inglaterra? –le gritó Aggie Crew, una de las mujeres más sucias y harapientas.

Mary se había enfrentado a ella en varias ocasiones. Creía que carecía de toda sensibilidad. Robaba a las demás y ni siquiera se molestaba en lavarse la cara y las manos cuando les llevaban el cubo de aseo por las mañanas. Menospreciaba a toda aquella que conservara un atisbo de decencia. En una ocasión se había burlado de Mary por lavar los paños que utilizaba cuando tenía la menstruación, y por sus intentos para obtener el apoyo de las otras mujeres y lograr que les dieran cubos de agua y estropajos para fregar el suelo. Ahora, un gesto de malicia iluminaba el escuálido rostro de Aggie. Era obvio que buscaba pelea.

–No me considero mejor que ninguna otra mujer que no quiera comportarse como un animal –dijo Mary, fulminándola con la mirada–. No es justo que reaccionemos de este modo. Deberíamos compartir la comida a partes iguales y pienso asegurarme de que así sea.

Bessie se abrió paso entre la multitud con las escudillas de las mujeres enfermas.

–Llénalas, Jane –ordenó Mary a una chica muy joven y embarazada que se encontraba junto al caldero de la sopa, con el cucharón en la mano.

Mary había hablado en multitud de ocasiones con Jane: resultaba que la joven, como si ser deportada por robar un candelabro no fuera suficiente castigo, también había sido violada por el pastor que la había denunciado.

Jane obedeció y empezó a llenar las escudillas de sopa, y Mary ordenó a las que se encontraban más cerca que se las llevaran a las enfermas.

–Seréis las próximas en recibir vuestra ración –les aseguró a modo de aliciente.

Por un momento pareció que Mary había ganado la batalla. Las enfermas habían obtenido sus raciones y las demás mujeres formaban cola ordenadamente esperando la suya. Sin embargo, cuando se volvió para mirar el caldero de la sopa y asegurarse de que había suficiente para todas, alguien lanzó una escudilla que le golpeó en la cabeza. Mary cayó hacia delante, derribó a otra mujer y Aggie Crew empezó a gritar para intentar provocar a las demás y que arremetieran contra Mary.

La puerta se abrió de repente y los guardias entraron blandiendo las varas. Agarraron a Mary, la pusieron en pie y la arrastraron afuera sin demasiados miramientos.

Sabía que habían visto la escena por fuerza, pero también que no tenía ningún sentido esperar que fueran a ponerse de su parte. En Exeter, Dick Sullion le había explicado que la administración de las prisiones se había puesto en manos privadas porque el gobierno quería ahorrar dinero. Tal y como él mismo señaló, era un buen negocio para todos aquellos que no tuvieran escrúpulos; contrataban a auténticos desalmados como carceleros, a hombres a quienes no les importaba tacañear con las raciones. Además, los dueños hacían la vista gorda con los hombres que aceptaban sobornos y trataban a los presos con una brutalidad extrema.

Los dos guardias que la sujetaban de los brazos eran un buen ejemplo de los hombres de esa calaña, feos, aviesos y con la dentadura mellada. Con una mirada sin luz.

—¿Por qué yo? —les preguntó Mary cuando recuperó el aliento—. No he golpeado a nadie.

—Porque estabas incitando a las demás a la sublevación —respondió uno de los hombres—, maldita alborotadora.

—Llévame ante el teniente capitán Tench —repuso Mary con osadía—. Él me escuchará.

Los hombres no contestaron. La arrastraron por el pasillo, subieron las escaleras y salieron a cubierta. Mary estaba convencida de que iban a atarla para azotarla, pero en ese momento, cuando sus pulmones se llenaron de aire fresco y dulce después de pasar tantos días respirando el olor de los excrementos, no le importó.

Vio el cielo nocturno salpicado con un millón de estrellas y la luna, que dibujaba un sendero plateado sobre las aguas oscuras del río hasta la orilla. Le pareció una señal, la oportunidad que esperaba desde hacía mucho tiempo.

—Quiero ver a Tench —gritó a pleno pulmón—. Id a buscarlo.

Uno de los guardias la golpeó y la tiró al suelo.

—Cállate —murmuró, añadiendo una retahíla de groserías.

De repente, Mary cayó en la cuenta de lo que tenían en mente. No la habían sacado a rastras de la celda para propinarle un castigo formal. Querían violarla y luego devolverla a la bodega sin tener que dar explicaciones a nadie.

La determinación era uno de los rasgos más marcados de Mary. A pesar de que tal vez estuviera dispuesta a acostarse con un hombre a cambio de que la alimentara, le permitiera lavarse y quizás le mostrara algo de afecto, no iba

a permitir que la tomaran un par de animales en celo. A juzgar por el modo en que intentaron hacerla callar, dedujo que había hombres a bordo del *Dunkirk* que no aprobaban las violaciones de las prisioneras. De modo que gritó de nuevo y, cuando uno de aquellos hombres intentó taponarle la boca, le mordió la mano, le propinó un puñetazo y gritó aún con más fuerzas el nombre de Tench.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz atronadora.

Cuando los dos hombres la soltaron, Mary distinguió una figura masculina perfilada en el umbral de una de las muchas casetas construidas en la cubierta.

—¿Señor Tench? —gritó Mary—. Me han sacado a rastras hasta aquí y no he hecho nada. Ayúdeme, por favor.

—Deja de gritar y ven aquí —ordenó él—. Y vosotros también —les dijo a los hombres.

La caseta hacía las veces de sala de oficiales y de despacho. En el centro había una mesa cubierta de documentos e iluminada por dos velas. El cuaderno abierto y un tintero frente al taburete del que acababa de levantarse la llevaron a suponer que aquel hombre estaba escribiendo cuando sus gritos lo interrumpieron.

No podía saber si se trataba de Watkin Tench, pero los galones dorados de su casaca roja ceñida y los pantalones blancos e inmaculados probaban que era un oficial. Además, hablaba como un caballero. Era un hombre de constitución delgada, con el pelo oscuro y crespo y los ojos castaños, y calculó que debía de rondar los veinticuatro o veinticinco años. Tenía un rostro ordinario, de rasgos bien definidos y pequeños, y la piel clara y reluciente. A pesar de que parecía molesto porque lo hubieran importunado, no le transmitió la impresión de que fuera un hombre de mal genio.

—¿Tu nombre? —le preguntó bruscamente.

—Mary Broad, señor —respondió ella—. Quería que las mujeres enfermas pudieran tomar un poco de sopa —se apresuró a añadir—. A algunas de las presas no les ha gustado mi idea, una de ellas me ha golpeado y estos dos hombres me han arrastrado fuera de la bodega.

—Estaba intentando provocar una pelea —dijo uno de los guardias—. Hemos tenido que separarla.

—Esperad fuera —les ordenó el joven oficial.

Los dos hombres salieron murmurando entre dientes. Cuando cerraron la puerta, el oficial se sentó en el taburete y miró fijamente a Mary.

–¿Por qué me llamabas? –le preguntó.

Mary sintió una sensación de alivio al confirmar que estaba ante el hombre a quien buscaba.

–Me han dicho que es usted un hombre justo –respondió.

Tench asintió con un gesto vago y le pidió a Mary que le explicara lo sucedido.

Ahora que se encontraba en el lugar adecuado para airear sus quejas, decidió desahogarse. Le contó a Tench que las mujeres más fuertes se quedaban con la comida mientras que las débiles morían de hambre, y añadió que, en su opinión, no había suficiente alimento para mantenerlas a todas con vida.

–Se supone que nuestro castigo es la deportación –señaló con vehemencia–. No me parece correcto que intenten matarnos antes de que embarquemos.

Tench se había llevado una gran sorpresa al oír su nombre y se sorprendió aún más al comprobar la inteligencia de aquella mujer. Sin embargo, lo que más lo conmovió fue que tuviera el valor de alzar la voz para defender a las prisioneras más débiles.

Él también había sido prisionero de guerra en América y había sentido el mismo miedo de morir en aquellas horribles condiciones. Cuando llegó al *Dunkirk*, se horrorizó al ver que sus compatriotas eran capaces de cometer unas barbaridades aún peores que las de sus enemigos. Para mayor consternación, descubrió que un oficial de la Armada no podía hacer nada al respecto. Los buques prisión eran administrados por compañías privadas y la única misión de los militares consistía en mantener el orden, sin ejercer ningún tipo de control en la gestión.

Cuando expresó su contundente opinión sobre el asunto recibió una severa reprimenda, y puesto que sólo era un oficial de baja graduación y no conocía a ningún militar de alto rango que compartiera su mismo punto de vista, no pudo hacer nada al respecto, una situación que desembocó en apatía. Cuando se llevaba a los hombres a trabajar fuera del buque, los trataba con benevolencia: intentaba asegurarse de que los guardias no escatimaran las raciones a los prisioneros, y procuraba ser justo en la imposición de castigos.

Pero sabía que aquello no bastaba, y el marcado acento de Cornualles de Mary logró vencer las defensas de su apatía. Tench había pasado la infancia en Penzance y conservaba un gran número de felices recuerdos de la gente del

lugar, por lo que se sintió obligado a averiguar algo más sobre aquella mujer antes de devolverla a la celda. Al caer en la cuenta de que no debía de haber cenado por culpa de la refriega, asomó la cabeza por la puerta y ordenó a uno de los hombres que le trajeran algo de la cocina.

–¿Va a azotarme? –preguntó Mary cuando Tench hubo cerrado de nuevo la puerta.

No oyó lo que les había dicho a los hombres y supuso que había enviado a uno de ellos a buscar a un oficial de rango superior.

–No –respondió–. Y en el futuro ordenaré a los guardias que se aseguren de que las raciones se reparten de forma equitativa.

–A propósito, ¿podría pedir también que fueran algo más generosas? –preguntó Mary con osadía.

Tench tuvo que reprimirse para no romper a reír. Aquella mujer le recordaba de un modo conmovedor a los muchos mineros de Cornualles que había conocido: tenaces, bravucones e intrépidos. Recordó haber leído en el registro de Mary que se la condenaba por un delito de asalto, pero sus ojos grises y plácidos y sus modales afables contradecían su pretendida naturaleza maliciosa. La inocencia de su gesto no se correspondía de ningún modo con sus descaradas peticiones. Una mujer a la que convenía vigilar de cerca, pensó. Una mujer sin duda admirable.

El guardia entró con un plato de pan, queso y sardinas. Tench acercó otro taburete a la mesa y le dijo a Mary que se sirviera.

Hacía tanto tiempo que no probaba el queso ni las sardinas que Mary estuvo a punto de romper a llorar. Devoró la comida, agarrando el plato con una mano por miedo a que Tench fuera a arrancárselo antes de que hubiera terminado.

El oficial le sirvió un poco de ron con agua, y él mismo tomó un trago. Mientras la observaba inclinada sobre el plato, se fijó en que, a pesar de que tenía el pelo infestado de piojos, llevaba el cuello muy limpio, algo muy poco habitual en un prisionero.

–Mandaré que te acompañen a la celda –dijo cuando ya no le quedaba nada en el plato.

A Mary siempre le había resultado fácil entablar conversación con los

hombres, pero no sabía coquetear con ellos, y tampoco si la encontraban atractiva. Miró a Tench a los ojos y le pareció ver un atisbo de curiosidad en ellos, pero se arrepintió tremendamente de no llevar un vestido limpio y el pelo recién lavado para tener al menos una oportunidad.

–¿No puedo quedarme un poco más? –preguntó de forma impulsiva.

Tench sonrió y se le iluminaron los ojos.

–No, no puedes, Mary –dijo Tench–. Tengo trabajo. Pero ¿por qué quieres quedarte? Te he dado de comer y nadie va a azotarte.

–Porque... –empezó Mary.

La muchacha se horrorizó al notar cómo se le arrasaban los ojos en lágrimas. No encontraba las palabras para explicar qué significaba haber salido de aquel agujero hediondo, o lo que sentía al tener el estómago lleno. Tampoco podía confesarle que su intención había sido la de ofrecerle su virginidad con la esperanza de obtener algunos privilegios a cambio.

Tench debió de intuir algo de aquello, pues le puso una mano en el hombro y dijo con amabilidad:

–Tienes que regresar a la bodega. Pero volveremos a hablar.

Esa noche, se sintió reconfortada por la amabilidad de Watkin Tench. Tumbada entre Bessie y Nancy no era tan consciente de los gemidos y gruñidos, de las tos y los sollozos de las otras mujeres, del hedor ni de las ratas que correteaban a su alrededor. Mary se refugió en sus pensamientos, en la mirada divertida de Tench, en el brillo de su pelo y en sus afables modales. Durante unos minutos se había sentido limpia y había olvidado que no era más que una delincuente. Una especie de huida, un auténtico alivio.

Aunque quizás Tench no hubiera movido ningún hilo, al cabo de un par de días sacaron de la bodega a Mary, a Bessie y a un par de mujeres más, Sarah Giles y Hannah Brown, para que se encargaran de un trabajo. Los guardias se quedaban ahora en la bodega para comprobar que todas las prisioneras recibían su ración, estuvieran o no enfermas, lo cual había supuesto una gran mejora en el reparto de la comida. Mary se daba por satisfecha con ello, pero que la eligieran para salir a trabajar resultó una recompensa inesperada.

La tarea que les encomendaron fue lavar la ropa, principalmente camisas. Las mujeres tuvieron que subir cuatro pesadas cubas de madera a la cubierta desde la bodega, una tarea complicada con las cadenas, y luego bajar los cubos hasta el río atados con una cuerda para llenarlos de agua. Pero se alegraba de estar al aire libre, de ver la orilla y el verde exuberante de los campos y los bosques. A pesar de que los guardias no perdían detalle de sus movimientos y en ocasiones les lanzaban miradas lascivas y aterradoras, era un millón de veces mejor que seguir encerradas en la celda.

—¿Crees que podríamos lavarnos cuando hayamos terminado de hacer la colada? —le susurró Mary a Sarah mientras frotaban las camisas sucias con pastillas de jabón.

Sarah era una de las mujeres a las que las demás llamaban ramera. Era menuda, guapa y con una melena rojiza dorada. Tenía veinticinco años, dos hijos y era viuda. Su marido había desaparecido en alta mar cuando su barco naufragó durante una tormenta. Sarah dejó a sus hijos a cargo de su madre en St. Ives y se marchó a Plymouth. Su historia se parecía mucho a la de Mary: también acabó robando cuando no pudo conseguir trabajo. Llevaba ocho meses en el *Dunkirk*.

—Si quieres, nada te lo impide —dijo Sarah, que se rio como si le pareciera algo muy gracioso—. Pero espero que no lo hagas desnuda.

—Claro que no —respondió Mary ruborizada—. Me meteré en la cuba con el vestido puesto y aprovecharé para lavarlo también.

—¿Con las cadenas? —Sarah enarcó una ceja.

—Bueno, no puedo quitármelas —le espetó Mary.

Entonces miró a Bessie y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Te apetece tomar un baño?

Bessie se echó a reír y contagió a las demás. Sarah se frotó las manos con jabón y sopló las pompas; Hannah salpicó a Mary, que contraatacó golpeándola con una camisa mojada. Si los guardias las vieron, no intervinieron, y de repente pareció que se habían convertido en un grupo de chicas de excursión con la escuela dominical. Se reían, charlaban y cantaban. Bessie incluso se atrevió a bailar, arrastrando las cadenas de los pies al compás de la canción.

Cuando acabaron de tender las camisas, las cuatro mujeres quedaron fuera del campo de visión de los guardias.

—Venga, si quieres bañarte, hazlo ya —le dijo Sarah a Mary—. Antes de que

vaciamos las cubas.

Mientras Bessie y Hannah la observaban, tentadas de imitarla y a la vez temerosas de que las descubrieran, Mary se metió en la cuba y reprimió un grito a causa del frío. Eufórica por el roce casi sensual del agua con su piel, se echó a reír.

–Es maravilloso –dijo con voz entrecortada.

Mary se arrodilló para que el agua la cubriera hasta la cintura y miró a las otras mujeres para que se unieran a ella.

–Si os apetece, hacedlo ahora, antes de que nos pillen.

Bessie y Hannah se metieron en sus respectivas cubas sin dudarlo; la única que se contuvo fue Sarah, quien adujo que prefería montar guardia. Las tres mujeres se afanaron a frotarse el cuerpo y la ropa, conscientes de que no disponían de mucho tiempo, y no dejaron de sonreír al ver que la suciedad desaparecía.

Después de enjabonarse el pelo, Mary se sumergió varias veces en el agua. Cuando lo hizo por última vez, contempló horrorizada que dos guardias y un oficial la miraban fijamente. Un vistazo le bastó para comprobar que Bessie y Hannah ya habían salido de las cubas e intentaban escurrir el agua de los vestidos en vano. Sarah estaba pálida y alterada.

–No hacíamos ningún daño, señor –le dijo Mary al oficial.

Era un hombre corpulento con una nariz grande. Parecía estupefacto.

–Sólo queríamos aprovechar el agua antes de lanzarla por la borda. Ya hemos hecho la colada.

Mary no entendía por qué iban a querer castigarlas por haberse bañado. Pero se asustó al intercambiar una fugaz mirada con sus dos amigas empapadas. La tela mojada se ceñía a su cuerpo como una segunda piel y mostraba la curva de sus pechos y caderas, lo que provocó las miradas lujuriosas de los guardias. Consciente de que su propio cuerpo debía de estar también expuesto, se ruborizó.

–Lo siento, señor –dijo mientras intentaba salir de la cuba–. Pero no puede culparnos. Con la poca agua que nos dan, nunca podemos lavarnos.

–¿Por qué las mujeres siempre intentáis sacar partido de cualquier situación? –preguntó el oficial.

Mary miró a sus compañeras y supuso que el miedo las había dejado sin habla. El oficial era mayor que Tench, debía de tener al menos treinta años y hablaba con voz aguda y entrecortada. Sin embargo Mary no vio crueldad en

sus ojos, sólo desconcierto.

–¿Acaso no hubiera hecho usted lo mismo? –replicó Mary–. ¿Qué otra opción teníamos? La bodega en la que nos han encerrado no apestaría tanto si nos permitieran fregarla de vez en cuando, bañarnos y subir a cubierta para desentumecernos. Si metieran al ganado en el mismo lugar, se desencadenaría una revuelta.

A uno de los guardias se le escapó la risa, y el oficial lo fulminó con la mirada.

–Devolved a esas tres a la bodega –ordenó señalando a Bessie, Sarah y Hannah–. Yo me encargo de ésta.

Los guardias las obligaron a pasar a empujones entre las cuerdas del tendedero y dejaron a Mary a solas con el oficial. La muchacha intentó escurrirse la falda mientras esperaba que el hombre continuara.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Mary Broad, señor –respondió ella–. ¿Puedo saber su nombre?

Le pareció ver un atisbo de sonrisa. Se pasó los dedos por el pelo y le dedicó una sonrisa desafiante. Su madre y su hermana siempre le habían dicho que los tirabuzones que se le formaban cuando tenía el pelo mojado eran muy bonitos, y esperaba que fuera cierto porque estaba empapada y soplaba un viento gélido. Si empezaba a temblar, tendría un aspecto lastimoso.

–Teniente Graham –respondió el oficial–. Creo, Mary, que no eres consciente de la gravedad de tu situación.

Había oído hablar de ese hombre a los prisioneros. Tenía fama de ser un tipo peligroso cuando se enfadaba, pero en general lo consideraban un buen hombre.

–Sí que lo soy, señor –repuso ella con descaro–. Sé que perderé la vida antes de que llegue el día de mi deportación, a menos que tenga un golpe de suerte y que pueda bañarme y comer algo más de vez en cuando.

Graham la miró detenidamente, como si la estuviera desnudando con la mirada, y en ese momento Mary supo que la deseaba.

Había depositado sus esperanzas en Tench como posible salvador, y el teniente Graham iba a ser un mal segundo plato. Tenía el rostro seboso y fofo, y Mary sospechaba que la cuidada peluca que llevaba ocultaba una gran calva. Sin embargo, no iba a hacerle ningún daño tenerlo en la reserva en caso de que no pudiera tentar a Tench. A pesar de todo, la buena dentadura y la tez clara de Graham lo hacían menos repulsivo. Mary no buscaba un amor verdadero, sólo

sobrevivir hasta que se le presentara la oportunidad de huir.

–¿Estás insinuando algo? –preguntó Graham entrecerrando los ojos, que eran de un castaño anodino y no iban a desvelarla como habían hecho los de Tench.

–No insinúo nada, señor –dijo Mary, que hizo una reverencia y le lanzó una sonrisa insolente–. Me limitaba a exponer mi situación.

Graham le ordenó que regresara a la bodega, pero cuando el guardia le dio un brusco empujón para que atravesara la escotilla, supo que el teniente la observaba con interés.

En la celda, las mujeres que aún conservaban fuerzas suficientes para mostrar algo de interés por las demás estaban enfrascadas en una animada conversación sobre el baño. Cuando entró Mary, se hizo el silencio y todas la miraron.

–¿Qué ha ocurrido? –le preguntó Bessie, frotándose las manos con nerviosismo–. Temíamos que fueran a castigarte o...

Dejó la frase a medias, incapaz de añadir la palabra «violarte».

–Le he dicho que necesitamos más comida, aire fresco y limpiar esta pocilga.

A Mary no le apetecía dar mayor trascendencia al asunto. Seguía con la ropa húmeda, estaba helada y quería hablar en privado con Sarah.

Sin embargo, no tuvo la oportunidad de hacerlo hasta más tarde esa misma noche. Se quitó la ropa mojada, la colgó de un clavo del bao para que se secase y se ovilló bajo la manta, pero siempre que miraba hacia el otro lado de la bodega, Sarah estaba hablando con Hannah.

Había oscurecido casi por completo cuando Mary vio que Sarah se dirigía al bacín. Para entonces, la mayoría de las mujeres se habían acostado. Mary se levantó y se acercó hasta su amiga, cubierta con la manta.

–¿Podemos hablar cuando hayas terminado? –le preguntó con un susurro.

En la penumbra, vio que Sarah asentía con la cabeza.

Aquél era el lugar más indicado para hablar con ella, lejos de oídos indiscretos, pero sin espacio para ponerse en pie. Cuando Sarah acabó, se sentaron en un bao.

–¿Qué sucede? –preguntó Sarah.

–¿Quién es tu amante? –preguntó Mary, convencida de que era inútil andarse con sutilezas.

Sarah dudó. Estaba tan oscuro que Mary no pudo ver si la pregunta la

había ofendido.

–¿Es Tench o Graham? –insistió Mary.

–No, ninguno de los dos –murmuró Sarah–. Pero no deberías preguntar esas cosas, Mary.

–¿Por qué no? No me queda otro remedio, aunque sólo sea para saber a quién no debo darle coba.

–Es imposible tentar a Tench –dijo Sarah con un suspiro–. La mayoría de nosotras lo hemos intentado. Y te deseo suerte si vas a probarlo con Graham, es un tipo duro.

–¿Cómo puedo lograrlo? –preguntó Mary.

Más que verlo, notó que Sarah se encogía de hombros.

–Échale una mirada insinuante cuando le veas. Suele bastar para que luego te llamen con cualquier excusa. Pero no esperes conseguir demasiado, porque lo único que vas a llevarte será una gran decepción.

–¿Te quita las cadenas?

–A veces, pero no muy a menudo –dijo, fatigada–. Y ahora vete a dormir, no quiero contarte esas cosas, no es bueno para ti.

Mary percibió el deje de tristeza en la voz de Sarah y dedujo que el único motivo que la había llevado a tomar ese camino era la desesperación, pero que no quería contribuir a que otra chica siguiera su estela.

–Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para sobrevivir –dijo Mary, estrechando la mano de Sarah entre las suyas–. Es tan sencillo como eso. No creo que sea nada de lo que avergonzarse.

–Ya te avergonzarás cuando las demás te den la espalda –replicó Sarah, con la voz quebrada.

–Mejor eso que morir de hambre.

Transcurrida una semana, Mary seguía albergando la esperanza de que volvieran a llamarla para realizar algún trabajo. El tiempo había cambiado, hacía mucho calor y la bodega se había convertido en una caldera. Una noche murió una mujer llamada Elizabeth Soames, pero no lo descubrieron hasta el amanecer. Sin embargo, lo que más sorprendió a Mary fue que nadie pudiera decir nada sobre ella. Llevaba varios meses en el buque, pero no había trabado amistad con ninguna de las mujeres y nadie sabía nada acerca de su

vida.

–Estaba aquí cuando llegué –dijo Sarah cuando Mary le preguntó–. Por entonces ya había enfermado, apenas hablaba. Además, era muy mayor, no le des más vueltas.

Pero Mary no dejó de darle vueltas al asunto. Se preguntaba dónde la habían enterrado los guardias, si tenía familiares y si les habían comunicado la noticia. Todo aquello no hizo sino acrecentar sus ansias de huir.

Tan sólo halló consuelo reviviendo los recuerdos de su hogar. Creía que si se dejaba arrastrar por ellos olvidaría el calor, el hambre, los olores y a las otras mujeres. A veces se imaginaba a sí misma caminando por el sendero de Bodinnick con Dolly y su madre para tomar el bote que las llevaría a Lostwithiel. Mary sólo recordaba haber estado allí dos veces, la última cuando tenía doce años y Dolly, catorce, pero en ambas ocasiones brillaba el sol y hacía calor. Entonces se había sentado en la popa del bote, y recordaba haber dibujado surcos con la mano en el agua fría y clara.

Gran parte del trayecto discurría entre laderas empinadas y cubiertas por densos bosques cuyos árboles llegaban hasta la orilla, y las raíces se sumergían en el agua como los dedos nudosos de un pescador. Era un viaje fascinante: las libélulas sobrevolaban el río, las garzas aguardaban con paciencia en las aguas menos profundas y algún que otro ciervo asomaba tímidamente la cabeza entre los árboles. Los martines pescadores se posaban en las raíces de los árboles a la espera de algún pez incauto, y entonces se lanzaban en picado, con un magnífico destello turquesa, y volvían a salir con su preciado trofeo plateado en el pico.

Lostwithiel era el lugar más alejado que había visitado Mary antes de su marcha a Plymouth. Tal vez no fuera más grande que Fowey, pero para ella resultaba siempre emocionante porque hasta allí llegaban coches de caballos de ciudades tan lejanas como Bristol y Londres. Mary observaba con ojos desorbitados a los pasajeros que descendían de los vehículos, maravillada con los preciosos vestidos y sombreros que lucían las mujeres, incapaz de dejar de preguntarse por qué, si eran tan ricas e importantes para viajar desde tan lejos, no parecían más felices.

En su último viaje, su padre les había dado una moneda de dos peniques a cada una para que la gastaran en lo que quisieran. Mientras su madre compraba telas para coser ropa nueva, Mary y su hermana inspeccionaron todas las tiendas y puestos de mercado antes de decidir en qué iban a gastar el

dinero. Dolly se compró unas margaritas de tela para adornar su sombrero de los domingos, y Mary invirtió su moneda en una cometa. Su hermana la tachó de tonta por malgastar los dos peniques en algo que podía fabricar en casa, y que, además, no era un juego de niñas.

A Mary no le importaba ser la única niña que hiciera volar una cometa y creía que la tonta era su hermana por querer llevar margaritas en el sombrero. Además, las cometas caseras pesaban tanto que no volaban bien; la suya era de papel rojo con colas amarillas, y el cordón estaba encerado para que se deslizara con suavidad entre los dedos.

Al día siguiente, después de misa, Mary subió con la cometa a lo alto de una colina cercana al pueblo. Dolly la acompañó, pero sólo porque quería lucir el nuevo adorno de su sombrero. Como sucedía siempre que hacía buen día y soplabla la brisa, había muchos chicos haciendo volar cometas. Todos miraron a Mary con envidia cuando echó a volar la suya sin apenas esfuerzo y enseguida se alzó y cobró altura, muy por encima de sus cometas caseras.

Dolly dejó a un lado sus prejuicios sobre el hecho de que fuera un juego de niños porque había varios chicos que le gustaban, especialmente Albert Mowles, y convenció a Mary para que le dejara sujetar la cometa y llamar así la atención del muchacho.

De repente sopló una fuerte ráfaga de viento y, horrorizada, Mary vio que Dolly dejaba que el cordel se le escurriera entre los dedos. La cometa salió volando, arrastrada por el viento, en dirección a la playa de Menabilly.

Todos los niños la persiguieron y algunos incluso abandonaron las suyas, mucho peores, para ayudar a rescatarla. Mary recordaba que corrió como el viento, decidida a ganar a los chicos que habían empezado a chillar ante tan inesperada diversión.

De repente, el viento dejó de soplar y la cometa cayó en picado sobre las rocas que había junto a una pequeña playa. La marea estaba baja y Mary, sin reparar en que llevaba el vestido y los zapatos de los domingos, siguió corriendo a toda velocidad y cruzó las algas, la arena y el barro, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera salvar la cometa.

Por el camino, tropezó con una roca medio enterrada en la arena y se dio de bruces. Fue Albert quien alcanzó la cometa y regresó para ayudarla a levantarse.

—Eres más rápida que la mayoría de los chicos —le dijo con un gesto de admiración.

Ahora, mientras sudaba en la apestosa bodega, pensó que debería recordar los azotes que le dio su madre cuando regresó a casa empapada y manchada de barro, o la mirada fulminante que le dirigió su hermana cuando fue Mary quien recibió los halagos de Albert. Quizás habría sido más sensato hacer caso de las advertencias de su padre, quien siempre le decía que las chicas que se comportaban como chicos acababan tomando el mal camino.

Sin embargo, ni entonces ni ahora nada de eso le parecía importante. Nada podía empañar la emoción de ver la cometa roja alzándose en el cielo, de notar la calidez del sol en la cara y el roce de la suave hierba en los pies, de sentir la dicha de correr libre, de contemplar la belleza de aquella playa adonde iba a menudo a coger cangrejos y mejillones. Ahora más que nunca era importante aferrarse a esos recuerdos, pensar que ella era la cometa, que luchaba por ser libre. ¿Acaso no le habían dicho en la escuela dominical que si rezaba con toda su alma por algo, acabaría consiguiéndolo?

Aun así, le costaba creer que Dios escuchara sus plegarias. ¿Sabía o siquiera le importaba que estuviera aterrorizada ante la perspectiva de no regresar jamás a Fowey? ¿Era demasiado pedir que le permitiera volver a la colina y contemplar su bonito pueblo mientras se ponía el sol? ¿Que le permitiera ver el regreso de las barcas de pescadores, cargadas con sardinas plateadas que no dejaban de colear, u oír cantar a los hombres en la taberna del puerto?

Los ojos se le anegaron en lágrimas al recordar que había perdido la oportunidad de hacer que sus padres se sintieran orgullosos de ella, que no podría bailar en la boda de Dolly. Mary sabía que su comportamiento los había llevado por el camino de la amargura, pero también sabía que, a pesar de todo, la querían. ¿Qué pasaría cuando supieran que no regresaría jamás?

Justo cuando Mary empezaba a creer que aquel calor nunca les daría un respiro y que iba a pasar el resto de su vida en la bodega, volvieron a llamarla. En esta ocasión, las elegidas fueron sólo Sarah y ella.

Aunque estaba convencida de que su compañera había mediado en la decisión, pues había pasado dos noches fuera de la bodega desde el día de la

colada, no se lo dijo. Una vez más les ordenaron que lavaran las camisas, y cuando estaban sumergiendo los cubos en el agua vieron a un grupo de prisioneros a los que también habían sacado para trabajar.

Aunque Mary hablaba a menudo con los hombres a través de la reja y podía poner nombre a las distintas voces, no sabía qué aspecto tenía ninguno de ellos. Sin embargo, cuando vio a un hombre corpulento, de un más de un metro ochenta de estatura, con el pelo rubio y rizado, barba tupida y ojos azul pálido, supo con certeza que se trataba de Will Bryan, el hombre que encandilaba a la mayoría de las mujeres.

También le gustaba a Mary, principalmente porque era de Cornualles y conocía bien Fowey. Habían hablado en varias ocasiones, pero cuando la emoción inicial de encontrar a alguien con quien compartir los recuerdos de su pueblo se desvaneció, empezó a darse cuenta de que no era más que un fanfarrón.

Presumía de ser uno de los pocos hombres condenados por contrabando, algo que a Mary le resultaba extraño. Se trataba de un delito que acostumbraba a quedar impune, ya que todos en Cornualles, desde los más pobres hasta la aristocracia, lo practicaban de un modo u otro. Puesto que se dedicaba a la pesca y tenía su propia embarcación, era de esperar que Will conociera bien la irregular costa de la zona y que poseyera las habilidades necesarias para hacer llegar a tierra la mercancía de contrabando; sin embargo, Mary estaba convencida de que había cometido algún otro delito y no le gustaba que su paisano se considerase el prisionero más listo y curtido a bordo del *Dunkirk*.

Aun así, cuando lo vio en persona no le quedó más remedio que admitir que era un hombre atractivo. Ni siquiera la mugre podía estropear sus bien definidas facciones, del mismo modo en que la camisa abierta no podía ocultar su cuerpo musculoso. Su pelo rubio brillaba bajo el sol, sus ojos azules chispeaban y tenía la piel tostada de trabajar al aire libre. Debía de ser un par de años mayor que Mary y, a pesar de que llevaba más de un año en el buque, aún parecía estar en forma y gozar de buena salud. Saltaba a la vista que había encontrado algún modo de conseguir raciones extra, lo que demostraba que era un hombre de recursos.

—¿Quiénes sois vosotras? —gritó como si estuvieran en el mercado y no fueran prisioneros encadenados.

—Yo soy Sarah y ésta es Mary Broad —respondió Sarah—. ¡Hace un buen día para trabajar al aire libre!

–No me importa deslomarme trabajando si puedo ver a dos bellezas como vosotras –añadió con descaro, un comentario que provocó la risotada de su compañero–. Si podéis escaparos más tarde, nos vemos en la taberna y os invito a un trago.

Mary no pudo reprimir una sonrisa. Que un hombre que estaba a punto de empezar una jornada de diez horas cargando rocas aún tuviera ánimos para bromear era un gesto digno de admiración.

–Yo os invitaré a dos tragos a cada una, queridas –añadió otro hombre.

Tenía acento irlandés y Mary supo de inmediato de que debía de ser James Martin, el hombre que las hacía reír con sus halagos floridos y a menudo picantes. Al contrario que Will, James decepcionaba en persona. Una gran nariz dominaba su rostro descarnado y tenía el pelo castaño y lacio, las orejas grandes, los hombros encorvados y los dientes marrones.

–Creía que un ladrón de caballos tendría un aspecto más imponente –le dijo Mary a Sarah mientras los hombres bajaban por la escalera al bote que los esperaba.

Sarah se rio.

–Ése tiene más cara que espalda –dijo–. Y no atrae a las mujeres precisamente por su aspecto.

–¿Quiénes eran los otros dos que acompañaban a Will? –preguntó Mary.

Uno era pelirrojo y pecoso, y debía de rondar su misma edad. El otro, más joven, pequeño, nervioso y con unas facciones muy marcadas, de pajarito, no podía haber cumplido los diecisiete años.

–El joven tenía una sonrisa bonita –señaló Mary.

–Llegaron más o menos cuando lo hice yo. El pelirrojo se llama Samuel Bird y es algo taciturno, no es de los que te alegran el día como Will y James –dijo Sarah con una sonrisa–. Y el pequeño se llama Jamie Cox. No es muy parlanchín. Imagino que es demasiado tímido, pero tiene suerte de que Will y James Martin velen por él. De no ser por ellos, no quiero ni pensar en lo que le harían esos salvajes de ahí abajo.

Mary le preguntó a qué se refería, y Sarah negó con la cabeza.

–Si no lo sabes, no voy a ser yo quien te lo cuente. Los hombres son capaces de cosas que es mejor no mencionar.

Cuando los prisioneros fueron trasladados a la orilla, el silencio se apoderó de la cubierta. Las mujeres notaban el calor del sol en los brazos y la cabeza, y el agua rielaba con la calima. Ambas se dedicaron a frotar las camisas en un agradable silencio, sin necesidad de hablar mientras disfrutaban de la suave brisa, los gritos de las gaviotas y el leve balanceo del barco en el agua.

Más tarde, cuando hubieron aclarado las primeras camisas con agua limpia, ambas se bañaron, riendo con gran alegría mientras se frotaban el pelo mutuamente. Los dos guardias, que descansaban sobre unas cajas situadas algo más lejos mientras fumaban una pipa, no abrieron la boca. Tal vez el calor del sol también les había suavizado el carácter.

La ropa de las mujeres se secó enseguida mientras subían el agua limpia para la segunda tanda de camisas, pero Mary se horrorizó al comprobar lo desteñido y gastado estaba su vestido. Un par de lavados más y se desintegraría.

—¿Qué haremos cuando esta ropa sólo sirva para harapos? —le preguntó a Sarah.

Muchas de las mujeres ya iban medio desnudas, aferradas a los últimos vestigios de sus harapos para ocultar sus cuerpos.

—Mi hombre me regaló este vestido —dijo Sarah, bajando la mirada—. Pide siempre ropa y comida, Mary, no dejes que se aproveche de ti a cambio de nada.

Mary lanzó una mirada pensativa a su amiga. Su vestido de algodón azul no era muy elegante y le quedaba algo grande, pero era el mejor de la bodega. Supuso que, con aquella preciosa melena de un pelirrojo dorado y sus ardientes ojos oscuros, Sarah había atraído todas las miradas en Penzance.

—¿Es horrible? —preguntó con un susurro—. Nunca lo he hecho.

Sarah lanzó un suspiro.

—Yacer con mi marido era maravilloso —dijo, con la voz quebrada—. La primera vez me dolió un poco, pero él siempre era muy delicado y yo le quería. Me temo que tu experiencia será algo distinta. Los hombres de aquí no van a preocuparse por tus sentimientos. No eres más que un cuerpo cálido para que ellos lo usen a su antojo.

—¿Puedo hacer algo para que resulte más agradable? —preguntó Mary, nerviosa.

—No opongas resistencia, finge que te gusta —dijo Sarah con un suspiro—. Pero no creas que llegará a amarte. Recuerda que, después de todo, sólo

somos presidiarias.

## Capítulo tres

Alrededor de mediodía Watkin Tench regresó al buque a bordo de un pequeño bote. A Mary le dio un vuelco el corazón cuando oyó su voz. Sin embargo, siguió echando el agua de la cuba por la borda, esperando a que apareciera.

Cuando lo vio subir a cubierta, Mary sonrió. Tench llevaba camisa y pantalones blancos y tenía la cara empapada en sudor. Parecía acalorado y exhausto, pero eso lo hacía aún más atractivo.

Tench inclinó levemente la cabeza al ver a las dos mujeres.

–Buenos días, Sarah, Mary. Espero que hoy os hayáis comportado.

Por el tono desenfadado y el deje divertido de su voz, estaba claro que la anécdota del baño había llegado a sus oídos. Mary se preguntó qué habría dicho al saber que lo habían repetido, pero sus vestidos estaban ya casi secos y las dos mujeres estaban acabando de escurrir la colada para retrasar el momento de regresar a la bodega.

–Nos comportaríamos aún mejor si tuviéramos algo que comer –le dijo Mary con descaro–. ¿Sería posible?

Sarah se volvió sorprendida ante el atrevimiento de su amiga.

–¿No os basta con salir unas cuantas horas de la bodega? –preguntó Tench, acercándose a ellas sin el menor atisbo de enfado.

Mary decidió entonces que no podía dejar escapar la oportunidad de intentar ganarse su favor.

–Oh, sí, señor, estamos sumamente agradecidas de que nos hayan permitido subir aquí y ver los bosques y los campos, oír el canto de los pájaros y sentir el sol en la cara –dijo intentando contener la risa, consciente de su falta de sinceridad–. Si nos encomendaran esta tarea a diario, no volvería a quejarme nunca más.

Tench sonrió y Mary vio el contraste de los dientes blancos con la piel bronceada.

–Háblame de ti, Mary –le pidió el oficial–. Y tú también, Sarah.

Mary pensó que, por una vez, el destino le sonreía. Tench se sentó sobre una caja para charlar relajadamente con ellas y los guardias se mantuvieron alejados. En ese momento, podrían haber pasado por dos chicas corrientes que conversaban con un amigo después del trabajo.

Mary dejó que Sarah tomase la palabra. Habló de la muerte de su marido, de sus hijos y confesó que tenía miedo de no volver a verlos jamás. Luego explicó que sus padres ya no tenían edad para cuidar de los niños y que, si fallecían, sus hijos acabarían en un asilo para pobres.

Tench la escuchó con verdadera atención. Mary se fijó en cómo apretaba los labios, como si le indignara que no se hubieran tenido en cuenta las circunstancias familiares de Sarah cuando se dictó sentencia.

La historia de Mary era muy breve. Le contó que su familia era de Fowey y que había abandonado el pueblo para marcharse a Plymouth en busca de trabajo.

—Ahora desearía haberme quedado en casa —dijo con arrepentimiento, mientras Sarah se apartaba discretamente para echar un vistazo a la ropa tendida—. Me apena pensar que no volveré a pisar Cornualles, ni a ver a mi familia.

En cierto modo, Mary esperaba que Tench le llevara la contraria, que le dijera que siete años no eran tanto, pero su gesto serio la convenció de que no había esperanza.

—Las mujeres tienen más dificultades que los hombres para regresar —dijo el oficial—. Cuando un convicto cumple su condena, puede embarcar de vuelta a Inglaterra.

No fue necesario que añadiera que a las mujeres se les negaba esa posibilidad y que, por tanto, se veían obligadas a quedarse.

—Yo regresaré —repuso ella con determinación—. De un modo u otro. Pero ¿sabe dónde van a enviarnos?

Tench se encogió de hombros.

—Se habla de la bahía de Botany, en Nueva Gales del Sur, el país que descubrió el capitán Cook. Pero sigue siendo una zona inexplorada, por lo que nadie puede confirmar ni negar que sea una propuesta viable. América ha conseguido la independencia, y está descartada. Y los intentos en África también han terminado en fracaso.

—Si nos quedamos en el *Dunkirk* moriremos todos —dijo Mary, apesadumbrada.

Tench lanzó un suspiro.

–Estoy de acuerdo contigo en que la situación es mala, pero ¿qué puede hacer el gobierno? Las cárceles están superpobladas.

Mary tuvo la tentación de replicar que, si no enviaran a la cárcel a la gente que cometía delitos menores como robar un pastel, no existiría ese problema. Pero quería mantener la atención de Tench, no que el oficial huyera a toda prisa.

–Hábleme de usted, señor –le preguntó–. He oído que participó en la guerra de América.

–Así es –sonrió con arrepentimiento–. Y me hicieron prisionero de guerra. Tal vez por eso sienta más compasión hacia los presos que los demás marinos. Además, me crie en Penzance, por lo que soy consciente de lo dura que es la vida en Cornualles para la mayoría de la gente.

Mary se sentó en la cubierta, junto a la cuba, embelesada mientras Tench le contaba sus felices recuerdos de infancia en Penzance. Procedía de un mundo totalmente distinto al suyo: una casa grande con servicio, un internado en Gales, una familia con un apellido famoso y dinero... Sin embargo, los unía su amor por Cornualles, y el interés y afecto que sentía Tench hacia la gente corriente. Era capaz de pintar vívidos retratos de su vida en la Armada, en América y en Londres con sólo unas pocas palabras.

–Ahora tengo que irme –atajó de repente, acaso consciente de que la charla se había alargado más de lo debido–. Vacíad esa cuba y recoged. Haré que os traigan algo de comida.

–No es de los que buscan una amante –le dijo Sarah bruscamente en cuanto Tench se hubo alejado.

Sarah había guardado silencio mientras Mary hablaba con el oficial, limitándose a asentir y sonreír de vez en cuando.

–No conseguirás de él lo que estás buscando.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Mary, dolida porque creía que Sarah se estaba burlando de ella.

–Conozco a los hombres –se limitó a responder–. Y él pertenece a la clase de los que se reservan para la mujer con la que contraigan matrimonio. Un hombre de los que no abundan.

Mary creyó que Sarah se había equivocado al ver que Tench regresaba para darles un pedazo de pan, queso y una naranja. Pero cuando el oficial las instó a que acabaran de recogerlo todo y regresaran a la bodega, Sarah miró

fijamente la delgada figura que se alejaba por cubierta y suspiró.

–Es un hombre bueno y amable –dijo–. Si logras mantener su interés, siempre te ayudará, Mary. Pero no esperes recibir su amor a cambio, ni compartir su cama. Los de su clase no se enamoran de convictas.

El pan y el queso tenían un poco de moho, pero no les importó. A fin de cuentas, podían comer algo sólido. El sabor de la naranja, un auténtico lujo incluso antes de que las encarcelaran, hizo que se estremecieran. La devoraron con avidez, hasta la corteza, relamieron hasta la última gota de zumo que les corría por la barbilla y estallaron en carcajadas.

Acababan de vaciar la última cuba por la borda cuando apareció el teniente Graham. Llevaba el uniforme completo y parecía muy acalorado e irritable.

–Ya es hora de que volváis a la bodega –les espetó.

–Íbamos a recoger la ropa seca para doblarla –repuso Mary.

El sol le había tostado la cara y los brazos, sentía la quemazón habitual y sabía que iba a dolerle durante unos cuantos días. Pero se sentía libre, incluso feliz, y aún no quería volver a la bodega.

–Mis hombres se encargarán de ello –dijo Graham, fulminándola con la mirada–. Conozco a las mujeres, y seguramente queréis robar una o dos.

–Se equivoca, señor –dijo Mary, indignada–. Sólo queríamos terminar lo que hemos empezado.

Graham se apoyó en el mástil cortado y las miró con desdén.

–¿Ah, sí? Pues yo creo que estaríais dispuestas a vender vuestra alma por un vestido nuevo, por comida o por una gota de ron.

Mary miró a Sarah, vio su gesto de preocupación y supuso que ya había hecho correr la voz de que Mary estaba dispuesta a convertirse en compañera de cama. Después de hablar con Tench ya no tenía ningún interés en Graham, pero el sentido común le decía que no debía descartarlo.

–No vendería mi alma –señaló Mary–. Y tampoco me he planteado vender mi cuerpo. Al menos por ahora.

–Las mujeres sois todas unas ramera –replicó Graham con maldad–. Ahora, acabad el trabajo y volved a la celda.

Las palabras del oficial la hirieron, pero mientras subían la cuba para vaciarla, Mary notó cómo la mirada de Graham se deslizaba por sus piernas. Se había recogido el vestido en la cadena de la cintura y después había olvidado volver a soltar la falda.

Lo miró a los ojos y le hizo un guiño con descaro. No le cabía la menor duda de que, a diferencia de Tench, a Graham sí que podría tentarlo.

Durante las semanas que siguieron, Mary salió a trabajar con regularidad. A veces sólo con Sarah, y a menudo con otras mujeres. Pero no tardó en darse cuenta de que siempre la elegían a ella, ya fuera para lavar, para zurcir o para pelar verduras. Por desgracia, no podía saber si era Tench o Graham quien la elegía.

En casi todas las ocasiones vio a ambos hombres, y aunque Tench no se detenía a hablar durante mucho rato, casi siempre le daba algo de comer. Graham, por su parte, cada vez se entretenía más tiempo con ellas, y a menudo llamaba a Mary con la excusa de reprenderla por cualquier motivo.

Aquel hombre la desconcertaba. Podía ser muy brusco e incluso malvado, pero de vez en cuando mostraba un gesto de auténtica bondad, como la ocasión en la que Mary se clavó una astilla en el pie. Varias mujeres habían intentado sacársela sin éxito. Al final del día apenas podía tenerse en pie y cuando Graham la vio cojear, la llamó.

–¿Qué te pasa en el pie? –le preguntó.

Mary se lo explicó y Graham le pidió que se lo enseñara. Ella le dio la espalda y, con cierta dificultad por culpa de las cadenas, dobló la rodilla y levantó el pie.

–Se ha encarnado –dijo Graham–. Voy a buscar una aguja para sacártela.

A continuación, ordenó a las demás mujeres que regresaran a la bodega y le dijo a Mary que se quedara donde estaba.

–Siéntate –le indicó bruscamente cuando regresó con una aguja y un frasco lleno de líquido.

Mary obedeció, el oficial se sentó en una caja ante ella y apoyó el pie de la joven sobre su rodilla. Aunque le dolió el pinchazo, al final Graham logró sacarle la astilla. Después le frotó la herida con el líquido del frasco y Mary lanzó un grito al notar el escozor.

–Es para matar la infección –dijo Graham–. Ahora véndatelo y procura que no se te ensucie hasta que se haya curado.

–Eso será difícil en la bodega –replicó ella.

–¿Nunca te cansas de quejarte? –preguntó Graham, sin soltarle el pie.

En ese instante, Mary supo que el teniente sentía un verdadero interés por ella.

–Si cree que esto es quejarse, deje que me explaye un poco –añadió ella con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿De qué quiere que le hable? ¿De la mugre, de la peste o de la falta de comida decente?

Mary se rio para suavizar un poco sus palabras.

–Pero no quiero que le sienta mal la cena. Ha sido muy amable por curarme el pie.

Graham no dijo nada, pero no apartó la mano de la pierna de Mary y empezó a acariciársela, justo por encima del grillete.

–Eres más limpia que las otras –dijo Graham, con un tono más grave e íntimo de lo habitual–. Eso me gusta. Y no querría que se te infectara la herida.

–Estar limpia es una manera de sobrevivir en esta prisión –le espetó ella–. Ése es mi objetivo, sobrevivir a toda costa.

Entonces el teniente sonrió y una expresión de cariño iluminó su orondo rostro. Por un segundo, casi le pareció un hombre atractivo.

–¿A toda costa? –preguntó, enarcando una ceja.

Mary no osaba mirarlo. Suponía que Graham quería que le dijera claramente que estaba a su disposición, y saber que podía tomarla por la fuerza si lo deseaba hizo que Mary se ablandara un poco.

–Nunca he estado con un hombre –dijo en voz baja, sin levantar la mirada–. Mi intención siempre ha sido esperar al matrimonio, pero ahora sé que eso no sucederá. Podría morir de hambre antes de ver el país al que quieren enviarme, así que, si un hombre me ofreciera comida y un vestido nuevo, creo que haría lo que él quisiera a cambio, siempre que fuera amable.

–¿No te importa que no sea amor?

A Mary le pareció una pregunta extrañamente sensible dada la situación. No era lo que esperaba de un hombre de su clase.

–El amor no es para las mujeres como yo –dijo–. Me conformo con los buenos sentimientos.

Entonces Graham le ordenó que regresara a la bodega, pero cuando se levantó le dio una tira de algodón para que se vendara el pie.

–Que no se ensucie –fue su único comentario.

Pero sus ojos le dijeron mucho más.

Mary pasó la noche en una disyuntiva. Quería a Watkin Tench: lo que sentía por él trascendía la mera gratitud, pero creía que Sarah tenía razón cuando le decía que Tench nunca tomaría a una mujer con la que no estuviera casado. Sin embargo, si permitía que Graham se saliera con la suya y Tench lo averiguaba, la despreciaría.

A lo largo de la semana siguiente no pudo pensar en otra cosa. ¿Era más noble morir de hambre que perder la dignidad, o luchar por la supervivencia con las únicas armas de que disponía?

La larga racha de calor llegó a su fin con una aterradora tormenta que obligó a cerrar las escotillas durante días, mientras llovía a cántaros. El viejo buque crujió y se estremeció, y las cuadernas gimieron como si fueran a partirse en dos. Día tras día, a las mujeres no les quedó más remedio que aguardar tumbadas en los bancos, en la oscuridad, escuchando los gritos de aquellas que habían enfermado. El aire infecto y viciado se volvió aún más irrespirable.

Rose, el bebé que había nacido con problemas de salud, fue la primera víctima, y al día siguiente murió su madre y la mujer con la que compartían cama. Al cabo de veinticuatro horas ya eran ocho las mujeres con fiebre, y una docena más, incluida Mary, tenían vómitos y diarrea. La mayoría estaban tan débiles que ni siquiera podían llegar a los bacines y yacían rodeadas de sus propias heces.

Entonces Mary se percató de que las únicas mujeres que no estaban enfermas eran las supuestas ramera. Sólo ellas se encontraban lo bastante bien como para secar la frente a las mujeres que habían caído víctimas de la fiebre, para ofrecerles una palabra de consuelo. Incluso Mary, que siempre se había considerado fuerte, apenas podía arrastrarse hasta el bacín.

Fue entonces cuando decidió que la supervivencia era mucho más importante que la moralidad.

Al final, la lluvia amainó y se abrieron de nuevo las escotillas. Comprobaron que, bajo las camas, había treinta centímetros de agua de pantoque emponzoñada con vómitos y excrementos. La enfermedad se había cobrado dos víctimas más. Los hombres llamaban a las mujeres a través de la reja, pero su situación era igual de grave. Mary oyó que Able, su compañero de celda en Exeter, había muerto, así como un chico de apenas quince años y dos de los hombres de mayor edad.

Una mañana habló con Will Bryant: ni siquiera él mostraba el mismo

desparpajo ni la confianza de antes.

–Si es el tifus lo que nos afecta, moriremos sin remedio –dijo apesadumbrado–. Tenemos que encontrar el modo de que limpien las bodegas. Hay más ratas que nunca y temo por todos nosotros.

–Intentaré hacer algo –dijo Mary.

–¿Qué va a hacer una cosita como tú? –preguntó Will con arrogancia.

–Puedo implorarles clemencia –repuso con decisión ante el tono de duda de Will.

–Inténtalo, pero no servirá de nada. Quieren que muramos todos, así luego podrán llenar el buque con nuevos presos y dejar que también mueran. Y se ahorrarán una fortuna.

–Eres una deshonra para los hombres de Cornualles –le gritó Mary–. Esa actitud no le servirá de ayuda a nadie.

–Si logras que limpien las bodegas, me casaré contigo –replicó Will, soltando una sonora carcajada.

–Ten cuidado, porque podría obligarte a cumplir esa promesa –gritó Mary.

Sarah esbozó una débil sonrisa cuando Mary le contó lo que pensaba hacer.

–Los guardias no harán bajar a Tench ni a Graham hasta aquí –dijo–. No te harán ningún caso.

–Tengo que intentarlo –insistió Mary.

Era inútil aporrear la puerta, de modo que Mary esperó hasta que el guardia bajó y ordenó a dos mujeres que sacaran el bacín. En cuanto abrió la puerta, se abalanzó sobre él.

–Tengo que ver al teniente capitán Tench o al teniente Graham –le pidió.

–Que te zurzan –replicó el guardia apartándola con el palo–. No te saldrás con la tuya.

–Claro que me saldré con la mía –repuso Mary, que agarró al hombre del brazo–. Como no transmitas este mensaje a alguno de los dos de mi parte, haré que te castiguen.

–¿Tú harás que me castiguen? –se burló el guardia entrecerrando sus estrechos ojos–. ¿Crees que hay alguien en este barco dispuesto a hacerle de

recadero a una maldita delincuente?

–Muy bien, tú mismo –insistió Mary en tono amenazador–. Pero te lo advierto: transmíteles mi mensaje, o atente a las consecuencias.

–Que te zurzan –repitió el guardia, con menos convicción esta vez.

A continuación, ordenó a dos mujeres que sacaran los cubos y mantuvo a Mary a raya con el palo.

–Díselo –gritó ella cuando el tipo cerró la puerta con llave–. Díselo o estarás acabado... Es importante.

Mary volvió a probar suerte cuando las mujeres regresaron con los cubos vacíos, pero fue en vano. Las horas pasaron lentamente y, cuando comprendió que no iba a bajar nadie, dirigió la mirada hacia la escotilla, vio el cielo gris y rompió a llorar. El número de mujeres que caían en las garras de la fiebre aumentaba y temía que, si nadie hacía algo por ellas, todas habrían muerto al cabo de una semana.

–Has hecho cuanto has podido –le dijo Sarah en un intento de consolarla–. Will estaba en lo cierto: no les importa que muramos.

–Puede que a la mayoría de esos hombres no les importe, pero me niego a creer que Tench y Graham sean así –respondió Mary–. Me niego.

No sabía qué hora del día era porque no podía ver el sol, pero tenía la sensación de que había empezado a ponerse cuando entró un guardia y gritó su nombre.

–Sube a cubierta –le ordenó.

Aunque no se trataba del mismo hombre al que había amenazado antes, debía de saber lo que había sucedido porque no se atrevió a rozarla siquiera con el palo. Cuando Mary llegó a lo alto de las escaleras, respiró hondo para llenarse los pulmones de aire limpio y sintió un leve mareo.

El teniente Graham se encontraba en cubierta.

–¿Querías verme? –preguntó.

Mary se desahogó.

–Hay que limpiar las bodegas –suplicó–. Si no lo hacemos, la fiebre nos matará a todos.

Graham se mantuvo impassible, una actitud que enfureció a Mary.

–Si los de ahí abajo enfermamos, acabaremos contagiando también a los oficiales –dijo con vehemencia–. Por el amor de Dios, haga algo, no querrá que pese sobre su conciencia la muerte de la tripulación entera de un barco, ¿verdad?

Graham la miró muy fijamente.

–Y ¿qué harás por mí si accedo a lo que me pides?

Mary tragó saliva. No esperaba que el teniente fuera a mercadear con ella.

–Lo que quiera –contestó.

–No quiero que hagas nada de mala gana –dijo Graham.

Por primera vez, Mary vio una expresión nerviosa en el rostro de aquel hombre.

–Yo tampoco quiero que ayude a los que estamos en la bodega de mala gana –replicó ella.

Graham apartó la mirada y la dirigió al mar. Mary supo que estaba luchando con su conciencia, debatiendo consigo mismo si iba a ceder a las peticiones de Mary porque la deseaba, pero no por si iba a dejar que los prisioneros murieran por falta de aire limpio.

Después de lo que pareció un silencio interminable, se volvió hacia ella.

–Daré la orden de que se limpien las bodegas –dijo con seriedad–. Ven a verme cuando las demás mujeres hayan regresado abajo.

Cuando acabaron de limpiar las bodegas ya había oscurecido. Las mujeres habían salido a cubierta, donde les habían servido la sopa y el pan de la cena, mientras los guardias bajaban a cumplir con su tarea. Para las mujeres que no habían salido de la bodega desde que las trasladaran al buque, aquello fue más de lo que podían asimilar. Asustadas, se pusieron en cuclillas, temblando bajo el frío soplo de la brisa, con la mirada apagada, como si las cegara la luz del sol.

Mary se sorprendió al ver el estado en que se encontraban algunas de sus compañeras. En la penumbra de la bodega no había podido apreciar el horror y la gravedad de la situación. Algunas mujeres eran sólo piel y huesos, y todas estaban muy pálidas, demacradas y apáticas. Tenían la piel y el pelo tan impregnados de suciedad que iban a necesitar más de un baño para desprenderse de la mugre. Vio llagas ulcerosas provocadas por el roce de los grilletes, una plaga de piojos y mordeduras en los delgados brazos y piernas que sólo podían achacarse a las ratas. Por desgracia, comprendió que la limpieza de la bodega no sería de gran ayuda a menos que les dieran mejor

comida. Dudaba que todas ellas lograsen sobrevivir hasta el momento de la deportación.

Cuando los guardias regresaron a la cubierta, empapados en sudor tras el esfuerzo e impregnando el aire con el intenso olor del vinagre, Mary empezó a temblar de miedo al pensar en lo que se avecinaba.

Sabía qué implicaba acostarse con un hombre. En un pueblecito como Fowey no había intimidad, y había oído a sus padres haciéndolo en la oscuridad. Durante su estancia en Plymouth también había sido testigo de ello en varias ocasiones, por lo que el acto en sí no le daba miedo. Thomas la había besado con pasión y no se habría negado a que la tomara. Pero había una gran diferencia entre ser seducida y ser obligada a someterse.

Además del miedo de que la poseyera un hombre al que apenas conocía, estaba la información que le había proporcionado Sarah, quien le había contado que, aunque los oficiales hacían la vista gorda cuando uno de los suyos se acostaba con una convicta, eso no impedía que los hombres se confabularan después para azotarla si se sentían agraviados de algún modo por ella. Mary supuso que, después de haberse atrevido a quejarse del estado de las bodegas, a partir de ese momento pasaría a ser una mujer estigmatizada.

El teniente Graham apareció justo cuando los guardias ordenaban a las convictas que regresaran a las bodegas. Le hizo un gesto a Mary para que lo siguiera hasta la popa del barco y desapareció en una de las casetas.

Cerró la puerta con llave en cuanto Mary hubo entrado. El lugar se parecía mucho a la habitación en la que había estado con Tench: era diminuta y la ocupaban un camastro, un escritorio y un par de taburetes. Graham encendió una vela del escritorio y fue entonces cuando Mary vio la bañera.

—¿Para mí? —preguntó.

—Sí. Apesta —respondió Graham, algo avergonzado—. Lávate bien, y enjabónate el pelo. Volveré más tarde.

—¿Me las quitas?

Mary señaló las cadenas. Graham vaciló unos segundos, señal de que nunca antes había hecho aquello, pero entonces se sacó una llave del bolsillo y le soltó los grilletes de los tobillos y la cadena de la cintura. Se fue sin decir nada más.

Por un momento, Mary se sintió embargada por una inmensa sensación de alegría al verse sin las cadenas. Poder moverse con facilidad sin oír el odioso tintineo con el que había convivido durante tanto tiempo era una bendición. Sin

embargo, al cabo de unos minutos recuperó la serenidad y se acercó a la puerta para probar suerte. Estaba cerrada, claro, tal y como esperaba, y los dos ojos de buey eran tan pequeños que no podía salir por ellos, por lo que se desnudó y se metió en la bañera.

Comprobó con gran placer que el agua estaba caliente, y el jabón que Graham le había dejado no era tan basto como el que les daban para lavar la ropa. La bañera en sí era pequeña y sólo le permitía arrodillarse, pero la sensación era muy agradable, sobre todo ahora que no sentía el peso de las odiosas cadenas.

Se estaba secando con la toalla que el teniente le había dejado cuando vio un espejo en la pared y se miró. El reflejo lo impresionó. No quedaba ni rastro de sus mejillas sonrosadas y rellenas; en su lugar había unos pómulos descarnados, y los ojos parecían sobresalirle de las cuencas. Cuando examinó el resto de su cuerpo, vio que estaba muy demacrada y que las costillas se le marcaban claramente bajo los pechos. Más extraños aún resultaban el rostro y los antebrazos morenos, cuando el resto del cuerpo era de un blanco fantasmal.

Sólo el pelo recién lavado conservaba su antigua belleza, y un torrente de preciosos tirabuzones brillantes y oscuros le cubrían los hombros. Se secó la melena con la toalla y se peinó para quitarse los piojos. Luego lavó el peine en el agua de la bañera y lo dejó donde lo había encontrado.

Cuando oyó el sonido de los pies de Graham, Mary se metió en la cama y se cubrió rápidamente con la manta.

Graham entró sin hacer ruido. Dejó la bandeja que llevaba y cerró la puerta. Mary estaba demasiado avergonzada para hablar, pero al oler la comida, no pudo evitar incorporarse.

—¿Es para mí? —exclamó, apenas capaz de creer su buena suerte.

El oficial le había traído una especie de empanada, con la masa dorada tal y como la hacía también su madre, cubierta con una espesa salsa.

—Supuse que seguirías teniendo hambre —dijo Graham secamente, sin mirarla, como si también estuviera avergonzado.

—Es todo un detalle, señor —le agradeció Mary.

—No hace falta que me llames «señor» aquí —respondió Graham.

Le dio la bandeja y se sentó en el borde de la cama.

—Me llamo Spencer, y ahora come antes de que se enfríe.

Mary atacó la bandeja con regocijo, sin que Graham tuviera que insistir. Era una empanada de conejo y verduras, la mejor que había probado desde

que abandonara Fowey. Aunque la comida significaba más que el hombre que se la había llevado, no pudo evitar reparar en que Graham parecía estar disfrutando del placer más que obvio con el que la estaba devorando.

El teniente se sorprendió de sus propias emociones mientras la observaba. Suponía que iba a sentirse culpable de traicionar la confianza que su esposa había depositado en él, o que quizás iba a sucumbir de repente a la lujuria y no dar tiempo a Mary para tomar la cena. Sin embargo, fue capaz de dejar a un lado esos sentimientos; el modo en que Mary dio cuenta de la cena le hizo sentirse bien. Mary no se percató de que, mientras comía, sus pechos habían quedado al descubierto, dos montículos pequeños y perfectos con los pezones de un rosa pálido. Uno de ellos se había manchado de salsa, y Graham tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no abalanzarse sobre ella y lamérselo.

Diez años atrás, a los veinte, se había casado con Alicia, su prima segunda. Cuando niños habían jugado juntos, habían aprendido a bailar y a montar a caballo en casa, en un pueblecito cerca de Portsmouth, y toda la familia se había mostrado convencida desde siempre de que acabarían casándose. Alicia se había trasladado a vivir a casa de los padres de Graham, donde la habían tratado como a una hija. Pintaba, cosía y tocaba el piano, era amable con los invitados y nunca se quejaba cuando él permanecía en alta mar durante largos períodos. Incluso había dado a luz a un hijo y luego a una hija sin perder su hermosa figura.

Graham lo consideraba un matrimonio de éxito. Mantenían una relación armoniosa y sabía que los demás hombres lo envidiaban por tener una mujer tan bonita y rebosante de vida. Por eso no comprendía por qué el desánimo lo embargaba en ocasiones.

Sin embargo, mientras veía comer a Mary, entendió el motivo. Alicia era como morder una fruta sana y deliciosa, pero no le satisfacía del mismo modo que una empanada de carne. Alicia nunca discutía con él ni le llevaba la contraria, y siempre tenía un aspecto maravilloso cuando lo recibía tras una de sus largas ausencias. Pero nunca había mostrado pasión ni grandes emociones.

Mary no era ni de lejos tan guapa como Alicia. Aunque llevara el vestido de seda más caro y luciera un elegante peinado, seguiría pareciendo lo que era: una chica de campo sin modales.

Aun así, sobre todo ahora que se había lavado y que su melena negra le cubría los hombros, despertaba sus más íntimos deseos. Tenía una mirada

desafiante que nunca había visto en Alicia; era orgullosa, audaz, obstinada y franca. Sería un reto lograr que esa convicta lo amara, y creía que si lo conseguía descubriría algo maravilloso y vivificante. Había puesto en peligro su carrera en la marina llevando a Mary a su camarote. Nunca había hecho algo tan osado, y se sentía excitado.

–Estaba delicioso –dijo Mary.

Graham se sorprendió de que fuera una mujer tan agradecida.

–Y el baño también ha sido maravilloso.

Mary se sentía preparada para compartir cama con el teniente. Una vez limpia, con el estómago lleno y después de entrar en calor, estaba lista para casi todo. Por algún motivo no creía que Graham fuera a comportarse de modo brusco con ella, al menos a tenor de la excelente comida que le había llevado.

–¿Te apetece un poco de ron? –preguntó el teniente.

–Sólo un trago –respondió ella.

En realidad no le gustaba demasiado el sabor, pero sí la sensación cálida que despertaba en su interior. Además, Sarah le había recomendado que bebiera lo que le ofrecieran porque de ese modo quedaría algo aturdida.

Graham le sirvió un vaso de ron y empezó a desvestirse. Mary se tomó el licor de un trago cuando vio sus piernas blancas y peludas, presa del súbito miedo de no ser capaz de cumplir con lo prometido. El pánico se intensificó aún más cuando Graham se quitó la camisa: tenía el pecho arqueado y una tripa grande y blanca que temblaba cuando se movía.

Estaba acostumbrada a ver a hombres medio vestidos. Los pescadores y los marineros solían desnudar su torso cuando hacía calor y por lo general lucían un cuerpo estilizado y macizo, musculoso. Mary estaba convencida de que todos los hombres eran iguales, de modo que las inesperadas carnes blancas y flácidas de Graham le revolvieron el estómago. Sin embargo, ya no podía echarse atrás, por lo que se metió bajo la manta, dejó sitio para el teniente junto a ella y apartó la mirada.

Graham se le echó encima casi de inmediato y la inmovilizó contra el colchón bajo su peso. Deslizó las manos por todo su cuerpo con desenfreno y la besó impetuosamente, incapaz de despegar los labios de ella. Mary no sabía cómo reaccionar; su única experiencia había sido con Thomas, quien se había limitado a besarla de manera muy cariñosa y sensual, dejándola con ganas de más.

La boca de Graham se deslizó de sus labios a sus pechos, y se los

mordisqueó con tanta fuerza que le dolió. Respiraba entrecortadamente, como un caballo después de correr a galope tendido. Mary notó el roce del pene duro y caliente sobre el estómago, pero por suerte parecía pequeño. Al cabo de unos segundos, con la cara hundida en el cuello de Mary, le separó los muslos y se introdujo en ella con cierta dificultad.

No le dolió, pero tampoco le resultó agradable. Fue como si estuvieran insertando una pértiga en un tubo apenas lo bastante grande para albergarla. No le gustó el modo en que Graham la agarró de las nalgas y empezó a gruñir como un cerdo.

Gracias a Dios, no duró demasiado. Los gruñidos fueron aumentando de intensidad. Graham estaba cada vez más caliente y empapado en sudor, y de repente lanzó un profundo suspiro y se quedó quieto, con la cara pegada a su cuello.

Fue entonces cuando Mary sintió cierta ternura hacia él. Después de todo por lo que había pasado en los últimos seis o siete meses, era agradable que alguien la abrazara, estar en una cama cálida y cómoda. Levantó una mano y le acarició el cuello y los hombros, preguntándose si debía decir algo.

Pero ¿qué iba a decir? Ni lo amaba ni le hacía sentir nada especial. Tampoco podía preguntarle si iba a hacérselo de nuevo, esa misma noche o cualquier otra. Un recordatorio más de su posición, una desgraciada convicta que carecía de derechos y cuyos sentimientos y necesidades nadie tenía en cuenta. Estaba casi segura de que la mayoría de la gente creía que las mujeres como ella no tenían siquiera la facultad de pensar.

Graham se apartó un poco, apoyó la cabeza en sus pechos y se quedó dormido casi al instante, abrazado con fuerza a su cuerpo.

Mary permaneció inmóvil. El aire que entraba por el ojo de buey era limpio y fresco, y lo único que rompía el silencio era la respiración del teniente. Era agradable saber que no debía preocuparse de que ninguna rata fuera a pasarle por encima mientras dormía, y que no se despertaría por los retortijones del hambre. Sin embargo, era incapaz de conciliar el sueño sabiendo que tal vez ésa fuera su oportunidad de escapar.

Graham había cerrado al entrar, y estaba segura de que había guardado la llave en el bolsillo de la chaqueta. ¿Podría bajar de la cama, coger su ropa y encontrar la llave sin despertarlo? ¿Habría un guardia apostado junto a la puerta?

El ruido de unas pesadas botas fuera del camarote le proporcionó la

respuesta. Mary aguzó el oído durante un rato, trazando mentalmente la ruta que hacía el guardia en cubierta. Cuando se acercó a la puerta por segunda vez, contó los segundos que tardaba en hacer una ronda completa. Noventa, pero en la tercera ocasión el guardia se detuvo en algún lado, quizás para fumar una pipa o descansar.

Mary se dio cuenta entonces de que debía enfrentarse a demasiadas incógnitas si quería intentar huir esa misma noche. No sabía si el sueño de Graham era profundo ni estaba segura de dónde se encontraba la llave, y tampoco había inspeccionado los costados de babor y estribor para hallar el mejor lugar desde el que lanzarse al agua. Saltar por la borda era una imprudencia, pues los guardias oirían el chapuzón de inmediato. La única esperanza era que Graham deseara de nuevo su compañía, que pudiera ganarse la confianza del teniente y, mientras tanto, ir tomando nota de la disposición de la cubierta y de las mejores vías de escape.

Mary soñó que estaba en casa, en la cama con su hermana Dolly. Cuando despertó, cayó en la cuenta de que la mano que le acariciaba la tripa era la de Graham, no la de su hermana. Fingió que dormía con la esperanza de que él también cayera rendido de nuevo, pero, para su sorpresa, lo oyó encender una vela.

Aunque era muy tentador abrir los ojos para ver qué hacía, estaba tan cómoda y calentita que temía que la enviase de vuelta a la bodega si la descubría. Notó que Graham apartaba la manta y sintió el leve calor de la vela.

De repente advirtió que el oficial se había incorporado y estaba examinando su cuerpo con el candelero en una mano. Era desconcertante, pero a pesar de todo Mary no abrió los ojos. Graham palpó sus partes íntimas con un dedo, apartó el vello púbico y separó los labios con dos dedos.

Ahora le resultaba aún más difícil fingir que dormía, consciente de que Graham estaba examinando una parte de su cuerpo que hasta entonces sólo había visto ella. Se preguntó a qué se debía tanta curiosidad. ¿Era la primera vez que lo veía? ¿O estaba comprobando que no tuviera ninguna enfermedad?

Sin embargo, cuando introdujo un dedo, una extraña sensación se apoderó de ella. Era agradable, como los besos de Thomas, y abrió un poco más las piernas involuntariamente. Las caricias vacilantes se hicieron más intensas, y Mary supo que estaba observando esa parte de su cuerpo, no su cara, porque sentía el cálido aliento de Graham en el estómago. Entreabrió los ojos y vio

que no sujetaba el candelero como creía, sino que descansaba junto a la cama. Graham se frotaba el pene con una mano mientras la acariciaba con la otra.

Mary cerró los ojos con fuerza. No quería que la imagen de la tripa de Graham echara a perder el placer que le estaba dando. Aunque le parecía extraño que un hombre prefiriera hacerle esas cosas mientras dormía y no cuando estaba despierta y activa, en el fondo no sabía cómo se comportaban los amantes.

Graham insistió, penetrándola con el dedo una y otra vez. A Mary le costaba Dios y ayuda guardar silencio y permanecer inmóvil. Oía la respiración cada vez más fatigosa, el ritmo cada vez más intenso de la mano con la que se agarraba el pene, y entonces, cuando Mary estaba a punto de abrazarlo y pedirle que la tomara de nuevo, Graham soltó un gruñido y se quedó quieto.

Al cabo de unos segundos, se tumbó en la cama junto a ella y volvió a quedarse dormido. Mary permaneció despierta, inquieta por los sentimientos que Graham había despertado en ella, y aún más desconcertada por sus acciones. ¿Había sido una muestra de afecto o se trataba de una desviación del comportamiento masculino normal?

Al final, Mary debió de quedarse dormida. Cuando despertó, Graham la estaba agarrando del brazo.

–Despierta, Mary –le dijo–. Tienes que marcharte.

Apenas había empezado a despuntar el alba. Un leve resplandor rosa brillaba al este mientras Mary cruzaba la cubierta cargando de nuevo con las cadenas. Graham iba delante y, cuando llegó a la primera de las dos puertas de la bodega, se volvió hacia ella.

–No se lo cuentes a nadie –le ordenó, con el rostro crispado de tensión–. Si te piden que expliques tu ausencia, diles que te hemos encadenado en cubierta como castigo. La próxima vez, intentaré conseguirte un vestido.

No añadió más. Se limitó a abrir la primera puerta, bajar hasta la siguiente y abrirla también, empujándola suavemente sin una palabra de despedida.

Si alguien la oyó o la vio llegar, nadie dijo nada. Mary se dirigió a su cama, apartó a Anne de su sitio y se tumbó. Después de probar la calidez y la suavidad del lecho de Graham, las tablas de madera le parecían aún más duras y frías. Se alegró al notar que el olor de la bodega era más agradable y, sin embargo, las últimas palabras de Graham la inquietaron. Él no sabía cómo

iban a reaccionar las otras mujeres al darse cuenta de que una de ellas había desaparecido durante toda la noche. No iban a preguntarle dónde había estado, sino que iban a darle la espalda.

Pero Mary se llevó una gran sorpresa al comprobar que su ausencia no había provocado ningún tipo de animadversión hacia ella. En realidad, su posición parecía haber ascendido a la categoría de heroína.

—¿Te han azotado? —preguntó Anne en primer lugar.

A continuación, todas las mujeres, incluso las enfermas, se levantaron para darle las gracias por tener el valor de reclamar la presencia de Graham. Únicamente Sarah le lanzó una mirada de complicidad, y sonrió cuando Mary contó que la habían encadenado en cubierta hasta el amanecer.

Las mujeres parecían menos apáticas ahora que la bodega estaba más limpia, y a lo largo del día no dejaron de acercarse a Mary para felicitarla, hacerle preguntas e insistir en que hasta entonces nadie se había atrevido a hacer algo parecido. Esa misma mañana los hombres también salieron de la bodega para que los guardias la limpiaran y, más tarde, cuando regresaron, colmaron a Mary de halagos.

Will Bryant la llamó a través de la reja.

—Eres una mujercita muy valiente —le dijo—. Que Dios te bendiga.

—¡Ahora tienes que casarte con ella! —gritó James Martin.

Mary se unió a las carcajadas de los hombres, encantada con sus comentarios pícaros y sus felicitaciones.

—No te obligaré a cumplir con tu palabra, Will Bryant —le dijo—. Ya sé que se te escapa toda la fuerza por la boca y, además, no he traído mi vestido de novia.

Aunque era agradable ser objeto de tanta admiración, Mary se sentía culpable. La próxima vez que Graham la llamara no sólo iba a perder todo el respeto de sus compañeros de cautiverio, sino que la odiarían por haberlos engañado.

Cuando oscureció, logró por fin acercarse a la cama de Sarah para hablar con ella.

—He estado con Graham —susurró—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—De no ser por ti habría muerto mucha más gente —dijo Sarah—. Además, cualquiera de ellas se vendería si alguno de los de arriba estuviera dispuesto a pagar. Pero eso no importa, ¿cómo te ha ido?

—No ha estado mal —respondió Mary.

Aunque le hubiera gustado compartir la experiencia con su amiga, no podía hacerlo por lealtad a Graham. A fin de cuentas, se había portado bien con ella.

Al cabo de cuatro días, el teniente Graham volvió a llamar a Mary. En esta ocasión, le habían encomendado que limpiara sólo la cocina, y cuando acabó de quitar la mugre, Graham apareció y le ordenó que lo acompañara a su camarote. Era última hora de la tarde, y cuando cerró la puerta oyó a los presos que regresaban a bordo después de pasar el día trabajando fuera.

Graham le quitó los grilletes de nuevo, y de nuevo le había preparado agua para que se bañara. Sin embargo, esta vez no se desvistió y la tomó rápidamente, antes incluso de que se secara. Cuando acabó, le lanzó un vestido limpio y unas enaguas.

–No puedes quedarte aquí –le dijo–. Se darían cuenta. Ponte la ropa y vete.

–¿Puedo comer algo? –preguntó mientras se ponía las enaguas.

Estaban muy gastadas, pero eran suaves y parecían limpias. En comparación con el viejo, hecho jirones, el vestido gris le pareció maravilloso.

–Creía que robarías comida de la cocina –señaló Graham con desdén.

–Eso no es lo que acordamos –le espetó ella.

Uno de los guardias apenas le había quitado la vista de encima mientras estuvo en la cocina y, para su decepción, lo único que había conseguido llevarse a la boca había sido un pedazo de queso.

–Yo he cumplido con mi parte, tú cumple con la tuya.

Mientras se ponía el vestido nuevo, Graham se volvió y abrió una caja metálica.

–De acuerdo –dijo, sin mirarla a la cara–. Pero no comentes nada de esto. Si se corre la voz, haré que te azoten.

Graham le dio una empanada fría y una manzana.

–Gracias –dijo Mary, e hizo una reverencia insolente–. No presumiré de esto. No me enorgullezco de haber caído tan bajo.

Cuando Graham se agachó para ponerle los grilletes, Mary sintió que lo había herido con su comentario. Podría haber añadido algo más amable, pero

estaba muy ocupada comiéndose la empanada.

Las semanas y los meses transcurrieron lentamente. El verano dio paso al otoño y luego al invierno, que trajo consigo la perspectiva de morir congelada. Con sólo una manta por cabeza, las mujeres dormían aún más apretadas. Algunas de las reclusas de mayor edad murieron, pero no tardaron en llegar nuevas convictas. Y seguían sin recibir noticias de la deportación.

Will Bryant llevaba dos años en el *Dunkirk* y a menudo le decía, medio en broma, que acabaría cumpliendo los siete años de condena antes de que zarparan.

Las ganas de huir de Mary no habían disminuido ni un ápice. Conocía al dedillo la disposición de las cubiertas superiores y las horas en las que había menos guardias de servicio. Sin embargo, a pesar de mantenerse siempre alerta, aún no se le había presentado la oportunidad de huir. Mary no pretendía cometer una temeridad ni arriesgar más de lo necesario, pues sabía que si fracasaba en su intento la castigarían con cien latigazos.

De modo que, al igual que Will, había aprendido a sobrellevar el encarcelamiento y a concentrar su energía en hallar un modo de mitigar la tristeza y mantenerse con vida. A pesar de que su buena salud, las tareas que le encomendaban en cubierta y las ausencias nocturnas despertaban los celos de las otras mujeres, todavía gozaba de su respeto por erigirse en su portavoz cuando la situación lo requería. También se procuraba cualquier cosa que cayera en sus manos –paños para la menstruación, jabón y pequeñas cantidades de comida– y repartía lo que conseguía entre las más necesitadas.

Mary Haydon y Catherine Fryer, gracias a la inestimable ayuda de Aggie, su furibunda vocera, se afanaron en poner a las demás en contra de Mary, pero el único sambenito que lograron colgarle fue tacharla de distante y orgullosa. A Mary no le importaba que se dijera eso de ella. No consideraba que el orgullo fuera un defecto, y en cuanto a su actitud distante, suponía que era cierto en el sentido de que se reservaba la opinión e intentaba no inmiscuirse en las riñas absurdas en las que se enzarzaban las demás. Pero, aunque sólo se acostara con el teniente Graham y sabía en qué la había convertido eso, nadie la llamó «ramera».

Una vez por semana, en ocasiones dos, dormía en su camarote. Él le daba

comida, ropa limpia de vez en cuando, y le mostraba algo de afecto. Sin embargo, no había logrado entender mejor a aquel hombre.

En ocasiones tenía la sensación de que estaba perdidamente enamorado de ella, pero en otras parecía detestarla. Mary sabía que estaba casado y tenía dos hijos, y cuando hablaba de su esposa Alicia lo hacía con un respeto casi reverencial. No obstante, seguía acostándose con ella y se mostraba obsesionado con que Mary le dijera que lo amaba. A veces lograba proporcionarle auténtico placer, pero en la mayoría de sus encuentros le hacía el amor como la primera noche, con rapidez, furia y sin ningún sentimiento.

Los sentimientos de Mary por Graham nacían de la compasión por aquel hombre complicado y sin amigos. No sentía un amor auténtico por la marina y, en muchas ocasiones, le había comentado que le gustaría renunciar a su cargo. Mary lo consideraba un cobarde que vivía con el temor de que lo trasladaran a un lugar peligroso. Aun así, a Graham le gustaba el poder que ostentaba como oficial y sabía que en la vida civil no había sitio para él.

Mary sospechaba que incluso su matrimonio, en teoría colmado de felicidad, sobrevivía gracias a las largas temporadas que pasaba separado de su esposa. El teniente capitán Watkin Tench, al que Graham menospreciaba a la mínima oportunidad, era un hombre mucho más feliz.

Tench era el otro problema de Mary, pues estaba convencida de que se había enamorado de él. Aunque dudaba que se hubiera fijado en el oficial si se hubieran conocido cuando era libre, Mary quedó prendada de Tench desde la primera noche en que hablaron. No fue por su aspecto, nada remarcable, ni porque siempre estuviera dispuesto a darle comida. Era porque se preocupaba por la gente, incluso por los convictos, asumía el mando sin caer en la brutalidad y tenía sentido del humor.

Mary adoraba su sonrisa, su entusiasmo vital, su generosidad de espíritu y su falta de prejuicios. Hacía tiempo que había renunciado a toda esperanza de convertirse en su amante, pero lo consideraba su amigo.

Ahora sabía que era él, y no Graham, quien la elegía para trabajar en cubierta. Siempre se dirigía a ella con amabilidad y la escuchaba con atención cuando Mary le formulaba alguna queja. A pesar de que en la mayoría de las ocasiones no podía intervenir para aliviar las penurias que debían soportar los prisioneros, ya que las decisiones se tomaban en las altas instancias, hacía lo que estaba en sus manos.

Tench era consciente de la relación que Mary mantenía con Graham, pero

no parecía despreciarla por ello. Era un hombre inteligente y aventurero que había visto más mundo que cualquier persona que hubiera conocido Mary. Le gustaban el orden y la calma, pero era intrépido, obediente y fiel al rey y a su país. Mary estaba convencida de que nunca mentía ni aceptaba sobornos, pero, sin embargo, se compadecía de aquellos que sí lo hacían.

Le encantaban los libros y le había confesado que llevaba un diario que esperaba publicar algún día. Le había tomado cariño, y ella se preguntaba a menudo si la mencionaría en sus escritos. En una ocasión le había comentado que escribía mucho acerca de su punto de vista sobre el sistema penal, pues creía que sería de interés para los historiadores del futuro.

Un día, justo antes de Navidad, Mary y Bessie recibieron la orden de subir a hacer la colada. Hacía un frío atroz y por una vez Mary se habría alegrado de no haber sido una de las elegidas. Inclinarsse sobre una cuba, sumergir los brazos en agua helada hasta las axilas y pasar varias horas expuesta a los elementos no resultaba una experiencia agradable. Lo único que hacía la situación algo más llevadera era la posibilidad de ver a Tench.

Fue incluso peor de lo que temía. El viento que soplaba desde el mar atravesaba como un cuchillo los harapos que vestían las mujeres. Bessie rompió a llorar al cabo de unos minutos de meter las manos en el agua helada, y a pesar de los esfuerzos de Mary por distraerla, no pudo levantarle el ánimo.

No lavaron la ropa tan concienzudamente como en el verano, y a mediodía ya habían acabado. La cubierta quedó adornada con camisas mojadas que se congelarían en las cuerdas.

Cuando se dirigían a la bodega, apareció Tench.

–Quiero hablar con Mary Broad –le dijo al guardia–. Yo mismo la acompañaré dentro de unos minutos.

Para sorpresa y alegría de Mary, se dirigieron a su camarote de cubierta y le dio un té. Mary agarró la taza con las manos para calentárselas.

–Bendito seas –dijo, agradecida–. Tengo tanto frío que creía que si me hubiera quedado unos minutos más ahí fuera habría muerto.

–No te he traído aquí sólo para que entres en calor –le dijo–. Tengo noticias. Ya hay fecha para la deportación.

–¿Cuándo y adónde me envían? –preguntó, con la esperanza de que fuera pronto y a un lugar más cálido.

–Partiremos hacia Nueva Gales del Sur.

Mary se lo quedó mirando fijamente. Tench le había contado ya lo que

sabía acerca de ese país de las antípodas. El capitán Cook había informado de la existencia de un lugar al que llamó bahía de Botany, considerado el más adecuado para el establecimiento de una colonia penal. Sin embargo, cuando Tench le habló de ese lugar le dijo que le parecía un destino poco probable para los convictos del *Dunkirk*.

–¿«Partiremos»? –preguntó Mary–. ¿Quieres decir que tú también irás?

No le importaba que la mandaran al infierno siempre que fuera en compañía de Tench.

El oficial sonrió.

–Yo también. Necesitan infantes de marina para manteneros a raya. Se trata de una perspectiva que me emociona. Es un país nuevo y tengo muchas ganas de conocerlo. Inglaterra debe tener presencia en esa parte del mundo, y si ese territorio está a la altura de las noticias que han llegado hasta aquí, podría convertirse en un lugar importante para nosotros.

El entusiasmo de Tench reconfortó a Mary más que el té caliente. Mientras el teniente capitán seguía hablando de la flota de once embarcaciones que iban a enviar, de los poblados que iban a construir los convictos, del cultivo de tierras y de los terrenos que les cederían cuando hubieran cumplido con su condena, Mary compartió una parte de su entusiasmo. Siempre había querido viajar, una larga travesía por mar no la intimidaba y si iban a ser los colonos de la bahía de Botany, era probable que el lugar ofreciera buenas oportunidades para alguien tan listo como ella.

–Júrame que no se lo contarás a las otras mujeres –le advirtió Tench–. Sólo te lo he dicho a ti porque confiaba en que te levantaría un poco el ánimo. Te he visto antes ahí fuera, congelada, y he sentido una gran pena.

Le contó que en la bahía de Botany había nativos de piel negra, que el gobierno creía que había lino y madera, y que el tiempo era bueno, mucho más cálido que en Inglaterra. Le dijo también que el capitán Cook había informado de la existencia de muchos animales y aves extrañas, incluida una especie grande y peluda que saltaba sobre las patas traseras, y un pájaro enorme que no podía volar. Pero aunque Mary tenía muchas ganas de saber más sobre el lejano país, fueron las palabras de Tench, «he sentido una gran pena», las que calaron más hondo en ella.

–¿Cuándo zarparemos? –fue lo único que pudo preguntar.

Tench lanzó un suspiro.

–Tenemos órdenes de trasladaros a los barcos el 7 de enero, pero

sospecho que aún tardaremos en partir. El capitán Phillip, quien está al mando de la operación, debe supervisar las mercancías y los víveres que vamos a llevar.

—¿Iré a bordo del mismo barco que tú? —preguntó Mary.

—¿Te gustaría? —replicó Tench, que la miró fijamente con sus ojos oscuros.

—Sí —respondió ella sin rodeos, convencida de que de nada servía mostrarse tímida.

—Creo que podría conseguir que así fuera —dijo y sonrió—. Pero, recuerda, no digas ni una palabra a nadie, sobre todo al teniente Graham.

—¿Él también irá?

Tench negó con la cabeza.

—¿Te apena?

Mary sonrió.

—No, en absoluto. No creo que sea un hombre con espíritu aventurero.

Tench se rio y Mary se preguntó si eso significaba que Graham se había negado a formar parte de la expedición.

—No, no tiene un gran espíritu aventurero. Pero tú y yo sí, y tal vez veamos cosas con las que nunca habíamos soñado.

## Capítulo cuatro

Los prisioneros no fueron informados de la fecha de su deportación hasta la mañana del 7 de enero, el día en que iban a trasladarlos al *Charlotte*.

Desde que Tench le había confesado la fecha en que iba a producirse, Mary había permanecido en un estado de constante nerviosismo empeorado por el hecho de no poder compartir la información con las demás. Tan pronto se abrazaba a sí misma apenas capaz de reprimir una gran alegría por el fin de sus días en el *Dunkirk*, como caía víctima del miedo ante la posibilidad de que el viaje y el país de destino fueran aún peores.

A medida que los días transcurrían lentamente y seguía sin haber noticias oficiales, empezó a pensar que Tench se había equivocado. Tampoco podía pedirle a Graham que se lo confirmara, ya que entonces hubiera reprendido a Tench por contárselo.

No obstante, el teniente Graham se comportaba de un modo muy extraño. Sus cambios de humor eran aún más extremos, y oscilaba entre la ternura y la maldad. Mary se lo tomó como una prueba de la cercanía de la fecha de la deportación.

–No eres más que una ramera –le dijo una noche con malevolencia–. Tal vez te creas distinta de las otras mujeres de la bodega, pero no es cierto. Eres una ramera, como todas las demás.

Sin embargo, en otra ocasión, mientras Mary se vestía para regresar a la bodega, Graham se arrodilló ante ella, se agarró a su cuerpo y hundió la cara en sus pechos.

–Oh, Mary –dijo con la voz entrecortada–. Debería haber hecho algo más por ti en lugar de aprovecharme de esta manera.

La noche de Navidad Graham se emborrachó y le dijo que la amaba. Le hizo el amor con ternura, le besó las cicatrices que le habían dejado los grilletos en los tobillos y, con los ojos arrasados en lágrimas, le suplicó que lo perdonara por los momentos en que la había tratado con crueldad.

–No hay nada que perdonar –dijo Mary.

En el fondo, los insultos del teniente nunca la habían herido, al menos si los comparaba con todo lo bueno que había hecho por ella.

–Entonces dime que me amas –le suplicó–. Hazme creer que acudiste a mí en busca de algo más que comida y ropa limpia.

–Claro que sí –mintió, lamentando que Graham no se atuviera a su acuerdo como había hecho ella.

–Pero no puedes amarme, Spencer, estás casado. Es mejor que no me des falsas esperanzas diciendo esas cosas.

Mary no lo amaba, ni siquiera estaba segura de que le gustara, pero aun así esa noche se sintió conmovida. La reacción del teniente le había llegado al alma. A la mañana siguiente, cuando regresaba a la bodega con otro vestido gris más nuevo, se preguntó si, de haberse conocido en otras circunstancias, todo habría sido distinto.

La noche del 6 de enero Graham volvió a llamarla. Mary estaba convencida de que era para comunicarle la noticia del traslado, pero el teniente no dijo nada al respecto, no se mostró cariñoso, no le ofreció disculpas ni le deseó suerte para el futuro. La tomó de forma brusca y, cuando acabó, le ordenó que regresara a la bodega. Si Mary no lo hubiera conocido tan bien, habría pensado que Graham no sabía nada de lo que iba a suceder al día siguiente.

Apenas habían empezado a despuntar los primeros rayos de sol cuando los guardias abrieron la puerta de la bodega y leyeron los nombres de las mujeres que debían subir a cubierta. La brusca orden no cogió a Mary desprevenida, pero se sorprendió al oír que sólo pronunciaban veinte nombres, algunos de los cuales eran de mujeres mayores y enfermas.

La reacción de las elegidas que debían subir a cubierta cuando estaba cayendo aguanieve fue comprensible. Mostraban recelo, estaban confusas y consternadas, se aferraban a sus harapos y se arrimaban unas a otras en busca de calor. Mary tuvo que comportarse del mismo modo que ellas para que no sospecharan que sabía adónde se dirigían. Mientras temblaba de frío en la cubierta, se alegró al menos de que hubieran llamado a Sarah y a Bessie, y de que no hubiera sucedido lo mismo con Aggie, su vieja enemiga.

Mary Haydon y Catherine Fryer también formaban parte de la lista, una decisión que Mary recibió con sentimientos encontrados. En ocasiones daban muestras de amistad, pero tenía la sensación de que siempre estaban al acecho,

esperando su caída. En un grupo de cuarenta mujeres, Mary había podido mantener cierta distancia con ellas, pero ahora que el número se había reducido a veinte le resultaría más difícil.

De los treinta hombres a los que llamaron, seis parecían encontrarse enfermos y en un estado de salud tan frágil que apenas se tenían en pie, por lo que era muy poco probable que sobrevivieran al viaje. Mary se alegró al ver a Will Bryant y a Jamie Cox entre los elegidos, aunque lamentó que James Martin y Samuel Bird no hubieran corrido la misma suerte. Se había encariñado con los cuatro hombres en sus charlas a través de la reja: Will y James siempre la hacían reír, y Jamie se había convertido en una especie de hermano menor. Su delito había sido robar encaje por valor de tan sólo cinco chelines, y estaba muy preocupado por cómo se las estaría apañando su madre viuda sin él. Era tan afable y bondadoso que Mary sintió un gran alivio al comprobar que iba a seguir bajo el manto de protección de Will. Esperaba que James y Samuel cuidaran el uno del otro cuando sus amigos se hubieran marchado.

La noticia de que iban a trasladarlos de inmediato al *Charlotte* se la dio un hombre al que Mary no había visto antes. Vestía ropa de civil, llevaba una gruesa capa y un sombrero de tres picos con galones dorados y no parecía estar muy cómodo hablando ante un grupo de criminales. Tal vez su nerviosismo se debiera al temor de que su anuncio despertara la ira de los presos. Y no se equivocaba: la mayoría de los prisioneros lanzó un gemido de indignación. Muchos de ellos habían cumplido ya la mitad de su condena y tenían esposas, maridos o hijos a los que temían no volver a ver jamás.

Como de costumbre, los oficiales no hicieron caso de las quejas y los guardias se acercaron a los presos en actitud amenazante. Sólo Mary se atrevió a alzar la voz para formular una pregunta.

—Señor, ¿vamos a recibir ropa para el viaje? Algunos de nosotros vestimos harapos y temo que muchos podamos morir de frío antes de llegar a climas más cálidos.

El hombre se bajó las gafas y la miró.

—¿Tu nombre? —preguntó.

—Mary Broad, señor —respondió—. Además, algunas de las mujeres ya están enfermas. ¿Podría verlas un doctor antes de que zarpeamos?

—Todo el mundo será sometido a una revisión médica —aseguró, aunque sin demasiada convicción.

El hombre ignoró la petición de más ropa.

El traslado de los prisioneros del *Dunkirk* al *Charlotte*, anclado en la bahía de Plymouth Sound, finalizó al anoecer. Al ver el barco Mary se sorprendió de que fuera tan pequeño, una corbeta de tres mástiles de unos treinta metros de eslora. A pesar de su aspecto parecía robusto, pero Mary tenía tanto frío que fue incapaz de fijarse en nada más.

El convencimiento de que iban a zarpar al cabo de unos días se desvaneció enseguida. Al parecer, el resto de la flota no estaba listo y había problemas con la paga de los marineros. Las condiciones a bordo del *Charlotte* eran mejores que en el *Dunkirk*: las raciones eran más generosas y al grupo inicial de veinte mujeres no se añadió ninguna otra, por lo que tenían más espacio. Los hombres no fueron tan afortunados y tuvieron que compartir encierro con prisioneros llegados de otros lugares de Inglaterra, hasta sumar cuarenta y ocho convictos. Pero el *Charlotte* se encontraba anclado en la bahía y las escotillas de las bodegas permanecían cerradas debido al mal tiempo, por lo que muchas de las mujeres sufrieron mareos de inmediato. Al cabo de unos pocos días, las condiciones pasaron a ser casi tan horribles como en el *Dunkirk*.

Las semanas fueron pasando sin que llegaran noticias sobre la fecha del viaje. Las mujeres seguían encadenadas y a oscuras gran parte del día, mientras el barco recibía el embate de las olas. El optimismo que se había apoderado de ellas en un primer momento enseguida dio paso a la desesperación. Muchas de las prisioneras no se movían de las literas y buscaban refugio en el sueño; las que no podían dormir, se peleaban entre sí.

Había días en que Mary se arrepentía de haber abandonado el *Dunkirk*. Echaba mucho de menos las conversaciones con Tench y con los prisioneros, e incluso las visitas a Graham. Tench estaba de permiso, y en las pocas ocasiones en que permitían subir a las mujeres a cubierta, los marinos y marineros de a bordo no les hacían ningún caso.

Los breves períodos en cubierta suponían un tormento para Mary. Aunque era maravilloso respirar el aire limpio y salado, poder estar de pie y caminar, ver Cornualles en el horizonte le provocaba un dolor insoportable. Y era peor aún que la obligaran a regresar a la hedionda bodega, sin saber cuándo

volvería a salir de allí.

Mientras temblaba de frío en la litera, le venían a la mente los detalles más intrascendentes acerca de su hogar y su familia: cuando Dolly y ella se cepillaban mutuamente el pelo por la noche y cómo se reían por el modo en que crujía y chispeaba; cuando su padre cortaba la leña para el fuego y gritaba a través de la ventana que debería haber tenido hijos para que lo hicieran ellos; cuando su madre entrecerraba los ojos para enhebrar una aguja a la luz de una vela... Nunca cosía ni zurcía de día, cuando había buena luz, porque creía que dedicar las horas de luz a cosas con la que disfrutaba era pecado.

La mayoría de esos recuerdos eran agradables, pero de vez en cuando también le venían a la memoria tragos amargos, como el día en que su madre les pegó a Dolly y a ella porque se habían bañado desnudas en el mar.

El día en cuestión Mary no entendió por qué se había enfadado tanto su madre. Le parecía ilógico. A fin de cuentas era un día muy caluroso, y si Dolly y ella hubieran estropeado la ropa nueva con el agua salada habría sido aún peor.

En cualquier caso, no había sido idea de Dolly: su hermana no sabía nadar, sólo quería mojar los pies en la orilla y fue Mary quien la obligó a zambullirse.

Recordaba aquel día con su hermana, sus vestidos de color rosa. Dolly debía de tener dieciséis años y en la casa donde servía le habían dado la tarde del domingo libre, por lo que decidieron ir a pasear a la playa de Menabilly. Su tío Peter Broad, que era navegante y del que se rumoreaba en la familia que ganaba mucho dinero, había traído la seda rosa de uno de sus viajes, y su madre había tardado varias semanas en coserles los vestidos.

Dolly estaba entusiasmada con su vestido nuevo. Le encantaba el rosa y el estilo estaba muy de moda, con una cintura ceñida y un discreto polisón. Mary detestaba el color rosa y no le gustaba vestirse igual que su hermana. Bastante tenía con soportar que Dolly estuviera siempre perfecta. Todo le quedaba de fábula, y cuando se vestían igual, Mary creía que sus defectos destacaban aún más. Aunque se parecían mucho y ambas tenían el pelo oscuro y rizado, Dolly era más delicada, con una cintura de avispa, un gracejo especial al andar y unos ojos grandes y azules que enamoraban a todo el mundo. A su lado, Mary se sentía vulgar e incómoda.

Cuando llegaron a la playa estaban acaloradas y Dolly se desilusionó al comprobar que no había nadie que pudiera admirar su precioso vestido.

–Venir hasta aquí ha sido una tontería –dijo de mal humor–. Ahora vamos a tener que recorrer a pie todo el camino de vuelta a casa, con el calor que hace.

–¿Por qué no nos damos un baño? –sugirió Mary.

Dolly estaba preocupada por los vestidos, claro, pero las dotes de persuasión de Mary la convencieron de que podían atravesar el bosque, salir junto a la orilla, quitarse los vestidos y mojarse los pies.

Así que una cosa llevó a la otra. Cuando llegaron a un lugar a salvo de miradas ajenas Dolly pensó que no debía permitir que se le mojaran las enaguas, convencida de que Mary la salpicaría. Entonces, tal vez para demostrar que era tan osada como su hermana pequeña, cuando Mary se desnudó y se metió en el agua, Dolly la imitó encantada.

Nunca se habían divertido tanto juntas. Mary sujetó a Dolly por la tripa para intentar enseñarla a nadar, sin éxito, y entonces la agarró de las manos y la arrastró por el agua. Estaban tan absortas jugando y pasándolo en grande que se olvidaron de vigilar que nadie las viera.

Más tarde, ya vestidas, no dejaron de reír en todo el camino de vuelta a casa y Dolly le contó a su hermana historias divertidas de las doncellas de la casa en la que trabajaba.

Cuando se acercaron a su casa, su madre las esperaba fuera y ya desde lejos advirtieron que estaba muy enfadada. Había adoptado un gesto adusto, su boca dibujaba una línea recta y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

–¡Qué descaro! –les gritó cuando se acercaban–. Entrad de inmediato y dadme una explicación.

Al parecer, un pescador las había visto bañándose desde su barca y se lo había contado a alguien, quien a su vez había informado de inmediato a su madre.

–Qué vergüenza –decía su madre una y otra vez mientras las hacía subir por las escaleras a empujones y les ordenaba que se desnudaran.

Les azotó el culo y la espalda con una vara e hizo sangrar a Dolly. Luego mandó a Mary a la cama sin cenar y a Dolly a la casa donde servía.

Mary pensó entonces que su madre era una cruel aguafiestas. No entendía qué mal habían hecho al nadar desnudas. Y también la culpó de que a raíz de aquello Dolly no quisiera ir a ningún lado con ella.

Lanzó un suspiro al recordar ese día. Qué inocente era, apenas consciente de que los pechos empezaban a crecerle, y menos aún de lo atractiva que era

su hermana. No sospechaba que a su madre la aterraba pensar en lo que podría haber sucedido si un par de marineros hubieran visto a sus hijas.

Pero ahora lo sabía, había descubierto que los hombres podían llegar a comportarse como auténticos animales. Tenía la sensación de que casi todo aquello contra lo que había intentado prevenirla su madre se había hecho realidad. Incluso la falta de menstruación.

Su madre nunca había sido muy clara sobre lo que sucedía entre hombres y mujeres, pero las había advertido acerca de lo que calificaba como «travesuras», y les había contado que cuando a una chica no le venía la menstruación significaba que iba a tener un bebé.

Mary intentó convencerse a sí misma de que no podía ser, de que quizás no era más que la consecuencia de los nervios provocados por la larga espera. Pero en marzo no le quedó más remedio que enfrentarse a la posibilidad de que estuviera esperando un hijo de Graham y habló con Sarah.

—Creo que estás embarazada —dijo y la miró pensativamente—. Pobrecilla, si me pasara a mí, saltaría por la borda con los grilletos. He oído que puedes lograr un indulto si te han condenado a la horca, pero nunca he oído que alguien se haya librado de la deportación por estar embarazada.

Mary, que había acudido a Sarah con la esperanza de que aplacara sus miedos, se derrumbó aún más.

—Bueno, si voy a tenerlo, prefiero que sea aquí y no en el *Dunkirk* —dijo en tono desafiante.

Había visto dar a luz a Lucy Perkins y todavía recordaba el horror del momento. A la pobre Lucy no le quitaron las cadenas en ningún momento, y después de veinte horas de parto el bebé nació sin vida. La madre murió al cabo de unos días. Nadie llamó a un médico, y la única ayuda que recibió fue de las otras mujeres. Sarah había sido una de ellas.

—Además, me ayudarás, ¿verdad?

—Claro que sí —se apresuró a responder Sarah, quizás recordando también el parto de Lucy—. Eres fuerte y tienes buena salud, todo saldrá bien.

Mary pasó la noche en vela, preocupada. No tanto por el parto, sino por lo que pudiera pensar Tench de ella cuando lo averiguara. Era consciente de que había perdido toda posibilidad de llegar a estar con él.

Fue a principios de mayo, justo después de que Mary hubiera cumplido veintiún años, cuando por fin recibieron la noticia de que iban a zarpar el domingo 13 para unirse al resto de la flota, formada por un total de once embarcaciones. Cuatro barcos transportarían a casi 600 convictos y una compañía entera de marinos, algunos acompañados por sus esposas e hijos. El resto de los buques estaban destinados al transporte de mercancías y provisiones para los dos primeros años.

Durante la larga espera, la mayoría de los prisioneros había escrito a casa, y los que no sabían escribir habían pedido a otro preso que lo hiciera por ellos. Un día de abril, mientras Mary y las demás mujeres se encontraban en cubierta para desentumecer los músculos, Tench se ofreció a ayudarla a escribir una carta, pero ella rechazó su ayuda.

—Es mejor que no sepan adónde me envían —comentó, dirigiendo una mirada triste hacia Cornualles, al otro lado del agitado mar.

En los últimos días la primavera había irrumpido súbitamente y la nostalgia había hecho que Mary pensara en las primulas que crecían entre la hierba, en las colinas, en los pájaros que empezaban a anidar y en los corderos recién nacidos en los páramos. Le parecía increíble que fueran a desterrarla del lugar que tanto amaba.

—Prefiero que piensen que han dejado de importarme en lugar de imaginarme encadenada.

Tench miró los grilletes y lanzó un suspiro.

—Tal vez tengas razón. Pero creo que mi madre preferiría saber que estoy vivo y que pienso en ella, aunque me encontrara a bordo de un buque prisión.

Las palabras de Tench no hicieron sino agravar la tristeza de Mary. Dentro de poco comenzaría a crecerle el vientre y él se daría cuenta de que estaba embarazada. Albergaba serias dudas de que quisiera seguir siendo su amigo entonces. Podía enfrentarse al hecho de no volver a ver nunca a su familia, pero no podría soportar que Tench la rechazara.

Cuando el *Charlotte* por fin levó anclas y abandonó la bahía de Plymouth, muchas de las mujeres rompieron a llorar y se despidieron de Inglaterra para siempre.

—Volveré —dijo Mary con firmeza—. Lo juro.

Mientras que la mayoría de las prisioneras no dejaban de quejarse de los mareos, del aullido del viento y de los cortes y moratones provocados por las numerosas caídas a causa del mal tiempo desde que el barco se había hecho a la mar, Mary estaba entusiasmada. El sonido del viento en las velas era música para sus oídos y le encantaba ver cómo la proa surcaba el agua clara.

El capitán del barco, un oficial de la marina británica llamado Gilbert, era un hombre compasivo que dio la orden de que les quitaran los grilletes y sólo se los pusieran como castigo por mal comportamiento o al arribar a puerto. Cuando llegaron a las costas de Francia el tiempo mejoró y abrieron las escotillas, lo que permitió que el hedor se esfumara.

A Mary siempre le había gustado navegar, pero nunca había subido a una embarcación más grande que una barca de pesca, y en ningún caso más que unas pocas horas. Ir a bordo de un gran barco era algo muy distinto, pues podía moverse por la embarcación e incluso encontrar un refugio tranquilo entre los cabos y los paños para aislarse de los demás.

De repente, Mary entendía por qué su padre siempre había mostrado tantas ganas de volver a embarcar. Era emocionante sentir el balanceo de la cubierta bajo los pies, sobrecogedor ver cómo el viento impulsaba el barco y el modo en que la tripulación, desde el último marinero hasta el capitán, trabajaban al unísono para mantener la velocidad y el rumbo. El *Charlotte* era una de las embarcaciones más lentas de la flota, y los hombres tenían que esforzarse con denuedo para seguir el ritmo de las otras. Les costaba Dios y ayuda mantener la posición, pero Mary veía el orgullo reflejado en los rostros de los hombres cada vez que lograban dejar atrás al *Scarborough* o al *Lady Penryn*.

Sin embargo, lo que Mary más agradecía era la libertad para pasar largos ratos en cubierta. Ahora podía soportar las noches en la bodega envuelta en una manta entre Bessie y Sarah. Nada de aquello era tan horrible si había podido pasar el día disfrutando del aire libre.

En cubierta no tenía que oír los lamentos y peleas de las mujeres. Sentía el viento en el pelo, el sol en la cara y se olvidaba de la mugre y los olores nauseabundos de la bodega. Sus temores acerca del futuro se desvanecían como una pluma al viento. Se sentía tan libre como las gaviotas que seguían la estela del barco.

Los sonidos de la cubierta eran casi tan estridentes como los de la bodega: el rugido del mar, los gritos de los marineros, el chirrido de los

cabos, el crujido de las velas. Pero eran sonidos gratos, y el viento y el rocío del mar eran tan limpios que se sentía embriagada.

Se alegraba enormemente de que la mayoría de las mujeres tuvieran miedo del mar y consideraran que el viento era demasiado gélido para permanecer mucho tiempo en cubierta. Sola, aferrada a la barandilla, podía engañarse a sí misma y fingirse una heredera que viajaba con destino a España o América. Podía convencerse de que estaba haciendo lo que siempre había querido hacer: viajar por el mundo.

Desde que zarparan, Mary se había dado cuenta de que los marineros de aquel barco se parecían mucho a los hombres de Fowey: fuertes, nervudos, almas amables que le lanzaban sonrisas alegres. A veces, cuando no había otras mujeres alrededor, tenía la oportunidad de hablar con ellos y hacerles preguntas sobre la ruta que había de llevarlos a la bahía de Botany. Algunos de los hombres se mostraban encantados de poder hablarle de los puertos que habían visitado, y le explicaron que debían atravesar el océano Atlántico hasta Río de Janeiro, en lugar de seguir la costa africana, para aprovechar los vientos alisios. Mary se preguntó cuántos de ellos se habían visto obligados a alistarse en la marina, pues parecían mostrar cierta compasión por los prisioneros y resentimiento hacia la mayoría de los marinos que apenas se molestaban en mover un dedo.

Muchos de los marinos habían llevado a sus esposas e hijos con ellos. Las mujeres parecían aterradas cuando salían a caminar por cubierta y, a pesar de su altanería, Mary sentía lástima por ellas. En el fondo eran tan prisioneras como ella, pero mientras Mary sabía que la mayoría de los convictos eran seres inofensivos, esas mujeres debían de imaginarlos como una banda de forajidos a la espera de la más mínima oportunidad para tomar el barco y matar a toda la tripulación.

Mary, que había notado los cambios que empezaba a sufrir su cuerpo aunque nadie más se hubiera percatado de ello, se alegró de no coincidir apenas con Tench en cubierta. Tenía los pechos turgentes y había comenzado a crecerle el vientre. Se resistía a creer que su relación con Graham hubiera desembocado en aquella situación, convencida de que era algo que nunca podría sucederle a ella, pero había empezado a resignarse. La habían educado en la creencia de que todos los hijos eran un regalo de Dios y que, por tanto, debía acogerlos con alegría y sin reservas. A pesar de que el momento del parto y su capacidad para ser una buena madre le inspiraban ciertos recelos,

sentía una sensación extraña y a la vez reconfortante ante la perspectiva de tener a alguien a quien amar y alimentar, alguien que iba a ser sólo suyo. Durante el día, cuando hacía buen tiempo, se refugiaba en su pequeño escondite de cubierta y soñaba con su infancia. Mary deseaba que fuera un niño e imaginaba que se parecería un poco a Luke, el hijo de uno de los marinos.

Luke tenía siete años. Era un chico fuerte y robusto con el pelo oscuro y los ojos azules que le sonreía cuando su madre no lo veía. A Mary le gustaba observarlo cuando intentaba ayudar a los marineros: saltaba a la vista que le gustaba tanto navegar como a ella cuando era niña. A medida que el barco recorría la costa de Francia en dirección a España y el tiempo se volvía más cálido, la madre de Luke se sentaba con él en cubierta y lo ayudaba a leer y a escribir. En momentos como ése, Mary se arrepentía enormemente de no ser capaz de transmitirle ese tipo de conocimientos a su hijo en el futuro.

Fue el temor por la seguridad del bebé lo que le hizo tomar la decisión de hablar con el cirujano White. Su padre siempre le había dicho que los cirujanos de a bordo eran carniceros o borrachos, pero nunca había visto a White ebrio. Su rostro jovial y sus buenos modales cuando le pasó revisión antes de zarpar tampoco parecían los propios de un carnicero.

Sólo le había revelado su estado a Sarah y estaba convencida de que nadie, ni siquiera Tench, se había dado cuenta. Pero por muy vergonzoso que fuera admitirlo ante el doctor, sabía que debía afrontar la situación.

—Creo que estoy encinta —le espetó después de preguntarle si podía darle algún remedio para un corte en el pie que no cicatrizaba.

El cirujano enarcó una ceja gris, a continuación le hizo unas cuantas preguntas y le pidió que se tumbara para palparle el vientre.

—¿Saldrá todo bien? —preguntó Mary cuando vio que el doctor no decía nada.

—Claro que sí, un parto en alta mar no se diferencia de uno en tierra firme —respondió White con cierta brusquedad—. Diría que darás a luz a principios de septiembre, por lo que estaremos en un lugar más cálido y agradable por entonces. Eres fuerte y estás sana, todo saldrá bien.

Mary calculó entonces que debió de concebirlo en Navidad, la noche en que Spencer Graham se mostró más cariñoso.

—¿Quién es el padre? —preguntó el cirujano, mirándola fijamente con sus ojos oscuros, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Debes decírmelo,

Mary, el padre ha de hacerse cargo de la situación. Si es otro preso, podéis casaros, y si es un marino, se le puede obligar a que le dé su apellido.

A Mary le sorprendió que a alguien le importara saber quién la había dejado embarazada, y aún más que quisiera responsabilizar al padre por lo sucedido. Sin embargo, no estaba preparada para dar el nombre de Graham. De no ser por él no habría sobrevivido en el *Dunkirk*. Además, estaban su esposa y sus hijos, quienes no merecían el dolor de saber que había sido infiel.

–¿Quién es, Mary? –preguntó con más firmeza.

–No lo sé –respondió ella, cruzando los brazos en un gesto de desafío.

–No te creo –le advirtió el cirujano–. Tal vez lo creería si le hubiera sucedido a cualquier otra, pero de ti no me lo creo. Ahora dime quién es y deja que me encargue de todo.

–No pienso hacerlo –insistió ella con tozudez.

White chasqueó la lengua.

–Tu lealtad es admirable, pero te equivocas. ¿Quieres que aparezca la palabra «bastardo» en la partida de nacimiento de tu hijo?

–No es peor que tener una madre convicta –replicó.

White negó con la cabeza y le dijo que se marchara, no sin antes insistir de nuevo en que recapacitara y que fuera a verlo si cambiaba de opinión.

Al día siguiente se desató una tormenta, por lo que volvieron a cerrar las escotillas y Mary se vio obligada a quedarse en la bodega. Después de haber disfrutado de la libertad de la cubierta durante tantos días, quedar atrapada de nuevo en la oscuridad con una multitud de mujeres agonizantes a causa del mareo le pareció insoportable. El barco se balanceaba y cabeceaba, los bacines se derramaban y el agua salada entraba y empujaba a las prisioneras. Mary no podía hacer más que ceñirse la manta con fuerza, cubrirse la nariz para mitigar el mal olor y rezar para que la tormenta pasara pronto.

Tardaron tres semanas en llegar a Santa Cruz de Tenerife, el primer puerto de escala del viaje. Por entonces, Mary había trabado buena amistad con un par de marineros de Devonshire. Gracias a ellos supo que en otro de los barcos los presos habían destrozado los mamparos para llegar hasta donde se encontraban las mujeres incluso antes de zarpar. También le dijeron que las mujeres procedentes de las cárceles de Londres eran unas criminales despiadadas y curtidas, que siempre andaban a la greña, dispuestas a venderse a quien fuera por un trago de ron.

Mary se asustó. Había imaginado que los prisioneros de los otros barcos no serían muy distintos de los que viajaban a bordo del *Charlotte*. Ciertamente, algunos de ellos eran tan viles que serían capaces de robar a un muerto, pero al menos sabía a cuáles debía vigilar. Además, se sentía segura porque sabía que el capitán Gilbert nunca permitiría que los prisioneros de su barco amenazaran a las mujeres.

Aunque era un hombre bondadoso, también era muy estricto. En las pocas ocasiones en que los hombres subían a cubierta al mismo tiempo que las mujeres, éstos eran vigilados de cerca por los marinos, que permanecían muy atentos a cualquier falta de conducta. Además, la amenaza de que volvieran a ponerles los grilletes o de que los azotaran bastaba para disuadir a hombres y mujeres de correr cualquier riesgo.

En el *Charlotte* se mantenían también relaciones ilícitas, pero a diferencia de lo que sucedía a bordo del *Dunkirk*, no con los oficiales, sino con los marinos y marineros. Mary Haydon y Catherine Fryer se acostaban con cualquier hombre que se lo propusiera. Ni Mary ni Sarah tomaron ese camino; se reían y decían que, si no podían tener a un oficial, no querían a nadie. La verdad era que ya no se veían obligadas a luchar para sobrevivir. Tenían comida suficiente, agua para lavarse y, después de pasar el día al sol en cubierta, preferían volver a la bodega para pasar la noche antes que someterse a las humillaciones y las acometidas de un marinero borracho de ron.

El único prisionero al que Mary veía con asiduidad era Will Bryant, acompañado de vez en cuando por Jamie Cox. Al resto de los hombres no se les permitía pasar demasiado tiempo en cubierta. Mary ignoraba si se debía a que los prisioneros superaban en número a la tripulación o al hecho de que el capitán Gilbert considerara que las prisioneras y las familias de los marinos necesitaban disfrutar más a menudo del aire fresco, pero Will gozaba de ciertos privilegios. Al parecer, había logrado convencer a los oficiales de que le permitieran pescar para complementar las raciones del barco, por lo que pasaba buena parte del día en cubierta. Mary admiraba su ingenio y consideraba que tenían mucho en común.

Cuando el barco echó el ancla en Santa Cruz para abastecerse de agua y provisiones, la tripulación recibió permiso para desembarcar. Los prisioneros fueron encadenados de nuevo y las escotillas, cerradas. Corría el mes de junio y hacía un calor sofocante. Estar encerrados a oscuras, sudando a mares después de la relativa libertad de la que habían disfrutado hasta entonces, era

una tortura. Para Mary, ahora que había empezado a crecerle el vientre, era aún más insoportable: le resultaba imposible ponerse cómoda en el duro banco de madera que hacía las veces de cama, y la falta de aire fresco le provocaba náuseas.

Cuando partieron hacia Río de Janeiro, les quitaron las cadenas y pudieron volver a salir a cubierta. Una tarde, Mary estaba sentada descansando al sol cuando oyó maldecir a Will Bryant porque se le había rasgado la red de pescar. Mary se levantó, se dirigió a popa y se ofreció a repararla.

La travesía había potenciado aún más el atractivo de Will. Las raciones cada vez mayores le habían permitido ganar algo de peso, sus ojos eran azules como el cielo, el sol le había aclarado aún más el pelo y la barba y le había teñido la piel de un tono cobrizo, y seguía luciendo su sonrisa insolente y haciendo gala de su descaro habitual.

—¿Sabes arreglar una red? —preguntó, sorprendido.

—¿Acaso no iba a saber hacerlo cualquier chica de Fowey? —replicó ella entre risas.

Mary se afanó a coser la red. Nadie les ordenó que se separaran, y Will y ella pasaron la tarde charlando, sobre todo de Cornualles.

—Tienes un aspecto muy lozano —dijo Will de repente—. ¿Cuándo darás a luz?

Mary se avergonzó. Creía que sólo el cirujano White y Sarah sabían que se encontraba en estado. Si Will lo había adivinado, ¿quizás Tench también lo hubiera hecho!

—En septiembre —murmuró, sonrojada de pies a cabeza—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Tengo ojos —se rio Will—. No es algo que vayas a poder ocultar siempre, sobre todo cuando el viento te ciñe el vestido al cuerpo.

Mary se sintió un tanto incómoda.

—¿Lo sabe alguien más?

Will se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—Un poco —admitió—. No quiero que la gente piense mal de mí y no sé mucho sobre bebés.

—No te inquietes por lo que pueda pensar la gente —repuso Will con una sonrisa—. Habrá más mujeres que también den a luz antes de que llegemos a

nuestro destino. En cuanto a no saber nada de bebés, supongo que es algo que se aprende de forma natural. Las otras mujeres te ayudarán, así que no tienes de qué preocuparte.

A Mary le conmovió que Will se mostrara tan tierno, pues siempre lo había considerado un hombre duro. Un poco más tarde Will le contó que había oído que, cuando llegaron a Tenerife, un preso del *Alexander*, otro barco de la flota, se había escondido en cubierta, se había lanzado al mar al anochecer y había robado una barca amarrada a la popa.

–El muy bobo se delató al acercarse a un barco holandés y pedir que lo dejaran subir a bordo. –Will se rio–. Yo me habría ocultado en la ciudad hasta que la flota hubiera zarpado de nuevo.

–Cuando estábamos en el *Dunkirk* no hacía más que darle vueltas a la idea de huir –admitió Mary–. Ahora ya no sirve de nada pensar en eso, sobre todo en mi estado. Pero en cuanto nazca el bebé, estaré alerta para aprovechar cualquier oportunidad.

–Yo esperaré. Antes quiero ver cómo es la bahía de Botany –dijo Will–. Si puedo pescar, construirme una casa decente y cultivar unas cuantas hortalizas, tal vez no sea tan horrible.

–Pero no sabemos cómo son los prisioneros de los otros barcos –señaló Mary–. Aquí somos todos de Devon y Cornualles. En realidad, ninguno de nosotros somos criminales. Pero me han llegado voces de que las prisioneras a bordo del *Friendship* son peligrosas, sobre todo las de Londres. Les han puesto los grilletos por pelearse entre ellas. Y cuando lleguemos a la bahía de Botany, tendremos que tratar con esas mujeres.

–Creo que serás capaz de manejarte –dijo Will–. Y yo también. Saldremos adelante.

Al cabo de unos días, Tench y Mary se encontraron en la cubierta. Él le preguntó si estaba disfrutando del viaje, y le explicó que sus muchas obligaciones le habían impedido salir a tomar más el aire.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó mirándola fijamente–. El cirujano me ha contado que estás embarazada.

Mary no supo cómo reaccionar y se limitó a asentir. A pesar del alivio que suponía hacerlo por fin público, tenía miedo de que Tench fuera a interrogarla como había hecho White.

–No te juzgo –dijo Tench con amabilidad, como si le hubiera adivinado el pensamiento–. Sólo me preocupo por ti. Tienes suerte de que White esté a

bordo, es un buen cirujano. ¿Te dan suficiente comida?

Mary asintió de nuevo, incapaz de pronunciar palabra.

—Si necesitas cualquier cosa, ven a verme —se ofreció Tench, dándole una palmadita en el hombro—. Intentaré conseguirte algo de fruta cuando lleguemos a Río. El escorbuto es un peligro en travesías tan largas. Por suerte, el capitán Gilbert parece ser más consciente de nuestras necesidades que la mayoría de los oficiales.

Entonces se marchó. Mientras veía alejarse su esbelta espalda, su pelo negro impoluto y sus pantalones blancos inmaculados, Mary deseó que el bebé que esperaba fuera suyo.

La travesía a Río estuvo marcada por fuertes tormentas. El barco se balanceaba y cabeceaba en el mar encrespado, el agua entraba en las bodegas y las mujeres se caían de las camas. En más de una ocasión creyeron que iban a morir ahogados. El crujido de las cuadernas parecía la señal definitiva de que la embarcación iba a partirse en dos. Incluso Mary, que nunca se había mareado, acabó sucumbiendo y vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago. Estaba tan débil que apenas podía moverse.

Sin embargo, las tormentas amainaron y dieron paso a un período de calma en que el barco apenas avanzaba. Fue uno de esos días, cuando Mary se encontraba junto a la barandilla observando el resto de la flota y a los delfines y marsopas, cuando Tench le sugirió que buscara un marido entre los prisioneros.

El teniente capitán no tenía la oportunidad de hablar con ella a menudo, e incluso cuando coincidían no charlaban más que unos pocos minutos. Aun así, desde el día en que le había dicho que sabía que estaba embarazada, casi siempre le daba algo cuando la veía. A veces era sólo un pedazo de queso duro o un par de galletas; en dos ocasiones, había sido un huevo duro. Mary se daba más que por satisfecha con el mero hecho de que se preocupara por su salud, pues no quería que el capitán reprendiera a Tench por su culpa.

—¿Has pensado en lo que sucederá cuando lleguemos a la bahía de Botany? —le preguntó Tench, sin apartar la mirada del mar y del resto de la flota inmóvil en aquella calma chicha—. ¿Eres consciente de que habrá muchos más hombres que mujeres?

Mary negó con la cabeza.

–Habrá tres hombres por cada mujer –prosiguió, con el ceño fruncido, como si el asunto de veras le preocupara–. Temo que pueda convertirse en una situación difícil para vosotras.

Horrorizada, Mary cayó en la cuenta de que Tench estaba aludiendo a la posibilidad de que las violaran.

–¿Es que no vais a protegernos?

–Haremos todo lo que esté en nuestras manos –respondió Tench–. Aun así, no podremos estar en todas partes en todo momento.

Mary se estremeció. Will le había contado que muchos de los presos eran hombres desesperados, pero también lo eran muchas de las mujeres. Hasta el momento Mary sólo había pensado en el robo de comida o de pertenencias, pero ahora Tench le había abierto los ojos y comprendía que el robo no iba a ser el único problema.

–Harías bien en sopesar la posibilidad de casarte –dijo Tench.

Durante un segundo, Mary creyó que era una propuesta de matrimonio y el corazón le dio un vuelco.

–¿Casarme? –repitió.

–Con uno de los prisioneros, claro –se apresuró a añadir el oficial–. Tu bebé necesitará un padre.

Mary se sonrojó y confió en que Tench no adivinara el auténtico motivo.

–Apenas conozco a ninguno de los hombres –repuso Mary con indignación.

Tench miró por encima del hombro para comprobar si alguien los estaba observando.

–Ahora debo irme. Pero piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Y se marchó antes de que Mary pudiera añadir algo más.

Mary le dio mil vueltas al consejo de Tench. Cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que tenía razón. Los hombres que habían pasado tanto tiempo privados del contacto con mujeres podían llegar a ser muy peligrosos y ellas, también.

Mary amaba a Tench, creía que el amor que sentía por él era eterno y que ningún hombre podría hacerle sentir nada igual. Pero también era realista; tal

vez ella le gustara, tal vez el joven oficial sintiera algo parecido a la pasión romántica por ella, pero sabía que iba a necesitar mucho más tiempo del que disponía para conseguir que la amara lo suficiente como para atreverse a cruzar la línea y tomar por esposa a una convicta. Además, él regresaría a Inglaterra al cabo de tres años, y a ella aún le quedarían cuatro más de condena.

De entre todos los presos sólo había uno al que admiraba, y ése era Will Bryant. Un hombre fuerte y capaz que sabía leer y escribir, conocía la profesión de pescador y compartía su amor por los barcos y el mar, un hombre atractivo y un líder natural.

Cuanto más pensaba en Will, más segura estaba de que sería el marido ideal. Era obvio que él no la consideraría tan buen partido ya que, para empezar, estaba esperando un hijo de otro hombre. Tampoco destacaba por su belleza, pero tenía que haber algún modo de conseguir que Will cambiara de opinión.

En las ocho semanas que duró la travesía hasta Río, Mary apenas pensó en otra cosa que no fuera en cómo iba a convencer a Will de que se casara con ella. Debido a su estado, el cirujano White le dio permiso para pasar el día en cubierta mientras hiciera buen tiempo y ordenó que le sirvieran raciones más generosas. De ese modo se veía con Will casi a diario, le cosía las redes, limpiaba el pescado y a menudo le obsequiaba con una parte de su ración.

Con el paso de los días fue descubriendo nuevas facetas de su paisano. Su fanfarronería podía llegar a ser agotadora y, aunque creyera que podía hacer lo que se propusiera mejor que cualquier hombre, era fuerte, práctico y listo. Además, tenía también su lado tierno y se preocupaba por la salud de Mary. En una ocasión le había preguntado si podía tocarle el vientre, y se mostró asombrado al notar las patadas del bebé. Will adoptaba siempre una actitud protectora con los más débiles y rara vez caía en el desaliento.

Cuando el barco atracó en Río les pusieron de nuevo los grilletes, cerraron las escotillas y la tripulación bajó a tierra firme. Los permisos para subir a cubierta se redujeron drásticamente, y sólo aquellos prisioneros que tenían dinero podían comprar alimentos frescos a los vendedores de tez morena que se acercaban al barco.

Algunos de los presos más afortunados tenían familiares cerca de Devonport que les habían llevado ropa nueva, comida y dinero antes de que el barco zarpara; otros, el dinero que habían logrado reunir durante su estancia

en la cárcel y en el buque prisión. Will pertenecía al segundo grupo: había conservado el dinero en una bolsa oculta bajo la camisa, gracias a lo cual pudo comprar naranjas y darle la mitad a Mary, además de un corte de algodón.

–Para que cosas la ropa del bebé –le dijo, con una sonrisa extrañamente tímida.

Cuando Tench regresó a bordo, algo aturdido después de beber y parrandear con los oficiales, también le llevó un regalo: una mantita para su hijo.

–Will me ha comprado algodón para que le haga ropa –le explicó Mary después de agradecerse tratando de contener el llanto–. Tengo suerte de contar con la ayuda de tan buenos amigos.

–Will es el hombre con el que deberías casarte –le espetó Tench por sorpresa.

–¿Casarme con él? –exclamó Mary como si esa idea no se le hubiera pasado nunca por la cabeza–. ¿Por qué iba a quererme a mí cuando hay mujeres más guapas y sin un hijo en camino?

–Porque eres lista, resuelta y una compañía agradable –repuso Tench, con un brillo especial en sus ojos castaños–. Ésas son las cualidades que buscaría yo en una esposa.

–¿Y el amor? –preguntó Mary, que lamentaba no saber coquetear como había visto hacer a otras mujeres.

–Creo que el amor llega cuando dos personas están en absoluta sintonía –contestó él con gran sinceridad–. Creo que mucha gente confunde la lujuria con el amor. Son dos cosas muy distintas.

–Pero ¿no van siempre de la mano? –continuó Mary.

–A veces, si tienes mucha suerte –respondió Tench con una sonrisa–. Por desgracia, la mayoría sólo conseguimos una cosa o la otra, pero no ambas a la vez. O peor aún, albergamos ambos sentimientos por una persona que no es la adecuada.

Mary tenía la sensación de que Tench intentaba insinuarle que eso era lo que sentía por ella.

–Pero en tal caso, ¿no crees que de algún modo esa persona podría convertirse en la adecuada? –insistió Mary desesperada.

–Quizás.

Tench se encogió de hombros y desvió la mirada hacia el puerto de Río.

–Siempre que pudiera llevar a esa persona a un lugar donde el pasado no importara.

Su conversación se vio interrumpida bruscamente cuando el capitán Gilbert subió a bordo. Tench fue a saludarlo y Mary regresó a la popa, donde dirigió la mirada al otro lado de la bahía y se preguntó si, en el fondo, Tench deseaba poder quedarse en Río con ella.

Pero de estar en lo cierto, ¿por qué la animaba a casarse con Will? ¿Era eso lo que haría cualquier otro hombre? Sin embargo, hacía tiempo que Mary se había dado cuenta de que Tench no era como los demás.

Zarparon del puerto de Río el 4 de septiembre, y al cabo de tres días, al anochecer, Mary se puso de parto.

Al principio fue llevadero. Permaneció en silencio junto a Bessie e incluso logró dormir a ratos. Pero al despuntar el alba los dolores se volvieron insoportables y tuvo que levantarse y agarrarse a uno de los baos para intentar aliviar su sufrimiento. Avisaron al cirujano White a media mañana, pero tras examinarla concluyó que todo seguía su cauce y que los partos de primerizas solían ser largos. Sus únicas instrucciones se limitaron a ordenar a dos mujeres, precisamente Mary Haydon y Catherine Fryer, que fueran a buscar algo de paja para que Mary se tumbara en ella.

La mala mar balanceaba el barco de un lado a otro, por lo que Mary y Catherine no mostraron la más mínima compasión por ella. Para empeorar aún más las cosas, habían cerrado las escotillas debido a las fuertes ráfagas de viento, de modo que la bodega permanecía a oscuras y cargada con un ambiente viciado.

–No hay vida sin muerte –señaló Mary Haydon con desdén–, ni placer sin pesar.

Mary siempre había sabido que aquellas dos mujeres la consideraban responsable de su condena, a pesar de que en el pasado le hubieran asegurado en varias ocasiones que lo hecho, hecho estaba y que ya lo habían olvidado. Cada vez que Mary recibía una muestra de gratitud o los elogios de las mujeres, había percibido sus celos. Suponía que ambas veían su parto como una oportunidad de cobrarse su venganza, con la esperanza de que hiciera el ridículo y perdiera parte de la admiración que le profesaban las otras presas.

Sin embargo, Mary no estaba dispuesta a darles esa satisfacción. Cuando llegaron de nuevo los dolores, apretó los dientes y los soportó en silencio.

El parto prosiguió su curso y las contracciones fueron aumentando de intensidad hasta obligarla a tumbarse y agarrarse a la cuerda de nudos que una de las mujeres mayores había tenido la consideración de atar a uno de los baos para que tirara de ella. Sarah se sentó a su lado, le humedeció la frente y le dio sorbos de agua salobre.

—Ya falta poco —le susurró al oído para darle ánimos—. Y si quieres gritar, hazlo, no pienses en esas dos brujas.

Mary creía que iba a morir del dolor y entre contracciones se preguntó cómo era posible que las mujeres dieran a luz a más de un hijo. Pero entonces, cuando le parecía que ya no podía soportarlo más, sintió algo distinto, sintió ganas de empujar.

Había oído hablar a otras mujeres, entre ellas su madre, de esa parte, y sabía que significaba que el bebé estaba abriéndose camino para salir. De repente, sintió una gran ternura por el hijo que llevaba en su interior y la determinación de expulsarlo cuanto antes.

—Ya viene —le susurró a Sarah.

Cuando llegó la siguiente contracción, Mary apretó los dientes, levantó las piernas, tiró de la cuerda y empujó con fuerza.

A duras penas fue consciente de que las otras mujeres estaban cenando al otro lado de la manta que Sarah había tenido la delicadeza de colgar para darle algo de intimidad; pero a pesar de todo, le llegó el olor del estofado y las oyó masticar. El balanceo del barco parecía reproducir lo que estaba sucediendo en su cuerpo, y se alegró de que la oscuridad ocultara aquel espectáculo tan poco agradable.

Oyó que Sarah le ordenaba a alguien que fuera a buscar al cirujano, pero White tardó un rato en aparecer. Tras darle a Sarah unas brascas instrucciones y un farol, se marchó casi de inmediato.

—¡No me deje aquí! —gritó Mary cuando el cirujano se iba.

—Las mujeres se ocuparán de todo —le espetó White—. Aquí abajo no puedo mantenerme en pie.

—Cabrón —lo insultó Sarah mientras el hombre se alejaba.

Después se inclinó sobre Mary y le secó la cara con ternura.

—Me tienes a mí —le dijo para calmarla—. Sé lo que hay que hacer, cielo, todo irá bien.

El dolor era insoportable, y a Mary le pareció que casi podía ver el fulgor de su piel encendida mientras Sarah le limpiaba las nalgas y los muslos con agua fría. Entonces empujó de nuevo con fuerza y notó que el bebé estaba a punto de salir. A continuación, oyó el grito de Sarah cuando vio asomar la cabeza.

Mary tenía la sensación de que le estaban arrancando un pez enorme y viscoso de las entrañas. El dolor cesó de repente y oyó voces detrás de la manta.

–Has tenido una hija –exclamó Sarah extasiada–. Y no es precisamente pequeña.

La luz del farol era tenue, pero Mary vio que Sarah sostenía algo que parecía un conejo despellejado. Entonces la niña rompió a llorar con un grito furioso y desafiante, como si estuviera consternada por encontrarse en la bodega oscura de un barco.

–Sobrevivirá –dijo Sarah con un deje de alivio, y le entregó el bebé a la madre–. ¿Cómo vas a llamarla?

Mary no pudo contestar. Sólo era capaz de contemplar a su hija, sobrecogida. Tenía una mata de pelo negro, a la tenue luz del farol su piel parecía teñida de púrpura y agitaba los puñitos en el aire. Le costaba creer que aquel ser diminuto hubiera crecido en su vientre.

–La llamaré Charlotte –decidió–. Por el barco.

Entonces le vinieron a la mente el rostro de Graham y la mirada de ternura que le había dedicado la noche en que debieron de concebirla, y añadió:

–Charlotte Spence.

–¿Spence? –preguntó Sarah–. ¿Qué nombre es ése?

Mary no quiso contestar.

–¿Podría beber algo? Me muero de sed.

Bien entrada la noche, Charles White regresó a su camarote después de pasar por la bodega, donde comprobó que el bebé de Mary había nacido sin problemas. Se sirvió un vaso de whisky y a continuación se sentó para escribir en su diario. «8 de septiembre –anotó–. Mary Broad. Ha dado a luz a una niña en perfecto estado de salud.»

Durante un buen rato no pudo pensar en nada que no fuera lo sucedido a lo largo del día. Mary, en la mugrienta y hedionda bodega, con el bebé en brazos, ocupaba su mente y no le permitía pensar en nada más. Había atendido muchos partos a lo largo de los años, desde mujeres de clase alta en sus lujosas casas hasta campesinas que vivían en casuchas, y a todas las había ayudado, conmovido por el milagro de traer una nueva vida al mundo. Ahora sentía una punzada de vergüenza por haber abandonado a Mary a su suerte, a todas luces una buena mujer cuya calma, modales e inteligencia la ponían un peldaño por encima de sus compañeras.

Quizás fue porque sabía que había pocas probabilidades de que el recién nacido sobreviviera más allá de unas cuantas semanas. La mortalidad infantil era elevada en tierra firme, pero en un barco con ratas, piojos, agua infecta y en el que proliferaban las enfermedades, al acecho de las víctimas más débiles, un recién nacido tenía pocas posibilidades de salir adelante. Hasta el momento se había producido un número sorprendentemente bajo de muertes, la mayoría provocadas por enfermedades que habían llevado los presos procedentes de los buques prisión. Pero aún les quedaba una larga travesía hasta la bahía de Botany.

Cuando llegaran, la situación sería aún más complicada. Tendrían que construir viviendas y cultivar las tierras. Cabía la posibilidad de que los nativos fueran hostiles y el tiempo, inclemente. No era el entorno ideal para criar a un niño.

A pesar de todo, creía que las extraordinarias cualidades de Mary harían de ella una madre excelente. Se preguntó de nuevo quién era el padre y sopesó la posibilidad de que fuera Tench, quien había estado a bordo del *Dunkirk* con Mary. En ningún momento había ocultado que esperaba con ansia noticias del parto y se le iluminaron los ojos cuando le comunicó que el bebé había nacido, interesándose enseguida por conocer el sexo, el nombre y el estado de Mary.

Sin embargo, no consideraba a Tench un oficial capaz de tomar a una mujer convicta. Era un hombre joven, recto, honrado y con una dignidad innata, más interesado en hacer el bien que en las aventuras amorosas. Pero era obvio que albergaba algún tipo de sentimiento por Mary Broad, algo comprensible cuando incluso un cirujano viejo y gruñón como él la encontraba una mujer fascinante.

Charles lanzó un profundo suspiro. El plan de vaciar los buques prisión y enviar los indeseables al otro extremo del mundo estaba plagado de

incógnitas. Nadie conocía el clima del nuevo país, cómo serían los nativos ni si las tierras serían fértiles. Era una apuesta muy osada no sólo en lo que respectaba a las vidas de los prisioneros, aunque a fin de cuentas había poca gente en Inglaterra preocupada por ellos, sino también por las vidas de los elegidos cuya misión consistía en mantenerlos a raya.

El propio capitán Arthur Phillip, el oficial al mando de la flota, había expresado sus dudas acerca de la cantidad de provisiones, herramientas y ropa en los buques, y consideraba que la calidad general de los suministros era baja. Además, sólo había unos pocos artesanos cualificados entre los prisioneros.

Charles contempló apesadumbrado la página en blanco de su diario. Si todos los prisioneros fueran como Mary Broad y Will Bryant, gente inteligente y hábil, tal vez el proyecto tuviera posibilidades de éxito. Por desgracia, muchos de los presos no eran más que sinvergüenzas, la escoria de la sociedad inglesa. A decir verdad, el cirujano opinaba que la idea estaba condenada al fracaso.

Al cabo de cinco semanas, cuando el barco avanzaba hacia Ciudad del Cabo, Mary se encontraba junto a la barandilla de cubierta con Charlotte en los brazos, maravillada ante la belleza del paisaje.

El sol se estaba poniendo, el cielo se había teñido de rosa y malva y los once barcos se encontraban muy cerca los unos de los otros, con las velas henchidas por el viento. En el mar de color turquesa un grupo de delfines saltaba a su alrededor, como si quisieran darles la bienvenida. A pesar de que hacía ya varios días que veían delfines y ballenas, Mary no se cansaba de observarlos.

–Y tú ni siquiera les prestas atención–le dijo con ternura a Charlotte, que dormía profundamente envuelta en la manta que Tench le había regalado.

Por entonces, Mary había olvidado casi por completo los horrores del parto. Tenía leche suficiente para amamantar a la pequeña, que crecía rápidamente y centraba toda su atención.

Mary nunca imaginó que podría llegar a albergar unos sentimientos tan intensos por su hija. Apenas se separaba de ella, temerosa de que las otras mujeres no supieran sujetarla y de que le metieran sus dedos sucios en la boca.

Uno de los marineros le había fabricado una cunita en la que Mary la metía durante el día cuando se encontraba en cubierta, protegida con un pedazo de tela para evitar el sol, pero de noche dormía con la niña en brazos por miedo de lo que pudieran hacerle las ratas.

El capitán Gilbert le había dicho que podría bautizarla cuando llegaran a Ciudad del Cabo y el sacerdote de la flota subiera a bordo del *Charlotte*. Aquel gesto conmovió a Mary, convencida de que el hijo de una convicta recibiría un trato desdeñoso, infrahumano.

–Según mis cálculos, mañana a primera hora podremos ver la montaña de la Mesa –dijo Tench de repente junto a ella.

Mary no lo había visto ni oído llegar.

–Precisamente tiene forma de mesa –prosiguió–. La cima es plana y está rodeada por un manto de niebla que parece un mantel, o al menos eso es lo que me han dicho. Nunca he estado en Ciudad del Cabo.

–Pues ahora tendrás tiempo para explorarla –dijo Mary pensativa–. Y podrás ver todos esos animales y criaturas salvajes.

Sabía que a Tench le gustaba explorar y escribir en su diario sobre los lugares en los que había estado y lo que había visto en ellos. Nunca había conocido a un hombre con tanto entusiasmo por los lugares nuevos y por todo lo desconocido.

–No serás siempre una prisionera, Mary –le dijo Tench, con voz suave y compasiva–. Cuando el asentamiento de la bahía de Botany empiece a prosperar y hayas cumplido tu condena, una mujer como tú encontrará un sinfín de oportunidades.

–Entonces tú ya habrás regresado a casa –repuso Mary, intentando mantener un tono desenfadado.

–Eso espero –añadió Tench–. Pero tú formarás parte de una nueva comunidad y te habrás casado. Y tal vez la pequeña Charlotte ya tenga un hermanito.

Tench se inclinó sobre la pequeña y la besó en la frente.

–Cásate con Will Bryant, Mary, es el mejor hombre para ti.

Tench no había vuelto a pronunciar el nombre de Will desde mucho antes de que naciera Charlotte, pero el hecho de que no lo olvidara le demostró a Mary que hablaba completamente en serio.

–¿Cómo voy a conseguirlo, suponiendo que yo creyera que es un buen plan? –preguntó.

Tench meditó la respuesta.

–Yo pondría todas las cartas sobre la mesa. Destacaría las ventajas que le supondría tener esposa. Sobre todo alguien como tú.

Mary esbozó una sonrisa.

–En Fowey me habrían considerado el peor partido para un hombre. No sé cocinar, coser ni hacer las tareas propias de una mujer.

–En la bahía de Botany, las habilidades domésticas van a ser lo de menos –dijo Tench con una sonrisa irónica–. Sólo los más duros, los que tengan una mayor capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias, saldrán adelante. Eres una mujer con agallas, Mary, y con una gran determinación. Will lo sabe y te admira. No creo que te cueste convencerlo.

–¿Cómo te sentirías si una mujer te pidiera matrimonio? –le preguntó con una sonrisa, como si sólo estuviera bromeando.

–Dependería de la mujer que me lo pidiera –se rio–. Si fuera rica y hermosa, me sentiría halagado.

–¿De modo que una chica pobre, vulgar y convicta no tendría ninguna posibilidad? –preguntó Mary, fingiendo un tono jocosos a pesar de percibir el deje lastimero de su propia voz.

Tench no respondió y Mary se sintió avergonzada.

–Lamento haberte puesto en un apuro –se disculpó.

Para su sorpresa, Tench se volvió hacia ella y le acarició suavemente la mejilla.

–He dicho que me sentiría halagado si fuera una mujer rica y hermosa. Pero me sentiría igualmente halagado si fuera una convicta que me gustara de verdad. Sin embargo, no aceptaría a ninguna de las dos –dijo, mirándola a los ojos–. No porque no fuera capaz de quererla o porque no la considerara digna de mí, sino porque no soy un hombre que aspire a contraer matrimonio. Hay demasiados lugares en el mundo que quiero ver, y no podría hacerlo si me asentara.

–Puede que acabes tus días como un viejo solitario –dijo Mary, haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas y tragar saliva debido al nudo que se le había formado en la garganta.

–Sí, es cierto, pero al menos no habré dejado a una mujer sola y abandonada mientras exploro el mundo –dijo Tench, y sonrió–. Ni habré dejado hijos sin un verdadero padre.

El bautizo de Charlotte se celebró cuando el barco llevaba ya tres días fondeado en Ciudad del Cabo. El domingo por la mañana, el reverendo Richard Johnson subió a bordo para celebrar un oficio religioso al que asistieron la tripulación y los presos.

Mary fue la única prisionera que no estuvo encadenada mientras duró el oficio, pero volverían a ponerle los grilletes en cuanto finalizara. Había intentado acicalarse en la medida de lo posible: se había lavado el pelo hasta dejarlo brillante y se había puesto el vestido de algodón gris que Graham le regaló en el *Dunkirk*. Lamentó que estuviera tan arrugado, pero se había visto obligada a esconderlo en la bodega cuando le dieron el vestido informe y de tela basta que entregaban a todas las prisioneras.

El reverendo Johnson dirigió el sermón a los prisioneros y les dijo que la bahía de Botany sería una oportunidad de oro para todos ellos si eran capaces de alejarse de la maldad que los había llevado hasta allí. Instó a los hombres a buscar esposa, ya que sólo en el matrimonio hallarían la verdadera felicidad.

Mary se percató de que Will no apartaba la mirada de ella cuando se dirigió con la niña hacia el reverendo. Cuando la bendijo con el agua, la pequeña lanzó un fuerte alarido que ahogó las palabras del clérigo y Mary rezó una oración en silencio no sólo por Charlotte, sino también para que Will la quisiera como esposa.

Pasó una semana antes de que Mary tuviera la oportunidad de hablar con Will. El tiempo había empeorado y se habían visto obligados a permanecer en la bodega. Seguía siendo peligroso subir los resbaladizos escalones con un bebé en brazos, pero Mary estaba desesperada por respirar aire fresco.

Will estaba en cubierta, pescando. Al oír pasos a su espalda, volvió la cabeza y sonrió.

–Se está bien aquí fuera, ¿verdad?

–No soportaba pasar un minuto más ahí abajo –confesó Mary, entre risas–. Es como respirar sopa rancia.

–Tú y yo nos parecemos mucho –dijo Will, con un gesto de asentimiento–. ¿Cómo está la pequeña?

–Bien –respondió Mary mirando a Charlotte, que dormía sujeta al chal en que la había envuelto para que estuviera más segura–. Me pregunto si habrá

bebés en los otros barcos.

–Más de uno, según he oído. Al menos, Charlotte tendrá a alguien con quien jugar cuando sea mayor.

–Y si obedecemos al reverendo, pronto nacerán más –añadió Mary.

Will se rio.

–Algunos no esperarán hasta que se celebre la ceremonia. Creo que, antes de que se cumpla el primer año, habrá muchos más bebés.

–Pero sois tres hombres por cada mujer –señaló Mary–. Creo que las esposas estarán muy solicitadas.

Mary estaba nerviosa. Había llegado el momento, pero no sabía cómo decir lo que tenía en mente.

–Yo no tendré ningún problema –fanfarroneó Will–. Estarán haciendo cola para que me case con ellas.

La actitud arrogante de Will provocó el ligero enfado de Mary.

–Pues entonces, más te valdrá que elijas con cuidado –le espetó ella–. Por lo que he visto en la bodega, pocas de esas mujeres tienen sentido común, y las que van a bordo de los otros barcos podrían ser aún más estúpidas.

–No serías un mal partido –dijo Will inesperadamente–. Tienes la cabeza en su sitio y no eres tan desaliñada como la mayoría.

Mary respiró hondo para intentar mantener la compostura.

–Sería un buen partido para ti –le soltó ella de repente–. Me gustan los barcos y sé pescar. Procedemos del mismo lugar y ambos congeniamos con los oficiales.

La inesperada propuesta dejó estupefacto a Will, que miró a Mary boquiabierto.

–¿Esperas que me case contigo? –preguntó al final, con voz algo forzada.

–Hay opciones mucho peores –dijo Mary, colorada de vergüenza–. Tengo buena salud, soy fuerte y puedo dejarme la piel trabajando. Sé que tengo a Charlotte y que tal vez un hombre no quiera criar a la hija de otro...

De repente, no se le ocurría ningún otro motivo por el que Will debiera elegirla y se avergonzó de tener que suplicar.

–Vaya, nunca lo habría imaginado –exclamó Will, sonriendo de oreja a oreja–. Te creía demasiado orgullosa para doblegarte ante cualquiera.

–No me estoy doblegando –se apresuró a corregirlo–. Me gustas, y creo que sería una solución práctica.

–Quiero una esposa que sienta verdadera pasión por mí, no me conformo

con gustarle.

Mary estaba dispuesta a ceder en algunos aspectos para que Will aceptara su propuesta, pero no se sentía capaz de fingir una pasión desahogada por él. Al ver la sonrisa pícaro del pescador, se sintió estúpida e incómoda.

–Hace más de un año que somos buenos amigos –dijo Mary al cabo de unos minutos–. ¿Querías que una amiga te mintiera?

–Claro que no –respondió él, aunque todavía no se le había borrado la sonrisa pícaro de la cara–. Pero sigo queriendo una esposa que sienta pasión por mí.

–Tal vez, con el tiempo, yo podría ser esa mujer –dijo Mary con osadía y sonrojada, convencida de que Will correría a contarles a sus compañeros lo que había sucedido entre ellos–. Aún no hemos tenido la oportunidad de conocernos a fondo.

Pero antes de que pudiera añadir algo más, uno de los marinos les lanzó un grito de aviso: estaban demasiado cerca.

–Debo marcharme –dijo Mary rápidamente–. Piensa en ello.

Las semanas que siguieron fueron duras, jalonadas por fuertes tormentas y borrascas que se alternaban con períodos de calma en los que el barco apenas se movía. Las raciones de agua fresca se recortaron y la comida empezó a pudrirse. Mary pasó momentos de gran angustia cuando pensó que iba a quedarse sin leche, y sintió miedo de lo que pudiera depararles el futuro.

La mayoría de las mujeres eran tan bobas que estaban convencidas de que viajaban a un lugar donde las aguardaban toda clase de comodidades. Sin embargo, Mary sabía que vivirían en tiendas y que era probable que algunos de los alimentos que llevaban se estropearan durante la travesía, del mismo modo en que muchos de los animales habían muerto. Antes de que naciera Charlotte nunca había pensado en la posibilidad de que el barco naufragara, pero ahora ese temor la asaltaba cada vez que se desataba una tormenta. Las cartas de navegación que existían sobre las aguas que estaban surcando ofrecían pocos detalles y ninguno de los tripulantes había estado allí antes. Por lo poco que sabían, la bahía de Botany podía estar habitada por caníbales y animales salvajes que los harían pedazos en cuanto pusieran un pie en tierra firme.

Sin embargo, lo peor de todo era que Will no le hubiera dicho nada sobre su propuesta. Mary no sabía si aquello significaba que aún estaba meditando la respuesta o si la consideraba tan absurda que ni siquiera iba a dignarse a responder.

## Capítulo cinco

1788

Mary estaba subiendo por la escalerilla con Charlotte en brazos cuando oyó el grito de «tierra a la vista». Una intensa emoción se apoderó de ella y trepó corriendo los últimos escalones hasta cubierta para unirse a los miembros de la tripulación y los prisioneros.

En un primer momento no le pareció que se estuvieran aproximando a tierra. En realidad, lo único que veía era una franja oscura en el horizonte que podía confundirse fácilmente con una nube, pero sabía que era poco probable que el marinero en lo alto de las jarcias se hubiera equivocado.

Corría el mes de enero, habían transcurrido doce meses desde que la trasladaran al *Charlotte*, ocho desde que zarpara y cinco desde que había nacido Charlotte. Cinco prisioneros y la esposa de un marino del *Charlotte* habían fallecido en ese tiempo, pero sus muertes se habían atribuido a enfermedades que habían contraído en Inglaterra y no a las carencias sufridas durante la travesía. Gracias al aire fresco y a la generosidad de las raciones, la mayoría de los presos gozaban de un mejor estado de salud que al embarcar. Sin embargo, eran pocos los que se habían librado de algún que otro accidente, ya fuera un hueso roto o un simple corte o moratón tras resbalar en la cubierta o los escalones del barco cuando las condiciones meteorológicas se volvían adversas.

En general, Mary consideraba la travesía una experiencia agradable. A pesar de que las tormentas la habían aterrorizado, y la maldad y la depravación de algunas de sus compañeras la habían sumido en la desesperación, todo aquello se vio compensado por la felicidad que Charlotte le había aportado. La pequeña había contradicho los pronósticos más agoreros y crecía con salud. Se había ganado el cariño de todo el mundo, desde los oficiales, los marinos y los marineros hasta los prisioneros, con su constante

sonrisa y sus gorjeos. Había logrado que Mary albergara esperanzas de hallar un futuro mejor, pero ahora que estaban a punto de llegar a su destino, la emoción se tornó en angustia.

En Ciudad del Cabo, Trench le había contado que la flota se dividiría: los barcos más rápidos se adelantarían para preparar el asentamiento, pero Mary sabía que las cosas habían ocurrido de otro modo. El mal tiempo y los vientos poco favorables habían menguado la velocidad de la avanzadilla, y el resto de las embarcaciones, entre las que se encontraba el *Charlotte*, la habían atrapado. Mary veía ahora la flota al completo, y la desalentaba tener la certeza de que no iban a encontrar un asentamiento y de que, además, podían topar con la hostilidad de los nativos.

Will Bryant y el joven Jamie Cox se encontraban junto a la barandilla y Mary fue a su encuentro.

—Es una escena fantástica —comentó Will con entusiasmo, abarcando la flota con un gesto de la mano—. Tenía miedo de que pudiéramos perder al menos uno de los barcos, pero todos lo han conseguido.

Durante los períodos de tormenta habían contemplado la posibilidad de que se produjera algún naufragio, algo que Mary, quien debía proteger a Charlotte, temía más que nadie. Después de una mala noche, la reconfortaba subir a cubierta y divisar al menos uno de los barcos. La observación de Will dejaba entrever que él había sentido lo mismo.

—¿No tienes miedo de lo que nos espera? —preguntó Mary.

Will se encogió de hombros.

—Lo único que temo es que no haya suficiente comida para que podamos sobrevivir hasta ser capaces de cultivar nuestros propios alimentos —admitió a regañadientes.

—¿Y tú, Jamie? —preguntó Mary.

El joven esbozó una sonrisa tímida.

—Me preocupan sobre todo los nativos. ¿Y si son caníbales?

—Contigo no tendrían ni para empezar —dijo Mary entre risas, dándole un leve codazo en el costado.

Jamie había engordado algo durante la travesía, pero a ella seguía pareciéndole un niño flacucho.

—¿Y tú de qué tienes miedo, Mary Broad? —le preguntó Will.

—De los prisioneros a los que no conocemos. Y de si podré darle a Charlotte todo lo necesario.

–Yo cuidaré de vosotras –dijo Will, palmeándole el brazo con su manaza.

Mary se preguntó qué quería decir exactamente con ese comentario. Aunque había logrado retomar gradualmente su amistad con Will y ahora se encontraba en el mismo punto que antes de la propuesta de matrimonio, Mary no había vuelto a mencionar el tema y él, tampoco. Suponía que aquello significaba que no la quería como esposa, y que el silencio era su forma de no avergonzarla aún más.

–Espero que hables en serio –dijo Mary con una sonrisa–. Pero creo que estarás muy ocupado eligiendo esposa, así que más me vale no contar con ello.

Pasaron tres días más antes de que el *Charlotte* pudiera entrar en la bahía de Botany, castigado por el viento de tierra. Cuando vieron por primera vez la tierra que iban a poblar después de un viaje tan largo, no hubo gritos, risas ni ningún otro gesto de alegría. Por primera vez, marineros, marinos, oficiales y prisioneros reaccionaron del mismo modo y se sumieron en un silencio horrorizado.

Era un lugar desolado y agostado por el sol abrasador. No había ni rastro de los pastos verdes que esperaban encontrar, y los pocos árboles que crecían eran pequeños y raquíticos. Sin embargo, más desalentadora aún fue la visión de los nativos negros y desnudos que blandían sus lanzas amenazadoras contra los barcos. Era obvio que no les gustaba que unos hombres blancos desconocidos invadieran su territorio.

La mayor parte de la flota había llegado antes que el *Charlotte*, y un grupo de oficiales y marinos había desembarcado para intentar hallar una ubicación adecuada para el campamento. Sin embargo, no permitieron que los prisioneros se quedaran en cubierta para observar y los obligaron a regresar a la bodega, donde permanecieron encerrados.

Hasta al cabo de unas semanas Mary no descubrió lo que había sucedido durante los largos días que había pasado encarcelada bajo cubierta con sus compañeras, soportando un calor sofocante. Sin duda, les habría divertido oír que los nativos ignoraban si los oficiales eran hombres o mujeres, por lo que pidieron a un hombre del grupo que se bajara los pantalones.

Al parecer, el capitán Arthur Phillip había logrado eludir la hostilidad de los nativos regalándoles cuentas y alhajas, pero se alarmó al descubrir que la

bahía de Botany no podía albergar a mil personas y todos los animales. La tierra no era fértil y el suministro de agua estaba en el lugar equivocado, de modo que reunió a un pequeño grupo de hombres y partieron con los botes en busca de un lugar mejor. El capitán ordenó al resto de la compañía que empezara a talar árboles en caso de que su misión fracasara.

Phillip llegó a un lugar llamado Port Jackson, el cual, según la información proporcionada por el capitán Cook, era una simple ensenada. Al atardecer ordenó a sus hombres que se dirigieran hacia los dos enormes cabos para comprobarlo, y una vez allí descubrieron que no se trataba de una ensenada sino de un inmenso puerto natural, el mejor que había visto jamás.

Eufórico por el hallazgo de esa joya rodeada de bahías muy bien abrigadas, árboles y agua fresca, siguió explorando y llegó a un lugar de calado suficiente para que los barcos pudieran fondear cerca de la orilla. Lo llamó ensenada de Sydney en honor de lord Sydney, secretario de Estado, a quien enviaba sus despachos. Parecía que incluso los nativos de esa zona se mostraban más pacíficos. Y así fue cómo la ensenada de Sydney se convirtió en el primer asentamiento de Nueva Gales del Sur.

Los prisioneros no tuvieron conocimiento de nada de lo sucedido. Empapados en sudor y sofocados por el calor de la bodega, sólo sabían que habían llegado a un lugar árido e infernal poblado por salvajes. No era de extrañar que muchos de ellos creyeran que su largo viaje había sido en vano y que iban a morir.

Hasta el 26 de enero los prisioneros no oyeron levarse el ancla e izarse las velas. Entonces, sus esperanzas sobre el futuro se renovaron. Cuando el *Charlotte* llegó a la ensenada de Sydney había oscurecido y apenas se veía algo. Los prisioneros no sabían que el *Sirius*, el buque insignia, había arribado mucho antes ese mismo día y que sus oficiales habían desembarcado, izado la bandera inglesa y celebrado una sencilla ceremonia en la que dispararon una salva y brindaron por la familia real y el éxito de la nueva colonia. Sin embargo, los gritos de alegría procedentes de las compañías de los barcos anclados en la bahía revelaron a los prisioneros que ése iba a ser su emplazamiento definitivo.

No obstante, en la fétida y sofocante oscuridad de la bodega no podían

compartir la emoción de los demás. Sentían cierto alivio al cerciorarse de que en breve volverían a pisar tierra firme y dormir en tiendas, pero ese sentimiento se mezclaba con el miedo de saber que la nueva cárcel que aún debían construir estaba en un lugar tan remoto que ponía fin a la posibilidad de ver de nuevo Inglaterra y los alejaba por siempre de sus seres queridos.

El sonido de las hachas llenó el aire del amanecer y las mujeres se precipitaron hacia las escotillas para ver qué ocurría. Los primeros rayos del sol se reflejaban en el mar turquesa.

–Parece mejor que el otro lugar –señaló Bessie con alegría.

–Tienes razón –admitió Mary.

En tierra, los árboles crecían en las colinas que se alzaban por detrás de la bahía. A pesar de que a simple vista no se distinguían pastos, el lugar no tenía el aspecto desolado de la bahía de Botany.

Mientras observaban la escena, vieron que en los otros barcos estaban arriando los botes y que los prisioneros del *Friendship* subían a ellos.

–Me pregunto cuándo desembarcaremos –dijo Bessie con anhelo.

–Espero que no tardemos –suspiró Mary–. Aquí abajo hace demasiado calor para Charlotte.

Las mujeres no desembarcaron hasta al cabo de una semana. Durante esos días les permitieron subir a cubierta mientras los hombres talaban árboles, levantaban tiendas y construían cabañas y un aserradero, pero les dijeron que debían permanecer a bordo hasta que en tierra firme se impusiera cierto orden.

La emoción fue en aumento día tras día y Mary no pudo evitar pensar en las grandes expectativas que albergaba en mayo, cuando aún estaba en Inglaterra. Las mujeres que tenían ropa guardada la sacaron y buscaron las mejores prendas, pero la mayoría, al igual que Mary, había llegado al *Charlotte* con lo puesto.

Sin embargo, se extendió entre las convictas una ola de generosidad, y las más afortunadas ofrecían lazos, encaje y pequeñas alhajas a las que no tenían nada. Se ayudaron mutuamente a lavarse y rizarse el pelo, y las que sabían coser echaron una mano a las que carecían de esa habilidad.

Oyeron a las mujeres a bordo del *Lady Penryn*, enfrascadas en un frenesí como el suyo. Sus risas y comentarios pícaros llegaron hasta el *Charlotte*, y las jarcias quedaron engalanadas con prendas de ropa de todos los colores del arcoíris para secarse al sol.

Aunque Mary estaba tan emocionada como las demás, se sentía nerviosa. Le bastó una mirada fugaz al *Lady Penryn* para comprender que cualquiera de esas mujeres de Londres iba a ser más audaz que ella y, sin duda, más atractiva. En el *Charlotte*, Mary poseía una especie de distinción: era admirada por su capacidad para defender a las prisioneras, por su sentido de la justicia y por ser madre. Su amistad con Will la protegía de cualquier peligro entre su gran grupo de amigos, y también era respetada por la mayoría de los oficiales y marinos, hasta el punto de haberse ganado la confianza de sus esposas e hijos.

Pero en tierra firme no le quedaría más remedio que empezar otra vez de cero. Tendría que estar en guardia en todo momento. Además, tenía miedo de que Mary Haydon y Catherine Fryer la calumniaran ante todo aquél dispuesto a escucharlas, y que disfrutaran viéndola humillada. Los oficiales de los otros barcos no confiarían en ella ni le darían la libertad a la que ya se había acostumbrado. Sería una oveja más del gran rebaño, y nadie las protegería a Charlotte y a ella.

El domingo 3 de febrero el reverendo Richard Johnson celebró un oficio religioso para los hombres a la sombra de un gran árbol. Mary, junto con las otras mujeres, observó la escena desde la cubierta del barco algo sobrecogida al ver a unos setecientos hombres, entre prisioneros, oficiales, marinos y marineros reunidos para rezar. Will era más alto y fornido que la mayoría, y su pelo rubio parecía casi blanco bajo el sol. Jamie Cox se encontraba junto a él, tan pequeño que, en comparación, parecía un niño.

Una mata de pelo rojo llamó la atención de Mary; para su sorpresa, comprobó que se trataba de Samuel Bird. Junto a él distinguió los hombros encorvados y la inconfundible nariz de James Martin.

Estaba muy emocionada, casi tanto como si se hubiera reencontrado con su familia. Mary dedujo que los habían destinado a otro de los barcos, quizás con el propósito de separarlos de Will e impedir así que pudieran provocar

una rebelión.

Tench se encontraba entre el grupo de oficiales, con el sombrero bajo el brazo. La distancia que separaba a los prisioneros de los oficiales era una prueba más de las escasas posibilidades que existían de que la amistad entre Tench y ella pudiera seguir adelante ahora que el viaje había llegado a su fin.

Al cabo de tres días se ordenó el desembarco de las mujeres. La emoción había ido en aumento a lo largo de la última semana y, cuando las trasladaron a la orilla, Mary se sentía aturdida y presa de la misma risa floja que sus compañeras. Tras las penurias de la travesía, resultaba maravilloso verlas tan felices. Las mujeres tenían las mejillas sonrosadas y les brillaban los ojos, como un puñado de damas de honor antes de una boda.

Para Mary, la perspectiva de volver a pisar tierra firme, de librarse del olor nauseabundo de los bacines y de dejar atrás la amenaza nocturna de las ratas era suficiente para que el corazón le latiera desbocado. Pero también era consciente de que el verdadero motivo del entusiasmo exacerbado de las mujeres eran los hombres que aguardaban en la orilla.

A medida que el bote se acercaba, Mary pudo distinguir claramente a los hombres que las esperaban. De repente se apoderó de ella una sensación de pánico que la hizo abrazar con fuerza a Charlotte. La expresión de los rostros de aquellos hombres le recordó las ávidas miradas que había observado en los marineros cuando un barco atracaba en el puerto de Fowey después de pasar varias semanas en alta mar. Aunque entonces no había entendido por qué Grace obligaba a sus hijas a entrar en casa, ahora lo comprendía perfectamente.

Los marineros poseían una especie de rudo encanto, eran hombres fuertes y sanos, siempre acicalados para tener el mejor aspecto posible durante sus permisos en tierra. Sin embargo, los hombres que esperaban a las prisioneras vestían andrajos y estaban sucios. Parecían una jauría de perros salvajes en lugar de seres humanos.

Algunas de las mujeres empezaron a gritarles obscenidades, se bajaron el escote y les lanzaron besos. En otro bote procedente del *Lady Penryn*, una mujer se puso en pie, se levantó el vestido y les enseñó sus partes pudendas.

Los marinos apartaron a los hombres a un lado cuando las barcas tocaron tierra y las mujeres descendieron, pero Mary tuvo la impresión de que los marinos eran casi tan malos como los presos. Se reían, les guiñaban el ojo, las cogían de la mano... Nada que hiciera pensar que estaban allí para protegerlas.

Mary se abrió paso a codazos entre la muchedumbre con la cunita de Charlotte bajo un brazo y el otro en torno al bebé en un gesto protector, casi ensordecida por los silbidos, los comentarios obscenos y los gestos lascivos para robarles un beso. Era una sensación excitante, como si todas las ferias y festivales a los que había asistido se concentraran en uno, pero al mismo tiempo aterradora. Le parecía extraño que los oficiales se limitaran a observar lo que sucedía después del gran esfuerzo que habían llevado a cabo para mantener a hombres y mujeres separados durante la travesía.

Llegaron otros botes de los que bajaron más y más mujeres. El alboroto fue en aumento y los empujones y codazos se volvieron más violentos. Sin embargo, no eran sólo los hombres los que parecían presa de un ánimo exacerbado, sino también las mujeres, algunas de las cuales se acercaban corriendo hasta ellos para besarlos y abrazarlos.

Mary ansiaba descalzarse las botas, correr con los pies desnudos por la arena, contemplar los extraños pájaros que los observaban desde los árboles y gozar de su nueva libertad. Pero sabía que tendría que esperar para hacerlo, y que ahora debía permanecer en la seguridad del grupo.

Cuando vio a un grupo de mujeres con niños, a cierta distancia de las demás, fue corriendo hacia ellas.

—Que el Señor se apiade de nosotras —dijo entre jadeos—. ¡La situación se les está yendo de las manos!

—Hace ya un rato que les hemos pedido que nos lleven a un lugar seguro —dijo una mujer alta ataviada con un sencillo vestido marrón oscuro y tocada con un sombrero que sostenía a un niño en brazos—. Pero nuestros maridos parecen distraídos.

Mary cayó en la cuenta de que esas mujeres eran esposas y familiares de marinos, y puesto que las que había conocido en el *Charlotte* la habían tratado con cierta amabilidad, supuso que ese grupo actuaría del mismo modo.

—¿Puedo quedarme con ustedes? —preguntó—. Temo por el bienestar de mi bebé.

La mujer torció el gesto.

—Ve con las mujeres de tu barco —le espetó—. Ése es el lugar que te corresponde.

Avergonzada, Mary se volvió y echó a andar. Ese breve encuentro le había permitido comprender por dónde iban a ir los tiros en la nueva colonia.

Al cabo de un rato se restableció cierto orden. Los marinos dispararon

una descarga por encima de las cabezas de los prisioneros y acompañaron a las mujeres a las tiendas que les habían asignado. Mientras avanzaban entre la muchedumbre, los comentarios y risas de las mujeres dejaron entrever que la mayoría estaban tan excitadas que iba a resultar imposible mantener a raya a los hombres durante mucho tiempo.

Mary, Bessie y Sarah lograron permanecer juntas, pero las otras tres mujeres con las que iban a compartir la tienda eran unas desconocidas. La cabecilla del grupo, que se presentó como Cheapside Poll, era una mujer alta y flaca con una dura mirada de ojos azules que llevaba un vestido a rayas y un maltrecho sombrero rojo. Dejó un maletín junto al poste de la tienda y lanzó una sonrisa a Mary y a sus amigas.

–Como a alguna de vosotras se os ocurra husmear ahí, os rajo la nariz – las amenazó.

Poll miró a las prisioneras que la acompañaban y las instó a que contaran de qué era capaz.

–Se lo hizo a una mujer en Newgate –les advirtió una mujer gorda con la cara picada por la viruela–. Nunca había oído semejantes gritos.

–No somos ladronas –se defendió Mary, aunque técnicamente supuso que sí lo eran.

Estaba aterrada. Las tres desconocidas tenían la voz áspera y hablaban de un modo muy distinto a ella. Sabía que Newgate era la infame cárcel de Londres, por lo que supuso que era de ahí de donde venían.

–Mantén a la cría lejos de mí –dijo Poll con voz amenazadora y señalando a Charlotte–. No soporto a las lloronas.

Afortunadamente, las tres londinenses se apresuraron a abandonar la tienda en cuanto hubieron colocado sus mantas en el suelo.

Mary se sentó para dar de comer a Charlotte, pero saltaba a la vista que Sarah y Bessie también estaban ansiosas por salir.

–Sólo vamos a echar un vistazo –dijo Bessie atusándose el pelo–. Volveremos cuando hayamos averiguado dónde se reparten las raciones.

Durante la travesía, Mary había tenido tantas ganas como las demás de llegar a su destino, pero ahora se sentía al borde de las lágrimas. Hacía mucho calor, el sudor empezaba a empaparle el vestido y tenía que encontrar agua para beber y poder refrescar a Charlotte. A su alrededor sólo oía voces ásperas, pero no hablaban el mismo inglés que conocía. Supuso que era la jerga de la cárcel de Newgate que había oído en Exeter, ya que algunas

palabras sonaban de un modo parecido. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que, además, fuera a tener que aprender una nueva lengua.

Mientras sujetaba a Charlotte contra su pecho, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas y recordó las palabras que tantas veces había oído en la misa de Pascua: «Señor, ¿por qué me has abandonado?».

La caída de la noche cogió a Mary por sorpresa. Al parecer, allí no había crepúsculo como en Inglaterra. El ruido, que no había hecho sino aumentar durante la tarde, alcanzó un momento de paroxismo.

Mary se había armado de valor para explorar la hilera de tiendas de mujeres en busca de sus antiguas compañeras, agua y comida. Había visto a James Martin con Samuel Bird, pero aunque la saludaron con la mano y la llamaron a voces, Mary no quiso acercarse a hablar con ellos, mezclados como estaban en un grupo de hombres que parecían desesperados. Durante un rato Mary intentó unirse al jolgorio, pero el tono amenazador que acechaba en todos los rincones la llevó a buscar la compañía de algunas mujeres mayores que estaban tan nerviosas como ella.

Los marinos habían intentado una y otra vez separar a los hombres de las mujeres; sin embargo, a medida que caía la oscuridad todos los intentos de controlar a los prisioneros acabaron fracasando, y las parejas huían a toda prisa hacia los arbustos.

Mary estaba metiendo a Charlotte en su cuna cuando un relámpago iluminó la bahía. A continuación, estalló un trueno tan potente como un cañonazo que provocó el llanto de la pequeña. Lo siguieron más truenos y relámpagos, y después se desató una lluvia torrencial como nunca había visto. Al cabo de unos minutos, la tierra seca se había inundado y el agua cruzaba la tienda como un río.

Mary esperaba que la lluvia sirviera al menos para aplacar los ánimos, del mismo modo que había apagado las hogueras que ardían en la playa. Sin embargo, mientras permanecía agazapada observando lo que sucedía en el exterior, comprobó horrorizada que la tormenta había enardecido aún más a los convictos. Cada relámpago revelaba un sinfín de actos obscenos: mujeres que se desvestían, hombres que se abalanzaban sobre ellas para poseerlas en el barro... Actos aterradores, pero al menos consentidos. En otras partes vio a

hombres persiguiendo como animales en celo a mujeres que corrían para salvarse mientras sus gritos resonaban en el campamento. Mary se llevó las manos a la boca, estremecida, cuando vio que mujeres mayores, demasiado frágiles y encorvadas para huir, eran derribadas y violadas en el suelo por algunos marinos.

Mary no sabía qué hacer. Si salía de la tienda con Charlotte, tarde o temprano acabarían atrapándola y corría el peligro de que le arrancaran a la niña de los brazos y la mataran. Sin embargo, la tienda tampoco le ofrecía ninguna protección. Mientras se debatía en aquellos pensamientos, otro relámpago iluminó a un grupo de hombres que se acercaban por la hilera de tiendas a la caza de nuevas presas.

Al final, Mary decidió sacar a Charlotte de la cuna, salió por la parte trasera de la tienda y se quedó inmóvil un instante para decidir qué dirección tomar. Correr hacia el interior parecía la elección más segura, pues con un poco de suerte podría encontrar arbustos entre los que esconderse, de modo que sujetó a Charlotte con un brazo, se remangó el vestido con el otro y echó a correr para refugiarse entre los árboles.

Las cepas de los árboles talados le golpearon los pies desnudos y tropezó con las ramas muertas, pero de algún modo se las arregló para no soltar a Charlotte. Sin embargo, justo cuando creía que se había alejado lo suficiente del caos de la playa, vio a dos hombres frente a ella.

—¿A quién tenemos aquí? —gritó uno de ellos—. Carne fresca.

—No me hagáis daño —chilló Mary aterrorizada.

Sabía que, tomara la dirección que tomase, uno de ellos la atraparía.

—Tengo un bebé.

—No queremos hacerle daño al bebé —dijo uno de ellos—. Déjalo en el suelo y sé amable con nosotros.

Mary gritó y sujetó a Charlotte con más fuerza, pero uno de los hombres la agarró del hombro y la derribó.

La joven cayó de espaldas sin soltar a Charlotte, quien también había roto a chillar. Mary luchó con las únicas armas de que disponía: las piernas y los pies. Aunque estaba muy oscuro, logró acertar a uno de los hombres en la tripa.

—Quitaos de encima, animales —gritó—. En la playa encontraréis a mujeres más que dispuestas a acostarse con vosotros.

Uno de los hombres la sujetó de los hombros, mientras el otro la agarraba

por las rodillas y se las separaba a la fuerza. Mary olía su sudor y su aliento fétido.

–Idos al infierno –gritó, todavía retorciéndose con todas sus fuerzas–. ¡Que alguien me ayude!

El hombre que le sujetaba las piernas empezó a tirar de ella y se arrodilló, mientras el otro la agarraba de los hombros con unas manos de acero. Entonces, a pesar incluso de los gritos de Charlotte, Mary oyó que alguien se abría paso entre los arbustos y se asustó aún más, convencida de que era un convicto que quería unirse a los otros dos.

–Soltadla –ordenó una voz masculina.

Mary se sorprendió al reconocer la voz de Will, pero no vio más que una sombra oscura. Después oyó un crujido, y el hombre que estaba a punto de violarla se desplomó.

Tras otro fuerte crujido, las manos que la sujetaban de los hombros la soltaron.

–Es mi mujer –bramó Will.

La ayudó a levantarse y la estrechó entre sus brazos.

–Ya ha pasado, ya ha pasado –dijo en voz baja, apartándose un poco para no aplastar a Charlotte–. Ahora estáis a salvo.

Will la cogió del brazo y echaron a andar. Mary supuso que había derribado a los otros dos hombres con una especie de garrote, pero no se volvió a mirar.

–¿Te han tocado? –preguntó Will con la respiración entrecortada.

–No –respondió Mary entre jadeos–. Has llegado justo a tiempo.

Will se adentró con ella en la espesura, y cuando encontraron un árbol que les ofrecía cobijo de la lluvia, se detuvieron y se sentaron.

–¿Estáis heridas? –preguntó Will.

Se sentó junto a ella y la rodeó con un brazo.

–Creo que no –contestó Mary, sin dejar de acunar a Charlotte para calmarla.

De repente, echó a llorar como no lo había hecho desde el juicio. Todas las penurias, las privaciones, la crueldad y las humillaciones que había soportado durante tanto tiempo salieron a la superficie sólo porque un hombre se había preocupado por ella y la había consolado.

–Ya estás a salvo –le susurró, acunándola con fuerza–. No permitiré que nadie vuelva a tocarte.

Al cabo de un rato, la lluvia cesó con la misma brusquedad con que había empezado y la luna asomó por detrás de las nubes. Will no dejó de abrazar a Mary mientras le daba el pecho a Charlotte para calmarla. Los tres estaban empapados y cubiertos de barro, pero al menos no hacía frío.

–He ido a buscarte en cuanto la situación se ha puesto fea –dijo Will–. Sarah y Bessie me habían dicho que estabas en la tienda, acostando a Charlotte. Debería de haber ido entonces.

–Estoy asustada desde que hemos desembarcado –admitió Mary–. Todo el mundo ha perdido la cabeza.

–La locura se ha extendido como una enfermedad contagiosa –dijo Will, con un tono de voz algo más bajo y sorprendido–. Nunca había visto nada igual.

–¿Cómo me has encontrado?

Will guardó silencio y Mary supuso que él tampoco tenía la conciencia del todo tranquila.

–He visto a un grupo de hombres que iba de tienda en tienda en la zona de las mujeres –dijo al final–. He supuesto que, si seguías allí, saldrías por la parte de atrás para huir. De modo que he seguido ese camino y he oído el llanto de un bebé.

–¿Va a ser siempre así? –susurró Mary, estremecida de miedo e incapaz de borrar de su memoria las imágenes que había visto en la playa.

–No lo creo –suspiró Will–. Mañana los oficiales tomarán el control de la situación. Habrá azotes para algunos, cadenas para otros, y las aguas volverán a su cauce.

–Espero que tengas razón. Pero no me gusta la idea de tener que vivir con esas mujeres de Londres. Me asustan.

–¿Tienes miedo? –le preguntó en tono burlón–. ¿Una chica que demuestra la suficiente valentía para pedirle a un hombre que se case con ella?

–Preferiría no haberlo hecho –admitió–. Debió de parecerme una osadía, pero en ese momento estaba convencida de que teníamos mucho en común. Me gustas y, como se ha visto esta misma noche, aquí las mujeres necesitan protección.

–Así es –dijo Will pensativo–. Pero creo que los hombres también necesitamos a una buena mujer a nuestro lado. Así que nos casaremos.

–¿Quieres casarte conmigo?

Mary estaba tan sorprendida que las lágrimas se le secaron al instante.

—Bueno, no quiero a una de esas arpías sifilíticas de Londres —dijo entre risas—. Tenías razón, Mary. Formaremos un buen equipo, tú y yo. Los oficiales necesitarán a alguien que sepa pescar, porque muchos de los alimentos que transportábamos en el barco se han estropeado. Creo que podré conseguir que nos den una cabaña propia. Y siempre he sido más perspicaz que la mayoría.

Mary era del todo consciente de que Will no le estaba diciendo que la amaba, sólo que creía que no tenía ninguna enfermedad contagiosa y que podía resultarle útil. Sin embargo, se había enfrentado a aquellos hombres por ella y la había consolado cuando más lo necesitaba. La colonia iba a ser un infierno, y Mary albergaba serias dudas de que pudiera sobrevivir por sí sola. No esperaba ni necesitaba un amor romántico; se conformaba con obtener protección.

Al cabo de cuatro días, el reverendo Johnson casó a Will y a Mary bajo la sombra del gran árbol donde había oficiado la primera misa. No fueron los únicos. Otras parejas se desposaron también, acaso por los mismos motivos que ellos.

Mary no tenía nada elegante que ponerse, tan sólo el mismo vestido gris y harapiento recién lavado, y una flor artificial para el pelo que, en un gesto inusitadamente generoso, Cheapside Poll le había prestado.

Mary no tenía grandes expectativas en lo referente al matrimonio, ni tampoco con respecto al nuevo país. En los cuatro días que habían transcurrido desde el desembarco, se había dado cuenta de que la mayoría de los convictos eran haraganes y taimados. Capaces de robar cualquier cosa, no estaban dispuestos a trabajar por el bien común y muchos se dedicaban a intercambiar sus raciones y pertenencias por bebida con los marinos, que no eran mejores que los convictos. En general, había una gran falta de organización por parte de los oficiales y de las autoridades que los habían enviado allí desde Inglaterra.

Will tenía razón cuando dijo que una parte de la comida se había estropeado. Mary había tenido que alimentarse de arroz infestado de gusanos y ternera salada a duras penas comestible. Las herramientas eran de escasa calidad, y había muy poca ropa para las mujeres y una gran carencia de hombres cualificados.

Mary se preguntó cómo iban a trabajar la tierra de aquel lugar desolado cuando, de entre los cientos de convictos, sólo había dos hombres que supieran algo sobre la labranza y la cría de animales. ¿Cómo se podía construir una ciudad sin carpinteros ni ladrilleros? El capitán Arthur Phillip había levantado su residencia, una tienda de lona de mejor calidad, y mandó construir un almacén para mantener las provisiones a buen recaudo y montar unas cuantas tiendas aisladas que sirvieran de hospital.

No obstante, la salud de los animales que habían llevado con ellos era frágil y la disentería se había extendido entre los más débiles después de la travesía. Tal vez el capitán Phillip tuviera motivos para sentirse orgulloso de que sólo hubieran muerto cuarenta y ocho personas durante el viaje, pero ¿cuántas más iban a fallecer antes de que acabara el año?

A pesar de todo, Will había cumplido su palabra. No sólo se había casado con ella, sino que había alcanzado un acuerdo para que lo pusieran a cargo de las tareas de pesca y le habían permitido construir una cabaña propia.

Mary volvió la mirada hacia su marido, que se encontraba junto a ella, y sonrió. Estaba muy guapo con la camisa y los pantalones limpios; incluso se había afeitado la tupida barba y su pelo rubio brillaba como el maíz maduro. Will era el convicto más atractivo y capaz de toda la colonia, y sabía que la mayoría de las mujeres envidiaban la suerte de Mary. Quizás no le resultara fácil evitar las infidelidades y sus fanfarronerías resultaran a veces cansinas, pero en el fondo le gustaba y confiaba en él. Y eso le bastaba.

Cuando las ceremonias de matrimonio terminaron y regresaron a las tiendas y cabañas que se estaban construyendo, el teniente Tench se quedó algo rezagado y observó a Mary y a Will mientras se alejaban por la playa.

Se sentía confundido por todo lo que había ocurrido. Nada era como había previsto: ni el país, ni la organización, ni los oficiales de los otros barcos. Ni siquiera las provisiones que habían llevado eran las adecuadas. Todo era un caos. Y a juzgar por lo que había visto hasta el momento, los oficiales iban a tener que emplearse a fondo para lograr que los condenados trabajaran.

Según había podido comprobar, apenas un puñado de oficiales compartían su voluntad de conseguir que la colonia saliera adelante. En cuanto a sus hombres, la mayoría hacían gala de un comportamiento vergonzoso y eran tan haraganes y ladinos como los presos.

Había creído que, después de la celebración de los matrimonios, se sentiría más optimista. A fin de cuentas, era una forma de inyectar algo de moral a la nueva comunidad, una muestra de esperanza para el futuro. Sin embargo, no sentía alegría alguna al ver las parejas de recién casados, sino una tristeza desoladora.

Su madre siempre lloraba en las bodas. Creía que, cuanto más llorase, más feliz sería la pareja. Pero sabía que las lágrimas de su madre no eran de tristeza, sino de pura emoción ante la declaración de amor pública entre dos personas.

Y tal vez saber que las parejas que se habían casado no estaban enamoradas fuera la causa de su tristeza. Las mujeres buscaban protección y seguridad; los hombres, sexo.

Había creído que se sentiría feliz al ver a Mary bajo la protección de Will, pero hasta entonces no había caído en la cuenta de que aquello significaba que había pasado a pertenecer a otro hombre.

Tench se volvió bruscamente y se dirigió hacia el almacén de provisiones. Si lograba hacer algo constructivo, tal vez lograra superar los ridículos sentimientos que se arremolinaban en su interior. Mary estaba radiante y era feliz. Will era un hombre decente. Se merecían el uno al otro.

–Será un lugar precioso cuando lo haya terminado –dijo Will esa misma noche mientras colocaba las mantas sobre la tierra compacta, junto a la cuna de Charlotte.

Estaban en su nueva cabaña, que por el momento no era más que unos cuantos postes clavados en la tierra, una malla de ramas entrelazadas a modo de paredes y un trozo de tela de arpillera que servía de puerta. Cuando Mary se sentó sobre las mantas y alzó los ojos, vio un cielo precioso cubierto por un manto de estrellas. Tenían el estómago lleno gracias a que las autoridades habían decidido repartir una ración extra a los recién casados, y Will había logrado hacerse con un poco de ron para celebrarlo.

Desde esa primera noche en tierra firme se habían dictado una serie de leyes. Los convictos no podían entrar en la zona de mujeres, y los guardas eran los encargados de asegurarse de que se cumpliera. Al anochecer había un toque de queda que todos debían respetar y regresar a su cabaña o su tienda.

En realidad, algunos hombres lograban escabullirse y llegar hasta las mujeres, pero al menos lo hacían a escondidas y ellas los recibían de buen grado.

—Aquí disfrutaremos del aire fresco —bromeó Will—, y además, puedo ponerme de pie. Es mucho mejor que ese barco apestoso o que una tienda llena de hombres. Ahora ven aquí y dale un beso a tu marido.

No tuvo que pedírselo dos veces; desde que Will había anunciado sus planes de matrimonio, Mary gozaba de cierta categoría, algo por lo que le estaba sumamente agradecida. Incluso Poll y sus dos compinches, tres de las mujeres más malvadas que había conocido jamás, la trataban con una extraña deferencia desde que sabían que era la mujer elegida por el convicto más deseado de la colonia.

A pesar de todo, el lugar tenía cosas buenas. Hacía calor, la arena de la playa era suave y blanca; el mar, limpio y de un azul intenso, y había cientos de aves preciosas. Incluso los árboles desprendían un agradable aroma que le despejaba la nariz. Era infinitamente mejor que una cárcel de Inglaterra.

Ahora Mary vivía en un hogar lejos de los demás. Aunque no tenía tejado ni un triste mueble, y a pesar de que la primera tormenta que cayera la arrasaría, era su casa. Will le había conseguido una cazuela, un cubo para el agua y menaje básico para empezar con buen pie su vida de casados.

Ese día la había besado varias veces, siempre con ternura. Hasta entonces Mary había creído que no sentiría el más mínimo deseo por él, pero se había equivocado; en realidad, por primera vez desde hacía más de un año, se sentía muy feliz de estar donde estaba.

—Eres muy menuda —le dijo Will con brusquedad mientras la ayudaba a sacarse el vestido.

A continuación, le rodeó los pechos con sus grandes manos y se los apretó. Después bajó hasta las nalgas e hizo lo mismo.

—Algo delgada, pero nunca me han gustado las mujeres gordas.

La levantó en volandas y la posó sobre las mantas. Mary imaginaba que Will se desnudaría, cumpliría rápidamente y caería dormido. Pero, para su sorpresa, no hizo el ademán de desvestirse, sino que la acarició. En una ocasión, estando todavía en el *Charlotte*, lo había oído presumir ante un marinero de que todas las mujeres con las que se había acostado volvían a él para repetir la experiencia. Ahora sabía que aquello no era otra de sus fanfarronerías y temía que pudiera parar en algún momento. Sus dedos, firmes pero lentos, despertaban la sensibilidad de lugares de su cuerpo cuya

existencia ignoraba.

Mary olvidó el suelo duro bajo la manta áspera, su tosco hogar aún inacabado, incluso las penurias que había padecido mientras se entregaba al gozo absoluto de las artes amatorias de Will. Cuando abrió los ojos y vio las estrellas, se sintió como si yaciera sobre un colchón de plumas en una estancia real y las estrellas fueran un motivo decorativo de los techos. Will le hizo olvidar que no era bonita, que tenía el pelo lleno de piojos; por una vez, se convirtió en una mujer bella, deseable y se sentía amada.

Mary nunca habría imaginado que pudiera actuar con libertinaje, que suplicaría a Will que no se detuviera, que le pediría que le mostrara qué le gustaba y que lo haría con total entrega. En el momento culminante, pensó que merecía la pena cruzar el mundo en un buque prisión para sentir aquello. No le importaba el futuro, sólo quería que la noche durase eternamente.

—¿Te alegras de haberte casado conmigo? —le preguntó más tarde Will con un susurro después de cubrirse con la manta para protegerlos de los insectos.

—Soy la mujer más feliz de la Tierra —respondió ella, mientras las lágrimas de alegría le corrían por las mejillas.

—Aquí tendremos la vida que nos merecemos —murmuró Will—. Plantaremos un pequeño huerto y cultivaremos hortalizas. Mientras pueda pescar, no pasaremos hambre y tendremos más hijos para que Charlotte pueda jugar con ellos.

—¿Regresaremos a Inglaterra cuando hayamos cumplido la condena? —preguntó Mary.

—Si es lo que quieres, lo haremos —respondió Will entre risas—. O podríamos quedarnos, ser libres y trabajar nuestras tierras. Todo es posible.

## Capítulo seis

1789

El agua del mar le llegaba hasta la cintura, y agarraba con fuerza la red de pescar. Al igual que los demás ayudantes, Mary miraba a Will, a bordo del pequeño bote, mientras esperaba la señal para tirar de la red.

Tenía un hambre atroz, pero los calambres y los mareos provocados por la escasez de alimento se habían convertido en algo consustancial a la vida en la nueva colonia. Después de un año entero en Port Jackson, ni siquiera recordaba qué se sentía teniendo el estómago lleno.

Estaba mucho más delgada que en el *Dunkirk*, el sol y el viento habían vuelto su piel áspera y morena y se le habían encallecido las manos, como las de las mujeres de Fowey que se dedicaban a limpiar pescado. Pero Mary nunca pensaba en su aspecto. Para ella, lo único importante era mantener con vida a Charlotte y a ella misma.

Will dio la señal y todos los que sujetaban la red tiraron de ella y regresaron hacia la orilla. A Mary le dio un vuelco el corazón cuando vio el gran número de peces que se retorcían en la red. La suerte no solía acompañarlos.

La colonia estaba al borde de la hambruna. Las raciones se habían reducido gradualmente, pues aún no habían llegado nuevas provisiones desde Inglaterra. Muchos de los alimentos que habían llevado con ellos en el *Charlotte* se habían estropeado a lo largo de la travesía, y las esperanzas iniciales de que al cabo de un año serían capaces de cultivar sus propios alimentos se habían desvanecido. Si hubieran llevado a campesinos, arados y animales de tiro, tal vez podrían haber labrado y cultivado la tierra rápidamente. Pero nadie había pensado en ello. El tiempo y la falta de forraje empezaron a diezmar enseguida el número de animales, los cereales se marchitaban y las hortalizas no crecían.

Al principio, la prioridad había sido los trabajos de construcción de las casas para los oficiales, los marinos y, en último lugar, los convictos. Pero además de la falta de carpinteros, un brote de escorbuto, junto con otras enfermedades, había impedido trabajar a los hombres, por lo que las tareas de construcción avanzaban a un ritmo lentísimo.

—¡Venga, Mary, ponle más empeño! —le gritó Will desde la pequeña embarcación.

Mary se rio. Sabía que, en realidad, no la acusaba de no trabajar con todas sus fuerzas, sino que ese grito era un mensaje en clave que significaba: «Esta noche vamos a cenar en abundancia».

—No sé de qué te ríes —le dijo la mujer que tenía al lado mientras regresaban con la red a la orilla—. Si estuviera en tu situación, lloraría.

—¿Por qué? —preguntó Mary.

No se fiaba ni un pelo de Sadie Green. Sabía que el único motivo por el que iba a echarles una mano con las redes era la esperanza de poder robar un par de pescados. Formaba parte del grupo de londinenses malhabladas, maliciosas y holgazanas. Además, era una mujer resentida y amargada que no soportaba que a Mary le fueran mejor las cosas que a ella.

—Will no tardará en abandonarte —dijo Sadie, con una mirada turbia y maliciosa—. Va contando por ahí que no estáis casados legalmente.

—¿Ah, sí? —replicó Mary con gran sarcasmo.

Will le había dicho que no creía que su matrimonio fuera válido, no como un matrimonio oficiado en una iglesia en Cornualles, pero aun así a Mary le dolía que su marido hubiera hablado de aquello con otros hombres y que el asunto hubiese llegado a oídos de Sadie. Sin embargo, no iba a darle la satisfacción de confesar que estaba dolida.

—Mira, Sadie, si quieres hacerte ilusiones con Will, será mejor que esperes sentada —replicó Mary con una sonrisa forzada.

El rostro de Sadie se crispó con una mueca de ira. Sólo podía atraer a los convictos más desesperados. Aunque acababa de cumplir veinticuatro años, tenía la piel del color gris de la carne pasada, y olía igual. Nunca se lavaba ni se cepillaba el pelo ralo y pajizo, y tenía la piel cubierta de una capa de mugre. En la colonia no había ninguna belleza: el sol y el hambre se habían encargado de que así fuera. Pero Sadie era una chica vulgar de nacimiento, y la vida y la prostitución se habían encargado del resto.

—¡Bruja engreída! —ladró la joven, mostrando sus dientes ennegrecidos—.

¿Por qué te crees mejor que las demás? Tienes una hija bastarda que no es de Will.

Mary vaciló. Aunque le hubiera gustado propinarle un buen puñetazo, sabía que eso era justamente lo que Sadie buscaba. De ese modo podría decir que Mary había empezado la pelea y conseguiría que la castigarán.

–Si sabes lo que te conviene, déjame en paz –replicó Mary con voz cansina–. Este lugar ya es lo bastante horrible como para andar buscando pelea.

–Pues no debe de ser tan horrible para ti, ¿verdad? –Sadie puso los brazos en jarras y frunció el ceño–. Tienes una cabaña decente, Will ha conseguido el mejor trabajo y estoy segura de que recibe raciones más grandes que los demás. Y siempre tienes al teniente Tench pegado a las faldas. Seguro que es el padre de la bastarda.

Mary se libró de tener que responder porque en ese momento apareció un oficial en la playa para comprobar cómo había ido la jornada de pesca. Sadie lanzó una mirada amenazadora a Mary y le dirigió una sonrisa de complicidad al oficial. Entonces soltó la red y se marchó.

Al cabo de una hora, Mary estaba en la cabaña después de pasar a recoger a Charlotte por casa de Anne Tomkin, su vecina, quien cuidaba de la pequeña cuando ella iba a echar una mano con las redes.

La cabaña había mejorado mucho. La posición de Will le había permitido conseguir unas tablas de madera del aserradero para cubrir el tejado y las paredes. Los muebles eran muy básicos: una cama tosca con una cuerda atada de través como si fuera una hamaca, una mesita hecha a partir de un tronco con un tablero clavado encima y dos cajas de madera que hacían las veces de taburetes. El suelo seguía siendo de tierra compacta, aunque Will tenía la intención de cubrirlo también con tablas de madera, y la única decoración eran unas bonitas conchas que había en una estantería; en otra, Mary había colocado los pocos cacharros que tenía para cocinar, los platos, las tazas y un barreño de hojalata. Por muy primitivo que fuese, era su refugio, un lugar de relativa seguridad y paz para Charlotte y ella.

La pequeña había cumplido diecisiete meses y era una niña hermosa, rolliza, con las mejillas rosadas y el pelo negro y rizado. La sonrisa de Charlotte era un auténtico tesoro para su madre, y daba forma y razón a su vida. Al mismo tiempo, mantenerla a salvo en condiciones tan adversas suponía un auténtica tortura.

De repente, el sonido de unas voces sobresaltó a Mary. El sol estaba muy bajo y cayó en la cuenta de que Will ya debería haber vuelto a casa. Se levantó y, con Charlotte en brazos, se acercó a la puerta.

El alboroto procedía del otro extremo de la playa, de un lugar próximo al campamento principal. A Mary le pareció ver fugazmente la mata de pelo rubio de Will, por lo que envolvió a Charlotte con un trozo de tela y se acercó a curiosear.

No había recorrido ni doscientos metros cuando vio a Sarah.

Su rostro otrora bello se había convertido en una máscara adusta. Su pelo rubio rojizo estaba apelmazado y mugriento, sus ojos azules, enturbiados por la bebida, y había perdido dos dientes delanteros en una pelea. Los andrajos que llevaba estaban manchados de sangre y tenía un desgarrón en la falda que dejaba ver su muslo descarnado.

—Han cogido robando a tu Will —le dijo—. Le va a caer una buena.

A Mary se le aceleró el pulso. Había comido con avidez el pescado que Will llevaba a casa, e incluso había cosido un saco para guardarlo y que no lo descubrieran. Él lo colgaba de un anzuelo en el costado de la barca, bajo la línea de flotación, y lo recogía cuando ya habían pesado y llevado el resto de la pesca al almacén.

Siempre le había parecido un plan infalible, pero Mary supuso que Will había estado robando más de lo que le decía y que había cambiado el resto de la captura por otros bienes.

—Mi Will no es un ladrón —le espetó Mary.

No lo consideraba un robo. A fin de cuentas, los peces estaban ahí, a disposición de todo aquel que pudiera pescarlos.

—No creo que el capitán Phillip opine lo mismo —dijo Sarah, con una sonrisa maliciosa—. Dirá que nos habéis robado a los demás.

Mary lanzó una mirada gélida a su antigua amiga.

—Will es uno de los pocos hombres que trae algo de comida a la colonia. De no ser por él, la mayoría estaríamos tan débiles que no tendríamos energía ni para decir maldades.

A Mary le dolió que Sarah se hubiera vuelto contra ella. No olvidaba la estrecha relación que habían mantenido en el *Dunkirk* y que Sarah la había ayudado con el parto de Charlotte durante la travesía.

De camino al poblado, varias personas se dirigieron a Mary. Unas cuantas, como James Martin, Jamie Cox y Samuel Bird, los mejores amigos de

Will, le ofrecieron ayuda y palabras de consuelo, pero los demás volcaron en ella todo su rencor.

Mary mantuvo la cabeza bien alta y no les hizo caso, pero la combinación del miedo y el hambre le revolvió las tripas. El poblado no era gran cosa: un par de hileras de cabañas pequeñas y destartaladas para los convictos; situadas al fondo, unas cuantas algo más grandes para los marinos y sus familias, y los almacenes, siempre custodiados. Sin embargo, a Mary se le fueron los ojos a la horca. Recordaba a la perfección la advertencia: no habría piedad con los ladrones.

Watkin Tench salió de detrás de uno de los almacenes. Mary se sorprendió al verlo pues lo creía en Rose Hill, una nueva colonia del interior en la que la tierra era más fértil. Tench estaba al mando del asentamiento, donde también se estaba construyendo la nueva residencia del gobernador.

—¡Mary! —exclamó, su rostro moreno surcado de arrugas de preocupación—. Imagino que ya te lo habrán contado.

Incluso él, siempre tan elegante y aseado, se encontraba muy desmejorado. Apenas se lustraba las botas, llevaba una casaca roja raída y los pantalones, manchados. Sin embargo, sus ojos oscuros aún reflejaban compasión.

Mary asintió.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Lo han cogido con las manos en la masa —la informó encogiéndose de hombros—. Me temo que, por mucho que quiera, poco puedo hacer por él. El gobernador tendrá que tratarlo igual que al resto de ladrones de víveres.

—No lo ahorcarán, ¿verdad?

A Mary le flaqueaban las piernas y su voz era poco más que un susurro.

Tench miró alrededor para comprobar si alguien los miraba y, entonces, se acercó a ella.

—Espero que no —dijo—. Sería una locura perder a uno de los pocos hombres cualificados que tenemos.

—¿Podría hablar con el capitán Phillip? —preguntó, desesperada.

Tench no sabía qué responder. No quería expresar su verdadera opinión acerca de Will.

—Lo más probable es que ya haya tomado una decisión —dijo al cabo de unos segundos.

Entonces, al ver el pánico en los ojos de Mary, se ablandó.

–Pero si te ve con Charlotte en brazos, tal vez cambie de opinión.

–Llévame ante él, por favor –le suplicó Mary agarrándolo del brazo–. Will no merece morir por alimentar a su familia. ¿Acaso cualquier hombre no habría hecho lo mismo en su lugar?

Tench la miró fugazmente. Había descubierto que Will era un hombre débil, fanfarrón, que se dejaba influir por los demás, y en multitud de ocasiones se había arrepentido de sugerirle a Mary que se casara con él. Supuso que ella se sentía mortificada cada vez que le llegaba el rumor de que Will iba diciendo por ahí que su matrimonio no era legal. O que pensaba tomar el primer barco que zarpara hacia Inglaterra en cuanto hubiera cumplido su condena.

Tench quería sacarse a Mary de la cabeza. Había confiado en que el traslado a Rose Hill lo ayudaría a olvidarla, pero ahora, al verse enfrentado a su sufrimiento, comprendió que los sentimientos que albergaba por ella no se habían mitigado lo más mínimo.

–Cualquier hombre habría hecho lo mismo por ti –dijo, y la cogió por un momento de la mano.

La casa del capitán Phillip se encontraba a cierta distancia del poblado, en lo alto de una colina. Con sus dos pisos y la galería en la parte delantera, destacaba entre las demás por ser la residencia del hombre más importante de la nueva colonia, pero no porque fuera más elegante, sino porque tenía un aspecto más sólido en comparación con el resto.

Mary mantuvo la cabeza bien alta mientras seguía a Tench colina arriba e hizo caso omiso de las miradas y los comentarios vulgares que le dirigieron por el camino. Will siempre había dicho que nadie se atrevería a delatarlo, pero ése era otro de sus puntos débiles: el estúpido y vanidoso convencimiento de creerse especial. Seguramente, había presumido del pescado que robaba ante cualquiera y no se le había pasado por la cabeza que, cuando los celos entran por la puerta, la amistad y la lealtad saltan por la ventana.

Mary tuvo que esperar en la galería mientras Tench entraba en la casa a solicitar que le concedieran permiso para hablar con Phillip. Charlotte lloraba de hambre y su madre la acunaba entre los brazos mientras dirigía la mirada

hacia la colina y el poblado.

Mary era una mujer realista. El hambre en Inglaterra era exactamente igual que el hambre en la colonia, aunque era mejor tener hambre y no pasar frío. A menos que se produjera un milagro, en Inglaterra sólo podía aspirar a convertirse en criada, mientras que en la colonia se le ofrecía la oportunidad de prosperar. Cuando fuera libre podría pedir que le cedieran algunas tierras, y el reto de construir algo de la nada le resultaba atractivo.

—Ya puedes entrar, Mary —dijo Tench en voz baja—. Debo advertirte de que el capitán Phillip está muy enfadado y decepcionado. No creo que puedas convencerlo para que no condene a Will a la horca.

Mary sabía que Tench había hecho todo lo que estaba en su mano por Will y ella. Las penurias que estaban padeciendo en la bahía de Botany, casi tan grandes para los oficiales como para los convictos, no habían mermado su naturaleza bondadosa y el matrimonio con Will no había logrado mitigar los sentimientos de Mary. En el año transcurrido desde su llegada a la colonia había visto sucumbir a la tentación a muchos oficiales que en el pasado habían considerado a las convictas mujeres indignas de compartir su cama. Y en el fondo de su corazón sabía que, si en algún momento Tench flaqueaba, ella se entregaría a él a pesar de su matrimonio.

Sin embargo, algo le decía que Tench nunca cedería a la tentación. Se preocupaba por ella, lo veía en sus ojos cada vez que el oficial se detenía en su cabaña o la buscaba con la mirada entre un grupo de mujeres, en las delicadas caricias que le dedicaba a Charlotte. A pesar de todo, el mero hecho de saber que se preocupaba por ella le bastaba. Le proporcionaba algo con lo que soñar de noche, un motivo para no abandonarse, para seguir con vida.

Y esa misma fuerza le proporcionaba ahora el valor para hablar con el capitán Phillip. Al entrar en la casa, la misma vena desafiante que le había impedido llorar cuando oyó su sentencia de muerte se apoderó de ella. No quería ver ahorcado a Will mientras le quedara un aliento de vida.

El capitán Arthur Phillip estaba sentado a su escritorio, con una pluma en la mano.

—Gracias por recibirme, señor —dijo Mary, haciendo una leve reverencia.

Se había extendido el rumor de que el interior de la casa de Phillip era imponente, de que estaba repleta de muebles lujosos y vajillas de plata. Pero, para sorpresa de Mary, no llegaba a la altura de la casa del párroco de Fowey. Había un escritorio, la silla en la que estaba sentado y un par de sillones junto

a la chimenea. Aparte del marco de plata con el retrato de una mujer, a buen seguro su esposa, había poco más, ni siquiera una alfombra que cubriera los tablones de madera desnudos del suelo.

El capitán Phillip era un hombre calvo y menudo de unos cincuenta años. Pero tenía unos bonitos ojos oscuros, y Mary creía que el uniforme naval le favorecía.

–Supongo que has venido a interceder por tu marido –dijo fríamente.

–No, he venido a interceder por los habitantes de la colonia –dijo Mary sin un atisbo de duda–. Si ahorca a Will, moriremos todos.

La respuesta de Mary sorprendió al capitán, que abrió los ojos de par en par.

–Sin el pescado que trae a diario, moriremos de hambre –dijo Mary, meciendo a Charlotte para que dejara de llorar–. No hay nadie tan hábil como Will. Si no le hubiera prohibido llevar un poco de pescado a casa para alimentarnos, esto nunca habría sucedido.

–Fue una decisión inevitable, nos encontrábamos en una situación de emergencia –replicó Phillip lacónicamente, irritado por el hecho de que Mary hubiera tenido la osadía de cuestionar sus órdenes–. Además, tu marido no ha robado solamente un par de pescados, y los ha estado cambiando por provisiones robadas del almacén. Cada vez que alguien roba, merma las existencias para el resto de los habitantes de la colonia. Es un delito muy grave.

–¿No haría usted lo mismo si su esposa y su familia corrieran peligro de morir? –preguntó Mary, mirando la fotografía de su esposa.

–No, no lo haría –respondió el capitán con firmeza–. Las provisiones se racionan con justicia. Yo recibo lo mismo que vosotros.

Mary dudó que fuera cierto, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta.

–¿Y de qué servirá colgar a Will? –preguntó–. Yo me veré obligada a criar a mi hija sola, y quienes roban del almacén seguirán haciéndolo. De modo que al final todos pasaremos aún más hambre.

Phillip la miró fijamente y vio que vestía los mismos harapos que las demás convictas, pero iba más limpia. Sus pies descalzos sólo estaban cubiertos por una fina capa de polvo, no mugrientos como los de otras mujeres.

El teniente Tench hablaba a menudo de ella. La consideraba inteligente y franca, y afirmaba que había sido una buena influencia para las mujeres del

*Charlotte*. No se había presentado ninguna queja acerca de su comportamiento, y él mismo había llegado a afirmar que los Bryant eran unos prisioneros modélicos.

–Vete a casa –dijo–. Será juzgado mañana. Esta noche dormirá en el calabozo.

Mary se dirigió hacia la puerta, pero se volvió antes de salir y miró fijamente a Phillip. El capitán vio el miedo y la desesperación en sus ojos mientras sostenía a la niña en brazos y se la mostraba.

–Por favor, señor –suplicó–. Mire a mi hija. Está hermosa y goza de buena salud, pero sin Will no durará mucho tiempo. Me aseguraré de que mi marido no vuelva a desviarse del buen camino. ¡Le pido por Dios y por el bien de esta niña que no lo condene a la horca!

Entonces se marchó y desapareció en la noche tan sigilosamente como una gata.

Phillip permaneció sentado durante un buen rato, enfrascado en sus pensamientos. La mujer tenía razón. Colgar a Bryant avivaría aún más el fantasma de la hambruna.

–Malditos sean los cretinos de Inglaterra –murmuró–. ¿Dónde están las provisiones que pedimos? ¿Cómo voy a lograr que esta colonia sea autosuficiente cuando ni siquiera me han proporcionado materiales básicos ni hombres con las habilidades adecuadas?

Al cumplirse el primer aniversario de la colonia, Phillip era un hombre muy preocupado. Había creado los asentamientos de la ensenada de Sydney, el de la isla de Norfolk y ahora también el de la colina de Rose, pero los convictos mostraban escasa predisposición a reformarse, los marinos no dejaban de lamentarse y la situación de los nativos parecía empeorar sin remedio. Sin más comida ni medicinas, el número de muertos seguiría aumentando. De noche, el nerviosismo le impedía conciliar el sueño y no lograba ver la luz al final del túnel.

Mary se mordió los nudillos cuando el juez Collins se puso en pie para leer la sentencia de Will. Tal y como suponía, alguien había delatado a su marido. Seguramente Joseph Pagett, un hombre que había estado a bordo del *Dunkirk* y del *Charlotte*. Se había mostrado celoso de Will durante el viaje, y recordaba

que le había lanzado una mirada torva el día en que se casaron.

Charles White, el cirujano del *Charlotte*, había declarado a favor de Will, pero aun así Mary estaba convencida de que lo condenarían a la horca. Sabía que su marido compartía su temor. Lívido, se mordía el labio e intentaba no temblar.

–El acusado es condenado a recibir cien latigazos –dijo Collins–. Asimismo, se le prohíbe la participación en las tareas de pesca y el manejo de la barca. Además, será expulsado de la cabaña que habita en estos momentos junto con su esposa y su familia.

Will lanzó una mirada fugaz a Mary. Su rostro reflejaba un atisbo de alivio, pero también preocupación por la reacción de su mujer ante la pérdida de su hogar.

Sin embargo, Mary no podía pensar en eso ahora. A pesar de sentirse aliviada porque no hubieran condenado a Will a la horca, y aunque cien latigazos era un castigo leve en comparación con otros que había presenciado, los azotes eran una pena horrible y notó que se le revolvía el estómago.

–Llévoslo para que reciba el castigo –dijo Collins.

Tardaron más de una hora en infligirle los cien latigazos bajo un calor sofocante que produjo varios desmayos entre la multitud. Tras los primeros cincuenta azotes, Will perdió el sentido. A través de la piel lacerada de su espalda se entreveía el blanco de los tendones. Dos cuerdas le ceñían las muñecas y las piernas le flaqueaban como las de un borracho.

Mary lloraba desconsolada, odiaba el sistema capaz de ordenar un castigo tan brutal y detestaba a los marinos que antes charlaban y bromeaban con Will y ahora se habían convertido en sus torturadores.

El tambor y la cuenta se detuvieron por fin. Will fue liberado del triángulo y se desplomó. Tenía los pantalones y las botas empapados en sangre, y las hormigas habían empezado a llevarse los pedacitos de carne de su espalda esparcidos por el suelo.

Mary se acercó corriendo hasta él e imploró que alguien le llevara paños y agua salada para limpiarle las heridas. Will estaba inconsciente, con el rostro transido de dolor, y ella se agachó junto a él con Charlotte en brazos.

–¿Quieres que sujete a Charlotte? –le preguntó una voz familiar.

Mary levantó la mirada y se sorprendió al ver a Sarah, quien le acercó un cubo de agua y paños. Las lágrimas se habían abierto paso entre la suciedad de su cara y parecía que el sufrimiento de Will y la angustia de Mary le habían recordado su antigua amistad.

–Bendita seas, Sarah –dijo agradecida antes de entregarle a su hija.

Mary le lavó la cara a Will y luego miró de nuevo a Sarah.

–Debería ponerlo a la sombra, pero ahora que nos han quitado la cabaña no tengo donde llevarlo.

–Llémoslo a la mía –propuso su amiga, que se inclinó hacia delante y apoyó una mano en el hombro de Mary–. Voy a buscar a un par de hombres para que nos echen una mano. Tú espera aquí.

Mientras Sarah se alejaba con Charlotte en brazos, Mary acercó los labios al oído de su marido.

–¿Me oyes? –le susurró.

Will parpadeó sin contestar.

–Juro que huiremos de este lugar –murmuró, mientras el odio que sentía hacia el capitán Phillip y los demás crecía en su interior–. Encontraremos el modo, ya verás. No permitiré que vuelva a suceder algo así.

Ese mismo día, un poco más tarde, arrodillada junto a Will y mientras le limpiaba la espalda con sumo cuidado, Mary retomó su antiguo anhelo de huir. No había vuelto a pensar en ello desde su llegada a la isla, y ahora no concebía cómo había podido empezar a aceptar ese horrible lugar, que incluso hubiera comenzado a gustarle. Sin embargo, ya no lo soportaba más. De un modo u otro iba a huir con Will y Charlotte de la colonia y pensaba hacerlo tan rápido como fuera humanamente posible.

## Capítulo siete

–Apártate, Mary –le susurró Sarah en la oscuridad–. Ahora ya no compartes cama con Will.

Mary esbozó una sonrisa y pensó en lo mucho que le gustaría estar en la cama con su marido, en su propia cabaña. Sin embargo, por muy incómodo que fuera compartir espacio con cinco mujeres además de Charlotte, estaba muy agradecida porque Sarah y sus compañeras les hubieran permitido quedarse con ellas. En los momentos de mayor cinismo atribuía su bondad al hecho de haber descendido de nuevo a su mismo nivel, pero en general prefería creer que Sarah, al menos, se había horrorizado tanto al presenciar el castigo de Will que había recuperado sus antiguas compasión y generosidad.

Will, que ahora trabajaba en el horno de ladrillos, se alojaba en una cabaña con James, Samuel y Jamie. Mary había disfrutado de pocas oportunidades para verlo desde el día en que se había ejecutado la sentencia, pero sabía que las heridas aún no le habían curado. Lo habían obligado a realizar un trabajo físico muy duro cuando tenía la espalda en carne viva, y aquella injusticia espoleó la ira de Mary. Había ido a verlo después del primer día de trabajo, y rompió a llorar cuando lo encontró. El hombre se arrastraba penosamente, tenía la camisa empapada en sangre y el rostro transido de dolor. Fue a bañarse en el mar con la esperanza de que las heridas cicatrizaran antes, pero apenas podía mover los brazos y se puso tan pálido que Mary creyó que iba a perder el conocimiento. En el horno se veía obligado a agacharse continuamente y a levantar un gran peso, por lo que las heridas nunca acababan de cerrarse y se habían infectado por culpa de la tierra y el polvo. Will iba a padecer secuelas de por vida, físicas y mentales.

Mary se sentía atrapada en un túnel oscuro sin un ápice de luz. La habían separado de su marido y habían perdido la cabaña; les habían reducido de nuevo las raciones y el número de enfermos y de muertos aumentaba una semana tras otra.

Después de la flagelación de Will la obligaron a trabajar de lavandera. Aunque hacer la colada de los oficiales y los marinos no resultaba una tarea especialmente dura, las medidas de seguridad bajo las que debía llevarla a cabo resultaban extenuantes. Las camisas eran un bien preciado y, si las colgaba a secar sin vigilancia, otras mujeres las robaban. Aun así, aunque no la encontraran en posesión de ninguna prenda, sólo se castigaba el descuido de la lavandera.

La posibilidad de huir era lo único que le infundía ánimos para seguir adelante. Ocupaba su pensamiento desde el alba hasta el anochecer, distrayéndola del hambre, de los funerales y de la depravación que la rodeaba. Cuatro mujeres habían huido al monte, pero no tardaron en capturarlas. Las que lograron escapar, habían muerto a manos de los nativos, de hambre o de sed; a veces, sus cuerpos se recuperaban pasado un tiempo. Otras muchas regresaban con el rabo entre las piernas para ser de nuevo encadenadas.

Tench, tras explorar el territorio interior, le había contado a Mary que no había adonde huir, sólo kilómetros y kilómetros de tierra árida. Tiempo atrás, un grupo de hombres había robado una barca; ninguno de ellos sabía manejar los remos, volcaron y fueron apresados.

Sin embargo, Mary sí poseía conocimientos de navegación. Sabía que necesitaría un sextante, provisiones en abundancia y cartas de navegación. Y, por encima de todo, tenía que averiguar dónde se encontraba la población más cercana, y conseguir una embarcación capaz de soportar los embates del mar.

Mary le había contado todo aquello a Will tan sólo unos días antes, pero su marido se había reído de ella.

—¡Una barca, un sextante y cartas de navegación! Y ya puestos, ¿por qué no pides también la luna? —le espetó.

Mary era plenamente consciente de la complejidad de su plan; sin embargo, que nadie más se hubiera atrevido a hacerlo no significaba que fuera imposible. Sabía que el capitán Phillip y sus oficiales habían intentado comunicarse con los nativos en vano, pero ella se había adentrado en ese mismo territorio y había logrado ciertos avances.

Atribuía su éxito a Charlotte. Los nativos, que podían sentirse intimidados por los hombres vestidos de uniforme, no tenían miedo de una niña que iba casi tan desnuda como las suyas. Un día, cuando caminaba por la playa en dirección a la ensenada colindante recogiendo leña para encender una hoguera, Mary se percató de que un grupo de nativas y sus hijos las estaban

observando. Se sentó con Charlotte en el regazo y empezó a cantarle, sorprendida cuando oyó que otra voz la acompañaba. Era una niña. Cuando Mary se volvió hacia ella y le sonrió, la pequeña se acercó un poco más.

Repitió la estrategia durante tres días seguidos, y, al cuarto, la niña se sentó junto a ella mientras su madre la observaba algo más rezagada. Poco después se acercaron otros niños, y al cabo de unos días todos habían aprendido parte de la letra de sus canciones.

Mary siguió labrándose la amistad de aquel pequeño grupo de nativos, un día tras otro. Todos parecían sanos y bien alimentados y, aunque sabía que su dieta se basaba en el pescado que capturaban a bordo de sus canoas, supuso que lo complementaban con otros alimentos. No cultivaban los campos ni criaban ganado, así que Mary se empeñó en averiguar cuáles eran. Estaba convencida de que esa información podía resultarle útil para la huida.

Sin embargo, se quedó estupefacta cuando las mujeres le enseñaron las larvas y los insectos que extraían de los tocones podridos de los árboles. Aunque a Mary se le revolvía el estómago sólo de pensarlo, se armó de valor, probó los insectos que le ofrecían y descubrió que no estaban tan mal como creía.

Las fuertes lluvias le impidieron seguir con sus visitas durante casi una semana. Cuando regresó a la ensenada, se inquietó al no ver a nadie. Aunque sabía que los nativos eran nómadas y no permanecían en un campamento fijo, la ensenada era uno de sus lugares de pesca favoritos.

Mary decidió caminar un trecho más de lo habitual, hasta que el intenso zumbido de los insectos y un círculo de aves que sobrevolaba su cabeza hicieron que se detuviera. Un poco más adelante vio algo en la playa, junto a unos arbustos, y se horrorizó al comprobar que era un nativo muerto, cubierto por una marea de hormigas. Cogió a Charlotte en brazos y regresó corriendo al campamento tan rápido como se lo permitieron las piernas.

Aún corría cuando vio a Tench, quien debía de haber regresado de la colina de Rose la noche anterior. El oficial le lanzó una sonrisa cálida.

—Llevas mucha prisa. ¿Ha sucedido algo?

—He visto un cuerpo abandonado en la ensenada —le soltó Mary.

—¿Algún conocido? —preguntó Tench en broma.

Mary ni siquiera sonrió. Temía que el cadáver perteneciera a alguna de las nativas del grupo con el que había trabado amistad.

—Tal vez sea una de las nativas —dijo—. No me he acercado lo suficiente

para comprobarlo, pero no creo que abandonen a sus muertos sin darles sepultura.

—A mí tampoco me parece muy probable —convino Tench, con cara de preocupación—. Espero que haya sido una muerte natural y no un ataque de uno de nuestros hombres, ya tenemos suficientes problemas. De todos modos, voy a ir a comprobarlo.

Después de aconsejarle a Mary que no se alejara tanto del campamento, se marchó.

Pasaron varios días antes de que Mary tuviera de nuevo la oportunidad de hablar con Tench. Lo había visto partir del puerto con un grupo de marinos al día siguiente de contarle el hallazgo del cuerpo, pero cabía la posibilidad de que hubiera salido a inspeccionar los cabos que había en el extremo de la bahía.

Mary estaba saliendo del almacén con las raciones para Charlotte y ella cuando vio que Tench bajaba por la cuesta que conducía a la residencia del capitán Phillip. Parecía muy preocupado y alterado.

—¿Qué sucede? —preguntó Mary.

—El capitán no ha quedado muy contento con mis noticias. Hay docenas de nativos muertos y moribundos en la bahía. Como el que tú viste.

Mary agarró a Charlotte con más fuerza sin apenas ser consciente de lo que hacía.

Tench adivinó su miedo y le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, el cirujano White no ha atendido ningún caso similar en la colonia. Debe de tratarse de algo que sólo afecta a los nativos, pero, por precaución, es mejor que te mantengas alejada. El capitán Phillip va a enviar a alguien para ver qué puede hacer o averiguar.

Decirle a Mary que no se preocupara era como pedirle al sol que no brillara. La aterrorizaba pensar que la enfermedad pudiera extenderse por el campamento y matar a Charlotte. De repente, la imperiosa necesidad de huir de aquel lugar se apoderó de ella.

Tan sólo unos días antes, el *Supply*, la embarcación de menor eslora de la flota original, había regresado de la isla de Norfolk y les había llevado la noticia de que veintiséis de los veintinueve convictos allí destinados habían urdido un plan para alejar a la tripulación del barco y huir con él. A decir de todos era un plan excelente, y habría tenido éxito de no ser porque alguien los había delatado. Aunque lo sucedido confirmaba que la idea de Mary era

factible, también significaba que las medidas de seguridad se iban a reforzar aún más, y que los castigos por cualquier clase de delito serían más duros que nunca.

Su sospecha quedó corroborada al cabo de unos días, cuando seis marinos fueron ahorcados por robar comida del almacén. Al parecer, llevaban meses haciéndolo. Cuando uno de los implicados estaba de guardia, abría los cerrojos a sus compinches usando una copia de las llaves.

La mayoría de los convictos se mostraron encantados de que el capitán Phillip hubiera manifestado la misma severidad con sus hombres que con los presos. En opinión de Mary, Phillip había actuado movido por el pánico, consciente de que las reservas de alimentos se agotarían antes de que llegaran nuevas provisiones desde Inglaterra.

Como era habitual cuando se ejecutaba un castigo, todos los habitantes de la colonia debían estar presentes. Mary observó cómo ponían la soga al cuello a cada uno de los hombres, oyó el ruido de la tarima al ceder bajo sus pies y vio cómo pataleaban en el aire. Nunca había sentido tales angustia y desesperación.

Estaba más convencida que nunca de que ese lugar no podía ofrecerles nada bueno: guardas corruptos, mujeres castigadas con treinta latigazos por enzarzarse en una pelea, hambruna y una muerte lenta. Mary tenía la sensación de estar atrapada en el infierno con varios cientos de lunáticos.

Sin embargo, en el mes de abril la situación mejoró ligeramente para Will y para ella, cuando la escasez de alimentos obligó al capitán Phillip a permitir que Will volviera a pescar, esta vez bajo supervisión. Mary esbozó una sonrisa triste para sí, pues aquello demostraba que siempre había tenido razón, que la colonia no podía salir adelante sin su marido. Desde que le prohibieran pescar, las capturas habían sido ridículas, y aunque Will no soportaba que lo sometieran a esa estrecha vigilancia, al menos había quedado probado que era indispensable y logró que les devolvieran su antigua cabaña.

En mayo, con la llegada del *Sirius* procedente de Ciudad del Cabo, el pesimismo que assolaba la colonia se desvaneció por un tiempo. Aunque transportaba principalmente harina y no provisiones más sustanciosas como carne, les llevó la buena nueva de que había otras embarcaciones en camino. El correo que esperaban desde hacía mucho los afortunados que tenían amistades y familiares que sabían escribir, estaba a punto de llegar.

Sin embargo, la visión del barco fondeado en la bahía pareció tener el

efecto contrario en Will. Muchas tardes, Mary lo encontraba en la orilla antes de salir a pescar, mirando fijamente el *Sirius*. Cuando intentaba sacar el tema, Will le respondía con brusquedad, y cuando no estaba trabajando no regresaba a casa para verlas a Charlotte y a ella como había hecho en el pasado.

Un día, a primera hora de la tarde, Mary regresaba con la colada al cuartel después de dejar a Charlotte jugando con otra niña, cuando oyó la atronadora voz de Will en la cabaña de James Martin. Supuso que habían conseguido ron en alguna parte.

Mary no era fisgona por naturaleza, pero le preocupaba que Will bebiera y sacara a relucir su fanfarronería y, en ocasiones, sus ganas de pelea. Además, quería averiguar de dónde habían sacado la bebida; si había vuelto a las andadas con el robo de pescado, quería estar prevenida.

No había nadie más a la vista, por lo que se dirigió a la parte trasera de la cabaña de James. Si aparecía alguien de repente, podía fingir que acababa de salir de entre los arbustos después de aliviarse.

James estaba comentando que algunos de los hombres empezaban a perseguir a las nativas, pero opinaba que debían de estar locos para hacer semejante cosa.

—Supongo que correrán menos peligro que si se acuestan con una de las brujas sifilíticas que tenemos en la colonia —dijo Will, soltando una carcajada—. Por eso elegí a Mary, porque sabía que estaba sana.

Mary no sabía si tomárselo como un cumplido.

—Es una buena mujer —afirmó James en un tono casi recriminatorio—. Eres un hombre afortunado, Will, en muchos sentidos.

—Seré aún más afortunado cuando me largue de este maldito lugar. Y partiré en el primer barco que zarpe en cuanto haya cumplido la condena.

—¿No esperarás a tu mujer? —preguntó James con un deje malicioso.

Mary empezó a sospechar que, en realidad, no estaban bebiendo. Tal vez Will hubiera ido a visitar a su amigo después de haber empinado el codo en otra parte.

—Claro que no —le espetó Will—. En primer lugar, porque ningún barco me aceptaría con una mujer y una niña, y en segundo, porque me irá mejor sin ella.

Mary se sintió desfallecer. Una cosa era que Will fuera contando por ahí que no se consideraba casado legalmente, y otra muy distinta que afirmara que le iría mejor sin ella. Mary se dio la vuelta y se marchó, intentando reprimir con todas sus fuerzas las ganas de llorar.

Si Will la abandonaba y regresaba a casa, su posibilidad de huir se desvanecería. Tal vez podría planearla, conseguir el equipo necesario y manejar una barca, pero era Will quien poseía los conocimientos de navegación. No había otro hombre en la colonia capaz de reemplazarlo.

La idea de quedarse sola la aterrorizaba. Perdería la cabaña, las mujeres se burlarían de ella y los hombres la acosarían. No podría proteger a Charlotte de la depravación que las rodeaba. Sólo le quedaría la opción de convertirse en la amante de uno de los marinos u oficiales, pero esa situación sólo serviría hasta que él también regresara a Inglaterra.

Esa noche, el estado de ánimo de Mary pasó de la desesperación al miedo y luego a la ira, pero cuando Charlotte hubo devorado el arroz y se quedó dormida pegada a su pecho, ya había concebido un plan. Del mismo modo en que había decidido fríamente convertirse en la amante de un oficial del *Dunkirk* para sobrevivir, ahora iba a aprovechar el único as que tenía en la manga.

Will regresó a la cabaña con el amanecer. Se sorprendió al ver que había fuego encendido y a Mary inclinada junto a él.

–¿Y la hoguera? ¿Está Charlotte enferma? –preguntó al entrar.

–No, está durmiendo. He pensado que tendrías frío y hambre, por eso te he preparado el desayuno.

Las palabras de Mary levantaron el ánimo de Will, convencido como estaba de que Mary se habría enfadado porque había salido a pescar sin ir a verla antes. Si hubiera descubierto que había conseguido un poco de ron en lugar de comida para su familia, se habría puesto aún más furiosa.

–¿El desayuno? –preguntó con incredulidad.

Mary le acarició la camisa mojada.

–Sácatela y la tenderé para que se seque –dijo, con un leve gesto de preocupación–. Cúbrete con una manta para no enfriarte. Sólo he podido freírte un poco de pan, es todo lo que he podido conseguir.

Al cabo de cinco minutos, sentado en un taburete junto a la puerta de la cabaña, con una taza de té dulce en una mano y un gran pedazo de pan frito en la otra, Will se sentía mucho mejor. Los primeros rayos del sol iluminaban el cielo y la bahía estaba preciosa, con un fino manto de niebla que cubría el

agua. Para Will, aquél era su momento favorito del día: los pájaros empezaban a trinar, y la fealdad del campamento quedaba todavía disimulada. Tal vez fuera invierno, pero hacía tanto calor como en una mañana de primavera de Inglaterra. Echaba mucho de menos Cornualles. No sólo su tierra, sino también sus mujeres, sus mejillas sonrosadas, sus pechos rotundos y sus sonrisas tímidas y dulces. La primera vez que vio a Mary a través de la reja del *Dunkirk*, ella también era así. Ahora, sin embargo, estaba muy delgada, tenía las mejillas hundidas y apenas sonreía.

A pesar de todo, había madrugado para encender el fuego y freírle un poco de pan. Era una mujer pulcra y no perseguía a otros hombres.

—¿En qué piensas?

Mary lo abrazó del cuello por la espalda y Will se sobresaltó.

—En nada que valga la pena. Pero si insistes, te lo contaré: estaba pensando en Cornualles, en el contrabando y en las tabernas.

—¿Quieres saber en qué pienso yo? —preguntó ella, y lo besó en el cuello.

—Dime.

—En que deberíamos acostarnos. Y en que quiero hacerte entrar en calor.

Will sonrió, excitado por la idea. Antes de los latigazos no hacían el amor muy a menudo por culpa del hambre y del cansancio. Pero desde entonces, no habían vuelto a hacerlo; la espalda lacerada, el trabajo en el horno de ladrillos y el recorte de las raciones habían extinguido la pasión.

—Es una idea maravillosa, querida —dijo Will, que se volvió y la abrazó para besarla—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Ese mismo día, un poco más tarde, Mary sonrió para sí mientras lavaba la ropa en la orilla. Casi había olvidado lo especial que podía hacerla sentir Will. Merecía la pena levantarse tan temprano. Incluso había logrado olvidar el hambre.

A principios de septiembre, Mary supo que estaba embarazada de nuevo. No cabía duda. Estaba emocionada, no sólo porque había logrado su objetivo y encontrado una manera de evitar que Will la abandonara, sino también porque él estaba encantado de ser padre. Sin embargo, como sucedía siempre en la

colonia, cualquier momento feliz parecía quedar borrado por una mala noticia. En esta ocasión, tuvieron conocimiento de que un soldado había violado a una niña de ocho años. Aquello hizo que Mary fuera aún más consciente de la vulnerabilidad de Charlotte. Hasta entonces no se había planteado cuál iba a ser el futuro de su hija más allá de su preocupación por mantenerla con vida, pero cuando supo que iban a enviar al soldado a la isla de Norfolk por todo castigo y que iba a librarse de la horca, rompió a llorar de rabia.

–No te lo tomes así, Mary –dijo Will, intentando consolarla–. Allí no podrá hacernos daño.

–Pero en esa isla también hay niñas –le recordó–. Está la pequeña Henrietta, el bebé de Jane. Explícame por qué pueden azotarte por insolencia y no considerar que la violación de una niña sea un auténtico delito.

–No lo sé –dijo Will negando con la cabeza–. Del mismo modo en que no sé por qué siguen enviando a un par de hombres para que me vigilen mientras pesco. De no ser por ellos, podría salir de la bahía y lograr capturas más grandes.

–Tenemos que retomar la idea de la huida –atajó Mary con fiereza.

–¿Cómo vamos a hacerlo si estamos esperando un hijo? –replicó él, y le acarició el vientre con cariño.

–Precisamente por el bebé. ¿No quieres darle una vida mejor?

En noviembre, cuando se supo que el teniente Bradley y el capitán Keltie del *Sirius* habían apresado a dos nativos obedeciendo las órdenes del capitán Phillip, toda la colonia hervía de agitación.

Los hombres capturados recibieron el nombre de Bennelong y Colbee, y se averiguó que no tenían esposas ni hijos. El teniente Bradley, el oficial responsable de su captura, mandó llamar a un nativo huérfano al que el cirujano White había acogido para que les explicara a los hombres que no iban a hacerles daño.

Mary observó la escena con sorpresa. Siempre había considerado que retener a alguien en contra de su voluntad equivalía a hacerle daño, y estaba convencida de que los dos nativos se asustarían aún más cuando los lavaran, los afeitaran, los vistieran y los encadenaran para impedir que huyeran.

Al cabo de unos días, corrió la noticia de que los dos hombres

capturados habían logrado liberarse de las cadenas. A Colbee no volvieron a verlo, pero a Bennelong no tardaron en atraparlo de nuevo. A la mayoría de los prisioneros lo sucedido les resultaba muy divertido. No consideraban a Bennelong un ser humano con sentimientos, sino un animal que debía ser enjaulado. Sin embargo, esa posibilidad asqueaba a Mary. Había algo conmovedor en aquel hombre negro, fornido y alto. Imaginaba su confusión al hallarse en aquel mundo extraño al que lo habían arrastrado. Su gente era libre; su hogar, un refugio temporal en una cueva, o en una cabaña de barro y cañas. No obedecían a reyes ni a príncipes, todos los hombres eran iguales, así que ¿cómo iba a entender las distinciones de clase del hombre blanco o sus ansias de riqueza, poder y bienes?

Mary consideraba que Bennelong se encontraba en una posición muy similar a la suya, por lo que podían convertirse en aliados. Si lograba hacerle comprender que podía obtener alguna ventaja durante su cautiverio, tal vez él los ayudara a Will y a ella a huir.

Las semanas transcurrieron lentamente y la desesperación de Mary fue en aumento. A diferencia de lo que sucedía en el *Charlotte*, en la colonia no había raciones más abundantes para las embarazadas y Mary tenía tanta hambre que decidió salir en busca de las larvas y los insectos que le habían descubierto las nativas. El calor abrasador de los meses de diciembre y enero la despertaba al amanecer, cuando el sol caía sobre el tejado de la cabaña, y no le daba descanso hasta el atardecer.

La única fuente de esperanza era la relación que empezaba a forjar con Bennelong. Mediante las pocas palabras de su lengua que había aprendido de los niños con los que había trabado amistad, pudo hacerle entender que, si ayudaba al capitán Phillip, se convertiría en alguien importante para el hombre blanco y le quitarían las cadenas de las piernas.

Mary sabía que aún era pronto para intentar implicarlo en su huida. Además, su avanzado estado de gestación le impedía llevar a cabo sus planes. Tampoco tenía la posibilidad de almacenar alimentos, y no había ninguna embarcación en el puerto. Tanto el *Sirius* como el *Supply* habían partido con destino a la isla de Norfolk con veinticinco mujeres, noventa y seis hombres y veinticinco niños a bordo en un intento de dilatar algo más las raciones. Más

adelante, el *Sirius* zarparía hacia China para tratar de obtener las provisiones que tan desesperadamente necesitaban.

La flota había partido de Inglaterra con víveres suficientes para mantenerlos dos años, pero ese tiempo estaba ya a punto de cumplirse. Aunque la granja de la colina de Rose había producido una buena cosecha de trigo, sólo quedaba comida para unos pocos meses, y habían vuelto a recortar las raciones. Todos, desde el capitán Phillip hasta el más vil de los criminales, esperaban expectantes la llegada de un barco con alimentos.

Mary notó las primeras contracciones la tarde del 30 de marzo. Al principio no se dio cuenta de que estaba de parto y las confundió con los calambres que le provocaba el hambre. Will había salido a pescar y llovía tanto que el suelo se había convertido en un mar de barro rojo. Metió a Charlotte en la cama y se acostó, pero los dolores eran tan intensos y persistentes que no la dejaron dormir.

Durante la noche permaneció en la cabaña, con la vista fija en la oscuridad, escuchando el goteo constante del agua que se filtraba por el tejado. Fue entonces cuando supo que iba a dar a luz, pero estaba tan débil que se sentía incapaz de levantarse y caminar entre la lluvia y el barro para pedir ayuda.

Por primera vez, deseaba morir. El esfuerzo diario para sobrevivir había agotado sus fuerzas y no se sentía capaz de hacer frente a los cuidados y la dedicación que iba a requerir el recién nacido. Ni siquiera los leves gemidos de Charlotte mientras dormía removieron su conciencia y pensó que, si seguía tumbada inmóvil y no hacía caso del bebé que luchaba por venir al mundo, el pequeño acabaría desvaneciéndose al igual que ella.

Pero cuando cerró los ojos e intentó adentrarse en el oscuro valle de la muerte, se le apareció el rostro de su madre. Mary había puesto todo su empeño en olvidar a sus padres y a su hermana. Tiempo atrás había renunciado a recordar sus rostros y el sonido de sus voces, había dejado de preguntarse si aún hablarían de ella, e incluso se había obligado a no pensar en Cornualles y compararlo continuamente con la colonia.

No obstante, seguía viendo el rostro de su madre tan claro como si estuviera con ella a plena luz del día. Sus ojos grises le dirigían una mirada de preocupación, tenía los labios fruncidos en un gesto recriminatorio y unos mechones de pelo gris escapaban de su gorro de lino. La expresión de su rostro era la misma que cuando la reprendía por su comportamiento poco

femenino. Recordó entonces que Grace siempre había sido una mujer fuerte que nunca les había dejado entrever sus nervios cuando el barco de su padre no regresaba en la fecha prevista; de algún modo, siempre se las arreglaba para poner un plato de comida en la mesa y mantener el fuego encendido.

Mary creía que su madre intentaba transmitirle un mensaje: por el bien de sus hijos, debía luchar para seguir con vida.

Entonces se levantó con gran dificultad de la cama, buscó a tientas un trozo de tela de arpillera para echársela sobre los hombros y salió a la lluvia.

La cabaña más próxima estaba sólo a veinte metros, pero los dolores eran tan intensos que apenas se tenía en pie. A gatas, se arrastró por el barro transida de dolor para pedir ayuda.

Los primeros rayos del alba atravesaban la puerta de la cabaña cuando el bebé de Mary, en las manos temblorosas de Anne Tomkin, vio por fin la luz.

—¡Es un niño! —exclamó Anne con más cansancio que alegría, mientras se acercaba con el bebé a la puerta para examinarlo—. Y parece un bebé sano.

Tras sus palabras, oyeron el grito furioso del niño. Fue Mary quien tuvo que decirle a Anne que envolviera a su hijo con una tela, que atara el cordón y que lo cortara. Anne no tenía hijos y su marido Wilfred, que había salido en busca de ayuda, no había regresado todavía.

Sin embargo, cuando Mary cogió al bebé en brazos, se olvidó del dolor, del hambre e incluso de su cuerpo manchado de sangre y cubierto de barro. Dios le había dado el hijo que quería, le había salvado la vida, y eso significaba que debía aguardar con esperanza la llegada de tiempos mejores.

—Lo llamaré Emmanuel —dijo en voz baja para sí misma.

## Capítulo ocho

–Es precioso –dijo Will con tono reverencial mientras acunaba a su hijo en brazos.

Acababa de llegar después de pasar la noche pescando, y a pesar de que estaba empapado, aterido y exhausto, se llevó una alegría enorme al ver que Mary le había dado un hijo.

–¡Y ha llegado con un pan bajo el brazo! Traigo un pescado bien grande para nosotros.

Mary le lanzó una mirada nerviosa y Will sonrió.

–Tranquila, me lo han dado por el nacimiento del bebé. Estoy convencido de que a partir de ahora todo irá mejor.

Mary se relajó de nuevo y sonrió. Will siempre había mostrado un gran afecto por Charlotte, pero tener un hijo propio lo llenaba de alegría.

–¿Te gusta el nombre de Emmanuel? –preguntó Mary.

–Es un nombre muy bonito –dijo, dirigiendo una mirada de ternura a su hijo y luego a Mary–. Y lleno de esperanza. Me aseguraré de que aprenda a escribirlo.

Fue uno de los mejores días en la vida de Mary. La lluvia cesó por fin, el sol salió y Will la llevó hasta el mar para bañarla. Habían vivido muchos momentos dulces en el pasado, pero entre ellos nunca había existido ese grado de ternura y cariño. Will improvisó un jergón para Mary bajo un árbol del caucho, junto a la cabaña, metió a Emmanuel en la antigua cuna de Charlotte y preparó el pescado junto con unas cuantas patatas que había conseguido. Después se marchó con Charlotte para informar del nacimiento al cirujano White y dejó dormir a Mary.

Por la tarde, Tench se acercó a visitarla.

–He oído que ya habías dado a luz –dijo, mirando a Mary mientras acunaba a Emmanuel bajo el árbol–. Doy gracias a Dios porque ambos os encontréis bien.

–¿No es el bebé más hermoso que hayas visto jamás? –preguntó Will, quien sujetaba a Charlotte sobre sus rodillas–. Nunca había visto un niño más sano.

Tench se rio y se agachó para acariciar la cabeza del recién nacido.

–Ha salido a ti, Will. Tiene tu pelo rubio y es fuerte como tú. Tendrás que cuidar bien de él.

–Y de mí –protestó Charlotte indignada al darse cuenta de que estaba a punto de ser destronada.

Los tres adultos estallaron en carcajadas.

–Yo siempre cuidaré de ti –le prometió Will, cogiéndola en brazos y lanzándola al aire–. Eres mi princesita.

–No hagas caso de los rumores que dicen que Will te abandonará cuando haya cumplido su condena –le dijo Tench a Mary cuando Will se marchó a ver a sus amigos para presumir de su hijo recién nacido–. No creo que sea tan valiente como para dejarte.

A Mary no le sorprendió que Tench también hubiera oído los rumores. Los habitantes de la colonia no tenían ningún reparo en propagar todo tipo de habladurías. Se preguntó qué pensaría Tench de ella si supiera que el bebé formaba parte de su plan secreto para retener a Will.

–Nunca hago caso de las habladurías –dijo Mary con orgullo.

La embargaba una felicidad tan grande que estaba convencida de que nada podía empañarla.

–Podéis solicitar que os concedan tierras propias cuando Will sea libre –dijo Tench.

–¿Qué vamos a hacer con las tierras? –replicó Mary con una sonrisa–. No somos agricultores, y Will sólo es feliz cuando pesca.

–Pues podría construir su propia barca y dedicarse a la venta de pescado. ¡Podrías convertirlos en los propietarios de la primera pescadería de Nueva Gales del Sur!

–Tal vez –dijo Mary.

Deseó estar tan convencida como Tench de que algún día se levantaría una ciudad en la colonia. El oficial parecía creer que, en cuanto se solucionaran los problemas de abastecimiento, el país atraería a comerciantes y colonos dispuestos a cultivar las tierras, tal y como había sucedido en América.

–Y quizás mañana llegue un barco cargado de animales, arados, semillas,

árboles frutales y alimentos para todos, y medicamentos y telas para que podamos coser ropa nueva –añadió Mary con algo más que un deje de sarcasmo.

–Los barcos no tardarán en llegar –replicó Tench, como hacía siempre, pero esta vez sin demasiada convicción–. No puedo creer que Inglaterra nos abandone a nuestra suerte.

El 5 de abril, Watkin Tench partió al alba hacia el cabo Dawes para comprobar si habían izado la bandera del asta ubicada en el cabo Sur. El bautizo de Emmanuel Bryant, celebrado el día anterior, lo había alterado sobremanera y apenas había podido dormir. A pesar de que se alegraba de la dicha que embargaba a Will y Mary por el nacimiento de su hijo, un rayo de luz en un momento sombrío, si el niño no sobrevivía su madre sufriría un duro golpe.

Tench hubiera preferido no preocuparse tanto por ella, pero le resultaba inevitable. Se había dicho mil veces que lo que sentía no iba más allá de la amistad, pero lo cierto era que siempre que veía a Mary los sentimientos lo desbordaban, se le aceleraba el pulso y se sentía impotente al ver que le faltaba comida y ropa decente. Mary era una mujer orgullosa, no pedía favores, restaba importancia a las penurias que sufrían y sacaba el máximo partido de lo poco que tenía.

Cuando condenaron a Will a cien latigazos, Tench esperaba que el castigo lo endureciera como había ocurrido con otros hombres, que lo convirtiera en un auténtico alborotador y que Mary perdiera la fe en él. Pero en lugar de separarlos, la condena tuvo el efecto contrario, y Emmanuel era la prueba de ello.

Deseó poder dejar de soñar con llevar a Mary de regreso a casa con él cuando lo licenciaran. Si revelase su idea de buscar una casita en algún lugar lejos de Plymouth y contar a sus amigos y familiares que Mary era la viuda de un marino que había servido en la colonia, se reirían de él.

Sin embargo, no dejaba de darle vueltas al asunto. Imaginaba que, cuando Mary estuviera de nuevo bien alimentada, recuperaría su esplendor y él la abrazaría todas las noches sobre un colchón de plumas. Cuando llegaba a ese punto de su fantasía, se excitaba, se imaginaba besando los pechos que había

entrevisto fugazmente mientras amamantaba a Charlotte.

Tench despertó bruscamente de su ensueño cuando vio que habían izado una bandera del asta. Eso significaba que había un barco fondeado en la ensenada, o que lo habían visto en alta mar.

Presa de una gran emoción, fue corriendo hasta el observatorio donde habían instalado un telescopio astronómico y lo dirigió rápidamente hacia el asta. Sólo vio a un hombre, lo que le causó una gran decepción. En caso de que se tratara de un barco procedente de Inglaterra, se habría desatado una actividad frenética. Debía de ser el *Sirius*, que regresaba de Norfolk antes de partir hacia China.

Tench se apresuró a informar al capitán Phillip de la situación, y cuando el gobernador dijo que iba a salir al encuentro del barco, Tench le suplicó que le permitiera acompañarlo. De ese modo, al menos, podría distraerse de la rutina y dejar de pensar en Mary.

Estaban a medio camino de los cabos cuando observó que el bote del *Supply* se dirigía hacia ellos. Tench vio que el capitán Ball les hacía gestos frenéticos con las manos y se le cayó el alma a los pies.

—Señor —dijo, volviéndose hacia el capitán Phillip—, me temo que no nos traen buenas noticias.

Will llegó a todo correr a la playa y buscó a Mary, quien estaba lavando la ropa. Al oír sus pasos levantó la cabeza, nerviosa.

—¿Qué sucede? —le preguntó alzando la voz, con la vaga esperanza de que le confirmara la llegada de un barco cargado de provisiones.

—El *Sirius* ha naufragado —respondió.

Cuando consiguió recuperar el aliento, le explicó a Mary lo que había oído en el puerto. El *Sirius* acababa de arriar las barcas cargadas de provisiones en la bahía de Sydney, al sur de la isla de Norfolk, cuando la marea lo empujó contra unas rocas. El capitán Hunter intentó evitar un desastre echando el ancla, pero fue demasiado tarde. Antes de que se tensara la cadena, el barco impactó contra un arrecife de coral que discurría en paralelo a la costa. Cuando las bodegas empezaron a anegarse, la tripulación cortó los mástiles para aligerar el barco y que pudiera flotar a la deriva, pero no pudieron evitar el desastre.

–Amarraron unos cuantos cabos para desembarcar a la gente –dijo Will entre jadeos–, pero tuvieron que dejarlo al anochecer. Por suerte, a la mañana siguiente los evacuaron a todos.

Mary estaba horrorizada. Perder el *Sirius* asestaba un golpe mortal a la colonia. ¿Cómo iban a conseguir ahora las provisiones de China?

–¿Están todos a salvo? –preguntó.

Mary había llegado a establecer vínculos muy estrechos con algunas de las mujeres y niños que iban a bordo del barco.

Will asintió.

–El Señor se ha mostrado piadoso, al menos.

Entonces esbozó una sonrisa.

–Algunos de los convictos recibieron la orden de regresar al *Sirius* para desembarcar al resto de animales, pero entonces encontraron unos toneles de grog, encendieron una hoguera y se emborracharon.

–Oh, Will –dijo Mary con un suspiro–. ¡No me hace ninguna gracia!

–Si no nos lo tomamos a risa, la situación acabará por superarnos –respondió Will indignado–. Y ha sucedido otra cosa graciosa: uno de los convictos que iba en la barca cayó al agua y tiró sin querer al teniente Clark. No sabía nadar, así que Clark tuvo que rescatarlo y llevarlo hasta la orilla, y después le golpeó con una vara por poner en peligro su seguridad.

Mary no pudo contener la risa.

–¿Qué será de nosotros ahora? –se lamentó Mary–. El *Sirius* era nuestra única posibilidad de conseguir más provisiones.

Will frunció el ceño.

–Phillip ha convocado una reunión extraordinaria con todos los oficiales a las seis de la tarde.

Tench le había confiado en más de una ocasión que Phillip no era un hombre dado a delegar en nadie. Siempre hacía gala de una actitud distante, por lo que aquella reunión debía de significar que estaba muy preocupado.

–Nos esperan días difíciles, eso está claro –dijo Mary, desanimada–. Pero debemos intentar ver el lado positivo de la situación. Si no llega un barco de Inglaterra dentro de poco, Phillip dependerá aún más de la pesca. Creo que ha llegado el momento de que vuelvas a pedir que te den una parte de la captura. Serás la única persona capaz de alimentar a toda la colonia.

A las seis de la tarde el capitán Phillip se encontraba ante sus oficiales. Sin duda, era un hombre acuciado por los problemas. Durante mucho tiempo había albergado la esperanza de que llegase un barco de Inglaterra y solucionase los problemas de la colonia, pero ahora debía enfrentarse a la realidad: si no quería convertirse en testigo de la muerte por inanición de toda la colonia, iba a tener que tomar otra serie de medidas drásticas.

–Es necesario que reduzcamos aún más las raciones –apuntó con voz ligeramente temblorosa–. Si no queremos morir, debemos complementarlas con más pescado y carne. Mi plan es requisar todas las barcas particulares para dedicarlas a la pesca y formar partidas de caza.

Los oficiales cruzaron miradas, consternados, conscientes de que el capitán esperaba que ofrecieran voluntariamente sus servicios. Salvo Tench, ninguno de ellos estaba dispuesto a realizar la ingrata tarea de supervisar las actividades de caza y pesca de los convictos.

–¿Está sugiriendo, señor, que deberíamos dar armas a algunos de los convictos? –preguntó uno de los oficiales más experimentados, con una mirada de pánico en su rostro rubicundo.

–Sí –respondió Phillip con voz cansada–. Algunos de ellos son buenos tiradores. Si depositamos nuestra fe en ellos, confío en que nos devolverán la confianza con un auténtico esfuerzo por el bien común.

A continuación, les informó de que no le quedaba más remedio que enviar el *Supply* a Batavia, en las Indias Orientales Neerlandesas. El capitán Ball tenía la misión de fletar allí otro barco para traer las provisiones. Philip King, antiguo gobernador de la isla de Norfolk, partiría también en el barco para llevar los despachos y transmitir a Inglaterra el informe del capitán Phillip sobre el estado de la colonia.

Un murmullo de disconformidad se extendió entre los oficiales, pero Phillip lo silenció con una mirada severa.

–No hay otra elección –dijo con rotundidad–. No tenemos provisiones que enviar a la isla de Norfolk, y dejar un barco en el puerto esperando una ayuda de Inglaterra que tal vez nunca llegue sería una decisión catastrófica. Les pido a todos ustedes que me den su apoyo.

El miedo se apoderó de la colonia cuando el *Supply* zarpó en abril. Los

oficiales temían por la seguridad de la pequeña embarcación y se volvieron agresivos. Las tropas tenían miedo de un ataque de los nativos ahora que apenas disponían de munición. Y los convictos tenían miedo de todo.

A pesar de que enviaron a los mejores tiradores, a su regreso trajeron sólo tres canguros pequeños. Gracias a las barcas requisadas y al aumento del número de pescadores, las capturas mejoraron durante unos días, pero no tardaron en volver a descender. Los oficiales recuperaron sus barcas y, presa de la desesperación, el capitán Phillip permitió que Will volviera a utilizar su bote.

Mary no iba a dejar pasar una oportunidad como aquélla.

—Podría ser nuestra gran ocasión —le dijo un día a Will, en la cama—. Podríamos escapar en ese bote.

—No digas tonterías —replicó Will, derrotado.

Estaba tan débil a causa del hambre y cansado de la presión a la que estaba sometido para intentar conseguir pescado para todo el mundo, que no le apetecía escuchar las descabelladas ideas de su mujer.

—No ha de ser ahora —dijo Mary, que se incorporó y se inclinó sobre Will para besarlo—. No podemos hacerlo sin instrumentos, cartas de navegación ni víveres. Pero puedes ganarte la confianza del gobernador. Salir cada vez más mar adentro, pero regresar siempre. ¡Piensa en lo mucho que podría llegar a confiar en ti si cumplieras las reglas a rajatabla!

—No le veo el sentido —dijo Will enfadado—. Aunque lograra ganarme su confianza y dejaran de vigilarme, no sé cuál es el mejor rumbo para encontrar un puerto.

—Tench me habló de las Indias Orientales Neerlandesas el otro día. Hay un puerto con mucho tráfico llamado Kupang —dijo Mary—. Me dijo que estaba hacia arriba, saliendo desde aquí.

Will soltó una carcajada.

—¡Hacia arriba saliendo desde aquí! —exclamó en tono burlón—. ¿Qué ruta es ésa? ¿Sabe a cuántas leguas está? ¿Ha logrado llegar alguien a ese puerto? ¡No digas tonterías, mujer!

Mary se dejó caer en la cama, enfadada porque Will se burlara de ella.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaré —dijo Mary, resuelta a no dejarse convencer—. Tenemos que huir, Will. Si no lo hacemos, Emmanuel y Charlotte morirán.

—No, Mary —replicó Will, dándole la espalda con desdén—. No morirán.

Las provisiones acabarán por llegar.

–Tal vez.

Mary deslizó los dedos por las cicatrices de la espalda de Will.

–Tal vez los niños tengan suerte y sobrevivan a los brotes de fiebre, no les muerda una serpiente y ninguno de los convictos abuse de ellos. Pero también espero que ni tú ni yo vivamos lo suficiente para ver a Emmanuel atado al triángulo mientras lo flagelan.

Notó que Will se ponía tenso. Sabía que aún tenía pesadillas con los latigazos.

–Mataría a quien intentara hacerle algo semejante –dijo.

–Por entonces, quizás estés demasiado débil –añadió Mary con voz dulce–. El esfuerzo por sobrevivir te habrá hecho envejecer antes de tiempo. Y a mí también. Por eso debemos marcharnos pronto, mientras aún podemos proteger a nuestros hijos.

Will lanzó un profundo suspiro.

–Lo pensaré.

–Y mientras lo piensas, haz lo que te he dicho: gánate la confianza del gobernador. Si lo consigues, habremos recorrido la mitad del camino.

Justo cuando parecía que todas las posibilidades de que llegaran provisiones se habían desvanecido, la tarde del 3 de junio izaron una bandera en el cabo Sur. Cuando se corrió la voz de que se aproximaba un barco, se desató el caos: los hombres soltaron las herramientas y empezaron a gritar de alegría, y las mujeres salieron de las cabañas y se abrazaron.

Watkin Tench, junto con el cirujano White y el capitán Phillip, subieron a un bote y salieron del puerto. Los tres estaban tan emocionados y alterados como el resto de la colonia, a pesar de la incomodidad de las fuertes lluvias y el viento. Cuando llegaron a los cabos y vieron el gran barco de bandera inglesa, Phillip tomó una barca de pesca y regresó a la colonia, mientras dejaba que Tench y White fueran a buscar las buenas noticias procedentes de su país.

–Fíjate en la palabra mágica de la popa –dijo White, señalando la inscripción donde se leía «Londres»–. Había empezado a dudar que volvería a ver algo así.

El barco era el *Lady Juliana* y se había visto obligado a fondear en la ensenada de Spring, junto al cabo Norte, pero Tench y White se aproximaron a la embarcación y dieron la bienvenida a los oficiales de a bordo.

–No os imagináis cuánto nos alegra veros –dijo Tench–. Temíamos que las provisiones que necesitamos con tanta desesperación no fueran a llegar nunca. ¿Podéis decirnos qué traéis para que podamos transmitir las buenas noticias a la colonia?

–Doscientas veinticinco delincuentes, todas prostitutas –fue la respuesta de uno de los oficiales.

Tench se rio, convencido de que se trataba de una broma. Pero se detuvo en seco al ver aparecer en cubierta a un grupo de mujeres rubias que gritaban obscenidades.

–¿Habéis traído provisiones? –preguntó White, consciente de que Tench estaba demasiado aturdido para seguir hablando–. ¿Y los medicamentos que necesitamos?

–Setenta y cinco barriles de harina –dijo el oficial del barco–. Eso es todo. El *Guardian* llevaba las provisiones, pero chocó contra un iceberg.

Al anochecer, los habitantes de la colonia habían caído en la desesperación.

El capitán Phillip había regresado al puerto con una sonrisa de oreja a oreja, y les había confirmado que, tal y como habían anunciado los pescadores, había un gran barco inglés fondeado en la ensenada de Spring.

Los convictos esperaban que el teniente Tench y el cirujano White regresaran al cabo de un par de horas, más felices aún. Muchos de ellos devoraron las raciones, convencidos de que al día siguiente les darían más comida de la que acostumbraban a recibir en una semana.

Tench y White regresaron con una expresión adusta y en silencio, y se dirigieron a la casa del gobernador sin decir palabra a nadie. Cuando uno de los hombres que iba en el bote dijo que el nuevo barco traía más de doscientas mujeres, pero nada de comida, nadie lo creyó. Algunos de los convictos se rieron, convencidos de que debía de tratarse de una broma. Sin embargo, al ver que el resto de los oficiales subía también en dirección a casa del gobernador y que no se oían gritos de alegría, empezaron a asumir que el rumor era cierto.

Los convictos tenían demasiada hambre para alegrarse por el gran número de mujeres que iban a llegar y reaccionaron con miedo de que les redujeran de forma aún más drástica las raciones. Para la mayoría de las convictas, la nueva situación era sin duda una catástrofe. Si ya iba a ser bastante malo tener que compartir las exiguas raciones con las recién llegadas, la posibilidad de que esas mismas mujeres les robaran a sus maridos era aún peor.

La muerte y el traslado de hombres a la isla de Norfolk había diezclado su número. No quedaban más que setenta hombres y la mayoría de ellos se encontraban en un lamentable estado físico. Entre las doscientas mujeres que llevaban varios meses encerradas en el barco, habría varias docenas que pondrían los ojos en Will.

## Capítulo nueve

Todas las convictas de la colonia se congregaron en la playa para ver a las mujeres del *Juliana* que estaban a punto de desembarcar en la playa. En otras circunstancias se habrían mostrado preocupadas por las recién llegadas, pues, a fin de cuentas, habían realizado una larga y penosa travesía y ahora estaban a punto de entrar en el infierno. Sin embargo, su aspecto, incluso desde lejos, bastó para que las veteranas dejaran a un lado cualquier muestra de compasión y se unieran en su aversión y resentimiento. La ropa de las recién llegadas era de colores llamativos, muchas llevaban sombreros adornados con flores y plumas, estaban entradas en carnes y gozaban de buena salud. Parecían más una compañía de actrices que un grupo de convictas.

Mary agarró a Emmanuel contra su pecho, atemorizada. El primer contacto con las convictas de los otros barcos de la flota había quedado grabado a fuego en su mente. Todas le parecieron mucho más duras que ella, intrigantes y despiadadas. El paso del tiempo y las penurias de la colonia habían acabado por igualarlas, pero tenía miedo de que las nuevas mujeres alteraran el equilibrio.

—Muchas mujeres —dijo Charlotte mirando a su madre con una alegría no disimulada—. Mujeres guapas.

Mary sintió una punzada de vergüenza al oír las inocentes palabras de su hija. A fin de cuentas, eran mujeres como ella. Todas habían llevado cadenas, habían conocido los horrores de la cárcel y habían sido cruelmente separadas de sus familias y amistades. No quería que Charlotte creciera en un ambiente de amargura y odio. Decidió que debía dejar a un lado el miedo y los celos y dar la bienvenida a las recién llegadas.

—Creía que iban a producirse muchas más peleas —le comentó el cirujano

White a Tench mientras cenaban en casa del primero al día siguiente—. Pero gracias a la mediación de Mary Bryant, las mujeres parecen haberse adaptado enseguida.

A pesar de los veinte años que los separaban, los dos hombres habían entablado amistad a bordo del *Charlotte*. Compartían intereses y orígenes familiares, y aunque el cirujano mostraba una mayor preocupación por la salud general de la colonia y Tench por el reto de que ésta saliera adelante, ambos sentían una gran fascinación por aquella tierra nueva e inexplorada.

—Mary es una buena mujer —admitió Tench—. Me atrevería a decir que recordaba lo duro que fue para ella adaptarse al nuevo entorno. ¡Ojalá todas las mujeres tuvieran su naturaleza práctica y su generosidad de espíritu!

Tench sintió una mezcla de sorpresa y emoción cuando vio que Mary ayudaba a asignar las cabañas a las recién llegadas. Su esfuerzo para que se sintieran bienvenidas parecía sincero. Tench lamentó que su actitud no fuera más generalizada, puesto que ya se habían producido denuncias por el robo de ropa y otros bienes personales.

—Entre las nuevas hay unas cuantas alborotadoras —dijo White lanzando un suspiro—. Según me han dicho, durante la travesía han seguido ejerciendo la prostitución con los marineros. Un gran número de ellas están embarazadas. Pero al menos se encuentran en buen estado de salud; salvo los casos de sífilis, claro.

Tench sonrió. White siempre echaba pestes del azote de las enfermedades venéreas. En la colonia, como no podía ser de otra manera, abundaban los casos, pero Tench, al contrario que White, no creía que el futuro corriera peligro por culpa de aquello.

—Al menos el *Juliana* ha traído noticias —dijo Tench con un deje alegre—. Me he sorprendido al saber de la revolución que ha estallado en Francia. Confieso que cuando estuve en París me consternó el exceso de aristocracia. Y también es una buena noticia que el rey Jorge se haya recuperado de su locura. ¿Qué sabes de la enfermedad que sufría?

—Muy poco. No soy más que un viejo matasanos.

White se encogió de hombros.

—Pero me alegro de que Jorge el Granjero se encuentre bien. Me alegro tanto como cuando supe que el *Juliana* traía dos años de reservas de alimento para las convictas.

Tench no pudo evitar sonreír. Aquella noticia fue, sin lugar a dudas, la

mejor que había llevado el barco y un alivio para todo el mundo. Había sido una pena que no lo comunicaran en cuanto fondearon, porque las recién llegadas habrían tenido un recibimiento menos hostil. Ahora todo el mundo esperaba que el *Justinian* de Falmouth, al parecer cargado de víveres y herramientas, llegara antes que el próximo barco de convictos.

–Brindemos por la luz que se atisba al final de un túnel muy oscuro – propuso Tench.

White llenó los vasos.

–Una luz que destierre la oscuridad –dijo el cirujano y se rio–. Sin embargo, con tres buques y mil convictos en camino, vamos a necesitar mucha luz para conseguirlo.

Mary y Will permanecieron juntos en el puerto, temblando mientras dirigían la mirada hacia el otro lado de la bahía, en dirección al *Neptune* y el *Scarborough*. Estaban observando los botes que arriaban para transportar a los convictos hasta la orilla, y el hedor que llegaba de los buques les bastó para saber que estaban a punto de ver algo atroz.

Habían dedicado el día anterior, una jornada horrible, a trasladar a los enfermos del *Surprise* al hospital. Muchos de los convictos se encontraban tan débiles que, después de pasar gran parte de la travesía tumbados entre vómitos y excrementos, no podían caminar. Y el nuevo día se intuía aún peor.

El *Justinian* había arribado el 20 de junio entre los vítores de los habitantes de la colonia. Había partido de Inglaterra cargado con provisiones, animales y las ansiadas herramientas poco después que el *Surprise*, el *Neptune* y el *Scarborough*, los tres buques que transportaban a mil convictos más, pero los había rebasado y había concluido la travesía en sólo cinco meses. Las raciones y los horarios de trabajo regresaron a la normalidad. En cuanto bajaron a tierra el cargamento, el *Justinian* partió de nuevo para llevar provisiones a la isla de Norfolk.

El 23 de junio volvió a izarse la bandera, pero transcurrieron dos días antes de que el barco avistado entrara en la bahía. Era el *Surprise*, que transportaba a 218 convictos y un destacamento del cuerpo de Nueva Gales

del Sur, de reciente formación.

Mary y Will, junto con otros convictos, habían acudido a la playa por voluntad propia para ayudar, pero el hedor y las horribles escenas que presenciaron hicieron que muchos dieran media vuelta y se marcharan. Fueron pocas las voluntarias capaces de contener las lágrimas. Indudablemente, los recién llegados habían pasado un hambre atroz y no les habían permitido abandonar la bodega durante gran parte de la travesía. Muchos de ellos no se recuperarían jamás.

A duras penas habían acabado de lavar, dar de comer y acostar a aquellos hombres cuando llegaron los otros dos barcos. Frente al hospital se habían levantado apresuradamente más tiendas y había comida, agua, ropa y medicamentos listos para recibirlos.

—Corre el rumor de que el capitán Trail del *Neptune* no les ha quitado las cadenas en ningún momento de la travesía —dijo Will en voz baja y con un deje de incredulidad—. Cuando uno de los presos moría, los demás no decían nada para poder repartirse su ración de comida. ¡Imagina su desesperación! Prefirieron permanecer junto a un cadáver en descomposición antes que renunciar a una ración de comida.

Mary no quiso responder. Sabía por experiencia que haría lo que fuera necesario, por muy repulsiva que le resultara la idea, para mantenerse con vida. Y ahora que tenía dos hijos a su cargo, su instinto de supervivencia se había aguzado.

Cuando empezaron a cargar los botes, Mary y los demás observaron a los primeros presos que descendieron con paso titubeante por la escalera de cuerda, e incluso desde la orilla vieron lo difícil que les resultaba la maniobra; al cabo de poco, los marineros y los soldados estaban empujando a la gente a los botes sin ningún miramiento, como si fueran sacos. Los prisioneros eran incapaces de andar y, menos aún, de bajar por la escalera.

Mientras el bote se acercaba a la orilla, los presentes contuvieron un grito ahogado: los nuevos presos parecían esqueletos. Sin un atisbo de expectación en sus rostros, se balanceaban de un lado a otro como si estuvieran al borde de la muerte y, de hecho, uno de ellos falleció antes de pisar tierra. Dos más exhalaban su último aliento en el muelle, en el mismo lugar donde los habían dejado al desembarcar.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dijo Will, con la voz quebrada por el horror—. Que Dios nos guarde de los hombres que han permitido que suceda

algo semejante.

–No son hombres –dijo Mary con voz alta y clara, convencida de que sería capaz de estrangular con sus propias manos a los responsables de aquello–. Son alimañas.

La ira le infundió el aliento para dejar de pensar en el riesgo de infección y hacer caso omiso del hedor. Los convictos estaban casi desnudos y sus cuerpos cubiertos de llagas, gusanos y heces. Se inclinó sobre un hombre para que bebiera un poco de agua y el moribundo intentó cubrirse los genitales, avergonzado.

–No es el primero que veo –le dijo ella con amabilidad, conmovida ante el gesto de aquel hombre que, a pesar del horrible estado en que se encontraba, se preocupaba por mantener el decoro–. Ya estás a salvo. Hay comida, bebida y agua para lavaros, pero debes luchar para mejorar. ¡No te atrevas a rendirte!

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

Los labios agrietados de aquel hombre empezaron a sangrar por culpa del esfuerzo.

–Mary –dijo ella, limpiándole la cara con un paño húmedo–. Mary Bryant. ¿Y tú?

–Sam Broome –susurró el hombre con voz áspera–. Que Dios te bendiga, Mary.

Esa noche, en el salón de la residencia del gobernador, el capitán Phillip se reunió con el capitán William Hill del *Juliana* y descargó su cólera, muy afectado por las aberraciones que había visto.

–He hablado con los capitanes del *Neptune* y del *Scarborough* –dijo William Hill–. En mi opinión, deberían ahorcarlos.

–Al parecer, los prisioneros del *Scarborough* habían conspirado para rebelarse y tomar el barco –dijo Phillip, con el rostro lívido de ira–. Eso justificaría el encadenamiento de los cabecillas. Pero las condiciones en que han viajado los prisioneros del *Neptune* no tienen nombre. Ese barco nunca debería de haberse considerado apto para la navegación. Las vías de agua eran constantes, y durante una gran parte de la travesía los presos han estado sumergidos hasta la cintura. No se fumigó la bodega, y los oficiales no

permitieron que los convictos subieran a cubierta para hacer ejercicio y respirar aire fresco en ningún momento.

–Transmitiré toda esa información a mis superiores en cuanto regrese a Inglaterra –dijo William Hill con voz enérgica, dando un puñetazo en la mesa–. En mi opinión, esos hombres son unos asesinos, mucho peores que algunos de los elementos que hay en esta colonia.

Arthur Phillip se acercó a la ventana. Volvía a estar al borde del abismo. Había oído que había una tercera flota con otros mil convictos en camino. Y cuando llegara, muchos de sus mejores oficiales regresarían a casa. Se había esforzado con denuedo y había intentado gobernar la colonia con sentido humanitario, pero ni siquiera el mejor hortelano podría cultivar algo digno sin las herramientas básicas, buenas semillas y una tierra fértil.

–Pareces atribulado, Arthur –dijo William a su espalda–. Lo sucedido hoy no es un reflejo de tu gobierno.

Phillip se volvió hacia Hill y se irguió.

–Creo que es un reflejo de todos nosotros –dijo con voz cansada–. De aquellos que se mantienen al margen y ven cómo los culpables se salen con la suya y no reciben ningún castigo.

–Esta noche estás muy callada, Mary –dijo Will.

Era el día de Navidad y supuso que su mujer pensaba en Cornualles, en su familia sentada en torno a la hoguera después de haber cenado ganso asado. En los últimos tiempos, la había oído hablarle con frecuencia a Charlotte acerca de Fowey y de su familia en Inglaterra. A medida que pasaba el tiempo, Mary parecía pensar cada vez más en ellos.

–Hace demasiado calor para hablar –respondió ella.

Mary le dirigió una sonrisa a Will y alargó el brazo para darle una palmada de cariño en el muslo.

–Es increíble que Charlotte y Emmanuel puedan conciliar el sueño.

Llevaban varias semanas soportando un calor sofocante. Los animales y las aves yacían a la sombra o junto al agua. Will, por suerte, podía salir a pescar a diario y disfrutar de la brisa que soplaba en la bahía.

–Se me ha ocurrido que quizás estuvieras pensando en Cornualles –le dijo.

–En cómo volver a Cornualles –lo corrigió ella, y sonrió–. Creo que ya sé cómo conseguir todo lo que necesitamos.

–¿De dónde vamos a sacarlo? –preguntó Will con voz cansada.

–Del capitán Smith –respondió ella.

Will se llevó tal sorpresa que estuvo a punto de caerse del taburete. El capitán Detmer Smith, un holandés, llevaba apenas unos días en la colonia. Era el propietario de un bergantín, el *Waaksamheyd*, que el capitán Ball del *Supply* había fletado durante su estancia en Batavia. Smith había llegado el 17 de diciembre con provisiones para la colonia después de una horrible travesía en la que dieciséis de los tripulantes malayos habían muerto a causa de la fiebre.

Al parecer, existía algún tipo de arreglo entre los capitanes Phillip y Smith en cuanto a las provisiones, y el holandés no había congeniado con ninguno de los oficiales de la colonia. Will, en cambio, mantenía una buena relación él. Smith no era tan distante como los ingleses, sino un hombre cálido, franco y amable.

–¿Te has vuelto loca? –le preguntó Will a Mary.

–No, sólo estoy tramando algo –replicó Mary–. Detmer nos aprecia. Y voy a asegurarme de que nos aprecie aún más antes de convencerlo de que se desprenda de algunas cartas de navegación y de un sextante.

–Nunca lo hará –insistió Will.

–¿Por qué no? Los oficiales lo tratan con desprecio, y está solo y lejos de casa. No es inglés, ¿por qué iba a importarle ayudar a un par de convictos ingleses?

Will rechazaba siempre las ideas de Mary por principio. Las mujeres no podían ser listas, pero en el fondo sabía que su esposa era más inteligente que él. Sabía calar a la gente, escuchaba con atención y retenía información que Will siempre pasaba por alto. Cabía la posibilidad de que estuviera en lo cierto con respecto a Detmer Smith.

Esa noche, Will hizo el amor con su mujer y se esforzó en hacerla gozar con la pretensión de que olvidara sus planes de huida. Su sentencia se cumplía en marzo y, aunque a menudo decía a los otros hombres que tomaría el primer barco de regreso a Inglaterra, en el fondo no era lo que deseaba.

Sólo añoraba Cornualles cuando bebía. Recordaba las cosas buenas, la suavidad del clima, el páramo y los bosques, las risas en la taberna y la camaradería entre pescadores.

Sin embargo, cuando estaba sobrio recordaba que no todo era tan idílico. Sin una barca de pesca propia dependía de quien tuviera una, y había que recoger las redes de noche bajo un frío gélido por poco más de un chelín. Además, en Inglaterra también había pasado hambre, y ningún lugar era bonito con el estómago vacío.

Cuando menos, en la colonia hacía calor, incluso en invierno. Ciertamente había pasado frío y se había mojado muchas veces cuando el tiempo era malo, pero no era ese frío que te calaba hasta los huesos y te dejaba casi paralizado.

Además, corría el rumor de que iban a cederse tierras a aquellos que hubieran cumplido su condena. Will deseaba tener su propio negocio de pesca y, si podía vender la captura al almacén del gobernador, no tardaría en hacerse rico. Entonces podría construir una casa magnífica para Mary y los niños, y con el tiempo, Emmanuel pescaría con él.

—¿Te ha gustado? —susurró Will al oído de su esposa cuando acabó.

Estaba empapado en sudor, y hacía tanto calor que abrazar el cuerpo cálido de Mary casi era un suplicio.

—Ha sido maravilloso —murmuró Mary con la cabeza pegada al pecho de su marido—. Pero hace demasiado calor. ¡Vamos a darnos un chapuzón en el mar!

Ni siquiera esperó su respuesta, lo agarró de la mano y lo arrancó de la cama. Mary rio nerviosa y salió corriendo de la cabaña en dirección al agua.

Will sonrió. Una de las cosas que más le gustaba de Mary era su espontaneidad. Cuando se le ocurría algo lo ponía en práctica de inmediato, sin pensarlo. Tal vez fuera eso lo que la llevó a la cárcel, pero no quería cambiar ese aspecto de su personalidad.

Mary era también una mujer apasionada, algo que él nunca se habría imaginado. Al principio le había parecido una mujer tímida y casta y, sin embargo, siempre tenía ganas de hacer el amor y reaccionaba de inmediato a un beso, a un abrazo. En más de una ocasión, sus caricias sensuales y sus ganas de satisfacerlo habían logrado hacer que se olvidara del hambre.

La luna refulgía e iluminaba su cuerpo delgado y femenino cuando se sumergió en el mar con la gracia de una sirena. Había pocas mujeres y hombres en la colonia que supieran nadar; se metían hasta la cintura con recelo, temerosos de que el mar fuera a engullirlos. La valentía de Mary le resultaba a Will tan atractiva como su pechos turgentes o su piel sedosa.

Mary le hizo un gesto con la mano para que la acompañara y Will echó a correr por la arena. Nadaron juntos un trecho, y entonces Mary se tumbó boca arriba y dejó que el agua la meciera. Su pelo flotaba alrededor como una maraña de algas que le enmarcaba el rostro.

–Nunca lo hemos hecho en el mar –dijo ella, y se rio.

–En un lugar tan profundo podríamos ahogarnos –repuso Will.

A pesar de todo, la agarró y se mantuvo a flote agitando las piernas mientras le lamía un pezón.

–El primero que llegue a la orilla se pone encima –propuso Mary.

Entonces se zafó de Will y echó a nadar. Por una vez, no intentó atraparla. Le gustaba tenerla encima y verle la cara cuando llegaba al clímax.

–No creo que mi amigo esté en plena forma –dijo Will mientras se acercaba al lugar donde estaba Mary, sentada en medio metro de agua.

Nunca la había visto tan bonita como esa noche, en la que sus rizos mojados brillaban sobre sus hombros desnudos. Will se arrodilló y le mostró el miembro, encogido como el de un anciano a causa del agua fría.

–Sé cómo reanimarlo –respondió con una sonrisa de *madame*– . ¿Quiere que se lo demuestre, señor?

A Will le encantaba que jugara a comportarse como una ramera. Se sentía poderoso y excitado. Cuando Mary le cogió el pene, supuso que iba a acariciárselo, pero para su sorpresa y deleite, se acercó más y se lo llevó a la boca.

Will había oído hablar a otros hombres de esa práctica con prostitutas de lujo, pero nunca había yacido con una mujer dispuesta a hacerlo. Cuando los cálidos labios de Mary se cerraron en torno a su miembro, Will lanzó un grito ahogado: jamás había sentido algo tan delicioso. El pene se le endureció de inmediato y tuvo miedo de que Mary parase; sin embargo, lo agarró de una nalga y con la otra mano le acarició los testículos mientras deslizaba los labios y la lengua a lo largo de su miembro. Will a duras penas podía mantener el equilibrio de rodillas, y cuando bajó la mirada y vio que su pene desaparecía en la ávida boca de Mary y el movimiento ondulante de sus pechos contra los muslos de él, estuvo a punto de caer.

Jamás se había sentido tan bien. De repente, no estaba en una colonia penal; ya no era un hombre privado de su decencia y su orgullo, sino que se había trasladado a una isla tropical bañada por la luna, donde era un rico caballero. Se imaginó a sí mismo vestido con una camisa de seda y un

pantalón de terciopelo con hebillas de plata, mientras Mary, su obediente esclava, era una belleza exótica que llevaba sólo una guirnalda de flores.

–Me encanta.

Will gimió y la agarró de la cabeza para atraerla aún más hacia sí.

–¿Mucho? –preguntó ella.

Mary se apartó un momento y le lanzó una pícaro sonrisa.

–Es lo mejor del mundo –respondió Will con un suspiro–. No pares.

–Aún no te he dicho cuál es el precio –dijo Mary.

–Lo pagaré, sea cual sea.

La pasión hizo que se le quebrara la voz.

–El precio es la huida –murmuró ella–. ¿Estás dispuesto a pagarlo?

Will le habría prometido cualquier cosa.

–Sí –gruñó–. Sigue un poco más.

Mary sonrió para sí mientras continuaba. Ya lo tenía. Tal vez Will se las diera de duro y valiente, pero era cierto que siempre cumplía sus promesas. Le estaba muy agradecida a Sadie, del *Lady Juliana*, por haberle revelado su arma secreta para lograr que los hombres la obedecieran. Lo curioso era que antes de hacerlo Mary estaba convencida de que lo encontraría repulsivo, pero no fue así.

## Capítulo diez

Mientras Will metía el saco de arroz en el escondite que tenían bajo el suelo de la cabaña, pensó que debía de estar enamorado. ¿Por qué, si no, iba a someterse a la locura de Mary, cuando dentro de sólo un mes se convertiría en un hombre libre?

Después de volver a poner el falso suelo en su sitio, permaneció sentado en cuclillas unos instantes. A pesar de los nervios que le provocaba el plan de huida, no pudo reprimir una sonrisa. Tanto si llegaba a convertirse en un hombre libre como si no, zarpar del puerto en el bote del capitán y llevarse no sólo a Mary y a los niños, sino también a sus amigos, sería una dulce venganza por todas las injusticias y humillaciones que habían soportado.

Las Indias Orientales Neerlandesas parecían un buen lugar, un paraíso tropical en el que un hombre podía vivir a cuerpo de rey. La distancia era muy larga, gran parte de la travesía no aparecía aún en las cartas de navegación, y el único que hasta entonces había logrado hacer el trayecto era el capitán Cook. Pero por extraño que resultara, el peligro convertía la travesía en algo más atractivo aún, en un hecho digno de convertirse en leyenda. Will quería que hablaran de él con admiración incluso después de su muerte.

Estaban a mediados de febrero y sabía que debían partir hacia finales de marzo. De lo contrario, se arriesgaban a enfrentarse a los temporales de otoño. Pero aún les quedaba mucho que hacer, además de pedir la ayuda de Detmer Smith.

En esos momentos Mary estaba con el capitán holandés, devolviéndole la colada limpia, y no cabía duda de que estaba utilizando todos sus encantos para cautivarlo. A Will no le importaba que su mujer recurriera a esas artimañas, pues era algo necesario, pero no le gustaba el modo en que intentaba tomar el control.

Mary había insistido en que Will no pidiera a sus amigos que se unieran al plan de huida hasta el último momento y le inquietaba sobremanera no

poder confiar en ellos. Necesitaba hablar de la situación con un hombre, no sólo con una mujer. Mary le dijo que cabía la posibilidad de que alguno de ellos se fuera de la lengua después de haber bebido y los delatara. Todos tenían esposa y, según el razonamiento de Mary, las mujeres los traicionarían si descubrían que iban a abandonarlas en la colonia. De modo que, por el momento, lo único que podía hacer Will era quedarse sentado, ocultar el escondite y ganarse la simpatía de Detmer y Bennelong.

Cuando salía a pescar, Will veía a menudo al nativo, que recordaba el poco inglés que había aprendido en cautividad. Y gracias a sus conocimientos rudimentarios y mediante signos, Will descubrió que podían comunicarse con relativa facilidad.

Bennelong había regresado a la colonia en noviembre con la ropa que le había dado el capitán Phillip cuando lo capturaron. Parecía una señal de que estaba dispuesto a ejercer de intérprete siempre que nadie intentara ponerle de nuevo los grilletes, por lo que el capitán le cedió una cabaña y comida del almacén.

Will sentía un gran aprecio por Bennelong, por su entusiasmo infantil, su amplia sonrisa y su curiosidad por el hombre blanco. Will había aprovechado las ocasiones en que el nativo había salido a pescar con él para aprender algunas palabras en su idioma y conocer sus costumbres.

Mary tenía razón al suponer que una gran parte de los nativos conocían bien las aguas de la zona. Navegaban en unas canoas endebles, pero las manejaban con tal habilidad que alcanzaban unas velocidades increíbles. Bennelong le había enseñado a encontrar agua y qué plantas eran comestibles. Will estaba convencido de que el nativo estaría encantado de acercarse a nado al bote y acercarlo a la orilla, de noche, para que pudieran cargar las provisiones. No se regía por ningún tipo de lealtad hacia los oficiales, pero sí hacia Mary y Will.

Aunque Will sabía que podía contar con Bennelong, también era consciente de que convencer a Detmer iba a costarles algo más.

Will y el holandés tenían mucho en común. Ambos eran hombres corpulentos, de ojos azules y rubios, eran sociables y hacían amigos fácilmente. Y ambos cojeaban, aunque por distintos motivos.

Desde que habían vuelto a instaurarse las raciones completas en la colonia, muchos de los convictos originales parecían haber olvidado que Will les había salvado la vida con sus capturas. En cuanto a los recién llegados,

muchos tenían celos de su libertad para ir y venir cuando le apeteciera, y a menudo hacían comentarios sarcásticos y lo calificaban de «niño mimado» de los oficiales.

Detmer vivía aislado porque no había querido someterse a las reglas del capitán Phillip. Había traído consigo menos provisiones de las esperadas, lo que había despertado el recelo de los demás oficiales, pero ahora el holandés se hacía de rogar y no estaba dispuesto a fletar tan fácilmente su bergantín. Phillip lo necesitaba desesperadamente para enviar a algunos de sus hombres a Inglaterra, y Detmer era un negociador muy astuto. Como consecuencia de todo ello los oficiales lo habían marginado y Mary, avispada como nadie, aprovechó la oportunidad.

Al principio fueron unas cuantas sonrisas, una charla conciliadora y una oferta para hacerle la colada, hasta que al final lo invitó a cenar con Will y con ella en su cabaña. Will no puso ningún reparo a que Detmer entrara en su casa cuando él estuviera presente, pues era una compañía agradable y siempre llevaba una botella de ron. Pero también era consciente de que la gente empezaba a murmurar acerca de las charlas de Mary y Detmer en el embarcadero y sobre las esporádicas visitas de su mujer al barco del holandés.

Aquel mismo día alguien había insinuado que se estaba tomando muchas confianzas con Detmer. Will era un hombre celoso por naturaleza, y no le gustaba la idea de que su mujer estuviera sola en compañía de otro hombre; sin embargo, también sabía que Mary tenía muchas más probabilidades que él de convencer al holandés para que los ayudara, por lo que no le quedó más remedio que hacer la vista gorda y no cuestionar sus métodos.

Will se levantó y salió de la cabaña. En ese momento llegó Mary con Emmanuel en brazos y Charlotte correteando junto a ella.

–Has tardado mucho –le dijo en tono reprobatorio.

–Es que nos pusimos a hablar –se justificó Mary al tiempo que movía la cabeza en dirección a Charlotte para indicarle a su marido que no podía decirle lo que quería delante de los niños.

Mary calentó un poco de agua en el fuego, preparó un té dulce y se sentó para amamantar a Emmanuel. En cuanto Charlotte se alejó un poco, le hizo un gesto a Will para que se acercara.

–Le he pedido a Detmer que nos ayude –susurró.

–¿Le has contado nuestro plan?

Will se sorprendió de que lo hubiera hecho sin estar él presente.

–Era el momento adecuado –respondió ella, encogiéndose de hombros–. Acababa de discutir otra vez con Phillip y sabía que era la ocasión perfecta.

–¿Qué te ha dicho?

Will sintió un escalofrío al pensar en lo que podía ocurrirle si Detmer los delataba.

Mary no respondió de inmediato. Lo cierto era que, al principio, Detmer se había reído del plan.

–Vamos, cuéntamelo –la urgió Will–. Charlotte no tardará en volver y no podemos hablar delante de ella.

La pequeña era muy habladora y, con sólo tres años, acostumbraba a repetir por ahí lo que oía decir a los adultos.

–Ha dicho que nos ayudará –dijo Mary.

Aunque la verdad era que Detmer le había preguntado: «¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para que os ayude?».

–¿Por qué iba a querer ayudarnos?

Will entornó los ojos en un gesto de recelo y Mary se encogió de hombros.

–Porque le caemos bien. Porque quiere vengarse del capitán Phillip. Porque fui convincente. Elige la opción que más te guste.

–¿Le dijiste lo que necesitamos?

–Sí, se lo dije, y nos venderá un sextante y una brújula. Y también un par de mosquetes viejos, algo de munición y un barril de agua. Tendrás que pactar el precio con él.

–¿Y la carta de navegación?

–Me ha dicho que también nos buscará una. Y que tendrá que hablarlo contigo.

–Así que después de todo parece que voy a poder desempeñar algún papel en este asunto –dijo Will con sarcasmo.

Mary sintió el deseo de abofetearlo por querer dárselas siempre de importante. Si se hubiera mantenido al margen y le hubiera dejado organizar la huida, Will ya estaría entre rejas. Era incapaz de mantener la boca cerrada, e incluso a Detmer, que conocía a su marido desde hacía muy poco, le preocupaba su fama de charlatán. Sin embargo, Mary se vio obligada a ocultar su enfado: el éxito del plan dependía de que Will estuviera de buenas.

–Tu papel es el más importante –dijo Mary, acariciándole la mejilla en un

gesto de cariño—. Eres el oficial de derrota. Detmer dice que sólo alguien tan bueno como tú podría gobernar la embarcación y atravesar los arrecifes sin perforar un costado.

Will se apaciguó al oír las palabras de su mujer.

—Esta noche robaré una de las jábegas nuevas —dijo—. No la echarán de menos.

Mary miró a Charlotte y, al ver que estaba haciendo pastelitos de barro y que no podía oírlos, prosiguió.

—Ahora deberíamos decidir a quién vamos a pedirle que nos acompañe.

—A James Martin, Jamie Cox y Samuel Bird, claro —dijo Will—. Son mis amigos, y los conozco desde que estuvimos en el *Dunkirk*.

Mary asintió. Sabía que Will escogería a esos tres hombres. No le entusiasmaba la elección de Samuel Bird porque le parecía un tipo sombrío, pero en verdad nunca se había esforzado demasiado en trabar amistad con él, disuadida por su pelo rojo y sus pestañas pálidas.

—Sí, pero habíamos dicho que William Moreton también podía ser una buena opción. Tiene conocimientos de navegación.

Will frunció la nariz.

—No me gusta.

A Mary tampoco le gustaba aquel hombre oscuro y de espaldas anchas, como un toro. Al igual que Will, era testarudo y muy engreído. Pero sabía navegar, era fuerte y podía mantener la boca cerrada.

—Necesitamos otro marino —insistió Mary con firmeza—. No puedes hacerlo tú solo.

—De acuerdo, pues que venga él y quizás también Wilf Owens y Pat Reilly.

—Wilf Owens es un necio —dijo Mary con desdén—. Y Pat Reilly no sabe guardar un secreto.

Will se sintió dolido. Wilf y Pat lo acompañaban a pescar a menudo y le gustaba beber con ellos.

—Entonces ¿a quién propones? —le espetó Will.

—A Sam Broome, Nathaniel Lilly y Bill Allen —contestó ella.

—No podemos llevar a tanta gente —exclamó Will, horrorizado—. Además, no son amigos. Llegaron en la segunda flota. Apenas los conocemos.

—Los necesitaremos cuando tengamos que remar —insistió Mary—. Además, el bote es lo bastante grande. Y todos saben gobernarlo. ¿Qué

importa que los conozcas desde hace poco? Son hombres de confianza y muy capaces.

A Will no le importaba que Nat y Bill se incorporaran al grupo. Nat era un chico joven como Jamie, y siempre lo escuchaba con atención. Parecía un querubín, con su pelo rubio y sus ojos grandes, y a Will le gustaba tratar con él.

A Bill lo habían bautizado como el Hombre de Hierro. Cuando lo flagelaron por robar en el almacén, no profirió ni un solo grito, y después de soportar el castigo se marchó sin tan siquiera estremecerse. En comparación con la mayoría de los hombres de la colonia, Bill era un auténtico criminal, condenado por un delito grave de robo y agresión. El sentido común le decía a Will que era una buena elección, que necesitarían a hombres duros como él si surgía algún problema con los nativos.

—Sí, Bill y Nat pueden venir. Pero ¿por qué Sam Broome? —preguntó, mirando a Mary con recelo.

Aquel hombre le parecía un tipo muy raro: no trataba con nadie, no le gustaba beber y estaba delgado como un palillo.

Mary se había encariñado con Sam desde el día en que le dio agua mientras agonizaba en el muelle. Había ido a visitarlo al hospital hasta que se recuperó y tuvo suficientes energías para trasladarse por su propio pie a una cabaña, y se habían hecho amigos. Le gustaban sus modales caballerosos y su discreción, y se sentía halagada por la adoración que él le profesaba.

A pesar de que nadie describiría a Sam como un hombre atractivo, pues era muy delgado y su pelo rubio empezaba a clarear, tenía un rostro curtido y sus ojos oscuros reflejaban una gran determinación. También era un hombre práctico, tenaz y un buen carpintero. Mary lo necesitaba como red de seguridad en caso de que Will le fallara.

—Sam tiene ciertas habilidades que podrían resultarnos útiles —replicó Mary con firmeza—. Recuerda que es carpintero. También es un hombre templado y constante que se llevará bien con todos los demás.

Will soltó un gruñido para darle a entender que no estaba de acuerdo, pero no añadió nada más.

Durante los días posteriores Will invitó a los elegidos a su cabaña y explicó su plan a cada uno de ellos por separado, pues no quería que supieran quiénes eran los demás. Todos se mostraron entusiasmados, agradecidos de que hubieran pensado en ellos, y prometieron llevar algo del almacén. Mary

permaneció sentada mientras Will hablaba con ellos y no lo interrumpió en ningún momento. No les lanzaba su advertencia hasta que estaban a punto de salir de la cabaña.

—Tienes que jurarnos que no dirás ni una palabra de esto a nadie —les exigió con contundencia—. Ni a tu mejor amigo, ni a tu mujer, ni a nadie. Si lo haces y se descubre nuestro plan, te juro que te mataré.

Bill Allen y William Moreton consideraban una locura que Will llevara consigo a una mujer y a dos niños en un intento de huida tan potencialmente peligroso, pero aunque eran de los que acostumbraban a expresar su opinión sin tapujos cuando no estaban de acuerdo con algo, ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca en presencia de Mary. Cuando oyeron su tono apasionado y vieron la férrea determinación de sus ojos grises, enseguida se dieron cuenta de que su inclusión en el grupo no era un mero trámite. Sin que tuviera que decirlo, supieron que aquello era idea suya, que se trataba de su plan, y que hablaba muy en serio.

Hacia finales de febrero, el almacén secreto bajo el suelo de la cabaña estaba lleno de provisiones. Además, habían escondido en distintas partes de la colonia dos mosquetes viejos, munición, un arpeo, herramientas, cazuelas, un barril de agua y resina para calafatear el bote en caso de que se abriera una vía. El plan era huir después de que el *Waaksamheyd* hubiera zarpado hacia Inglaterra; de ese modo no quedaría ninguna embarcación en el puerto capaz de darles alcance ni de informar a nadie de su huida.

Bennelong había accedido de buena gana a nadar hasta la embarcación y acercarla a la orilla en la noche pactada. Sólo quedaba un cabo suelto, y era recoger la brújula y el sextante de Detmer y pagarle la cantidad acordada con Will.

A Will no le costó reunir el dinero. Había ahorrado un poco desde su llegada a la isla y, lógicamente, no había podido gastarlo. El resto lo había conseguido del mismo modo en que había conseguido el tocino salado, el arroz y la harina: vendiendo pescado. Había muchos marinos que estaban encantados de comprar pescado, pues, al igual que Will, no podían gastar el dinero en nada más. Lo intercambiaban principalmente por bebida, y los oficiales que acababan comiéndose el pescado no hacían preguntas.

Sin embargo, Detmer había insistido en que debía ser Mary quien pagara y fuera a buscar los objetos, con la excusa de que era menos arriesgado. Tal vez esconder el dinero en la colada y recoger ropa sucia con el sextante y la brújula ocultos entre las prendas fuese una idea sensata. Pero a Will no le gustaba la imagen que transmitía a los demás: era él quien estaba al mando de la operación, no Mary. Tenía miedo de que los otros empezaran a creer que todo aquello era idea de su esposa.

## Capítulo once

1791

–¿Has traído el dinero? –preguntó Detmer con un marcado acento holandés.

Mary asintió y le dio un montón de ropa limpia.

–Está en el pañuelo –susurró acariciando suavemente la ropa que le tendía Detmer–. ¿Están ahí dentro?

Era el 26 de marzo. Detmer zarpaba rumbo a Inglaterra al cabo de dos días con el capitán Hunter y la tripulación del *Sirius*.

A media mañana el muelle era un hervidero de gente. Los marineros de Detmer transportaban barriles de agua fresca para cargarlos en el barco, los marinos patrullaban el lugar, los convictos construían un nuevo cobertizo y no dejaban de serrar ni de dar martillazos, y un grupo de mujeres que regresaba de limpiar las casas de los oficiales charlaba a voz en grito. También había muchos niños, mocosos sucios y medio desnudos que se encaramaban sin ningún miedo a las cajas que iban a cargar en los barcos. De vez en cuando alguien les lanzaba un bramido para que bajaran, y entonces los niños desaparecían como ratas por una alcantarilla; al cabo de unos minutos, reaparecían y continuaban con su juego.

–Sí, aquí están. Un sextante y una brújula. Nunca te engañaría, Mary –dijo Detmer, con una sonrisa levemente recriminatoria–. ¿Quieres subir al barco para tomar un trago de despedida?

–Ya sabes que no me atrevo –respondió Mary, mirando a su alrededor.

Era muy consciente de que el barco de Detmer estaba sometido a una estrecha vigilancia después de que varios polizones se escabulleran a bordo del *Scarborough* cuando zarpó de la ensenada de Sydney. Los descubrieron antes de llegar a los cabos y los devolvieron a tierra de inmediato. Desde entonces, los soldados y los oficiales estaban mucho más atentos. Mary vio a un grupo de oficiales que bajaban de la residencia del gobernador y resolvió

que lo más aconsejable era alejarse del muelle cuanto antes para no levantar sospechas.

–Ojalá pudiera hacer algo más por ti –dijo Detmer con un suspiro–. Si te hubiera conocido en otra parte del mundo, esto habría acabado de un modo muy distinto.

Mary se sonrojó y bajó la mirada. Nunca sabía cómo reaccionar ante los comentarios de Detmer, que acostumbraban a ser muy personales. En ocasiones, estaba convencida de que sentía algo por ella; de lo contrario, ¿por qué iba a correr semejante riesgo para ayudarlos a ella y a Will? Sin embargo, en otras tenía la sensación de no ser más que un peón en su partida de ajedrez para desestabilizar al capitán Phillip.

–Mírame, Mary –le pidió en voz baja y con un tono apremiante.

Ella miró sus ojos azul claro y sintió una punzada de deseo.

–Mucho mejor –dijo Detmer con una sonrisa–. No podré volver a verte antes de zarpar. Debes entregar esta ropa a uno de los miembros de la tripulación.

Mary se limitó a asentir. No se atrevía a abrir la boca. Fueran cuales fueran sus motivos para ayudarla, se había comportado de un modo honrado. No la había chantajeado para que se acostara con él y la había tratado como a una dama, no como a una convicta. Estaría en deuda con él eternamente.

–Tengo miedo de lo que pueda sucederos a ti y a tus hijos –le confesó Detmer con un hilo de voz–. Rezo a Dios para que lo consigáis.

–Si la determinación sirve de algo, lo lograremos –dijo Mary.

Entonces vaciló. Quería demostrarle lo profundo que era su agradecimiento y, sin embargo, sabía que si lo intentaba rompería a llorar.

–Bendito seas, Detmer –logró añadir al final.

–Que Dios te bendiga a ti también, Mary –dijo él en voz baja–. No te olvidaré. Intentaré averiguar cómo os ha ido.

Cuando intercambiaron los fardos de ropa, Detmer le estrechó las manos durante un breve instante.

–Debo irme –dijo ella, dando un paso atrás–. Volveré mañana con la ropa.

A las dos de la tarde del día 28, Mary y Will se encontraban en la orilla

observando en silencio el *Waaksamheyd*, que zarpaba hacia los cabos seguido por las gaviotas, con el viento susurrando entre las velas.

La colonia en pleno observaba la partida desde el muelle, y Mary oía los gritos de alegría y de despedida a lo lejos. El capitán Phillip debía de estar entre la multitud y, por primera vez, Mary sintió una punzada de compasión por aquel hombre.

A buen seguro, Phillip lamentaba no acompañar al capitán Hunter en su viaje de regreso a casa. Los dos hombres habían trabado una buena amistad y habían pasado por muchas cosas juntos. En cierto sentido, Phillip era tan prisionero como Mary: estaba encadenado a aquel lugar desesperado por su sentido del honor y del compromiso. Ahora que su propia huida estaba tan próxima, Mary se daba cuenta de que Phillip era un buen hombre. Siempre había hecho gala de un comportamiento humano, justo y digno, sobre todo en los momentos más difíciles. En el fondo, deseaba que todo le fuera bien.

—Dentro de siete horas zarparemos también nosotros —dijo Will, con un leve temblor.

Mary sabía que su marido pensaba en lo que sucedería si los atrapaban. Era muy probable que los ahorcaran, y sin duda los azotarían y les pondrían los grilletes. Por muy bueno que fuera su plan, por muy cuidadosos que hubieran sido, siempre existía la posibilidad de que alguien que les guardara rencor descubriera su plan y los delatase.

Mary cogió la mano de Will y se la apretó. También tenía miedo, pero no por ella, sino por los niños. Sabía que estaba poniendo sus vidas en peligro y, sin embargo, debía correr el riesgo. Si se quedaban en la isla era muy probable que la siguiente epidemia o el siguiente recorte de las raciones acabara con ellos, como había sucedido en el pasado con otros niños. Prefería jugar la baza del mar. Al menos, si morían ahogados, lo harían juntos. Sería una muerte rápida y limpia.

—El bote está en perfecto estado —dijo Will, como si quisiera tranquilizarse a sí mismo—. Incluso el tiempo está de nuestra parte.

Mary levantó la mirada. Las nubes surcaban el cielo y, a menos que se despejara de repente, ocultarían la luna. La brisa era suave, pero eso era algo que no les preocupaba; a fin de cuentas, tenían la intención de dejar que la marea los arrastrara hasta dejar atrás la bahía, ya que con los remos y las velas corrían el peligro de llamar la atención y ser descubiertos.

—Vamos a conseguirlo —dijo Mary con firmeza—. Sé que lo haremos.

A las seis ya había oscurecido. Durante las siguientes dos horas, los hombres llegaron en silencio de uno en uno y se marcharon, cada uno con un saco de provisiones, en dirección a la orilla, al lugar que habían acordado.

Emmanuel y Charlotte dormían profundamente en la cama. Mary no tenía miedo de que el pequeño se despertara cuando lo cogiera en brazos, pero Charlotte había tenido un mal día y no había dejado de lloriquear. Intuía que algo estaba ocurriendo, y si se despertaba y se encontraba de repente en un bote, corrían el peligro de que empezara a gritar.

Cuando Mary vio que sacaban el último saco del escondite subterráneo y la dejaban a solas con los niños, se le secó la boca. Sam Broome no tardaría en volver para ayudarla. Ella llevaría a Charlotte y él a Emmanuel, ya que Will estaba esperando a que Bennelong acercara el bote a la playa.

Se arrodilló junto a la cama y rezó una última oración por la salvación de los niños, pero no podía dejar de pensar en la pequeña cabaña que estaban a punto de abandonar y que tanta importancia había tenido para ella en los últimos tres años.

Había sido su refugio, el único lugar donde se sentía en paz y a salvo; el lugar donde había sido feliz haciendo el amor con Will, donde había nacido Emmanuel y donde había vivido los momentos más importantes de Charlotte, desde sus primeros pasos hasta sus primeras palabras. Ahora estaban a punto de dejarla para partir hacia lo desconocido.

–¡Mary!

El susurro de Sam la sobresaltó. Mary se volvió y lo vio en el umbral.

–Lo siento –se disculpó él.

Mary se percató de que Sam se avergonzaba de haber interrumpido sus plegarias.

–No te preocupes –susurró ella poniéndose en pie–. ¿Habéis visto ya a Bennelong?

Sam entró en la cabaña y miró a los niños dormidos. A la luz de la vela titilante, su rostro delgado ofrecía un aspecto casi esquelético. No era un hombre atractivo y seguro de sí mismo como Will, pero la tierna mirada que dirigió a los niños conmovió a Mary.

–Will cree haberlo visto nadando en dirección al bote, pero yo no he

visto nada. Está muy oscuro. Aun así, me ha dicho que ha llegado el momento de partir.

Mary envolvió a Emmanuel en la manta sobre la que dormía y se lo entregó a Sam. Después cogió el pedazo de lona que había preparado para sujetar al bebé y ató uno de los extremos alrededor de la cintura de Sam, le deslizó los otros dos por los hombros, se los cruzó en la espalda y finalmente se los sujetó en el pecho.

—Así tendrás las manos libres —dijo a modo de explicación, por miedo de que Sam se enfadara por tratarlo como si fuese una niñera.

Sam esbozó una mueca.

—Tengo miedo. ¿Y tú? —susurró.

Mary negó con la cabeza. Tenía el estómago revuelto, sudores fríos y una gran parte de ella se arrepentía de haber concebido aquel plan. Pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—Lo conseguiremos, Sam —le aseguró dejándose llevar por la bravuconería más que por el convencimiento.

Mary se volvió hacia la cama para coger a Charlotte. Cuando la tomó en brazos, la pequeña murmuró algo en sueños, pero tenía la cabeza apoyada en el hombro de su madre y no se despertó. Sam cogió la manta, envolvió a la niña y sonrió a Mary.

—¿Lista?

—Casi —respondió Mary, que se agachó para coger una bolsa de tela.

—¿Qué es eso? —preguntó Sam en voz baja al oír el leve crujido de la bolsa.

—Hojas de té dulce —dijo Mary con una sonrisa—. Tengo que llevarme lo único que nos gusta de este lugar, ¿no?

Salieron de la cabaña en silencio y se detuvieron en varias ocasiones para comprobar que nadie los observaba. Cuando dirigieron la vista atrás, a la colonia, vieron el leve resplandor de las hogueras a punto de apagarse, pero los únicos sonidos que se oían eran los de la noche: las botas del centinela del muelle, los ronquidos de las cabañas, alguna tos amortiguada y las olas que lamían la orilla de la playa. Charlotte se revolvió en los brazos de su madre, pero Mary ciñó con más fuerza la manta que la envolvía para que no tuviera frío y aceleró el paso, siguiendo el ritmo de Sam.

Cuando los ojos de Mary se acostumbraron a la oscuridad apenas pudo distinguir el bote que Bennelong arrastraba a nado hacia la orilla. Era

invisible salvo por el ocasional destello de sus blancos dientes.

Mary sabía que, si alguien había descubierto su plan, los detendrían al cabo de unos pocos minutos. Le dolían los oídos a causa del esfuerzo para captar cualquier ruido de pies, tenía todos los músculos en tensión y creía que con cada paso que daba iba a oír un disparo de mosquete. Cuando Will salió de entre los arbustos delante de ella, casi muere del susto. Todo era aterrador: la playa oscura, los ocho hombres inmóviles como estatuas y los fardos, que parecían rocas. Nadie pronunció palabra. Todos observaban mientras el bote se acercaba cada vez más.

Will se metió en el agua y nadó de forma casi tan silenciosa como Bennelong para ayudarlo a acercar el bote a la orilla. Lo deslizaron sobre la arena, a pocos metros de los fugitivos, y entonces James Martin entró también en el agua, subió al bote y les hizo un gesto a los demás para que llevaran los fardos.

Mary estaba a punto de perder los nervios. Cualquier sonido, por pequeño que fuera, parecía amplificado. Acunó a Charlotte con cariño, rezando para que no se despertara mientras deseaba que los hombres cargaran el bote un poco más deprisa.

—Ahora la cojo yo —le susurró William Moreton estirando los brazos—. Tú, sube.

Era el momento que más temía Mary, convencida de que la pequeña se despertaría cuando la separara de sus brazos. Sin embargo, sabía que no podía seguir sujetándola y subir al bote a la vez. William cogió a Charlotte con gran cariño, como si fuera su hija, y le hizo un gesto a Mary para que subiera.

La mujer se remangó el vestido y se metió en el agua. Cuando se hubo acomodado en el bote, estiró los brazos para que le devolvieran a su hija. William Moreton se la entregó y embarcó también. Luego llegó el turno de Sam Broome, con Emmanuel, que se sentó junto a Mary.

Bennelong sonreía de oreja a oreja. Sus dientes y sus ojos refulgían como luces blancas mientras sujetaba el bote para que no se balanceara y los hombres pudieran cargar los mosquetes envueltos en tela encerada. Will se sentó al timón, y Nat Lilly y Jamie Cox lo hicieron a ambos lados. Bill Allen fue el último en embarcar. Bennelong dio un fuerte empujón al bote y zarparon.

El nativo nadó con ellos un rato, empujando el bote hasta que tomaron la corriente y atravesaron la bahía. Entonces se apartó, se despidió con un gesto de la mano y desapareció en la oscuridad, tan silencioso como un pez.

Mary tardó unos minutos en darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Al cabo de unos minutos que parecieron horas por fin vieron aparecer los cabos un poco más adelante, como montañas negras gemelas. Los fugitivos permanecieron en absoluto silencio, ya que si el vigía los veía u oía daría la voz de alarma y dispararía.

El mar se picó de repente y notaron el aumento de la fuerza de la corriente, que arrastró el pesado bote hacia el espacio abierto entre los cabos. Will, mientras tanto, forcejeaba con el timón para salvar el obstáculo. Charlotte se despertó, se incorporó en el regazo de Mary y miró a su alrededor, asombrada.

–Izad la vela –susurró Will–. ¡La libertad es nuestra!

El viento hinchó la vela y empezaron a navegar a gran velocidad. La luna apareció tras una gruesa nube como si quisiera unirse también a su celebración. James Martin, el más locuaz de los hombres, lanzó una risa grave, y los demás no tardaron en imitarlo.

–Somos libres –dijo Will con voz temblorosa, como si le costara creerlo–. ¡Somos libres, por Dios!

Mary no podía más que sonreír. Volvió la cabeza para mirar atrás, pero sólo vio los escollos oscuros y el estrecho que habían franqueado.

No sentía tristeza alguna por dejar tras de sí la colonia. Mary no solía dejarse arrastrar por los remordimientos, pues el futuro era lo único que le importaba. Aun así, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Tench dormido en su cama, lo que le provocó una leve punzada de amargura.

Nunca lo había visto dormir, afeitarse, lavarse o sin ropa. En su mente, siempre luciría su casaca roja, sus pantalones blancos y sus botas de caña alta tan bien lustradas, caminando por el muelle. También recordaría sus ojos castaño claro, y el roce de su mano cuando le cogía la suya. Todos sus pequeños gestos de cariño.

Lo único que Mary lamentaba era no haber podido despedirse de él y decirle sólo una vez cuánto lo apreciaba. En el fondo, sabía que esos pensamientos eran del todo descabellados porque Tench jamás podría haber sido cómplice de una fuga como la suya.

Mary miró atrás una vez más, enviándole un mensaje silencioso a través del viento, consciente de que nunca más lo vería. Entonces se volvió y lanzó un fuerte grito de alegría por su libertad.

–¿No tienes nada que decir de mi ingenioso plan, Mary? –le preguntó Will.

Durante un segundo fugaz se le pasó por la cabeza la idea de replicar que el plan no era suyo. Pero como decía a menudo su padre: «Una batalla se gana gracias a la estrategia, no a la fuerza bruta».

–Enhorabuena, Will –dijo Mary dedicándole una sonrisa de afecto–. Eres un hombre inteligente y valeroso.

## Capítulo doce

Después de dos días en alta mar, Mary se sentía de mismo modo que el día que la trasladaron en carro hasta el *Dunkirk*. Al igual que entonces, todo había empezado con un gran entusiasmo, pero después de pasar tanto rato sentada en la misma postura llegaron los dolores. De noche se helaba hasta la médula, y de día el sol y el viento se ensañaban con su rostro. Sin embargo, en el trayecto a Devonport no había tenido hijos a los que calmar, distraer y controlar. Y aunque Emmanuel apenas se movía de su regazo, Charlotte era incapaz de estar quieta.

Cuando los niños se quedaban dormidos, Mary cerraba los ojos y se despertaba sobresaltada al cabo de un par de horas, temerosa de que quien estuviera al timón también hubiera caído rendido y estuviesen a punto de chocar contra un escollo.

Sin embargo, a pesar de las incomodidades, no echaba de menos la ensenada de Sydney. El tiempo era bueno, soplaba un viento dirección norte a noreste, y los hombres aún estaban animados y no dejaban de hablar de las posibles reacciones de los habitantes de la colonia.

–El capitán Phillip habrá montado en cólera, seguro –dijo James Martin con alegría.

–Espero que Sarah no se enfadara mucho conmigo cuando encontró la nota –dijo Jamie Cox con un deje de tristeza.

–Hiciste bien en no ceder a la tentación de hablar con ella antes de partir –le aseguró Mary para tranquilizarlo.

Sabía que Jamie quería mucho a Sarah Young, y debía de haberle resultado muy duro partir sin ella.

Aunque Mary creía que conocía bien a todos aquellos hombres antes de huir de la colonia, no tardó en descubrir que había ciertos aspectos de su personalidad que ignoraba. James Martin, el poco agraciado irlandés, siempre había sido un hombre gracioso y divertido que contaba grandes historias, pero

le perdían las faldas y la bebida, y siempre estaba dispuesto a enzarzarse en una pelea. Sin embargo, Mary descubrió que era un hombre con un gran instinto paternal que a menudo cogía a Charlotte o a Emmanuel en brazos para que ella pudiera descansar.

Samuel Bird, pelirrojo y pecoso, siempre le había parecido un hombre hosco y nunca había entendido por qué Will lo apreciaba tanto. No obstante, ahora que eran libres, Sam reía tanto como los demás; aunque no era muy hablador, escuchaba atentamente y participaba en las conversaciones.

Bill Allen y Nat Lilly, el día y la noche, eran los dos miembros del grupo a los que menos conocía. Bill era un hombre corpulento, calvo, con una nariz chata que parecía aplastada a puñetazos, la perfecta encarnación del Hombre de Hierro de su apodo. Mary consideraba a Nat, con su rostro querúbico, sus ojos grandes y aquel pelo largo y rubio, un poco amanerado. Pero era leal a Will, encajaba en cualquier grupo de hombres con el que tuviera que trabajar y caía bien a todo el mundo.

Cuando llegaron a la colonia con la segunda flota, tanto Nat como Bill gozaban de un mejor estado de salud que el resto de los convictos, y Mary no había descubierto la razón. En el caso de Nat, seguramente era mejor no preguntar.

El motivo que había llevado a Mary a elegirlos para la huida era su capacidad de supervivencia. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que ambos mostraban un carácter sorprendentemente sensible. La primera mañana de la travesía prepararon un toldo para proteger a los niños del sol, y se aseguraron de repartir la comida equitativamente.

William Moreton era, sin duda alguna, uno de los prisioneros más inteligentes y también un hombre poco atractivo. Tenía una frente ancha, los ojos saltones y unos labios finos y apretados. Por desgracia, su opinión sobre William no cambió con el tiempo; siempre tenía ganas de discutir y Mary temía que pudiera sacar de quicio a sus compañeros.

Incluso Jamie Cox y Sam Broome, dos hombres tranquilos y reflexivos que parecían satisfechos con dejar el mando del grupo en manos de los otros, se habían hecho valer. En cierto momento, Jamie se armó de valor y le dijo a Will que dejara de fanfarronear; Sam Broome, por su parte, le había pedido a James Martin que vigilara su lenguaje delante de Mary y Charlotte. Mary estaba convencida de que, durante las semanas siguientes, iba a descubrir aspectos más sorprendentes aún de todos ellos.

En ocasiones, los hombres se dejaban llevar y hablaban de lo que harían cuando regresaran a Inglaterra. Todos sabían que instalarse en sus pueblos natales sería una imprudencia, pues corrían el peligro de ser arrestados de nuevo. Londres era el destino favorito de todos ellos, el lugar donde podían pasar desapercibidos y empezar una nueva vida bajo un nombre distinto.

Mary se sentía incapaz de hacer planes a tan largo plazo, le parecía una forma de tentar al destino. Lo cierto era que no tenían dinero, vestían harapos e iban a necesitar mucha suerte para no caer otra vez en el mundo del crimen.

Sin embargo, a pesar de sus reparos, Mary cedía en ocasiones a la tentación y soñaba con que un día volvía a recorrer la calle adoquinada que partía del puerto de Fowey, acompañada de Charlotte y Emmanuel. Imaginaba que se detenía ante la puerta abierta de su casa y veía a su madre dentro, inclinada sobre los fogones. Entonces Grace volvía la cabeza, los miraba y casi se desmayaba de la sorpresa y la emoción. Era un sueño poco realista y descabellado, pero la ayudó a olvidarse del dolor de espalda y la hizo entrar en calor.

—¿Cuántos días llevamos en alta mar, Will? —preguntó Nat Lilly una tarde, hastiado y con voz cansada.

Nat había perdido su aspecto angelical. Su pelo otrora rubio lucía ahora desvaído por culpa de la sal, y el viento y el sol había cubierto su piel clara de ampollas.

—Tengo la sensación de que hace un año que abandonamos la colonia.

Will llevaba un diario de a bordo en el que escribía cada dos días; de no haber sido por él, nadie habría sabido en qué día ni en qué mes se encontraban.

—Ha pasado más de un mes —contestó Will, afanándose con los remos en aquel día sin viento—. Hoy es 2 de abril.

—¿Hasta cuándo seguiremos viendo la costa? —continuó Nat.

Nat frunció los labios con un gesto de mal humor y dirigió la mirada a tierra firme. No había pasado ni una hora desde que señalara que, por mucho que remaran, la costa siempre tenía el mismo aspecto.

—No hagas preguntas estúpidas —le respondió Will, enfadado—. ¿Cómo quieres que lo sepa si no aparece en las cartas de navegación?

–Bueno, quienquiera que navegase estas aguas tenía que saber por fuerza si había mil millas de costa, o sólo cinco –replicó Nat, malhumorado.

–Estoy seguro de que lo sabían, pero no se tomaron la molestia de dejar constancia del dato –añadió Will con sequedad–. Y ahora, cierra el pico y rema con fuerza.

Esa tarde, al cabo de unas horas, llegaron a una gran bahía tan bonita como la de Sydney, lo que les levantó el ánimo.

–Vamos a tener que sacar el bote del agua para calafatearlo –dijo Will.

Entonces miró a Mary y añadió:

–Así podrás lavarnos la ropa a todos, cariño.

A Mary no le sentó nada bien el comentario de su esposo, pero no dijo nada. Habría lavado la ropa de todos modos, pero darle la orden en público era el modo que tenía Will de reprenderla.

Mary sabía que su marido se estaba viniendo abajo. Los hombres habían dejado de agradecerle que les hubiera permitido huir de la colonia, y Will seguramente pensaba que, si no se hubiera marchado, ya habría cumplido su condena. Por si eso no bastara, le preocupaba que el bote no aguantara la travesía hasta Kupang.

Mary estaba convencida de que, si alguien le sugería la posibilidad de pasar los meses de invierno en una bahía como ésta, Will se alegraría; pero no estaba dispuesto a proponerlo él mismo por miedo a quedar como un cobarde. Además, no le gustaba el comportamiento de los tripulantes con su mujer.

Todo empezó cuando James se clavó una astilla en la mano después de sólo una semana de viaje. Mary se la sacó y desde entonces él no había dejado de llamarla «Madre Mary». A partir de ese momento, cada vez que alguien tenía algún problema, le pedían su opinión. Mary lo consideraba algo normal, a fin de cuentas era la única mujer y había aprendido mucho de tratamientos médicos del cirujano White, tanto a bordo del *Charlotte* como en el asentamiento. Pero Will parecía convencido de que se debía a que tenían los ojos puestos en ella.

Tampoco le gustaba que todos los hombres, a excepción de William Moreton y él mismo, rivalizaran para sentarse junto a ella en el bote, y que cuidaran de Charlotte cuando ella daba de comer a Emmanuel. Mary sabía de sobra que ninguno de ellos tenía aspiraciones amorosas. Tan sólo era una muestra de cariño fraternal, y tal vez el hecho de sentarse junto a ella cuando le daba de mamar a Emmanuel les recordaba a sus propias madres. También

cabía la posibilidad de que se hubieran cansado de hacerse siempre los duros, como Will. Cuando hablaban con ella podían bajar la guardia. Mary no entendía por qué su marido veía siempre segundas intenciones en su comportamiento.

Bill le había confesado que en el pasado había maltratado a las mujeres, pero tal vez se debiera a que su padre hacía lo mismo con su madre. Nat había admitido que permitió que algunos marineros lo usaran como mujer durante la travesía, la única forma que halló de conseguir un poco más de comida y salir de la bodega. Sam Bird le contó a Mary que había robado raciones de otras cabañas cuando la situación se había vuelto especialmente dura, y que ahora se arrepentía de haberlo hecho.

Por penosos que fueran, su opinión sobre ellos no cambió cuando le revelaron esos secretos. Mary creía que el hecho de compartir aquellas confidencias podía unirlos aún más.

Cuando alcanzaron la orilla, construyeron un refugio y encendieron una hoguera. Mary envolvió a Emmanuel en el pedazo de tela y se lo ató a la espalda, dejó a Charlotte jugando en la playa junto a los hombres que arrastraban el bote hacia la arena y salió en busca de comida.

Encontró más hojas de té dulce y unas cuantas bayas ácidas, las mismas que el cirujano White había almacenado en grandes cantidades; cuando se cansó de buscar la hortaliza grande parecida al repollo, regresó al campamento.

De repente, Mary vio a un grupo de nativos que la observaban junto al pie de un árbol. Se encontraba a cierta distancia de los hombres y, por un momento, se asustó. Decidió saludarlos con la mano, un gesto amistoso que los nativos de Sydney habían sabido interpretar, y les sonrió. Tuvo la sensación de que sólo se sentían desconcertados por su presencia y no iban a reaccionar de un modo hostil, por lo que regresó junto a los hombres.

Al día siguiente, los nativos se acercaron un poco más. Se agazaparon en la playa y observaron con detenimiento a los hombres mientras éstos reparaban el bote. Mary estaba haciendo la colada, y cada vez que se levantaba para tender una prenda de ropa en un arbusto les lanzaba una sonrisa.

—¿A qué juegas? —le espetó Will de pronto—. ¿No te basta con estar rodeada por ocho hombres? ¿O acaso necesitas también a unos cuantos nativos?

—No seas tonto, Will —dijo Mary con voz cansada—. Sólo les sonrío para que vean que hemos venido en son de paz, como muy bien sabes.

Will se mostró huraño con ella durante el resto del día, a pesar de que habían pescado lo suficiente para cenar bien esa noche y salvar una parte de las capturas para el futuro. Cuando Mary hubo acostado a los niños, se sentó junto a la hoguera. Los hombres volvían a hablar de la distancia que los separaba de su destino, un tema en el que prefirió no participar. Como estaba muy cansada, se levantó y fue a aliviarse antes de tumbarse a dormir.

Era una noche preciosa, de luna llena, y en lugar de regresar directamente al refugio, se sentó en una roca para disfrutar del silencio. Esos momentos de calma eran un privilegio del que no había podido gozar en los últimos tiempos. Desde su detención en Plymouth, siempre se había visto rodeada de mucho ruido y alboroto. Ni siquiera en la cabaña de Sydney había podido disfrutar de la soledad.

—¡No va a venir!

Mary se sobresaltó al oír el grito furioso de su marido. No lo había oído acercarse.

Se levantó, se volvió y vio que avanzaba hacia ella a grandes zancadas.

—¿Quién no va a venir? —preguntó.

—Pues Sam, claro, como si no lo supieras —le espetó—. Lo he pillado cuando se dirigía hacia aquí a escondidas y le he dado un puñetazo.

—No he venido aquí para encontrarme con nadie —dijo Mary, indignada—. ¿Crees que no tengo a bastante gente a mi alrededor durante el día?

La golpeó tan rápido que Mary no tuvo tiempo de moverse, ni siquiera de agacharse. El puñetazo la alcanzó en la mejilla y la derribó.

—Eres mi mujer —murmuró Will entre dientes.

Entonces se tumbó encima de ella y le levantó el vestido.

Mary, conmocionada por el golpe que había recibido, se horrorizó al comprender lo que intentaba hacer su marido.

—No lo hagas —le imploró—. Así no.

Intentó quitárselo de encima, pero Will era más fuerte y pesado que ella. De repente, notó que intentaba penetrarla por la fuerza, que le mordía el cuello como un animal salvaje y que le clavaba las uñas en las nalgas como si quisiera hacerle aún más daño.

Cuando terminó, se levantó y se marchó sin ofrecerle siquiera una disculpa.

Mary se quedó donde estaba, demasiado aturdida para moverse. Al cabo de un rato, se acercó al agua y se lavó. Tenía los ojos secos pero lloraba por dentro. Nunca hubiera imaginado que su Will fuera capaz de cometer semejante atrocidad. Siempre habían hecho el amor con dulzura y cariño, algo que había hecho más soportable la vida en la colonia; aliviaba el hambre, el dolor físico y lo desesperado de su situación. Si hubiera deseado estar con ella esa noche, le hubiera bastado con decirlo, y se habría acostado con él.

Mary sabía que lo que había hecho Will no era algo poco corriente. Había visto a muchas mujeres con labios partidos y ojos a la funerala en Sydney. Algunas le habían confesado que no conocían otra forma de hacer el amor; sin embargo, sus maridos no pertenecían a la misma clase que Will: eran hombres viles que no tendrían ningún escrúpulo en robar la comida a sus propios hijos.

Mary oyó un leve sonido y se volvió. Will había regresado.

–Ven conmigo –le dijo.

Will le tendió la mano. Estaba demasiado oscuro para ver la expresión de su rostro, pero había adoptado una postura distinta, como si estuviera avergonzado de sí mismo.

–¿Por qué, Will? –preguntó Mary mientras se acercaba a él.

No sentía odio, ni siquiera ira, sólo una gran decepción.

–No lo sé –respondió él con apenas un susurro–. Supongo que Sam me ha hecho perder los estribos.

Mary caminó en silencio de vuelta al refugio. Necesitaba tiempo para pensar en lo sucedido.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba sola con los niños, que aún dormían. Will estaba enfrascado en las reparaciones del bote con William y James. No vio a los demás y supuso que debían de haber ido a recoger marisco.

Mary se tocó la mejilla con cuidado. Estaba hinchada y dolorida, pero no tenía ninguna herida abierta.

Al cabo de un rato, cuando estaba arrodillada intentando encender la hoguera, Will se le acercó. Se quedó junto a ella durante un par de segundos y la miró. Ella ignoró su presencia.

–¿Me odias? –le preguntó.

–¿Acaso no debería? –replicó ella, mirándolo a los ojos.

Will tenía mala cara. Todos tenían peor aspecto por culpa de las quemaduras del sol y la falta de sueño, y los hombres necesitaban además un buen corte de pelo y un afeitado. Sobre todo Will, quien acostumbraba a preocuparse mucho por su apariencia.

Sin embargo, había algo más. Tenía una mirada apagada y los ojos hundidos. Mary sólo lo había visto así en una ocasión: después de los azotes.

Will se encogió de hombros.

–No lo sé.

–Hemos pasado por muchas cosas juntos. Y aún pasaremos por muchas más. Si no estamos unidos, no conseguiremos nuestro objetivo.

–Entonces ¿me perdonas? –preguntó, desconcertado.

–No sé lo que es el perdón, tendrás que ganártelo –le espetó—. Pero intentaré olvidarlo.

Will realizó una especie de gesto de alegría con las manos.

–Nunca había conocido a una mujer como tú. No lloras, no gritas. No te entiendo.

–Yo sí te entiendo. Y no grito ni lloro porque no gano nada haciéndolo.

Y de verdad lo entendía. Mary sabía que Will tenía miedo de que le estuviera usurpando el cargo que siempre había tenido, el de líder. El hecho de violarla era su forma de someterla. Sin embargo, no pensaba ceder.

Los nativos regresaron durante la tarde. Los hombres les dieron parte de la pesca y ellos, a cambio, les ofrecieron un par de cangrejos.

A la mañana siguiente los nativos bajaron a la playa, los ayudaron a devolver el bote al agua y se despidieron de ellos saludándolos con la mano. Fue la última vez que encontraron una buena acogida al pisar tierra firme.

Una fuerte tormenta los cogió desprevenidos. Las olas eran enormes montañas verdes que zarandeaban el bote como un juguete. Mary sujetó a Emmanuel con fuerza contra su pecho y agarró a Charlotte por miedo de que cayera al agua. En esos momentos, dudaba que volvieran a ver el sol.

La pesadilla se alargó más y más. El cielo era tan negro que apenas diferenciaban el día de la noche. Emmanuel y Charlotte gritaban de miedo y,

cuando el cansancio se apoderó de ellos, empezaron a temblar, demasiado asustados y empapados para dormir.

Apenas les quedaba agua fresca, pero no podían acercarse a la orilla por miedo de que el bote embarrancara en las rocas que se ocultaban bajo las olas. Will echó el ancla frente a la costa y dos de los hombres hicieron gala de su valentía y nadaron hacia la playa con la intención de rellenar el barril. Sin embargo, en ese momento apareció un grupo de nativos armados con lanzas y los hombres tuvieron que regresar al bote de inmediato.

Con el paso de los días, Mary vio que Will empezaba a caer presa de la apatía. Dejó que William Moreton y James tomaran el timón, y en ocasiones el viento los alejaba tanto de la costa que la perdían de vista.

—Tienes que recuperarte, Will —le gritó Mary un día—. Vamos directos hacia un arrecife y podría abrirse una vía de agua.

Will murmuró algo sobre la necesidad de ganar velocidad para dejar atrás el monzón, lo cual le pareció una locura. Mary cogió el timón para enderezar el rumbo y regresar a la relativa tranquilidad de la orilla. Por entonces, el bote empezaba a llenarse de agua, por encima de la línea de flotación, y corrían verdadero peligro de naufragar.

Cuando parecía que todo estaba perdido, divisaron la desembocadura de un río. Entonces Will se repuso, retomó el control del timón y eludió los bancos de arena, donde el agua no debía de alcanzar más de un metro y medio de profundidad. Al final, ya al borde del agotamiento, lograron detener el bote en la orilla.

Había mucha agua fresca, pero no pudieron pescar nada ni encontrar ningún otro tipo de alimento. Sólo les quedaba arroz y las últimas raciones de tocino salado. Sin embargo, se dieron por satisfechos porque pudieron secarse, tumbarse un poco y dormir en calma.

Al día siguiente, los hombres empezaron a reparar el bote. No les quedaba resina, pero a James, que era un hombre de recursos, se le ocurrió la idea de usar jabón. Sabían que iban a tener que zarpar en breve para encontrar comida y Mary estaba nerviosa por Emmanuel y Charlotte, quienes no parecían haberse recuperado tan bien como los adultos. Estaban inquietos. Charlotte sólo tomó un poco de arroz y se quedó dormida de nuevo. Emmanuel estaba inmóvil en sus brazos y no buscaba el pecho para mamar.

—Se recuperarán —le dijo James para tranquilizarla—. Sólo están cansados. Déjalos dormir.

A la mañana siguiente, habían recorrido sólo un par de millas cuando el monzón los atrapó de nuevo. Las lluvias torrenciales los golpearon y los vientos soplaron con más fuerza de lo que lo habían hecho hasta entonces. El mar volvió a transformarse en una cordillera de olas y perdieron de vista la orilla cuando el viento les hizo ganar velocidad.

Los dos primeros días con sus dos noches Mary intentó concentrar sus esfuerzos en los niños, procurando protegerlos con una lona, cantándoles y acunándolos. Pero cuando vio que los hombres se derrumbaban, supo que debía espolearlos para que lucharan por su supervivencia.

—¡Podemos hacerlo! —les gritó—. De nada servirá que nos rindamos. El viento nos ha permitido ganar velocidad, y ahora debemos aligerar peso y deshacernos de todo lo que no sea imprescindible.

Lanzaron por la borda ropa y objetos personales, y cuando vieron que el bote seguía inundándose, Mary cogió su sombrero y empezó a achicar el agua.

—¡Vamos! —les gritó—. ¡Tenéis que seguir! ¡Vuestra vida depende de ello!

Uno a uno, todos le hicieron caso. Primero con apatía, pero cuando vieron que el bote se alzaba en el agua, aunaron esfuerzos.

—Así me gusta. Vamos Sam, Jamie, William. ¿Queréis convertirnos en comida para peces? Podéis suicidaros cuando alcancemos la orilla, pero no permitáis que muramos todos ahora sólo porque estáis cansados.

Pasaron ocho días antes de que volvieran a ver tierra firme. No dejó de llover, y Mary no dejó de gritarles. Le dolían tanto los brazos que a ratos creía que se le iban a desencajar y tenía la voz áspera, pero sabía que estaba ganando. Los hombres iban a dejarse la piel mientras ella siguiera achicando el agua, y el bote estaba ganando velocidad.

Vieron tierra al anochecer, pero el mar estaba tan encabritado que no podían correr el riesgo de intentar acercarse a la orilla. Will echó el ancla y utilizó el rezón para asegurar la embarcación durante la noche, con la esperanza de que por la mañana el viento hubiera amainado lo suficiente para poder desembarcar.

Al alba, mientras intentaban descansar, oyeron el siniestro ruido del ancla arrastrándose por el fondo marino y advirtieron que el bote se dirigía hacia el arrecife.

—¡Embarrancaremos y nos ahogaremos! —gritó Will, presa de la histeria, para que lo oyeran por encima del aullido del viento—. Oh, Dios mío, ¿por qué se me ocurrió hacer esto?

Mary se acercó al mástil y se irguió. Miró a los hombres, asustados y encogidos de miedo, y les gritó:

–Sólo es agua, viento y lluvia –bramó con todas sus fuerzas–. Si hemos llegado hasta aquí, no vamos a rendirnos ahora. No os acobardéis, levad el ancla y naveguemos hasta la orilla.

El amanecer llegó mientras batallaban contra los elementos. El cielo se despejó, y el viento empezó a amainar.

–¡Seguid achicando! –gritó Mary con voz ronca–. Llegaremos a la orilla, os lo prometo.

–Gracias a Dios –murmuró James al cabo de unas horas, cuando entraron en una bahía de arena blanca–. Y gracias a ti, Mary, por tener el valor de obligarnos a seguir luchando.

Mary esbozó una débil sonrisa. Estaba mareada a causa del hambre y apenas se atrevía a mirar bajo la lona donde descansaban Emmanuel y Charlotte por miedo a que estuvieran muertos en lugar de dormidos. Tal vez hubiera logrado una victoria, pero en esos momentos se sentía absolutamente derrotada.

No recordaba cómo habían llegado a la orilla. La última imagen grabada en su memoria era el momento en que se acercaban a la playa. Después, había despertado sobre la arena suave y cálida.

Al volver la cabeza vio que los hombres dormían bajo el refugio, y que Charlotte y Emmanuel reposaban entre Will y James. Había restos de una hoguera y un montón de conchas de mejillón junto a ella. El barril de agua estaba bajo un árbol; un profundo surco en la arena indicaba que lo habían arrastrado hasta allí después de llenarlo.

Mary dedujo que, la víspera, debía de haber caído dormida o quizás inconsciente, y que los hombres la habían dejado descansar sin molestarla mientras salían en busca de comida y agua antes de acabar sucumbiendo también al sueño.

Aquel gesto de amabilidad hizo que se le humedecieran los ojos y le infundió fuerza para no hacer caso de los músculos entumecidos, de modo que

se puso en pie, se desperezó y caminó lentamente hacia el barril de agua. Bebió con avidez y engulló el arroz frío que quedaba en la cazuela. Cuando miró a su alrededor, descubrió que se encontraban en una bahía preciosa de arena blanca, con unas aguas azules y cristalinas, rodeada de una vegetación exuberante.

Una inmensa sensación de agradecimiento se apoderó de ella. Mary se dejó caer de rodillas para dar gracias a Dios porque todos hubieran sobrevivido a la tormenta y se encontraran a salvo.

## Capítulo trece

Sam Broome y James Martin dejaron de buscar cangrejos en las pozas y se sentaron, agotados.

–Mary es muy exigente –dijo James con una leve sonrisa–. Pero una mujer excepcional.

Los pantalones de James, hechos jirones y prácticamente inservibles, dejaban al descubierto sus piernas y parte de sus nalgas. La camisa y los pantalones de Sam aún se mantenían de una pieza, pero estaban tan gastados que acabarían desintegrándose en cuanto volviera a meterse en el mar.

Sam dirigió la mirada hacia la playa, donde Mary estaba tendiendo ropa entre unos arbustos después de decirles que no regresaran hasta haber llenado el saco de cangrejos.

–Sí, pero es más exigente consigo misma que con nosotros –dijo Sam.

Sabía que Mary no iba a tomarse un momento de descanso. Cuando terminara de lavar la ropa, saldría en busca de alimentos para complementar las provisiones.

–De no ser por ella, nos habríamos ahogado –afirmó Sam, con la voz tomada por la emoción–. Su valor y su entereza nos dejan a todos en ridículo.

James sabía que era cierto, pero mostrarse de acuerdo con Sam le hacía sentirse incómodo.

–Sí, pero tú siempre has sido muy dulce con ella –le dijo a Sam para tomarle el pelo–. Es mejor que guardes tus sentimientos para ti. Will puede ser un hombre peligroso cuando se enfada.

–Mis sentimientos hacia Mary son puros –replicó Sam–. De no ser por ella, no habría sobrevivido a mi llegada a la colonia y no podría haber participado en la huida. Cuando me tiraron en el muelle como un saco de arroz, estaba al borde de la muerte. Vi que otras mujeres robaban la ropa de los que se encontraban tan débiles como yo, y muchas pasaron junto a mí sin tan siquiera darme agua porque no vestía más que harapos. Pero Mary acudió

en mi ayuda. Que Dios la bendiga.

La defensa apasionada de Sam despertó en James remordimientos de conciencia. Él no se había tomado la molestia de atender a los enfermos de la segunda flota y recordó que se había escondido para beber una botella de ron que había robado mientras ayudaba a transportar mercancías al almacén. En los días posteriores se habló mucho de la gran entrega de Mary hacia los enfermos. James, sin embargo, le dijo con toda la crueldad del mundo que lo mejor para los recién llegados sería la muerte.

–No conviene idolatrar a nadie –dijo, pensando en voz alta–. Ah, y no me refiero a Mary –se apresuró a añadir al ver el gesto de sorpresa e indignación de Sam–. Hablaba de Will.

No podría olvidar jamás que alguien tan grande y fuerte como Will había pasado la última noche en alta mar hecho un ovillo, aterrorizado. Ni tampoco los gritos fantasmagóricos de Mary para que se afanaran.

–Desde que lo conocí en el *Dunkirk*, me convencí de que era indestructible.

–Un hombre que se siente obligado a presumir de su fuerza o su inteligencia no puede sentirse muy seguro de sí mismo –dijo Sam con una sonrisa autosuficiente–. Y un hombre que propina un puñetazo a otro por la mera sospecha de que desea a su mujer es un estúpido.

James se encogió de hombros. Tal vez su viejo amigo lo hubiera decepcionado, pero no iba a permitir que un don nadie lo insultara.

–Cuidado con lo que dices –le advirtió–. Will y yo nos conocemos desde hace muchos años.

–Lo sé –dijo Sam–. Pero tú no eres ningún estúpido. Sabes tan bien como yo que, si queremos tener posibilidades de llegar a Kupang, necesitamos un líder fuerte. Y no estoy convencido de que ése siga siendo su objetivo.

–No irás a creer que una mujer con dos hijos puede convertirse en nuestro líder –le espetó James.

Admiraba a Mary, pero le resultaba imposible creer que una mujer pudiera ser más dura o tener más resistencia que él mismo o que cualquier otro hombre.

Sam se rio.

–Claro que no. Se organizaría un motín.

En Port Jackson, James le había puesto el mote de «el Cura» a Sam debido a su aspecto, a sus modales afables y a que desaprobaba la bebida. Sin

embargo, en las últimas semanas se había dado cuenta de que era un hombre resuelto y con iniciativa. De algún modo, intuía que tenía un plan y le pareció que lo más adecuado era sonsacárselo en ese momento para saber cuál era su postura.

—¿Y si Will sugiriese que nos quedemos en la bahía hasta que pase el mal tiempo? —preguntó con cierta timidez.

Will sólo lo había insinuado, y si James era sincero consigo mismo, la idea lo atraía.

Sam esbozó una sonrisa. Para él, la que habían bautizado como bahía Blanca era el paraíso. La arena suave, la vegetación exuberante y la bondad del clima la convertían en un lugar muy tentador.

—No me opondría si tuviéramos más provisiones —admitió—. No me apetece correr el riesgo de acabar naufragando en una tormenta. Pero si nos quedáramos, la harina y el arroz se acabarían y existe la posibilidad de que llegue algún barco y nos lleve de vuelta a Sydney.

—Podríamos pescar y cazar —dijo James—. En cuanto al barco, ¿tan probable te parece?

—Tal vez no —admitió Sam—. Pero el motivo que nos llevó a huir fue encontrar una nueva vida. Cuanto más lo posterguemos, más se debilitará nuestra voluntad.

—Eso te lo ha dicho Mary —le dijo James en tono burlón.

—Quizás, pero eso no significa que no sea cierto. Creo que debemos seguir adelante.

—¿Y si Will no está de acuerdo? —preguntó James.

Sam se encogió de hombros. El gesto daba a entender que opinaba que aquellos que quisieran irse estaban en su derecho a coger el bote y abandonar a los demás en la isla.

James se levantó y empezó a arrancar mejillones de las rocas con un cuchillo. No le sorprendía que Sam no tuviera reparos en abandonar a Will en aquel lugar, y seguramente él haría lo mismo si obtuviera algo a cambio. James consideraba que la lealtad no era más que un concepto al que se aferraban los hombres cuando la multitud podía tener más poder que un individuo. Por lo general, James se preocupaba sólo de sí mismo, y al diablo con los demás.

También era un vago por naturaleza. Siempre tomaba el camino más fácil. A simple vista, el camino más fácil en la situación actual era quedarse en la bahía. Pero ¿estaba convencido? Si se quedaban allí no pondrían su vida en

peligro, a menos que aparecieran nativos y los atacaran, pero tendrían que construir un refugio o cabañas en condiciones, y no disponían de suficientes herramientas. Además, con sólo una mujer entre ocho hombres, no tardarían en empezar a pelearse por ella. James anhelaba la vida de la ciudad, el ruido y el bullicio, poder emborracharse, comer lo que quisiera, montar a caballo y seducir a mujeres.

Recordaba que, en su primer año en la colonia, algunos presos se habían adentrado en el bosque, tontamente convencidos de que podían llegar a China caminando. Entonces se había burlado de aquella idea: James era uno de los pocos hombres que sabían leer y escribir, y tenía buenos conocimientos de geografía.

Detmer Smith le había contado que en Kupang podía tomar un barco con rumbo a China, África o incluso Sudáfrica, lugares en los que un irlandés astuto y holgazán podía ganarse la vida fácilmente.

William Moreton quería seguir adelante aunque sólo fuera para demostrar que era tan buen marinero como Will. Mary también, y Nat Lilly se pondría sin duda de parte de su gran amigo Sam Broome. En el caso de Bill Allen, lo más probable era que quisiera llegar a Kupang cuanto antes, lo que significaba que los únicos que podían estar del lado de Will eran Jamie Cox y Samuel Bird.

James sabía que tenía mucho más que ganar al lado de Mary. Una mujer valiente e ingeniosa como ella podía resultarle muy útil cuando llegaran a Kupang.

Esa misma noche, después de la puesta de sol, el grupo se reunió en torno a la hoguera. William Moreton sacó a colación el tema de la fecha en que iban a reemprender la travesía. Quería partir al día siguiente.

—¿Qué vamos a ganar quedándonos en este sitio? —preguntó de forma enérgica—. Hemos descansado, la ropa se ha secado y hemos podido reparar el bote.

William no caía bien a nadie. No tenía sentido del humor, era un pedante y creía saberlo todo. Nat, que en ocasiones sacaba a relucir su vena más malvada, lo importunaba a menudo preguntándole cómo, si era tan inteligente, se había dejado atrapar robando. Sin embargo, a pesar de todo, William tenía cierta influencia en el grupo gracias a sus conocimientos de navegación.

—Propongo que nos quedemos unos días más —dijo Will con obstinación—. El bote no soportará otra tormenta como la que nos ha asolado.

Todos los hombres expresaron su opinión, pero Mary se abstuvo y los escuchó en silencio, limitándose a observar la expresión de cada uno de ellos para intentar averiguar qué deseaban en realidad. Sam Broome, Jamie Cox y Samuel Bird tenían un gesto inexpresivo, y supuso que se debía a que estaban sopesando las opiniones de los miembros dominantes del grupo. Al final, apoyarían a quien les inspirara mayor confianza.

Todos apreciaban a James Martin. Sabía reaccionar en los momentos de crisis, su humor les había alegrado el día en muchas ocasiones y tenía madera de líder, pero no era el más racional de los hombres.

Bill también podía ser un buen líder. Era capaz de remar más que nadie, cortar más madera, encender una hoguera casi al instante y mostrarse comprensivo con los más débiles. Pero no era marinero.

Tan sólo un mes antes, todos ellos hubieran seguido ciegamente a Will, fuera cual fuese su decisión; sin embargo, después de haberlo visto asustado e inseguro, habían perdido la fe en él.

A Mary le entristecía que los hombres estuvieran distanciándose de Will. Todos habían sido víctimas del pánico durante las tormentas, mucho más violentas de lo que cualquier ser humano habría podido soportar, y Mary no creía que Will mereciera ser tratado de forma tan severa por haber perdido los nervios. De no ser por Charlotte y Emmanuel ella también se habría derrumbado; si consiguió mantener la cabeza fría fue gracias al feroz instinto maternal de proteger a sus hijos a toda costa.

Respecto a la partida, Mary albergaba sentimientos encontrados: aunque deseaba con toda el alma zarpar hacia Kupang de inmediato para encontrar una seguridad permanente, un hogar para sus hijos y una vida plácida y sin sobresaltos, Charlotte y Emmanuel no se encontraban bien. La travesía, el frío y la humedad constante los habían dejado al borde de la extenuación. Con el rostro demacrado, asustados y muy flacos, sus cuerpos eran incapaces de retener lo que comían. Necesitaban tiempo para recuperarse. Sin embargo, Mary empezaba a quedarse sin leche, el arroz que tenían no iba a durarles más de tres semanas, y no sabía si el estómago de un niño de un año toleraría una dieta basada en el marisco.

Creía que la mayoría de los hombres compartía su preocupación. No por los mismos motivos, claro, sino porque tenían miedo de enfrentarse a otra

tormenta.

–Estoy de acuerdo con William –dijo Sam Broome–. Deberíamos ponernos en marcha cuanto antes. Quedándonos en este sitio hasta que se acaben las provisiones no ganaremos nada.

Sam se había granjeado la simpatía de los otros hombres gracias a su temple, su sentido práctico de la vida y su don para escuchar, pero había cambiado desde la noche en que Will le pegó. Aunque todavía actuaba con comedimiento, mostraba una mayor tendencia a hacerse valer. Mary tenía la sensación de que había analizado a sus compañeros y había llegado a la conclusión de que la mayoría no estaban a la altura en algún aspecto, sobre todo Will. Pero no creía que Sam odiara a Will o que quisiera que William Moreton se convirtiera en el nuevo líder del grupo. Mary suponía que Sam aspiraba a que se produjera una redistribución de poder con la que quizás se convertiría en el segundo de a bordo.

–Aquí podemos cazar y pescar –dijo Will, con las mejillas encendidas por la ira, convencido de que nadie lo consideraba ya el jefe del grupo–. ¿Acaso no fui yo el encargado de asegurar que todos tuviéramos algo que comer en la colonia?

Los cuatro hombres que llegaron con la segunda flota no habían sufrido el drástico recorte de las raciones, por lo que la reacción de Will no surtió ningún efecto en ellos. Sólo Jamie Cox y Samuel Bird asintieron para confirmar que era cierto.

–¿Y tú, James? –le preguntó Sam al irlandés–. ¿Quieres que zarpeamos cuanto antes o prefieres quedarte un tiempo en la bahía?

James no se veía capaz de tomar una decisión que fuera en contra de su viejo amigo.

–Me gustaría poder tomar unas cuantas jarras de cerveza y conocer a alguna mujer –dijo con un fingido aire de despreocupación–. Y sé que, por mucho que espere, es algo que no podré hacer en este sitio.

Algunos de los hombres se rieron, pero Will pensó que James acababa de clavarle un puñal por la espalda.

–Entonces creo que James es de los que quiere seguir adelante –dijo Sam, sin mirar a Will–. ¿Alguien más tiene algo que decir?

Nat Lilly carraspeó y escupió de forma ostentosa en la arena.

–Creo que deberíamos seguir con la travesía, pero desembarcar siempre que empeore el tiempo.

Jamie Cox bajó la mirada. Era el más joven de todos y, en una ocasión, le había confesado a Mary que no habría sobrevivido en el *Dunkirk* de no ser por la ayuda de Will. Era un chico de complexión fuerte y sus facciones definidas, las mismas que le habían recordado a Mary el aspecto de un pájaro cuando lo conoció, eran aún más marcadas. Saltaba a la vista que no le importaba si se iban o se quedaban mientras no tuviera que separarse de Will.

–Bill, ¿tú qué opinas? –preguntó Sam.

–Que nos vayamos –gruñó, fulminando con la mirada a William Moreton, como si quisiera advertirle que no se le pasara por la cabeza la idea de hacerse con el mando del grupo.

Samuel Bird todavía lucía una mirada inexpresiva.

–¡Mary! ¿Tú qué dices? –le preguntó William.

Mary no esperaba que fueran a preguntarle su opinión y vaciló. No quería ponerse en contra de su marido y, sin embargo, William Moreton había sido el principal crítico de la decisión de que una mujer y sus hijos formaran parte del plan de huida. Si tanto le preocupaba su opinión, entonces tenía el deber de expresarla.

–Estoy de acuerdo con Nat –dijo Mary–. Deberíamos seguir adelante, pero detenernos si cambia el tiempo.

–Vaya, así que ahora vamos a escuchar lo que opine una maldita mujer, ¿verdad? –estalló Will–. ¡Qué sabrá ella!

Jamie Cox levantó la mirada, asombrado. Bill entornó los ojos y le lanzó una mirada asesina a Will. Sam no ocultó su profundo malestar.

–Yo diría que sabe más que todos nosotros –replicó James, arrastrando las palabras–. De no ser por ella, ahora estaríamos en el fondo del mar. Pero basta de discusiones. Votemos.

William Moreton miró a Will, acaso con la esperanza de que pronunciara una suerte de discurso para recuperar la lealtad de sus antiguos partidarios. Sin embargo, o bien Will lo consideraba innecesario, o sabía cuál iba a ser el resultado, pues se cruzó de brazos con un gesto de resentimiento.

–Los que estén a favor de que zarpemos mañana, levantad la mano –dijo William.

Los únicos que no lo hicieron fueron Jamie Cox y Will.

–Propuesta aprobada –dijo William, haciendo una mueca de engreimiento.

–Si el bote no resiste, luego no me vengáis llorando –les advirtió Will

encogiéndose de hombros.

Entonces se volvió hacia Mary con una mirada de auténtica maldad y le espetó:

–¡Y no me culpes si los niños mueren en el intento!

Después de abandonar la bahía Blanca hubo varios momentos en los que Mary se atormentó con el recuerdo de las palabras de Will, cuando tuvieron que enfrentarse a tan súbitas y aterradoras tempestades que les impidieron alcanzar la orilla a tiempo. Cada vez que veía la expresión afligida de sus hijos y oía sus gritos de pánico, se preguntaba qué espíritu la había poseído para poner en peligro sus vidas.

No obstante, la necesidad de protegerlos le infundía las fuerzas necesarias para luchar cuando los hombres se venían abajo. Jamie, Samuel Bird y Nat eran los peores. Eran hombres pequeños, menos musculosos que los demás y tampoco sabían nadar, lo que no hacía sino alimentar su pánico. Sin embargo, Mary los elogiaba, les suplicaba, los hostigaba y los espoleaba, los insultaba mientras ella manejaba el timón y les gritaba para que no dejaran de achicar agua si no querían morir.

Y cuando todos ellos empezaban a creer que la muerte se cobraría sus vidas en cuestión de poco tiempo, el temporal amainó. A la izquierda estaba la orilla; a la derecha, un gran arrecife, y ante ellos, el mar, convertido de repente en una gran balsa de aceite.

–Gracias a Dios –exclamó William Moreton en una inesperada manifestación de sentimientos–. Creía que nuestro fin había llegado.

Sin embargo, la nueva calma no estaba exenta de peligros. Había docenas de islas diminutas y atolones de coral en los que podían encallar. Decidieron desembarcar en una de las islas y, a pesar de que no encontraron agua fresca, cocieron un poco de arroz con la que les quedaba. Cuando bajó la marea, salieron a explorar más allá de las rocas en busca de agua potable.

Para su sorpresa, vieron docenas de tortugas gigantes que llegaban a la orilla a desovar. Los hombres no perdieron el tiempo y enseguida mataron unas cuantas; cuando ya volvía a subir la marea, las arrastraron hasta su isla.

Esa noche, por primera vez desde que partieran de Sydney, cenaron carne fresca. Cuando empezaban a adormilarse después de haber saciado el hambre, se vieron recompensados con el sonido de la lluvia que llenaba las conchas que habían dispuesto con tal fin.

En los días posteriores, mientras James y Will calafateaban el bote de nuevo con jabón, los demás aprovecharon para cazar más tortugas, ahumar la carne en la hoguera y almacenarla para la travesía.

En su juventud, Bill se había dedicado a la caza furtiva. Cuando descubrió una especie de aves que anidaban en el suelo, decidió cazarlas con la ayuda de Nat. Mary fue incapaz de contener la risa al ver el extraño dúo que formaban. Bill, pugnaz y musculoso, con la calva refulgiendo bajo el sol, se agachaba y le hacía señales con la mano al hermoso Nat para que dirigiera las aves hacia él. Aun así, formaban un buen equipo, cazaron muchas aves y Bill le enseñó a Nat el arte de desplumarlas.

Mary encontró más hojas de repollo y fruta. No sabía qué variedad era, pero tenía un sabor delicioso y los niños, muy débiles, empezaron a recuperar la energía.

Tras seis días de descanso, se pusieron de nuevo en camino y desembarcaron en varias ocasiones para buscar más tortugas. No volvieron a tener suerte, pero sí encontraron mucho marisco y agua fresca.

Hacía tiempo que habían renunciado a seguir preguntándole a Will cuándo dejarían atrás aquella gigantesca masa de tierra. El debate acerca de cuál sería su destino final cuando llegaran a Inglaterra también era agua pasada. Ahora todos habían caído víctimas de la apatía y no albergaban ninguna esperanza de encontrar civilización. Cuando vieron el estrecho frente a ellos, tal y como aparecía en las cartas de navegación de Will, se miraron unos a otros con incredulidad. Poco a poco, empezaron a darse cuenta del lugar en el que se encontraban y a reírse histéricamente.

Al dejar atrás el estrecho, descubrieron que el golfo que se abría ante ellos estaba salpicado de pequeñas islas y buscaron dónde desembarcar para llenar el barril de agua antes del último tramo de la travesía en mar abierto. Cuando se aproximaron a una de las islas, un grupo de nativos que los observaban desde sus canoas empezó a blandir las lanzas y a remar en su dirección.

Los hombres se vieron obligados a disparar los mosquetes como señal de advertencia, pero para su consternación vieron que los nativos cogían sus

arcos. Mary palideció cuando varias de las flechas, que medían más de cuarenta centímetros y tenían la punta metálica, impactaban en el bote. A los hombres no les quedó más remedio que ponerse a remar a toda prisa para alejarse de ellos.

Aquellos nativos eran más grandes y negros que cualesquiera de los que habían visto hasta entonces, y los persiguieron con sus canoas sin dejar de gritar. Pero justo cuando parecía que iban a darles caza, una fuerte ráfaga de viento les permitió huir. Todos estaban aterrorizados.

—Tenemos que encontrar agua antes de atravesar el golfo —dijo Will más tarde—. Todavía nos quedan al menos quinientas millas de travesía y, aunque tengamos un barril lleno, deberemos racionarlo.

Will estaba en lo cierto, y Mary se alegró de que su marido volviera a tomar por fin el mando de la situación.

Al día siguiente, decidieron arriesgarse y desembarcaron en una isla a pesar de que había un poblado de tamaño considerable no muy lejos. Llenaron el barril de agua y se marcharon de inmediato para pasar la noche en una isla deshabitada.

A la mañana siguiente, eufóricos tras el éxito del día anterior, decidieron regresar a por más agua y para buscar algo de fruta y hojas de repollo.

El poblado parecía tan tranquilo como el día anterior, pero en cuanto se aproximaron a la orilla, aparecieron de la nada dos canoas enormes con treinta o cuarenta guerreros en cada una que se dirigían hacia ellos. Eran embarcaciones robustas con bancos para los remos, velas hechas de una especie de estera y una plataforma destinada claramente al ataque.

Will viró el bote.

—¡Remad como alma que lleva el diablo! —les gritó a los hombres, e izó de inmediato la vela mayor.

A Mary el corazón le latía desbocado y apenas se atrevía a respirar. Veía los rostros y los cuerpos de los nativos pintados con motivos blancos, y entonaban una especie de canto. Convencida de que su intención era matar hasta el último de los intrusos blancos, estaban tan cerca que podía oler su sudor y ver el odio reflejado en su rostro. Y lo que era aún peor, había más canoas que se dirigían hacia ellos.

Entonces, Will les demostró que era un marinero de primera. Dio varias bordadas para encontrar el viento y, cuando lo consiguió, el bote empezó a ganar velocidad y dejaron tan atrás a los nativos que quedaron fuera del

alcance de sus flechas.

–Ahora atravesaremos el golfo –gritó Will–. Agarraos el sombrero. ¡Vamos a dejar atrás de una vez por todas este país dejado de la mano de Dios!

Los nativos los siguieron unas cuantas millas hasta comprender que no podrían alcanzarlos. Cuando por fin viraron para regresar a tierra, Will lanzó un grito de alegría.

–¡Hemos vencido a esos cabrones! –bramó, con una sonrisa tan amplia como el mar que se abría ante ellos.

Mary, al igual que los demás, felicitó a Will por su pericia. Estaba muy orgullosa de él no sólo por su destreza, sino porque había recuperado su antiguo espíritu.

–Lo has hecho muy bien –dijo Mary, sentándose al timón junto a su marido.

–¿No lo habrías hecho tú mejor? –preguntó él, enarcando una ceja cubierta de sal.

–Ninguno de nosotros lo habría hecho mejor –le dijo sinceramente y lo besó en la mejilla.

–No nos sobrará agua ni comida –añadió Will a modo de advertencia.

–Entonces tendremos que racionarlo todo. ¿Tienes una idea aproximada de la distancia que nos separa de nuestro destino?

Will negó con la cabeza.

–A partir de aquí no hay cartas de navegación que valgan. Es mejor que empieces a rezar.

Al cabo de tres semanas, en plena noche, Mary levantó la mirada a las estrellas y rezó. Las plegarias que había ofrecido hasta el momento pidiendo que llegaran pronto a tierra firme no habían obtenido respuesta. Ahora le suplicaba a Dios que permitiera que sus hijos murieran antes que ella para que al menos pudiera abrazarlos hasta el final.

Sujetaba a Emmanuel en brazos y Charlotte apoyaba la cabeza en su regazo. Estaban tan delgados y débiles que ya no tenían ni fuerzas para llorar. Permanecían inmóviles, con la mirada apagada fija en ella. Hasta entonces Mary había creído que conocía todo tipo de sufrimiento, pero saber que era la

responsable de la horrible y lenta muerte de sus hijos era un sentimiento nuevo e insoportable.

Habían consumido los últimos alimentos unos días antes, y el agua se había acabado la mañana del día anterior, cuando Emmanuel y Charlotte tomaron las últimas gotas. Aquel día nadie había pronunciado palabra. Todos estaban sumidos en una especie de letargo, con la mirada perdida en el horizonte. Habían dejado de buscar tierra firme y sólo querían evitar cruzar la mirada con los demás, tan débiles que resultaba angustioso.

Todos dormían, excepto Mary y Will. William Moreton estaba despatarrado junto al barril de agua vacío, Sam Broome y Nat Lilly dormían hechos un ovillo en la proa como dos perros, y los demás se apoyaban los unos en los otros. La piel clara de Nat y Samuel Bird había sufrido los rigores del sol, y sus rostros, rojos, hinchados y llenos de ampollas, tenían un aspecto monstruoso. Bill también había sufrido quemaduras en la calva, pero en los últimos días se la había cubierto con un andrajo.

Will estaba encorvado junto al timón, pero cuando Mary lo miró vio a un desconocido. Parecía haber encogido; su cara, siempre oronda, estaba ahora muy demacrada y los ojos y la boca parecían mucho más grandes. No importaba que el viento les fuera favorable, como sucedía desde que habían dejado atrás el golfo, pues nadie habría tenido fuerzas suficientes para sentarse a los remos y menos aún para bogar.

Mary se preguntó cómo era posible que las estrellas y la luna brillaran con tanta intensidad en un momento como aquél. Rielaban en el agua oscura y calma como las velas de un sepulcro. Tenía la sensación de que le estaban diciendo que dejara morir a los niños para ahorrarles más sufrimientos.

Levantó un poco más a Emmanuel en brazos. El pequeño estaba en los huesos y Mary recordó lo mucho que pesaba sólo unas semanas antes, cuando huyeron de la colonia. Ahora, sus ojos desorbitados destacaban en aquel cuerpo esquelético. Ni siquiera volvía la cabeza hacia el pecho, como si al final hubiera aceptado que ya no había comida.

—Lo siento mucho —susurró Mary, y besó la frente huesuda de su hijo.

Lamentaba que no fueran a sobrevivir para verlo andar, oírlo hablar, para saber que sería tan fuerte como su padre cuando creciera. Era injusto que su breve existencia hubiera estado plagada de tantas penurias. Pero cuando Mary se inclinó hacia un lado, con la intención de dejarlo en el agua, notó que los diminutos dedos del niño se aferraban a los suyos.

Mary se convenció de que era una súplica silenciosa para quedarse con ella hasta el final. Lo agarró con más fuerza, bajó la cabeza para acercarla a la de Emmanuel y lloró por dentro arrepentida de su propia cobardía.

–¡Mary!

Se despertó sobresaltada y vio que Will le tironeaba del vestido.

Los primeros rayos del alba empezaban a iluminar el cielo. Mary pensó que Will creía que iba a haber tormenta y quería que preparase los cuencos para recoger el agua de la lluvia.

–Mary, ¿me engañan los ojos o eso que veo es tierra? –preguntó con voz ronca.

Mary dirigió la mirada hacia el lugar que señalaba. Parecía tierra, sin duda, una silueta oscura y ondulada que se alzaba en el horizonte.

Una emoción desenfrenada se apoderó de ella.

–¿Podemos estar engañados los dos? –preguntó ella—. A mí también me parece tierra.

Se deslizó por el asiento, sin soltar a los niños, para acercarse a su marido, y le cogió la mano.

–Oh, Will –susurró—. ¿Puede ser cierto?

Permanecieron agarrados de la mano por espacio de una hora, con la mirada fija y con la esperanza de que no se tratara de una broma cruel de la naturaleza. Sin embargo, el perfil oscuro mantenía una forma constante que crecía lentamente, hasta que al final se convencieron de que eran árboles.

–Bueno, pequeña mía –dijo Will con una sonrisa radiante—. He cumplido con mi promesa. Hoy, 5 de junio de 1791, debo escribir en el diario de a bordo que he avistado tierra. Hace sesenta y siete días que abandonamos Sydney y doy gracias a Dios por nuestra salvación.

–¿Despierto a los demás? –preguntó Mary—. ¿O los dejo dormir?

–Claro que vamos a despertarlos –respondió Will con su voz antes atronadora, convertida ahora en un gruñido ronco y mientras una lágrima le rodaba por la mejilla—. Bien sabe Dios que es algo por lo que vale la pena despertarse.

## Capítulo catorce

Al atardecer, Will hizo las últimas maniobras para entrar en el puerto. Ninguno de ellos sabía, y tampoco les importaba, si habían llegado a Kupang. Había edificios y gente, lo que significaba que también había comida y agua, y con eso les bastaba.

Se encontraban en un estado lamentable. Tenían la ropa hecha jirones, el pelo cubierto de sal y la piel agrietada después de pasar tantos días a merced de los elementos. Estaban hundidos en sus asientos, demasiado débiles y exhaustos para esbozar siquiera una sonrisa ante la perspectiva de haber alcanzado la salvación.

Mary tenía la lengua hinchada por la sed y apenas le quedaban fuerzas para sujetar a Emmanuel en brazos, pero cuando vio la multitud de gente congregada en el muelle que observaba con curiosidad el aspecto abandonado de los ocupantes del bote, volvió un poco en sí.

—Sucedá lo que suceda, recordad que debemos ceñirnos a la historia —murmuró a los hombres—. Si la verdad llega a ser descubierta, nos enviarán de vuelta a la colonia.

No creía que hubieran llegado a Kupang, pues Detmer había dicho que era propiedad de los holandeses. Tampoco veía a ningún blanco, sólo a personas de tez morena o amarilla, pero al menos no guardaban ningún parecido con los nativos salvajes de Nueva Gales del Sur.

—¡Agua! —gritó William Moreton—. ¡Agua!

Su grito, tanto si lo entendieron como no, hizo reaccionar a la gente. Un hombre con una pértiga se acercó de inmediato y guio el bote hasta el amarradero. Otro hombre, moreno, pequeño y medio desnudo, bajó a la embarcación de un salto, cogió el cabo y se lo lanzó a sus compañeros del muelle. Entonces, milagrosamente, les hicieron llegar un cubo de madera lleno de agua.

Todos los hombres se abalanzaron sobre el cubo y el bote se balanceó

bruscamente, pero Will llenó una jarra y se la dio a Mary, quien dejó que Charlotte fuese la primera en beber. Cuando la pequeña se sació, ella tomó el resto del agua con tal avidez que se la derramó sobre el pecho. Emmanuel estaba a punto de perder el conocimiento, por lo que Mary tuvo que mojar los dedos en el agua y acercárselos a la boca para que se los lamiera hasta recuperarse lo suficiente para beber por sí solo. Al final, Mary pudo tomar un poco más de agua. Nunca había notado una sensación tan maravillosa como cuando empezó a deslizarse por su lengua y su garganta secas.

Aunque no entendía palabra de lo que decía la multitud, a juzgar por sus gestos frenéticos y el tono de sus voces agudas dedujo que se compadecían de ella, de los niños y de los hombres que viajaban en aquel bote. Intentó ponerse en pie, pero estaba tan débil que volvió a caerse, y a partir de ese momento sus recuerdos se tornaron inconexos y confusos. Sintió, más que notó, que unos brazos la alzaban. Le pareció que la ponían en tierra firme y que luego le daban más agua. Le acercaron a la cara algo que desprendía un olor acre. Oyó un murmullo de voces a su alrededor, volvieron a levantarla en volandas y la dejaron sobre algo más suave, en un lugar en el que ya no podía ver el cielo.

–Charlotte, Emmanuel –llamó, presa del pánico.

Una mujer de tez morena se inclinó sobre ella y le secó la cara con un paño fresco y húmedo. Hablaba una lengua desconocida y, sin embargo, sus palabras tuvieron un efecto tan balsámico y relajante como el paño. Mary sintió que por fin estaba a salvo y podía dormir.

Cuando se despertó, vio que estaba tumbada sobre una estera, con Emmanuel a un lado y Charlotte al otro. En una mesita ardía una vela. Se incorporó un poco y vio a una mujer con el pelo oscuro y brillante y la tez morena que dormía también sobre una estera, en el otro extremo de la habitación.

Aunque la vela apenas daba luz, el sueño tranquilo de los niños la llevó a pensar que habían comido y los habían lavado. La habitación parecía una cabaña más grande que la que habían tenido en Sydney, pero similar. Lágrimas de gratitud le anegaron los ojos, porque una desconocida los había acogido y se había ocupado de ellos. En esos momentos, deseó conocer la lengua de aquella mujer para darle las gracias.

Los días siguientes transcurrieron como si estuviera sumida en una neblina que de vez en cuando se desvanecía para hacerle saber que le daban de beber y la alimentaban con algo blando y suave. A pesar de la neblina,

escuchó voces y el ladrido de unos perros; le llegó el olor de una cocina, y en ocasiones oyó las risas de Charlotte. Sin embargo, a pesar de todo, era incapaz de abrir los ojos y mirar a su alrededor.

Al final, fue Will quien la liberó de aquel estado. Oyó su voz y la de James Martin.

–Tiene que mejorar –le oyó decir a Will–. Wanjon quiere verla.

–Tan sólo está exhausta –dijo James–. No hay prisa, esperará.

Mary no tenía ganas de ver ni de hablar con nadie, era feliz en su pequeño mundo crepuscular donde el dolor y los nervios no podían alcanzarla. Sin embargo, la voz de Will penetró en su conciencia y le recordó que tenía ciertas responsabilidades.

–¿Will? –murmuró, intentando enfocar la mirada y verlo.

–Ésa es mi chica –exclamó Will, que se arrodilló junto a la estera y la cogió de la mano–. Nos has asustado mucho. Creímos que te habíamos perdido.

Tenía las manos ásperas y encallecidas, pero su ternura despertó algo en el interior de Mary.

–¿Y Charlotte y Emmanuel? ¿Han muerto? –preguntó.

–¿Crees que estaría aquí sentado sonriéndote de haber sido así? –replicó él.

Entonces Mary vio su sonrisa, la misma sonrisa descarada que la había hecho reír a bordo del *Dunkirk*, pero aún tardó un momento en percatarse de que algo había cambiado.

–La barba –exclamó–. ¡Te has afeitado!

Will se frotó la barbilla.

–La situación exigía un cambio –dijo.

Parecía mucho más joven sin ella, y aunque su rostro seguía estando descarnado y demacrado y tenía la piel descamada, lucía un mejor aspecto. Sus ojos habían recuperado la chispa que tantas veces había visto cuando lo conoció. Después de la dura travesía que habían realizado, empezaba a recobrase.

–¿Dónde estamos?

–En Kupang, ¿dónde quieres que estemos? ¿No soy un prodigio por haberte traído hasta aquí?

Mary esbozó una sonrisa débil, pues las fanfarronerías de Will le confirmaban que no estaba soñando.

–¿Dónde están los niños? ¿Y los demás?

–Andan por aquí cerca, no te preocupes. Emmanuel aún se encuentra algo débil, pero mejora cada día que pasa. Eras tú quien nos tenía en vilo.

Mary se incorporó lentamente. Se miró y vio que llevaba una especie de camisa larga, holgada y de rayas.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí? –preguntó, perpleja.

–Hoy hace diez días. Te despertabas, comías y luego volvías a caer dormida. Pero presta atención: el gobernador holandés, Wanjon, quiere verte.

Will y James la ayudaron a levantarse y la llevaron afuera. Mary miró a su alrededor, pasmada. Aunque no se había formado una imagen de lo que había más allá de las paredes de la cabaña, la intensidad del ruido la había llevado a pensar que se encontraba en una ciudad. En realidad, sólo era un grupo de cabañas de forma circular, con los tejados cubiertos de hojas anchas y rodeadas por árboles altos y una densa vegetación, algo que Mary no había visto jamás. Había cerca de una docena de niños de tez morena que jugaban juntos, desnudos, unas cuantas gallinas y un par de cabras atadas. Un grupo de gente mayor sentada completaba la imagen de aquel tranquilo poblado.

–Eso es la selva –dijo James, señalando los árboles–. Por aquí –apuntó un camino trillado– se va a la playa. Es tan bonita como las de los cuadros.

–Creía que había una ciudad.

Mary frunció el ceño, desconcertada. Conservaba el vago recuerdo de unos almacenes y unas casas de ladrillo en el muelle. De mucha gente y mucho bullicio.

–Está allí.

Will movió la mano en una dirección imprecisa.

–A los niños y a ti os trasladaron aquí cuando perdiste el conocimiento.

Will ayudó a Mary a sentarse en un tronco, y a continuación James y él se acomodaron junto a ella y le contaron lo sucedido. Después de darles de comer y de beber, y de descansar toda la noche, los llevaron a ver al gobernador holandés, Timotheus Wanjon. Le contaron la historia que habían pergeñado durante la travesía: que su ballenero había naufragado en el arrecife, que habían tomado el bote y que habían navegado hasta Kupang.

–Se la tragó –dijo Will, sonriendo–. Como te dije, al ser el primer oficial de un ballenero, podía llevar a mi mujer y a mis hijos a bordo. Le expliqué al gobernador que creía que el capitán y el resto de la tripulación iban en otro bote, y que tal vez no tardarían en aparecer. Les dije que me apellidaba Broad,

y no Bryant, por si llegaban a recibir noticias de los convictos que habían huido de Sydney.

Entonces James le contó que Wanjon, que parecía un tipo muy comprensivo y decente, les dijo que era obvio que necesitaban ropa, comida y alojamiento. Y puesto que Will era un marino mercante, le indicó que podía solicitar todo aquello que precisaran y que ellos se encargarían de remitir las facturas al gobierno inglés para que las liquidara.

—Este lugar es el paraíso en la tierra —dijo Will sin disimular su júbilo—. Tenemos a nuestra disposición todo lo que podamos desear.

Por algún extraño motivo, esa observación hizo que Mary sintiera una punzada de inquietud. Le pidió a Will que fuera a buscar a los niños para verlos, y cuando se marchó, se volvió hacia James.

Él también se había afeitado, pero por lo demás tenía el mismo aspecto de siempre: delgado, con los ojos desorbitados y una mirada pícaro.

—Espero que Will se haya comportado.

—Se lo tiene muy creído —admitió James—. Sobre todo cuando bebe un poco.

—¿Se ha emborrachado durante estos días?

—Como haría cualquier hombre con sangre en las venas que ha estado a punto de morir —contestó James.

Acababa de confirmarle sus temores y, a pesar de todo, le pareció detectar un deje de sarcasmo en su voz.

—¿Se ha dedicado a ir fanfarroneando por ahí?

James se encogió de hombros.

—Sólo ante nosotros, porque le seguimos la corriente. Pero todos sabemos quién es en realidad la persona que nos ha traído hasta aquí.

Mary se sonrojó, consciente de que se refería a ella.

—Y esa persona es Will —aseguró Mary—. Tal vez yo lo espoleé un poco, pero si estamos vivos es gracias a sus conocimientos y a su destreza.

—Una mujer fiel hasta el final —dijo James, lanzándole una sonrisa pícaro—. Will es un hombre afortunado.

Cuando Mary vio a sus hijos y los cogió en brazos, empezó a recuperarse. Charlotte volvía a ser como cualquier otra niña de cuatro años, llena de vida,

curiosa, traviesa y muy parlanchina. Las nativas habían caído rendidas a sus encantos, por lo que llevaba una vida regalada: la colmaban de chucherías, la mimaban y participaban siempre en sus juegos. A pesar de que aún estaba muy delgada, parecía haber olvidado las penurias de la travesía y había recuperado el color de las mejillas, el brillo de los ojos y volvía a lucir una mata de pelo espeso y radiante.

A Emmanuel le estaba costando mucho más recuperarse. Su estómago sólo toleraba una dieta blanda y dormía a deshoras. Antes de abandonar Sydney había empezado a dar algún paso vacilante, pero el progreso se detuvo al pasar tantos días en el bote y aún prefería estar sentado que gatear o intentar ponerse en pie. Sin embargo, era un bebé feliz que regalaba una amplia sonrisa a todo aquel que le hiciera carantoñas y la gente lo adoraba por su pelo rubio y sus ojos azules.

En cuanto a los demás hombres del grupo, todos se habían recuperado. Nat y Samuel Bird aún conservaban las cicatrices por las quemaduras del sol y Jamie estaba más débil a causa de la disentería, pero ya empezaba a encontrarse mejor. Bill y William Moreton tenían muy buen aspecto: su piel, más oscura, se había teñido de un moreno intenso, lo que casi les permitía pasar por nativos. También parecían felices trabajando en el muelle, cargando y descargando barcos de día; al anochecer, regresaban a la placidez del pueblo, donde las mujeres los colmaban de sonrisas insinuantes mientras cocinaban para ellos.

Mary creía que Dios no sólo había respondido a sus plegarias y les había permitido llegar sanos y salvos, sino que había sido aún más generoso. El clima de Kupang era perfecto, cálido pero no abrasador, abundaba la comida y la gente era feliz y despreñida. Además, era un lugar precioso, con playas de arena blanca, un mar azul cristalino y una selva exuberante.

Ahora, a la amabilidad y las comodidades de las que disfrutaban se sumaba también la admiración y el respeto que mostraba la gente por Mary. Había corrido el rumor de que había sido ella quien había espoleado sin descanso a los hombres para que llegaran hasta Kupang, y todo el mundo, desde Wanjon hasta el más pobre de los nativos, les había tomado un gran cariño a ella y a sus hijos. Durante su juventud, en Fowey, siempre le reprocharon que fuera tan poco femenina. Y cuando se marchó a Plymouth se rieron de ella por ser tan ingenua. Después, tras la detención, la trataron con absoluto desprecio y crueldad. Incluso cuando Will se convirtió en una

especie de héroe en Sydney, a ella la denigraron en cierto modo por no considerarla digna de él.

De repente, Mary se había convertido en alguien importante por derecho propio, una mujer valiente, tenaz e inteligente. Cuando la esposa del vicegobernador le regaló ropa nueva, más de un hombre alabó su belleza. Mary se sentía incapaz de expresar lo que significaba para ella ponerse un bonito vestido rosa y llevar unas enaguas suaves como la seda. Tal vez el sol y el viento le hubieran arrebatado parte del esplendor de su juventud y estuviera tan flaca como un perro callejero, pero ya no parecía una ladrona.

Ahora se sentía femenina, una mujer especial y con mucho mundo. Aquella buena gente que le sonreía con tanta calidez no sabía que había estado encadenada ni que se había visto obligada a vender su cuerpo para seguir con vida. Después de haberle permitido salvar a sus hijos de una vida de hambre y degradación, aquello era algo que ella misma estaba dispuesta a olvidar. Su plan para huir de Nueva Gales del Sur había funcionado y nadie había perdido la vida en el camino. Había conseguido lo que la mayoría de la gente juzgaba imposible.

Para Mary, Kupang superaba todo aquello con lo que siempre había soñado. El bullicioso puerto guardaba muchas semejanzas con el de Plymouth, ya que arribaban a él barcos procedentes de todos los rincones del mundo. Puesto que constituía un centro de comercio vital para la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, entre sus gentes se daba una insólita mezcla de distintas nacionalidades y religiones. Sobre las colinas se alzaban casas espléndidas donde las mujeres de los mercaderes ricos se sentaban a charlar en preciosos y exóticos jardines. También había casas elegantes en la ciudad, en las que Mary veía a doncellas de tez morena con los ojos almendrados y delantales blancos como la nieve puliendo los picaportes y barriendo las escaleras. Y aunque era cierto que el número de chozas de los trabajadores superaba con creces el de las casas más lujosas, y a pesar de que también abundaban las casas de huéspedes de mala fama, los burdeles y las tabernas de marineros, todo ello contribuía a dar un color y una vitalidad especiales al lugar.

Cuando veía a los muchos mendigos que había en las calles, se recordaba a sí misma que al menos no pasaban el mismo frío que los de Inglaterra. Podían sentarse al sol y dar las gracias con una sonrisa a aquellos que les echaban una limosna en el cuenco, podían dormir en la playa con una

comodidad relativa y alimentarse de la fruta que crecía en abundancia, a disposición de quien quisiera cogerla.

Mary se había enamorado de Kupang por haberle devuelto la salud a sus hijos y a ella, por la amabilidad que había recibido. Deseaba quedarse allí para siempre, llevar la misma vida sencilla que los nativos, pescar, recolectar miel, nadar y criar a sus hijos felices y sanos. Se embriagaba con el aroma del sándalo que barría el poblado cuando soplabla la brisa, que se le pegaba a la ropa y a la piel, y había oído decir que era la principal exportación de la isla. Creía que Will y ella tenían futuro en aquel lugar y que podrían ser felices para siempre.

—¡Psst!

Mary estaba acostando a Emmanuel en la cabaña que les habían dado a Will y a ella, y se sobresaltó al oír que la llamaban. Se dio la vuelta y vio que James Martin le hacía gestos.

—Enseguida salgo —dijo, suponiendo que se negaba a entrar por decoro—. ¿Te ha enviado Will con algún mensaje?

En las tres o cuatro últimas semanas, Will había estado ausente durante gran parte del tiempo. Normalmente intentaba justificarse aludiendo a la gran cantidad de trabajo que tenían en el puerto, pero Mary sabía que estaba en alguna taberna emborrachándose. Tan sólo esperaba que James no hubiera ido a decirle que su marido había embarcado y la había abandonado, cumpliendo así la amenaza que le había lanzado en varias ocasiones.

—No, pero sal aquí.

Mary se agachó para besar a Emmanuel, y después de arrojarlo salió para hablar con James. La sonrisa se le heló en el rostro en cuanto lo vio. Parecía muy angustiado.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Todo —respondió James agarrándola del brazo para alejarla de la cabaña y que se acercara un poco más a la selva que rodeaba el poblado—. Acaba de llegar al puerto un bote cargado con un grupo de marineros ingleses —susurró—. Han naufragado en el mismo estrecho que nosotros atravesamos.

—¿Y? —preguntó ella.

James se frotó la cara con un gesto distraído.

—¿Es que no te das cuentas? En cuanto hablen con Wanjon, el gobernador creerá que son el resto de la tripulación de nuestro naufragio. Maldito Will, es incapaz de contar una historia sin meter algo de su propia cosecha.

Mary se estremeció. Se había enfadado con Will cuando supo que no se había ceñido con exactitud a la historia que habían inventado durante la travesía. Debería haber contado que el ballenero se había hundido y que ellos eran los únicos supervivientes. De este modo no habría quedado ningún cabo suelto. Pero cuando Will se ganó la confianza de Wanjon fue incapaz de contenerse y adornó la historia, añadiendo que había más supervivientes en otro bote. Mary ignoraba por qué lo había hecho, pero a consecuencia de ello Wanjon se vería obligado, cuando menos, a indagar acerca de los hombres desaparecidos.

A Mary le dio un vuelco el corazón. James estaba en lo cierto. Era probable que aquello significara su perdición.

—¿Zarparon de Port Jackson? —preguntó.

—No. De Tahití. Iban a bordo de un barco llamado *Pandora*. El capitán Edwards tenía la misión de capturar a los amotinados del *Bounty*. Ha conseguido traer a diez de ellos; los demás se hundieron con el *Pandora*.

Mary profirió un grito ahogado. En Sydney, Detmer Smith había relatado la noticia del motín del *Bounty*, y cuando llegaron a Kupang todos sintieron una gran curiosidad al descubrir que, casualmente, ése era el puerto al que también habían arribado el capitán Bligh y dieciocho de sus hombres dos años antes, después de que los amotinados los abandonaran en un bote a la deriva.

Aunque Mary no tenía forma de saber si el capitán Bligh merecía lo que le había sucedido, sí era consciente de que, si la marina inglesa había enviado otra embarcación para llevar a Kupang a los amotinados, el capitán no iba a mostrarse tan bondadoso y comprensivo como Wanjon.

—Nos llamarán para interrogarnos —dijo Mary, presa de los nervios—. ¡Oh, Dios, James! ¿Qué vamos a hacer? No es difícil engañar a alguien que no habla bien tu lengua, pero no resultará tan fácil con un capitán inglés.

James esbozó una sonrisa. Una de las cosas que más le gustaba de Mary era la rapidez de su entendimiento.

—Si nos ceñimos a tu historia, tal vez nos libremos de ésta. Cuatro meses es muy poco tiempo para que la noticia de nuestra huida haya llegado a Inglaterra, y dudo que el capitán Edwards la haya oído en cualquier otro lugar.

Mary caviló durante unos segundos. Si James asumía el papel de

portavoz, estaba segura de que podría convencer a cualquiera de que formaban parte de la tripulación de un ballenero. Sin embargo, un capitán inglés querría saber de dónde había zarpado el barco, el nombre del propietario y mucha más información de la que ellos podían inventar sin que la verosimilitud de su historia se viera afectada. Además, también iban a tener que manejar a Will.

–¿Y si Will se emborracha y empieza a fanfarronear? –preguntó.

–Justamente de eso quería hablarte –dijo James, posando una mano sobre el brazo de ella–. Mary, tienes que hablar con él y lograr que se mantenga alejado de las tabernas y del puerto hasta que esos hombres zarpen de nuevo.

–¿Y cómo voy a hacerlo? –preguntó ella.

–Eres una mujer inteligente –dijo James, con una sonrisa–. Encontrarás el modo de conseguirlo.

Cuando James se marchó para reunirse con los demás hombres y advertirles del peligro que corrían, Mary llamó a Charlotte, que estaba jugando con otros niños, y la acostó junto a Emmanuel.

Empezaba a caer la noche y Mary se sentó con sus hijos hasta que la niña se quedó dormida. Mientras observaba sus rostros plácidos, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Habían pasado muchas penurias, los había empujado al borde de la muerte, y ahora debían hacer frente a una nueva amenaza.

¿Acaso estaba maldita? ¿Le habían echado un mal de ojo al nacer que había convertido su vida en un mar insondable de sufrimiento y angustia? Se había hecho a la idea de que Will podía abandonarla. A pesar de sus defectos, sentía cariño por él y no quería que ese día llegara, pero sabía que podría soportarlo. También se había dado cuenta de que era poco probable que algún día regresara a Inglaterra, con o sin Will. Pero aquello tampoco parecía inquietarla. Para Mary, lo único verdaderamente importante era que sus hijos fueran felices y estuvieran sanos, bien alimentados y a salvo. Hasta el momento creía que podía lograrlo en Kupang, con o sin Will, ya que sabía que los demás, en especial Sam Broome y James Martin, la tenían en alta estima.

Teniendo en cuenta que no era ninguna belleza, se sorprendía de ser capaz de ejercer aquel inexplicable poder sobre los hombres: el teniente Graham, Tench, Detmer Smith y también Will, a pesar de lo mucho que se esforzaba por

poner coto a su influencia. ¿Cabía la posibilidad de que lograra ganarse las simpatías del capitán Edwards o de Wanjon?

Más tarde salió de la cabaña y se sentó en un taburete bajo junto a la puerta. Había oscurecido y reinaba el silencio. Unas pocas personas sentadas en torno a una hoguera hablaban en voz baja. La luna creciente brillaba sobre las palmeras y Mary oía las olas que rompían en la orilla, a lo lejos. Aquello era el paraíso, y hasta que James le había transmitido la inquietante noticia, Mary habría estado encantada de vivir en Kupang para siempre.

¿Debía ir a buscar a Will? Miró hacia la cabaña y decidió que no era buena idea. Se había hecho demasiado tarde para pedirle a algún vecino que echara un vistazo a los niños, y si Will estaba borracho, lo único que conseguiría sería que empezara a insultarla.

Con frecuencia pasaba varios días fuera de casa, y se preguntó si Will tenía una amante en el puerto. En ese momento Mary cayó en la cuenta de que no habían vuelto a hacer el amor desde su llegada a Kupang. ¿Era porque había estado enferma? ¿Porque Will temía que volviera a quedarse embarazada? ¿O sólo porque creía que había perdido su consideración de gran hombre ahora que ella se había convertido en objeto de admiración y respeto?

Mary nunca había tenido reparos en utilizar el sexo para que Will obedeciera sus planes, pero ahora le hubiera gustado contar con alguna otra opción. ¿Por qué debía apaciguarlo para que la escuchara? Cualquier hombre decente enfrentado a una situación potencialmente peligrosa para su mujer, sus hijos y sus amigos no tendría ningún inconveniente en mantenerse sobrio, pasar desapercibido y no abrir la boca hasta que la situación volviera a la calma.

Al cabo de unas horas, Mary lo oyó dando tumbos por el camino que conducía al poblado. Su paso indeciso le indicó que estaba muy borracho y que sería más prudente esperar a la mañana siguiente para abordarlo. Cuando entró en la cabaña, cayó al suelo. Ni siquiera llegó a la estera sobre la que dormían, y perdió el conocimiento al cabo de unos segundos.

El canto y el graznido de los pájaros despertó a Mary. Empezaba a despuntar el alba, pero había suficiente luz para ver que Will estaba tumbado boca arriba, cerca de ella. Apestaba a sudor y a ron, y tenía la camisa y los pantalones mugrientos, tal vez, como afirmaba a menudo, de trabajar en la descarga de barcos.

Mary tuvo que hacer de tripas corazón y se acercó a Will, apoyó la cabeza en su pecho, le desabrochó la camisa y empezó a acariciarle el torso.

–Aparta –gruñó él–. ¿Es que uno ya no puede ni siquiera dormir tranquilo?

–Quítate la ropa y ven conmigo a la estera –le susurró Mary, que le besó en el pecho y deslizó la mano hasta los botones de los pantalones.

–Déjame en paz –le espetó él, apartándola bruscamente–. Si quisiera eso, podría conseguirlo en el puerto.

–De modo que esto es sólo un sitio para dormir, ¿no? –replicó Mary, enfadada–. Si no vienes para vernos a mí y a los niños, lárgate y no vuelvas.

En cuanto lo dijo, supo que había cometido un error. Will se puso en pie y le propinó una patada que la envió hasta el rincón donde dormían Charlotte y Emmanuel.

–¡Eres el demonio! –le gritó Will–. Se me acabó la suerte en cuanto caí en tus redes. Lo que quieres es un perrito faldero, pero yo nunca lo seré. Me voy en el próximo barco para librarme de ti.

Will le había acertado en las costillas y estaba muy dolorida, pero el veneno de su voz le dolió aún más.

–Calla y escúchame –insistió ella–. Ha llegado un bote de marinos ingleses. ¿No fue a buscarte James anoche para advertirte?

Mary vio un destello fugaz que le iluminó el rostro y supo que James lo había encontrado, pero probablemente Will estaba tan borracho que no había entendido nada de lo que le había contado.

–Todos estamos en peligro –prosiguió Mary, con la voz quebrada por el miedo–. No es el momento para buscar venganza. Tenemos que acordar qué vamos a decir. Y tú tienes que dejar de beber para tener la cabeza despejada.

Durante un momento Mary pensó que Will iba a calmarse, pero entonces vio que se ponía rojo de ira. En los dos meses que llevaban en Kupang había engordado y parecía un gigante que la miraba desde las alturas.

–Estoy harto de que me digas lo que tengo que hacer –gruñó–. Podrás manejar a los demás a tu antojo como si fueran bestias de tiro, pero a mí no. No tengo miedo de un maldito oficial inglés. Nadie volverá a ponerme los grilletes, y tú menos que nadie.

Will se volvió y se marchó de la cabaña dando un portazo que hizo temblar la débil edificación. Mary lo oyó murmurar mientras enfilaba el camino al puerto y se derrumbó.

Durante los días que siguieron Mary vivió presa de un miedo atroz, esperando que le ordenaran presentarse en casa de Wanjon en cualquier momento. El gobernador había sido muy amable con ella la única vez que se habían visto, justo después de su recuperación. La alabó por su fortaleza, hizo carantoñas a los niños y le pidió que fuera a verlo si necesitaba ayuda. Mary creía que era uno de esos hombres honorables que, en el caso de que ella hubiera admitido la verdad sobre lo sucedido desde un primer momento, a buen seguro la habría protegido ahora. Pero los hombres como Wanjon no eran muy proclives a mostrar compasión cuando se creían engañados.

Por si aquello no bastara, Will seguía sin aparecer por la cabaña. Sus compañeros le decían a Mary que ahora bebía aún más, y que se pavoneaba por la ciudad como si fuera un capitán de marina. James Martin, William Moreton y Samuel Bird habían intentado hacerlo entrar en razón para que volviera al poblado e intentara pasar desapercibido como hacían ellos, pero Will se negaba en redondo. Incluso se había atrevido a decirles que, ahora que había cumplido su condena, nadie podía ponerle un dedo encima.

—A ese cabrón le da igual arrastrarnos a todos con él —admitió William Moreton ante Mary una noche—. Ojalá lo hubiéramos abandonado en la bahía Blanca.

Mary miró uno por uno a los hombres sentados en torno a ella y se le partió el corazón al ver sus expresiones de miedo. Durante la travesía, se habían convertido en hermanos para ella. Cada uno de los hombres había compartido alguna historia personal, ya fuera acerca de su madre, del crimen por el que lo habían condenado o de la chica inglesa a la que amaban. Se habían comportado como caballeros con Mary, y Emmanuel y Charlotte acudían a ellos en busca de consuelo con la misma naturalidad con la que acudían a Will. No eran hombres malvados, sólo un puñado de chicos que se habían desviado del buen camino y habían pagado un precio muy alto por sus crímenes. Habían estado a punto de morir de hambre, los habían flagelado de forma salvaje y los habían enviado al otro extremo del mundo en unas condiciones infrahumanas.

Mary sabía que no podía quedarse de brazos cruzados y esperar mientras su marido, su supuesto amigo, se comportaba como un estúpido y los ponía a todos en peligro. Tenía que pararle los pies.

—Intentaré hablar de nuevo con él —dijo—. Quedaos aquí con los niños. Yo iré al puerto.

Mary encontró a Will en la tercera taberna en la que entró. Iba sin afeitarse y estaba arrellanado en un taburete, con una botella de ron medio vacía en la mesa frente a él. Lo acompañaban cinco o seis hombres, pero desde el lugar en el que se encontraba Mary, mirando a través de una ventana polvorienta, no parecían amigos de verdad, sólo un puñado de hombres con los que compartir un trago.

Era la primera vez que bajaba al puerto cuando ya había oscurecido, y el corazón le latía desbocado después de que dos marineros extranjeros la abordasen. Sabía que la mayoría, cuando no todas las mujeres de aquellas calles abarrotadas, eran prostitutas. Tenía miedo de entrar en la taberna, pues no podía contar con que Will fuera a protegerla.

Mary respiró hondo, se ciñó el chal en torno a los hombros, entró en el local y se dirigió directa hacia Will.

–Ven a casa, por favor –le suplicó–. Emmanuel está enfermo.

Sabía que montaría en cólera cuando descubriera que era mentira, pero fue lo único que se le ocurrió para convencerlo sin que le montara una escena.

Will la miró con recelo, incapaz de enfocar la mirada.

–¿Qué le pasa?

–Tiene fiebre –se apresuró a responder Mary–. Ven, por favor, estoy muy preocupada por él.

Los hombres con los que estaba bebiendo se rieron. Mary pensó que tal vez no hablaban su idioma y que la tomaban por una prostituta que estaba ofreciendo sus servicios a Will.

–Por favor –le suplicó–. Ven conmigo.

Will frunció los labios con un gesto de desdén y miró primero a sus compañeros y después la botella de ron. Por fortuna, la salud de su hijo pareció ganar la partida y se levantó, no sin ciertas dificultades.

–Volveré –les dijo a los hombres con aire autosuficiente.

Los marineros sonrieron, mostrando sus dientes picados. Uno de ellos le hizo un gesto muy grosero con el puño.

Cuando salieron a la ruidosa y abarrotada calle, Mary aceleró el paso para que Will, que intentaba seguirle el ritmo con su andar pesado, no le hiciera preguntas. Sin embargo, cuando llegó al oscuro y estrecho camino que

conducía al poblado tuvo que reducir la marcha y se asustó al pensar en cómo reaccionaría su marido cuando descubriera que lo había sacado de la taberna con una mentira.

–Viene detrás –dijo Mary al llegar al claro donde se encontraban los hombres sentados en torno a la hoguera, esperándola.

Los ojos grandes de Nat parecían aún más desorbitados por culpa del miedo, Jamie estaba pálido, e incluso Bill, el más duro, se mordía los nudillos. Mary hizo un gesto con las manos para darles a entender que aún no había podido hablar con Will del asunto y que no esperaba que se mostrara demasiado receptivo.

–¡Will! –exclamó James cuando apareció su amigo, tambaleándose–. ¿Dónde te escondías? Tenemos que hablar contigo.

–Ahora no, Emmanuel está enfermo –replicó Will, con el gesto crispado al verlos a todos allí.

–No está enfermo –dijo Mary en voz baja–. Te he mentado para que me acompañaras.

–¿Que has hecho qué? –dijo Will, fulminándola con la mirada.

–No me quedaba otra opción –se justificó Mary, que retrocedió un paso por miedo a que intentara propinarle un puñetazo–. Todos estamos preocupados. No es sólo tu libertad la que está en juego, sino también la nuestra.

–Así es, Will –insistió James–. Todos vamos en el mismo barco. O eso creíamos.

Will pasó la mirada de uno a otro lentamente y luego se encogió de hombros.

–Prometí que os sacaría de la colonia. Cumplí con mi palabra y os traje aquí. ¿Acaso queréis que sea siempre vuestra niñera?

–Ninguno de nosotros necesita una niñera –gruñó Bill, que se puso en pie y cerró los puños.

Junto a la luz de la hoguera tenía un aspecto amenazador, pero Will no pareció darse cuenta de ello.

–La gente ha empezado a hacer preguntas –prosiguió Bill–. Y tú, tus borracheras y tu bocaza dirigen toda la atención hacia nosotros. Deberías quedarte aquí con Mary y tus hijos.

Will se volvió hacia Mary con un gesto ensombrecido por la ira.

–¡Maldita zorra! –escupió–. Creías que podías tenderme una trampa con

la ayuda de todos ellos, ¿verdad? ¿Tanto te cuesta entender que estoy harto de ti? Me iré en el próximo barco.

Sin tomar siquiera aire, Will le lanzó un duro ataque verbal. Que no estaba casado legalmente con ella, que era un incordio, una ramera y que lo coartaba. Le dijo que podría haber abandonado la colonia con Detmer Smith, pero que no lo hizo porque había prometido a sus amigos que los conduciría a la libertad.

–Y cumplí con mi promesa –gritó–. Fui yo quien nos trajo hasta aquí, un mérito del que siempre has intentado apropiarte diciendo que la idea era tuya y que fuiste tú quien nos animó a seguir adelante.

–Yo no he dicho nada de eso –repuso Mary con sinceridad.

Ahora tenía miedo de Will. Nunca lo había visto tan enfadado.

–Es cierto, nunca ha presumido de nada –terció Sam Broome–. Pero todos sabemos la verdad de lo que sucedió en alta mar, Will. No lo habríamos conseguido sin ella. Tal vez no manejaba el timón, pero nos infundió el ánimo para seguir adelante. No eres más que un fanfarrón. Y tu fanfarronería nos llevará a todos a la horca.

Will le dio un puñetazo a Sam y lo derribó.

–A ver quién es el fanfarrón ahora –gritó Will–. Si la quieres, es toda tuya, puedes quedarte con esa bruja intrigante. Como he dicho, me iré en el siguiente barco.

Bill y Sam agarraron a Will con la intención de retenerlo hasta que James pudiera hacerlo entrar en razón. Pero Will se zafó de ellos y echó a andar hacia el camino que conducía al puerto.

–No os acerquéis a mí –gruñó–. Estoy harto de todos vosotros. Primero os comportáis como unos perros falderos, y luego me criticáis. Puedo irme de aquí cuando quiera. Los marineros como yo andan muy buscados. No saldréis adelante sin mí.

A continuación, Will se volvió y echó a andar por el camino. Bill hizo ademán de seguirlo.

–No lo hagas –dijo Mary, agarrándolo del brazo–. Sólo conseguiríamos darle alas a su determinación.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –preguntó Jamie Cox con voz temblorosa.

–Esperemos que tome el siguiente barco –respondió Mary, que se acercó a Sam para ayudarlo a levantarse del suelo–. Si se queda, nos causará demasiados problemas.

Al cabo de dos días, cuando ya despuntaba el alba, Mary oyó el siniestro sonido de las pisadas de unas botas que se dirigían hacia el poblado.

Se había despertado poco antes con un mal presentimiento, y cuando oyó aquel sonido supo de inmediato que eran soldados. El único motivo plausible por el que podían dirigirse al poblado tenían que ser ella y los demás hombres.

El primer pensamiento que se le pasó por la cabeza fue coger a los niños y huir a la selva, pero lo desechó de inmediato porque sólo confirmaría que tenía algo que esconder. De modo que se puso el vestido rosa, se calzó los zapatos que le habían dado y aún no había estrenado y se cepilló el pelo. Entonces, cogió a Emmanuel, que aún dormía, y salió a recibir a los soldados con la mejor y la más inocente de sus sonrisas.

## Capítulo quince

–Es inútil negarlo, Mary.

Wanjon lanzó un suspiro de exasperación.

–Sé que escapasteis de la colonia penal, me lo ha dicho tu marido.

Al oír las palabras de Wanjon, Mary se sintió como si estuviera cayendo por un pozo negro y sin fondo del que no podría huir jamás.

A ella y a los niños los habían separado de los hombres en cuanto llegaron a la cárcel del castillo, por lo que no habían tenido oportunidad de hablar sobre lo que iban a decir y tampoco sabían si Will también estaba detenido. No obstante, Mary se sorprendió del amable trato que le dispensaron los soldados, de que la encerraran en una celda limpia y le llevaran agua, pan y un poco de fruta, lo que le permitía conservar un atisbo de esperanza.

Sin embargo, cuando vio que el sol se alzaba por encima de la ventana de barrotes con vistas al puerto y que avanzaba inexorablemente sin que nadie fuera a verla, el desánimo se apoderó de ella.

–¿Por qué tenemos que quedarnos aquí, mamá? –preguntó Charlotte.

Hasta el momento había aceptado la situación con paciencia, pero ahora empezaba a inquietarse.

–No me gusta este sitio, quiero volver a casa –insistió la niña.

–Tenemos que quedarnos aquí porque un hombre quiere hacernos algunas preguntas –dijo Mary mientras le acariciaba distraídamente el pelo–. Ahora pórtate bien y juega con Emmanuel.

Mary estaba tan abatida que no se veía capaz de coger al pequeño y animarlo a que anduviera unos pasitos entre ella y su hermana, de decirle que era maravilloso que pudiera caminar sin ayuda. La aterrizzaba la idea de que esa celda diminuta de dos metros de largo y un metro y medio de ancho fuera a convertirse en su hogar durante un tiempo indefinido.

A pesar de todo, Charlotte estaba preciosa. Los rizos oscuros enmarcaban su rostro moreno, y tenía unos brazos y unas piernas regordetes y salpicados

de pecas. Le recordaba mucho a su hermana Dolly, que tenía los mismos labios carnosos y la nariz respingona. Todo el cuidado, las atenciones y el trato con otros niños de los últimos dos meses le habían dado una gran seguridad en sí misma, e incluso había empezado a aprender la lengua nativa.

Mary se dio cuenta de que su hija había dejado de ser un bebé. Tan sólo unos días antes se había negado a ponerse el anodino vestido gris que le habían dado al llegar a la isla y había insistido en ponerse el que su madre le había confeccionado con un corte de tela de alegres colores de Kupang. La intención de Mary era guardarlo para ocasiones especiales, como iba a hacer con su vestido rosa, pero Charlotte montó tal escándalo que no le quedó más remedio que ceder.

La pequeña había olvidado que en Sydney tenía sólo un vestido, tan gastado, descolorido y remendado que se había caído a pedazos durante la travesía. Mary se alegraba mucho de que su hija no recordara la colonia ni el estado en que habían llegado a Kupang, desfallecidos por culpa del hambre y la sed e infestados de piojos. Mary también había logrado olvidarlo, pero ahora, enfrentada a la posibilidad de que los enviaran de nuevo a la colonia, no podía sacarse todo aquello de la cabeza. Bastante duro era ya imaginarse a sí misma viviendo otra vez en esas condiciones, pero ¿cómo iba a soportarlo Charlotte ahora que sabía que existía una vida distinta? En cuanto a Emmanuel, su pequeño estómago no iba a tolerar de nuevo la estricta dieta de una prisión. Era un niño de salud frágil, y la mínima variación en su alimentación lo convertía en una presa fácil de las enfermedades.

Más tarde, cuando Charlotte y él se quedaron dormidos con la cabeza apoyada en su regazo, sentados los tres en el suelo, Mary le apartó a Emmanuel el pelo rubio de los ojos y tuvo que contener las lágrimas. Era casi demasiado hermoso para ser un niño, con el pelo de un dorado puro que le rozaba los hombros, los ojos de un añil immaculado y la piel clara y luminosa. Durante la travesía, Mary había logrado mantenerlo con vida gracias a su inquebrantable fuerza de voluntad, pero si los mantenían encerrados en aquella celda, o si los enviaban de nuevo a la colonia, ¿de dónde iba a sacar la energía necesaria? Sabía que en Cornualles Emmanuel sería uno de esos niños que todo el mundo definía como «especiales», una criatura angelical cuyo destino era vivir en el otro mundo.

A juzgar por las sombras que veía al otro lado de la ventana, Mary calculó que debían de ser las cinco de la tarde cuando el carcelero abrió la

puerta de su celda. Era un hombre de tez morena con los ojos almendrados que le dijo algo incomprensible, seguido de un gesto para que lo siguiera. Cogió a Emmanuel en brazos y a Charlotte de la mano y la llevaron ante Wanjon.

El gobernador se encontraba en una de las salas superiores del castillo, una estancia sombría y fresca que debía de ser su despacho. Además de un escritorio, había una lámpara, libros en las estanterías y muchos objetos personales, entre ellos el retrato de una mujer que debía de ser su esposa y una serpiente de cuentas que adornaba un cuenco de madera.

La chaqueta blanca que Mary le había visto la última vez estaba colgada en el respaldo de la silla, y ahora Wanjon llevaba una camisa blanca arrugada y olía a sudor. En ese primer encuentro Mary se había llevado la impresión de que era un tipo muy agradable y afectuoso, pero ahora parecía cansado, acalorado e irritado. Era un hombre pequeño y corpulento, con el pelo negro azabache alisado con aceite y la raya al medio. Por su nombre, sus ojos almendrados y su piel del color del café dedujo que había nacido en el país, pero debía de haber recibido una buena educación, a buen seguro en Holanda o incluso en Inglaterra, ya que hablaba inglés y holandés con fluidez, además de la lengua local.

Wanjon empezó a hacerle preguntas sobre el ballenero: cuántos hombres iban a bordo, el nombre del capitán, dónde estaba abanderado el barco y el último puerto en el que habían atracado antes de naufragar.

Lo habían acordado todo de antemano salvo el lugar de abanderamiento de la embarcación. Pero cuando Mary empezó a decir que el capitán era de Río de Janeiro, que se llamaba Márcio Consuella, que había dieciocho marineros y que habían zarpado de Ciudad del Cabo, enseguida se dio cuenta de que su versión no resistiría un escrutinio riguroso. Cuando Emmanuel rompió a llorar, creyó que Wanjon se hartaría y renunciaría a seguir con el interrogatorio.

Por desgracia, el llanto del pequeño tuvo el efecto contrario: el gobernador optó por dejar de seguir perdiendo el tiempo y expuso ante Mary lo que de verdad creía que había sucedido.

–Todo eso es mentira, Mary –le dijo.

Wanjon se levantó de la silla y se puso a caminar de un lado a otro de la sala con las manos a la espalda.

–No ibais a bordo de un ballenero. Nunca habéis pisado un ballenero. Robasteis el bote en Nueva Gales del Sur. Sois un grupo de fugitivos.

Mary empezó a mecer a Emmanuel mientras intentaba convencer a Wanjon de su error. Fue entonces cuando el gobernador le comunicó que Will había confesado.

Mary tardó un momento en asimilar la sorprendente revelación. Hacía un rato le había preguntado al guarda si su marido también estaba retenido en el castillo, y el hombre le había dicho que no. El guarda, claro, tenía un dominio muy pobre del inglés, al igual que Mary de su lengua, y sin embargo había parecido entender la pregunta. La corpulencia y el pelo rubio de Will no pasaban desapercibidos en Kupang y, si se encontraba en el castillo, todos se hubieran percatado de su presencia. Mary empezó a pensar que tal vez había cumplido con la amenaza que les lanzara dos noches atrás y se había enrolado en un barco.

—Aunque me duela admitirlo, mi marido es muy dado a fanfarronear — intentó Mary a la desesperada—. Tal vez le pareció que era una historia más emocionante que la verdad.

—He visto el diario de a bordo —replicó Wanjon con voz cansina.

Mary tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no romper a llorar cuando el gobernador pronunció aquellas palabras. Le había suplicado a Will que destruyera el diario, incluso antes de que arribaran a Kupang.

—Esta situación es algo vergonzosa para mí —dijo Wanjon mientras seguía caminando por la sala—. De no ser por la llegada del capitán Edwards, os habría permitido embarcar en la siguiente nave con destino a Inglaterra. Pero el capitán quería saber algo más acerca de vosotros, así que hice venir a tu marido y me lo contó todo.

—¿Will nos ha delatado? —preguntó Mary con incredulidad.

—Sí, os ha delatado —dijo Wanjon, asintiendo con un gesto de la cabeza—. Cuando creen que pueden salvar el pellejo, algunos hombres no entienden de lealtades.

Mary se derrumbó, incapaz de contener por más tiempo las lágrimas.

—Por favor, señor —suplicó—, no nos envíe de vuelta a la colonia. Emmanuel no se encuentra del todo bien y Charlotte acaba de recuperarse. Si nos hace regresar, morirán.

—Querida, eso es algo que ya no me compete —repuso Wanjon con un gesto displicente de la mano—. El capitán Edwards es el único que posee la autoridad para decidir qué debe hacerse con vosotros.

Wanjon abrió la puerta y dio una orden a un guarda.

–Ahora regresa a la celda –dijo, volviéndose hacia Mary–. Os llevarán agua y comida. No soy un hombre cruel. Mientras estéis en el castillo, tus hijos y tú recibiréis un buen trato.

Cuando los guardas se llevaron a Mary, Wanjon permaneció un rato mirando por la ventana, apesadumbrado. Había creído la historia de su travesía hasta la isla después del naufragio, pues guardaba muchas semejanzas con lo que le había ocurrido al capitán Bligh dos años atrás. Nunca sospechó que aquellas personas pudieran haber huido de la colonia penal de Nueva Gales del Sur. ¿Quién iba a pensar que un puñado de convictos podría realizar una travesía de 3.000 millas en un bote abierto?

Incluso el capitán Edwards, un marino experto y obstinado que creía que podía navegar de noche las peligrosas aguas del estrecho de Torres, había tenido enormes dificultades para cruzarlo. Era un hombre sin corazón que había encerrado a los catorce amotinados en una especie de celda construida en cubierta, a merced de las inclemencias del tiempo, con las manos y los pies encadenados. Cuando el barco empezó a irse a pique, el capitán Edwards se negó a permitir que ningún miembro de la tripulación les quitara las cadenas. Tan sólo la desobediencia de uno de sus hombres permitió que diez de los amotinados se salvaran.

Wanjon lanzó un profundo suspiro. Le dolía en el alma entregar a Mary y a sus compañeros a Edwards, ya que sabía que sufrirían lo indecible en sus manos. Mary era una mujer increíblemente valerosa y, fuera cual fuera el crimen que había cometido, había saldado su deuda con creces. En cuanto a sus pobres e inocentes hijos, la llegada a Kupang los había salvado milagrosamente de las garras de la muerte. ¿Qué derecho tenía un gobierno, ya fuera el inglés, el holandés o el de cualquier otro país, a enviarlos a un lugar en el que el único final posible era la muerte?

Transcurrió una semana antes de que Mary pudiera ver a alguno de los hombres. Uno de los guardas que hablaba un poco de inglés le dijo que estaban todos en la misma celda, incluido Will.

Wanjon había cumplido con la promesa que le había hecho a Mary. A los

niños y a ella les habían dado comida en buen estado, e incluso una estera para dormir, una manta y agua para lavarse. Todos los días les permitían salir al patio para que respiraran aire fresco y pudieran hacer algo de ejercicio. En ocasiones, Mary llegaba a creer que el gobernador holandés tomaría cartas en el asunto y la liberaría. A fin de cuentas, ¿cómo era posible que un hombre que podía tratarla a ella y a sus hijos con tanta bondad fuera a enviarla a la horca y estuviera dispuesto a dejar huérfanos a Charlotte y a Emmanuel?

De modo que, cuando el guarda le dijo que podía visitar la celda donde estaban reclusos los hombres, no pudo evitar pensar que era el paso previo a la puesta en libertad. El capitán inglés no había ido a hablar con ella, así que tal vez ya hubiera abandonado Kupang.

La celda de los hombres estaba situada en un nivel mucho más bajo que la suya. Era un espacio grande, oscuro y húmedo con una rendija que servía de ventana en lo alto de la pared. Cuando entró los hombres se arremolinaron en torno a ella, besaron y abrazaron a los niños y le preguntaron cómo la habían tratado. Mary tardó un momento en percatarse de que Will permanecía sentado en un taburete, de espaldas a ella.

—¿No quieres ver a Emmanuel y a Charlotte? —le preguntó.

—No merece volver a verlos jamás —gruñó Bill—. Nos ha delatado.

Mary miró fijamente a sus amigos y se alegró al comprobar que aún conservaban un buen aspecto y la ropa limpia. Sin embargo, en las miradas que ellos le dirigieron a Will no vio más que malevolencia. Incluso Jamie Cox y Samuel Bird, que siempre lo habían obedecido ciegamente, ahora parecían sentir un gran odio hacia él.

Mary había tenido tiempo de meditar acerca de lo que se suponía que había hecho Will, y había llegado a la conclusión de que era poco probable que hubiera ido a ver a Wanjon deliberadamente para delatarlos. Era imposible que no supiera que lo considerarían tan culpable como los demás, y aunque tal vez no lo ahorcaran porque ya había cumplido su condena, el robo del bote del capitán Phillip le aseguraba una sentencia de muerte.

—Sigo sin creerlo, Will —dijo Mary, acercándose a su marido a pesar de que él no se había vuelto para mirarla—. Dime, ¿nos has delatado?

—Todos ellos creen que lo hice —dijo en voz baja—. No me importa que tú también lo creas.

Mary lo agarró con fuerza de la barbilla para obligarlo a que se volviera y la mirase. Will soltó un grito ahogado. Había recibido una paliza brutal,

seguramente de manos de sus propios compañeros. Tenía los ojos ocultos tras una hinchazón púrpura, varios cortes en los labios y la camisa manchada de sangre.

–Te lo mereces por no haber hecho caso de mis advertencias para que fueras más discreto –le espetó ella–. Eres un canalla, Will Bryant, un bastardo engreído, un charlatán y un inútil. Pero sigo sin creer que nos hayas delatado.

–No lo hice, juro que no lo hice –dijo con voz áspera–. Estaba en la taberna, borracho, entraron unos marineros ingleses y empezamos a contarnos batallas.

Mary asintió. Podía imaginar la situación. Aquellos marineros debían de haber hablado acerca de sus vicisitudes tras el naufragio, y Will debió de ser incapaz de mantener la boca cerrada y quiso demostrarles que él había pasado por algo mucho peor.

A pesar de todo, Mary seguía estando furiosa con él. Si lo hubiera visto el día después de su detención, habría intentado matarlo con sus propias manos. Sin embargo, el tiempo y el convencimiento de que Wanjon aún podía intervenir para salvarlos la había apaciguado y, al menos, intentaba entender por qué y cómo los había arrastrado Will a esa situación.

–¿Cuándo te trajeron aquí? –preguntó ella.

–Esa misma noche –dijo con un hilo de voz–. Acababa de salir de la taberna y unos guardas me apresaron. Me llevaron ante Wanjon a la mañana siguiente, a primera hora. Me dijeron que os traían a todos de camino. El gobernador ya había ordenado a sus hombres que se llevaran el diario de a bordo. No me quedó más remedio que contar la verdad, me tenía arrinconado.

Mary cerró los ojos en un esfuerzo por calmarse. Tenía sentimientos encontrados, y estaba confusa. Siempre había sentido un gran cariño por Will y le parecía muy triste verlo en un estado tan lamentable. Aunque debería haber mantenido la boca cerrada, Mary también sabía que ninguno de sus compañeros habría sido capaz de soportar un interrogatorio largo y minucioso. Su versión de los hechos tenía demasiados puntos débiles.

Sin embargo, no culpaba a los demás por haberle dado una paliza. Tanto James como William le habían insistido para que destruyera el diario, pero ella sabía perfectamente por qué Will no lo había hecho. Se consideraba un héroe, y quería que todo el mundo lo reconociera como tal. El diario era la prueba de su increíble gesta, y seguramente esperaba ganar algún dinero con él.

–¿Por qué no te diste por satisfecho con lo que teníamos? –le preguntó ella con amargura–. Estábamos a salvo, Emmanuel mejoraba día a día. Éramos felices, por el amor de Dios. Pero necesitabas más. Bebida, otras mujeres...

–No he estado con otras mujeres –la interrumpió Will.

Mary soltó una risa sardónica.

–Me apuesto lo que quieras a que has pasado todos estos días con alguna ramera. Debió de ser ella quien le dio el diario a Wanjon o a uno de sus guardas a cambio de unas cuantas monedas más de las que tú le dabas.

Will apartó la mirada y Mary supo que tenía razón. Aquello le dolió tanto que sintió náuseas.

–Tal vez no sea la mujer más hermosa y más inteligente del mundo –dijo con la voz quebrada–, pero siempre te he sido fiel. Incluso cuando pasábamos hambre en la colonia nunca tuviste que temer que fuera a robarte una ración o algo de dinero. Hice auténticos milagros con lo poco que teníamos y habría matado por los niños y por ti.

–Lo siento –susurró Will.

–¿Crees que tus disculpas les servirán de algo a Charlotte y Emmanuel cuando nos ahorquen? –preguntó Mary, con el rostro crispado de angustia.

–Eso no pasará –dijo Will.

–Si nos envían a Inglaterra, nos ahorcarán –replicó ella–. Y si nos mandan a Nueva Gales del Sur, nos azotarán y nos pondrán de nuevo los grilletes.

Mary le dio la espalda, incapaz de soportar siquiera las imágenes que despertaban en ella esos castigos. Habría preferido morir en el mar que vivir para ver el día en que su marido anteponía la fama y el dinero a sus amigos, a sus hijos y a ella.

El 5 de octubre, Mary, Charlotte y Emmanuel abandonaron la celda para embarcar en el *Rembang* holandés junto con los hombres. El capitán Edwards había fletado el barco para transportarlos a ellos, a los dieciocho miembros de la tripulación del *Pandora* y a los diez amotinados supervivientes a Batavia. Mary ignoraba dónde estaba ese lugar; sólo sabía que era otra isla de las Indias Orientales Neerlandesas con un gran puerto. Al parecer, el capitán Edwards planeaba tomar otro barco allí para dirigirse a Ciudad del Cabo y

luego a Inglaterra.

En los dos meses que habían permanecido encarcelados en el castillo de Kupang, Mary se había aferrado a la esperanza de que Wanjon le permitiera quedarse allí con los niños. Sabía que el gobernador se compadecía de su situación y en ocasiones la dejaba salir de la cárcel en compañía de alguno de sus antiguos amigos. En esos ratos Mary podía charlar, pasear hasta el poblado y dejar que los niños jugaran en la playa.

No obstante, nunca le permitieron salir con Will, tal vez porque Wanjon lo consideraba demasiado arriesgado. La única ocasión en que vio a su marido fue en el patio del castillo, y sus continuas disculpas sólo sirvieron para disgustarla aún más. Marginado por sus compañeros, en especial por James Martin, Jamie Cox y Samuel Bird, en el pasado sus mejores amigos, se había convertido en un hombre retraído y con tendencia a manifestar unos arrebatos exageradamente emotivos y, a menudo, sin sentido. Asustaba a los niños con sus desmedidos abrazos, y cuando Charlotte escapaba de él o Emmanuel se escondía bajo las faldas de Mary, Will rompía a llorar como un crío. Le decía a Mary que siempre la había amado y suplicaba su perdón. Ella, ya harta, le respondía que lo había perdonado, pero en el fondo estaba convencida de que nunca podría hacerlo. A menudo lamentaba no ser capaz de ignorarlo como hacían los demás, pero la conmiseración siempre acababa por vencerla.

No les comunicaron que iban a zarpar en el *Rembang* hasta unos días antes. Durante sus paseos fuera del castillo Mary había conocido a un par de personas que hablaban algo de inglés, y recibió la noticia con consternación.

No tardó en conocer la aterradora reputación del capitán Edwards. Corría el rumor de que la celda que había mandado instalar en la cubierta del *Pandora*, y en la que habían muerto cuatro amotinados, era una de sus prácticas habituales. Al parecer, también había mandado levantarla en el *Rembang*. No se requería una gran imaginación para darse cuenta de que aquella estructura, sin ojos de buey ni escotillas y sólo unos pocos agujeros en el techo, era otra versión de la celda. Y ése era el lugar en el que el capitán Edwards quería encerrarla junto con los hombres.

También le habían contado que Wanjon había pedido al capitán Edwards que liquidara las muchas facturas de comida, alojamiento y ropa que había firmado Will. Edwards se había negado y Wanjon le había respondido que no le proporcionaría provisiones para la travesía, que iba a ser de un mes, a menos que saldara la deuda. Mary sabía que eso significaba que Edwards les

guardaría rencor desde el principio.

En definitiva, Mary comprendió que el viaje a Batavia iba a ser como regresar al buque prisión de Inglaterra, sin apenas comida, a oscuras y encadenada. Y acertó de pleno. La cubierta fue dividida en tres partes: la proa para los convictos, la central para la tripulación del *Pandora* y la de popa para los amotinados. Sin embargo, más aterradores que la oscuridad eran los largos postes fijados al suelo, a los que se sujetaban los grilletes de los tobillos para impedir que se movieran.

Mary lanzó una última mirada al puerto antes de que la encerraran en la nueva celda. No había dejado de llover en toda la noche, y la ciudad entera refulgía bajo el sol. Vio a las mujeres del poblado con sus bebés en brazos que se despedían de ella desde el muelle, donde se encontraban los puestos rebosantes de fruta y verduras. Los pescadores llevaban grandes cestas de pescado fresco, y el joven con el que había intentado hablar en tantas ocasiones, que empujaba un pequeño carro lleno de cocos, la llamó por su nombre. El olor del sándalo impregnaba el aire como una nube invisible y aromática, y a Mary se le anegaron los ojos en lágrimas cuando se despidió de aquel lugar que tanto había llegado a amar.

—¿Por qué te ha hecho esto, mamá? —preguntó Charlotte cuando uno de los tripulantes le puso los grilletes en los tobillos—. ¿Cómo vas a caminar ahora?

Mary fue incapaz de responder, abrumada como estaba por la imposibilidad de atender a sus hijos en aquellas condiciones. Sin embargo, las preguntas de Charlotte cesaron cuando cerraron la puerta con un fuerte golpe y los dejaron en la más absoluta oscuridad. La pequeña lanzó un grito estremecedor, tropezó con el poste y cayó en el regazo de Mary, sobre Emmanuel.

—El capitán ordenó preparar un camarote para los niños y para ti en popa —le explicó Jamie Cox—. Pero el cabrón de Edwards dijo que debíais permanecer aquí con nosotros. Quiere vengar su decepción por no haber atrapado a todos los amotinados del *Bounty*.

—Será un placer morir en la horca ante él —gruñó James Martin.

Tras una pausa, se dirigió a Will:

—Bueno, por fin tienes tu barco —le dijo en tono burlón—. ¿Te gusta tu camarote? ¿Qué se siente al tener a tu mujer y tus hijos contigo?

Día tras día, el tormento de aquella celda oscura fue empeorando. Cuando el sol brillaba con fuerza, hacía tanto calor que tenían la sensación de

estar asándose vivos. Cuando estallaba una tormenta, quedaban calados hasta los huesos. Les daban la comida y el agua imprescindibles para mantenerlos con vida, y les sujetaron los grilletes de tal modo que ni siquiera podían moverse para aliviarse. Mary imploró clemencia, aunque sólo fuera por Charlotte y Emmanuel, pero si alguien del barco oyó sus súplicas, no le hizo caso. En las raras ocasiones en que los carceleros abrían la puerta, vio que la mejora del estado de salud que habían experimentado los niños en Kupang se había desvanecido. Permanecían sentados y lloraban desconcertados, cubiertos de mugre, y al cabo de unos días Emmanuel contrajo fiebre.

Los hombres apenas hablaban, y Mary vio la gran angustia que reflejaban sus semblantes. Nat y Jamie gimoteaban en sueños, Bill maldecía y James, con los ojos brillándole en la oscuridad, parecía incapaz de conciliar el sueño. Sólo Sam Broome intentaba aparentar que todo iba a salir bien, pero Mary sabía que sólo lo hacía por el bien de los niños.

Poco después los alcanzó un ciclón que anegó la celda y estuvo a punto de ahogarlos. Mientras la embarcación cabeceaba, los truenos estallaban y los relámpagos iluminaban fugazmente los rostros aterrorizados de todos. Mary rezó para que el barco naufragara y pusiera fin a su sufrimiento.

Oyeron los gritos y las maldiciones de la tripulación del *Bounty* cuando intentaron ayudar a los hombres del *Rembang*. Más tarde Mary supo que muchos de los tripulantes holandeses se refugiaban bajo cubierta para jugar a cartas mientras los ingleses tenían que esforzarse para impedir que el barco acabara chocando contra los escollos.

Will también sucumbió a la fiebre y, presa del delirio, llamaba a su madre entre sollozos. Mary, inmóvil y con los niños en brazos, no podía hacer nada para ayudarlo. Jamie dejó a un lado la ira que sentía hacia su viejo amigo y le dio de beber, pero los demás hombres seguían mostrándose resentidos con Will.

—Deseo que mueras pensando en lo que nos has hecho —le gritó William Moreton en diversas ocasiones—. Espero que ardas en el infierno, cabrón.

El *Rembang* arribó a Batavia el 7 de noviembre tras sólo un mes de travesía, pero les pareció que había durado un año. Además de las pésimas condiciones en que los encadenaron y que empeoraron con el paso de los días, del hambre

y de la sed, permanecieron todo el viaje a oscuras, cegados. No sabían si habían pasado junto a otras islas o grandes masas de tierra, ni si navegaban en mar abierto. Perdieron el sentido del tiempo y del espacio.

Hamilton, el cirujano de a bordo, entró en la celda un instante. Se cubrió la nariz con un pañuelo, y aun así fue incapaz de contener las arcadas. Apenas miró a los hombres, pero ordenó que trasladaran a Emmanuel al hospital, acompañado por Mary. Los demás convictos y amotinados fueron trasladados a un buque de guardia hasta que los llevaran a un barco con destino a Inglaterra.

–Charlotte debe venir conmigo –suplicó Mary, temerosa de que encarcelaran a su hija en otro barco, sin su protección–. Acabará enfermando si la abandono.

Hamilton era un hombre severo de barba tupida.

–Enfermará antes en el hospital –le advirtió–. A este lugar lo llaman el Gólgota de Europa, y el hospital es una pocilga. Pero si es lo que quieres, puedes llevarla contigo.

Mary no entendió a qué se refería, ya que estaba convencida de que Batavia sería como Kupang. Había oído decir que Batavia era el centro de operaciones de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales y la travesía había durado solamente un mes, lo que significaba que no podían haber ido muy lejos. Sin embargo, no tardó en descubrir la diferencia. Lo primero que vio al salir a cubierta fueron los cadáveres que flotaban en el agua, y Mary vomitó por la borda.

Kupang era uno de los destinos preferidos de los empleados de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. Era un lugar bullicioso y abarrotado de gente de todas las naciones, pero el aire era limpio y vigorizante; la selva, las montañas y las playas, idílicas, y el clima, perfecto.

Sin embargo, en Batavia reinaba un calor sofocante y muy húmedo. Los holandeses habían construido unos canales que atravesaban la ciudad, y las aguas estancadas y pútridas eran el caldo de cultivo ideal para propagar las enfermedades que mataban a los europeos como moscas. Mary vio que la tripulación se mostraba reacia a desembarcar, señal de que aquél no era un buen lugar. Uno de los marineros ingleses que ya había estado allí en ocasiones anteriores se lamentó de que incluso la tripulación más sana quedara diezmada por la fiebre al cabo de unas semanas.

Cuando los guardas acompañaron a tierra firme a Mary, seguida de

Charlotte y con Emmanuel en brazos, lanzó una última mirada a sus amigos y se le anegaron los ojos en lágrimas.

Todos tenían un aspecto demacrado y mugriento. A pesar de lo sucio que lo llevaba, el único toque de color del grupo era el pelo rojo de Samuel Bird. Nat Lilly y Jamie Cox, los menos corpulentos, parecían dos chicos. Bill Allen intentaba hacerse el duro, y James Martin se frotaba los ojos con los puños. Sam Broome y William Moreton se apoyaban el uno en el otro. Y luego estaba Will, de pie, al margen de los demás, balanceándose de un lado a otro presa de la fiebre.

A Mary se le cayó el alma a los pies. Todos parecían tan enfermos que creyó que no volvería a verlos jamás. Cuando los guardas se la llevaron, se desmoralizó aún más: las hordas ingentes de nativos de piel morena que deambulaban en torno a ellos tenían el mismo aspecto enfermizo.

Entonces le vinieron a la mente las palabras del cirujano. En lugar de casas elegantes, en Batavia no había más que rudimentarias chabolas. El bochorno, la repugnancia de los olores y las moscas que la bombardeaban le provocaron náuseas y el pánico por el bienestar de sus hijos se apoderó de ella.

La primera impresión que recibió al ver el hospital de dos pisos fue que los albañiles lo habían dejado a medio construir. Había unas cuantas ventanas con persianas, pero el resto eran únicamente agujeros. En el jardín delantero ardía una hoguera hedionda, y había al menos cien personas sentadas o recostadas en el exterior. La mayoría llevaban vendajes mugrientos y manchados de sangre en la cabeza o las extremidades; los más débiles, incapaces de espantarlas, se habían convertido en el objetivo de las moscas, y sus gruñidos y gemidos eran estremecedores. Charlotte se aferró al vestido de su madre, gimoteando aterrorizada. Los guardas empujaron a Mary para que entrara, una señal que sugería que la gente que había fuera se encontraba en mejor estado que la de dentro.

El olor del interior hizo retroceder a Mary, horrorizada. Era espantosamente nauseabundo, y tan intenso que apenas podía respirar. Supo entonces que sólo un milagro podría salvar a Emmanuel. Ya en el barco el pequeño había dejado de llorar y yacía inerte en sus brazos, mirándola fijamente. Mary había intentado obligarlo a beber, pero su hijo era incapaz de ingerir nada. Tan pronto ardía de tal manera que podría haber freído un huevo en su frente, como se estremecía violentamente de frío.

Una monja mayor vestida con un delantal mugriento sobre el hábito blanco se acercó a ella. Los guardas le dijeron algo en holandés. La anciana miró a Emmanuel, chasqueó la lengua y le indicó a Mary que la siguiera.

Mary y los niños atravesaron diversas salas. En cada una de ellas había treinta o cuarenta pacientes adultos tumbados sobre esteras, pero a ellos los condujeron hasta una habitación situada en el extremo del hospital ocupada solamente por bebés y niños a los que atendían sus madres.

La monja se marchó después de señalarle dónde se encontraban las esteras, las palanganas y los cubos. No le dijo dónde estaba el agua, si la atendería un médico ni dónde podía conseguir comida.

Mary puso dos esteras en un rincón, dejó a Emmanuel en una, sentó a Charlotte junto a su hermano y le dijo que no se moviera. Entonces cogió un cubo y le preguntó a la mujer que tenía más cerca, mediante signos, dónde podía encontrar agua.

Al caer la noche Mary se echó con los niños. Había conseguido agua en un pozo que había fuera y les había limpiado toda la suciedad acumulada en la travesía. También encontró una cocina mugrienta en la que le darían una ración diaria de arroz. Si quería algo más, no le quedaba más remedio que comprárselo a una nativa de aspecto imponente que dirigía la cocina, o traerlo del exterior.

Oyó el familiar sonido de las ratas correteando a su alrededor, a pesar de los gemidos y gritos de los más enfermos, y abrazó a Charlotte y a Emmanuel con un gesto protector. Su último pensamiento antes de caer rendida fue preguntarse cómo conseguían agua y comida los pacientes sin amigos o familiares, y si había algún médico que se acercara alguna vez al hospital.

Al día siguiente, obtuvo las respuestas a sus preguntas observando y comunicándose mediante signos con otras madres. Había un médico que acudía de visita de vez en cuando, pero sólo atendía a los que tenían dinero. Un puñado de monjas holandesas hacían lo que podían, pero se veían desbordadas por el gran número de enfermos y su labor era tan infructuosa como intentar drenar un lago con un dedal.

Mary no tardó en darse cuenta que aquel lugar era, más que un hospital, un lazareto. Los holandeses enviaban a los enfermos allí en un intento por contener la infección. Los pacientes que había en el patio tenían alguna herida, no una enfermedad, y a menudo debían esperar hasta una semana para que los examinaran. La mayoría de los enfermos que ocupaban las salas interiores

morían sin que nadie les dirigiera la palabra, sin recibir ningún tipo de asistencia médica, y muy pocos lograban recuperarse. Las madres se encargaban de mantener la sala infantil en unas condiciones higiénicas razonables, pero el estado de las salas para adultos era auténticamente atroz. Los suelos de madera tosca estaban cubiertos de vómitos y excrementos, y las paredes, manchadas de sangre y pus. Nadie hacía caso de los gritos y los delirios de los pacientes.

Al tercer día Mary vendió su vestido rosa para comprar sopa y leche para Emmanuel y para que las cocineras añadieran un poco de carne y verduras al arroz que comían Charlotte y ella. Pensó en la posibilidad de huir, en escabullirse y mezclarse con la multitud de fuera, pero se veía incapaz de someter a su hijo al calor bochornoso del exterior. Al menos, en el hospital estaban frescos y tenían suficiente agua. Tenía que conseguir que sus últimos días de vida fueran lo más cómodos posible.

El aspecto más duro de su situación era el aislamiento. En Batavia había tantas nacionalidades como en Kupang, pero aún no había conocido a nadie que hablara inglés. No tenía a quien acudir. Los niños moribundos eran una triste realidad de la vida en el hospital y ni siquiera el aspecto etéreo de Emmanuel había despertado la compasión de nadie. Mary lo bañaba con agua para refrescarlo, lo envolvía con mantas cuando temblaba y lo obligaba a tragar agua gota a gota, pero el pequeño estaba más débil cada día que pasaba.

Necesitaba desesperadamente compartir con alguien la angustia que le provocaba el estado de su hijo. La aterraba pensar en lo que le sucedería a Charlotte si también Mary contraía la fiebre. El hospital no era un lugar adecuado para una niña sana, y la pobrecilla se veía obligada a presenciar a diario escenas que harían palidecer a un adulto. Era injusto que tuviera que pasar el día rodeada de niños enfermos. En muchos sentidos, aquella situación era peor que estar a bordo del *Rembang*; allí, al menos, tenía a los hombres para que le contaran cuentos y le cantaran para distraerla.

En ocasiones Mary creía que iba a volverse loca con el ruido, los olores, el calor y la suciedad. Se preguntaba qué haría cuando se le acabara el dinero que había obtenido por vender el vestido rosa. Sólo podía culpar a Will y prometerse a sí misma que lo mataría cuando saliera de allí.

Hacia finales de noviembre, una de las monjas que sabía unas cuantas palabras en inglés le comunicó que habían trasladado a Will al hospital. Aunque hubiera querido ir a verlo no habría podido, pues Emmanuel se

encontraba muy débil. Se había visto obligada a pagar a otra de las madres para que fuera a buscarle el arroz y el agua porque no se atrevía a apartarse del lado de su hijo.

El 1 de diciembre, Emmanuel murió en los brazos de Mary. Lo estaba meciendo y cantándole una nana cuando simplemente dejó de respirar.

–¿Qué pasa, mamá? –preguntó Charlotte con un susurro cuando vio que su madre empezaba a llorar.

–Se ha ido –fue lo único que pudo decir Mary con la voz quebrada–. Se ha ido a vivir con los ángeles.

Esperaba aquel desenlace, y Mary creía que estaba preparada. Día tras día, había visto cómo su hijo se iba consumiendo hasta quedar en los huesos. Sin embargo, a pesar de lo enfermo que estaba, la agarró con sus deditos hasta el último momento. Ahora, de repente, esos mismos dedos estaban fríos e inmóviles, y Mary sólo quería mitigar su dolor gritando.

Emmanuel no había llegado a cumplir dos años, pero ese tiempo le había proporcionado una alegría y una esperanza infinitas. Su breve vida había quedado injustamente ensombrecida por el sufrimiento y había muerto en un lugar tan feo y sucio como aquél.

Una de las monjas se llevó el cuerpo del niño para trasladarlo a la fosa común que compartiría con los que habían muerto ese mismo día. Mary creía que volverían a buscarla cuando empezara el funeral, pero una monja le dijo después que no habría oficio religioso. Moría tanta gente que no podían honrar a las víctimas con las exequias.

Al día siguiente, Mary envió a Charlotte al jardín y le dijo que se quedara allí hasta que volviera. La ira se había apoderado de ella y quería encontrar a Will para decirle, antes de regresar al buque de guardia, que lo consideraba responsable de la muerte de su único hijo.

Lo halló en una sala situada en el otro extremo del hospital. El olor que provenía de aquel lugar era tan nauseabundo que tuvo que cubrirse la nariz y la boca cuando asomó la cabeza. Había al menos cincuenta hombres, muchos más que en otras salas que había visto, prácticamente amontonados entre vómitos y heces. Los gemidos y las arcadas eran tan sonoros que Mary estuvo a punto de dar media vuelta, pero entonces localizó a Will. Era el único que no estaba

tumbado.

Era casi un esqueleto, estaba hecho un ovillo en un rincón y sólo vestía unos calzones. Llevaba el pelo y la barba apelmazados y cubiertos de mugre, y sus ojos, otrora de un azul intenso, parecían cubiertos por un tenue velo y estaban enrojecidos por la fiebre. Tenía veintinueve años, pero parecía un anciano.

Mary se había dicho a sí misma que estallaría en carcajadas si descubría que su marido era un moribundo y que lo hostigaría hasta el final por lo que le había hecho. Sin embargo, ahora que se encontraba ante él, se preguntó por qué no se alegraba de hallarlo en un estado tan lamentable.

Le vino a la memoria el recuerdo del día en que Will la llevó en brazos para lavarla en el mar tras dar a luz a Emmanuel. Había sido muy bueno y cariñoso con ella, y había logrado que por un momento olvidara su condición de convicta. Ese día, y muchos otros, se había sentido como cualquier esposa y madre de su pueblo natal.

A Mary no le había costado nada convencerse de que Will era una mala persona. Se había obligado a sí misma a olvidar que la había salvado de ser violada, que se había casado con ella para protegerla y que gracias a su esfuerzo y a sus dotes como pescador no había muerto de hambre. A menudo le había dado parte de su cena a Charlotte fingiendo que no tenía hambre. Ella se había sentido orgullosa de ser su mujer, y a pesar de que Will había amenazado en varias ocasiones con enrolarse en el primer barco de regreso a Inglaterra, nunca lo había hecho.

De repente, Mary supo que debía cuidar de él. Tal vez no podría perdonarlo sinceramente, pero no merecía morir como un perro abandonado, sin una palabra de consuelo, por todo lo que habían significado el uno para el otro en el pasado.

Mary se abrió paso entre la mugre y los cuerpos para llegar hasta su rincón.

—Soy yo, Will —dijo en voz baja al llegar junto a él.

Le horrorizó que un hombre tan grande y fuerte como su esposo pudiera acabar en aquel estado. Le recordaba las condiciones en que habían desembarcado los presos de la segunda flota que viajaban a bordo del *Scarborough*.

—¡Mary! —dijo Will con voz débil, intentando levantar la cabeza—. ¿Eres tú de verdad?

–Sí, soy yo –dijo ella, inclinándose sobre él–. He venido a cuidar de ti. Primero voy a buscarte un poco de agua y luego te llevaré a una sala que no esté tan sucia ni abarrotada.

Will la cogió de la mano.

–¿Cómo está Emmanuel?

Le conmovió que su primer pensamiento fuera para su hijo.

–Murió ayer –le anunció bruscamente.

–Oh, no –gruñó Will, agarrándola de la mano con más fuerza–. Soy el único culpable.

Una parte de su ser quería asentir para mitigar su dolor a través del resentimiento y, sin embargo, se sintió aliviada de tener alguien con quien compartir el dolor.

–No –susurró Mary–. Fue la crueldad del capitán Edwards, este lugar hediondo y la mala suerte.

Will abrió los ojos y las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

–¿Cómo puedes decir eso después del modo en que te he tratado?

Mary se vio incapaz de responder a esa pregunta.

–Voy a buscar un poco de agua –se limitó a contestar.

–¡Charlotte! ¿Dónde está? –preguntó Will, angustiado.

–Está bien. Le he dicho que espere fuera mientras venía a verte.

–Gracias a Dios –dijo Will y se santiguó.

Mary lo ayudó a beber agua, lo acompañó a una sala más limpia y luego lo lavó. Ver su cuerpo antes fuerte y robusto consumido por la fiebre fue una experiencia horrible. Después Mary abordó a una monja e insistió en que le diera una camisa limpia para que su marido pudiera recuperar al menos un poco de dignidad.

Mary sabía que Will iba a morir. En las tres semanas que llevaba en el hospital había aprendido a interpretar las señales; sin embargo, a él le dijo que mejoraría, le acarició la frente hasta que se quedó dormido y luego salió a buscar a Charlotte.

Al llegar al pozo que había en el patio, se detuvo, de pronto consciente de que era el momento perfecto para huir, antes de que informaran al capitán Edwards de la muerte de Emmanuel y de que éste enviara a los guardas a

buscarla. Podía vender sus botas, comprar provisiones y refugiarse en la selva con Charlotte. Si había trabado amistad con los nativos de Kupang, podía hacer lo mismo en Batavia. Tal vez dentro de unos meses, bajo un nombre falso y con una historia plausible, podría subir a un barco y huir de allí.

Mary se dirigió hacia Charlotte, que estaba sentada en el suelo haciendo pastelitos de barro con la tierra húmeda. Estaba sucia, delgada, pálida y se movía con apatía. En Kupang nunca se había comportado de ese modo, y a Mary le dolía ver las secuelas que le había dejado el encierro durante la travesía: otro buen motivo para huir mientras pudieran hacerlo.

–¿Has visto al hombre? –preguntó Charlotte, alzando la mirada.

La pregunta cogió a Mary desprevenida. Lo único que le había dicho cuando le pidió que se quedara allí fue que «tenía que ver a un hombre». Si Charlotte hubiera sabido a quién se refería, también habría querido ir a verlo. Le había preguntado, en ocasiones varias veces al día, cuándo volverían a ver a papá.

Will siempre había tratado a Charlotte como si fuera su propia hija. Cuando nació Emmanuel nunca hizo distinciones entre ambos, y jamás utilizó el origen de la niña como arma cuando discutían. Will quería a Charlotte, algo que había quedado patente cuando, a pesar de su debilidad, le había preguntado por ella.

Así que, ¿cómo iba a abandonar Mary a ese hombre y dejar que muriera solo?

Bajó el cubo al pozo, lo llenó y volvió a sacarlo.

–Deja que te lave –dijo, sacándose un trapo del bolsillo–. Vamos a ver a papá.

El calor parecía aumentar cada día que pasaba y Will estaba más y más débil. Mary vendió las botas para comprar comida para los tres, pero su marido sólo era capaz de tomar un par de cucharadas antes de volver a caer dormido.

Cuando estaba despierto permanecía inmóvil, mirando a Mary, del mismo modo en que lo había hecho Emmanuel. El mero hecho de hablar le suponía un esfuerzo enorme, pero siempre sonreía cuando Mary le contaba anécdotas de sus vecinos de Fowey, le describía el puerto y a sus trabajadores y le repetía las historias de contrabando que había oído contar a su padre.

Cada día morían al menos dos personas de la sala, pero el hueco que dejaban era ocupado de inmediato. Cuando Will dormía, Mary lavaba a los otros enfermos y les daba agua. No le importaba que fueran nativos, chinos u holandeses; todos tenían la misma expresión lastimera en los ojos, y no estaban solos cuando exhalaban el último aliento.

Las monjas miraban a Mary como si estuviera loca. Sin embargo, de vez en cuando le llevaban un huevo o una pieza de fruta a Charlotte, lo que parecía indicar que también sentían compasión por la convicta inglesa que ponía en riesgo su salud permaneciendo en un agujero infecto como aquél para cuidar de su marido.

—¿Ya es Navidad? —preguntó Will un día cuando empezaba a ponerse el sol.

—Faltan tres días —respondió Mary.

—Mi madre siempre hacía pudín de Navidad —dijo Will.

Mary sonrió al imaginar a su propia madre mezclando los ingredientes en un gran cuenco en la mesa de la cocina.

—Y la mía —dijo ella.

—Nos decía que pidiéramos un deseo mientras lo preparábamos —dijo Will con apenas un susurro—. Si me concedieran uno ahora, desearía haberte dicho que me casé contigo porque te quería.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Mary y deseó poder creerlo.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Will.

Tenía los ojos rojos y hundidos debido a la fiebre, aparentaba más años de los que tenía y estaba demacrado. No recordaba en nada al hombre fuerte y atractivo con el que se había casado.

—Me enamoré de ti en el *Dunkirk*. Aunque me hubieran ofrecido a las mujeres más bellas de Inglaterra, te habría elegido a ti.

A Mary empezaron a correrle las lágrimas. Si era cierto, ¿por qué no se lo había dicho antes?

—Soy un estúpido —dijo Will entre suspiros, como si supiera lo que estaba pensando ella—. Creía que, si te lo decía, no me valorarías. Por eso te amenazaba también con embarcar en la primera nave que zarpara con rumbo a Inglaterra. Quería que me dijeras que no podías vivir sin mí.

—Oh, Will —suspiró Mary.

Cogió la mano de su marido y se la besó. Ahora sabía que era cierto. Will no quería morir con una mentira en su conciencia.

Hablar le suponía un esfuerzo enorme, y entonces perdió el conocimiento. Mary se tumbó a su lado y se agarró de su mano, pensando en lo que le había dicho.

Cuando era niña siempre había imaginado que aquello que la gente llamaba «amor» era como el golpe de una manzana madura en la cabeza. El deseo salvaje que sentía por Tench confirmaba esa idea. Sin embargo, ¿era de verdad amor? ¿Acaso no era más probable que sintiera todo aquello por Tench porque era un hombre amable y se había preocupado por ella en un momento en que necesitaba huir de la dura realidad? ¿Habría seguido sintiendo esa pasión por él si hubieran podido vivir juntos para siempre?

Las circunstancias que la llevaron a casarse con Will no eran en absoluto románticas. Sin embargo, a pesar de su convencimiento de que se trataba de un matrimonio de conveniencia, habían hecho el amor de forma apasionada, habían tenido una relación cálida y cómoda, habían hablado de todo y se habían reído. Se habían convertido en amigos.

Mary creía que los más inteligentes definirían aquello como amor.

Los primeros rayos de luz se filtraban por la ventana cuando Mary notó que Will se revolvió. Le tocó la frente, notó que volvía a arder y, sin embargo, también temblaba.

–Estoy aquí –le susurró.

Mary se incorporó y cogió el paño y el cubo de agua para refrescarlo.

–Siento mucho todo lo que te he hecho –dijo con la voz entrecortada.

–No te preocupes –le aseguró ella.

Le puso el paño en la frente y le acarició el pelo.

–Te he perdonado.

De repente, Mary supo que era cierto. Al igual que el amor, el perdón se había apoderado de ella sin darse cuenta.

–No permitas que le pase nada a Charlotte –logró decir Will con gran dificultad.

Mary comprendió que se acercaba el fin.

–Me casé contigo porque te quería –dijo ella, y besó los labios agrietados de Will–. Sigo amándote y no quiero vivir sin ti.

Will volvió a perder el conocimiento y no supo si había llegado a oír las

palabras que siempre había querido escuchar de su boca. Mary permaneció junto a él, cogiéndole la mano, con la cabeza tan cerca de su corazón que notó cuándo dejaba de latir al cabo de un par de horas.

## Capítulo dieciséis

Habían transcurrido casi cuatro meses desde la muerte de Emmanuel y Will en Batavia, cuando el *Horsssen*, un barco holandés, arribó a Ciudad del Cabo con Mary y Charlotte a bordo.

—Creo que ése es el barco que nos llevará a casa, Mary —dijo Jim Cartwright sin volverse mientras señalaba hacia el puerto—. ¡Ven y mira! Ver uno de los barcos de Su Majestad te alegrará.

Mary esbozó una débil sonrisa. Jim era uno de tripulantes que se habían salvado del naufragio del *Pandora*. En las últimas semanas del viaje, cuando Charlotte y ella habían contraído la fiebre, Jim siempre había intentado levantarle el ánimo. En ocasiones le había llevado frutas o frutos secos, pero la mayoría de las veces lo había probado con bromas o dándole charla. Mary le estaba muy agradecida, pero era tan grande la preocupación por la salud de su hija que a menudo le costaba reaccionar.

Mary dejó a Charlotte tumbada en una estera en cubierta y se acercó a la barandilla. Se alegraba de ver otra vez Ciudad del Cabo, de la que guardaba el buen recuerdo del bautizo de su hija. Por aquel entonces estaba llena de esperanza y consideraba una aventura, más que un castigo, la posibilidad de convertirse en una pionera en Nueva Gales del Sur.

Pero su sed de aventuras no tardó en apagarse. Ahora lo único que esperaba era que Charlotte se recuperase y que la trataran con amabilidad en el último tramo de la travesía de vuelta a casa.

Sin embargo, a pesar de sus malas experiencias no podía evitar sentir cierta emoción al ver un barco de bandera inglesa. El *Gorgon* era una embarcación elegante, con una cubierta tan limpia que parecía blanca, los cabos recogidos de forma ordenada y el latón refulgente bajo los rayos del sol. Le recordó otros barcos similares que había admirado en Plymouth; los buques extranjeros nunca le parecían tan magníficos y relucientes. Con la montaña de la Mesa como telón de fondo, no se le ocurría una vista más hermosa. Sin

embargo, por espléndido que fuera el *Gorgon*, existían muchas probabilidades de que en él tuviera que soportar las mismas penurias que había experimentado en el trayecto de ida.

Mary pudo asistir al funeral de Will en fosa común y escuchó con atención la plegaria que rezaron por él, a pesar de que la ceremonia se ofició en holandés. Cuando estaba recogiendo sus últimas pertenencias y pensando de nuevo en huir, aparecieron los guardas. Le pusieron los grilletes en el mismo hospital y la llevaron junto con Charlotte al buque de guardia en el que permanecían recluidos sus compañeros.

El dolor de Mary por la muerte de Emmanuel, que había contenido mientras cuidaba de Will, estalló en cuanto la encerraron. James y los demás lamentaban profundamente la pérdida del pequeño, pero no sentían ni un atisbo de compasión por Will. El hecho de estar encarcelada con ellos, en un entorno sofocante, durante casi un mes, obligada a pasar el día con sólo dos pintas de agua y a escuchar cómo culpaban una y otra vez a Will de su situación, fue insoportable. Se deprimió tanto que en algunos momentos habría preferido estar muerta.

Cuando supo que Charlotte y ella iban a embarcar en el *Horssen* en Ciudad del Cabo junto con la tripulación del *Pandora*, se animó un poco. James y los demás hombres, además del capitán Edwards y los amotinados del *Bounty*, tomarían el *Hoornwey*. A pesar del estrecho vínculo que la unía con sus amigos, no pudo evitar cierta sensación de alivio al saber que por fin Charlotte y ella estarían juntas y solas, lejos del resentimiento que atenazaba a aquellos hombres.

Sin embargo, la fiebre había llegado a los barcos al tiempo que las provisiones para la travesía, y no hacía distinción entre prisioneros, tripulantes, oficiales, sus esposas e hijos. Mary oía casi a diario que otro hombre, mujer o niño había fallecido. Al cabo de poco Charlotte y ella también enfermaron.

Por suerte para Mary, el capitán del *Horssen* era un hombre con corazón y lo bastante valiente para desafiar las órdenes del capitán Edwards, que pretendía que todos los prisioneros permanecieran encadenados en la bodega durante la travesía. Cuando supo que ambas estaban enfermas, ordenó que quitaran las cadenas a Mary para cuidar de su hija.

Fue entonces, conmovida por ese gesto de bondad, cuando Mary empezó a preocuparse por el bienestar de sus amigos en el otro barco. En el buque de

guardia todos tenían muy mal aspecto y era increíble que, después de pasar tantas semanas en la bodega en condiciones nauseabundas, ninguno de ellos hubiera sucumbido a la fiebre. Mary sabía que el capitán Edwards no mostraría compasión por ellos, y temía que no todos llegaran a ver Ciudad del Cabo.

–Volverás a casa con tus amigos –le dijo Jim con tono alegre–. Venga, ánimo un poco y enséñame esa sonrisa tan bonita que tienes.

Mary se preguntó qué debía de tener en la cabeza aquel retaco pelirrojo, ya que por muy buena que fuera la intención de sus palabras, no parecía comprender la gravedad de la situación. Charlotte había contraído la fiebre e iban a enviarlas de vuelta a Inglaterra, donde Mary acabaría en la horca y Charlotte en un orfanato. ¿De verdad creía que debía afrontar alegremente el último tramo de la travesía?

–¿Eres siempre tan optimista? –le preguntó ella, con la esperanza de que no percibiera el deje de sarcasmo en su voz.

–Jim el Dichoso, así me llamaba mi madre –respondió el marinero entre risas, tomándose el comentario de Mary como un cumplido–. Será mejor que recojas tus cosas, pues creo que pronto subiremos a bordo del *Gorgon*.

Mary podría haber tardado menos de un segundo en recoger sus pertenencias, pero se lo tomó con calma y examinó cada uno de los objetos, a pesar de que no tenían ningún valor. Un vestido azul de algodón que le habían regalado en Kupang. El pedazo de tela de colores brillantes con el que pensaba confeccionar otro vestido para Charlotte, pero que al final había utilizado para envolver a Emmanuel en el hospital. Se lo acercó a la cara con la esperanza de que aún conservara el olor del pequeño; sin embargo, había desaparecido al igual que su hijo, y los colores se habían desteñido después de lavarlo tantas veces. Conservaba también una sarta de cuentas azules de madera que James Martin le había regalado en Kupang. Un mechón del pelo rubio de Emmanuel, envuelto en un trozo de papel marrón. La manta que Watkin Tench le había regalado en aquel mismo lugar, en Ciudad del Cabo, para arropar a Charlotte.

Por aquel entonces era blanca y suave; ahora, el tiempo la había teñido de un color pardo y estaba tan gastada que parecía una telaraña, pero el mero hecho de tenerla en las manos desenterró muchos recuerdos de ambos bebés.

Mary guardaba también un par de conchas de la playa de Kupang, y en último lugar la bolsita en la que había metido las hojas de té dulce que había podido recoger antes de huir de la colonia.

No sabía por qué no se había deshecho de ellas durante todo ese tiempo. Ahora estaban marchitas y dudaba que tuvieran algún sabor, pero le traían muy buenos recuerdos y no podía tirarlas. Se veía a sí misma sentada junto a la hoguera con Will, frente a la cabaña, tomando el té mientras hacían planes de futuro. Ese té los había ayudado a mantener el hambre a raya, les había proporcionado calor cuando tenían frío, y les había servido de consuelo cuando todo se volvía negro.

Al final decidió ponerse el vestido azul; a pesar de que estaba muy gastado, también estaba limpio. Lo había llevado todos los días durante su estancia en el hospital de Batavia. Habría preferido no tener que desprenderse del vestido rosa y de las elegantes botas, ni del chal y el bonete que le habrían permitido tomar el nuevo barco con ánimos renovados. Pero si no los hubiera vendido, tal vez no estaría viva.

Charlotte tenía aún menos pertenencias, sólo una camisita y el vestido de colores vivos, que ahora se había desteñido en tonos pastel y que empezaba a descoserse. En el hospital había dejado de quejarse por tener que llevar el vestido gris. Mary cayó en la cuenta de que su hija no se había lamentado de nada desde entonces: ni de la falta de comida y agua, ni de la fiebre.

Mary la miró. Estaba tumbada en el banco donde dormían, hecha un ovillo como un perrito, con las manos colocadas a modo de almohada y parecía muy angustiada. Pálida y demacrada, estaba tan delgada que daba lástima.

—Todo irá mejor en el nuevo barco —le dijo Mary, apartándole los rizos negros de la cara—. Enseguida te pondrás bien.

Charlotte se limitó a lanzar un suspiro de incredulidad. A Mary le dolió más que si le hubiera contestado de malas maneras.

Jim Cartwright tenía razón sobre el barco que iba a llevarlos de vuelta a casa, pero erró la fecha de la partida. Permanecieron anclados durante otras dos semanas. La tripulación bajó a tierra, pero Mary no pudo desembarcar. Aunque no volvieron a ponerle las cadenas, la encerraron en la bodega con

Charlotte y les negaron la posibilidad de subir a cubierta un par de horas al día para disfrutar del aire fresco y desentumecerse.

Charlotte estaba más débil cada día, le subía la fiebre y lo único que Mary podía hacer era bañarla, intentar que bebiera algo de agua y maldecir el sistema que permitía que una niña inocente padeciera semejante atrocidad.

Mary tropezó al subir por la plancha del *Gorgon*, con Charlotte apenas consciente en brazos, demasiado débil para reaccionar siquiera al oír voces inglesas.

Jim le había dicho que el *Gorgon* procedía de Port Jackson y que el barco venía cargado de plantas, arbustos, pieles de animales e incluso un par de canguros. El joven marinero se moría de ganas de ver todas aquellas maravillas. Sin embargo, Mary tenía más interés en reunirse con sus compañeros desertores, tal y como los llamaban ahora, que en saber si habría algún conocido más a bordo.

La fiebre y el calor la mareaban. Los gritos, los golpes, los chirridos y el bullicio atronaban en sus oídos y sufría un dolor insoportable en las extremidades. El brillo del resplandor del sol en el agua le hería la vista, y los olores de las especias, el pescado y el sudor humano le provocaban náuseas.

La sensación de mareo empeoró aún más cuando pisó la cubierta, abarrotada de gente y cajas. Se sentía como si tuviera las piernas de goma y temía no poder sostener a Charlotte entre sus brazos, por lo que al final se detuvo, se apoyó en una caja y cerró los ojos un instante para recuperar el equilibrio. Entonces oyó que alguien la llamaba.

La voz le era muy familiar y, sin embargo, en aquel estado de aturdimiento que la atenazaba no lograba reconocerla. Abrió los ojos, pero lo veía todo borroso.

—¿Estás enferma, Mary? —oyó que le preguntaba una voz que le pareció muy lejana—. Deja que me encargue yo de Charlotte.

Cuando volvió a abrir los ojos y vio que se encontraba tumbada en cubierta y alguien le humedecía la frente con un paño, supuso que se había desmayado.

—¡Charlotte! —gritó alarmada, intentando incorporarse.

—Tranquila, ya se están ocupando de ella —dijo un hombre—. Toma, bebe

esto.

Era ron. A juzgar por sus pantalones y su camisa blanca, el hombre que se lo ofrecía debía de ser un marinero. Tenía el pelo rubio y rizado y la cara cubierta de ampollas por el sol. Mary se encontraba a la sombra y parecía haber recuperado la vista.

–¿Quién fue el hombre que habló conmigo y que cogió a Charlotte?

–Debió de ser el capitán Tench –respondió el hombre.

–¡Tench! –exclamó ella–. ¿Watkin Tench?

–Así es, preciosa –dijo el desconocido con una sonrisa de oreja a oreja–.

Y supongo que tú eres el motivo de su inquietud desde que supimos que ibas a zarpar con nosotros.

Mary se encontraba en un camastro y Charlotte dormía a su lado. Estaba desconcertada, incapaz de decidir si estaba soñando o acostada en un camarote.

El camarote parecía real, a pesar de que era muy pequeño y sólo había espacio para el camastro, una especie de lavamanos y un par de ganchos para colgar la ropa. Su fardo se encontraba en el lavamanos, junto a una jarra de agua. A través del ojo de buey vio el muelle, con sus maderos cubiertos de lapas.

Si era un sueño, era uno maravilloso, pues le había parecido entender que el marinero le decía que Watkin Tench viajaba a bordo de ese mismo barco.

Aún notaba el sabor del ron en la boca y sabía que no lo había soñado, pero tal vez lo había bebido demasiado rápido. Lo sucedido después permanecía bajo un manto de bruma. ¿Era de verdad Tench uno de los dos hombres a los que había oído hablar junto a ella? Estaba segura de que uno de ellos había dicho: «Ya ha pasado suficientes penurias. Quiero que se aloje en un camarote con su hija. De ese modo tendrán, al menos, una mínima oportunidad de salir adelante».

Mary se incorporó un poco para mirar a Charlotte. Su respiración era fatigosa, tenía la piel caliente y seca, y estaba tan delgada que se le marcaban los huesos. No creía que su hija fuera a salir adelante. Tenía la misma mirada que Emmanuel, y Mary conocía demasiado bien los signos de la muerte inminente tras su estancia en el hospital de Batavia como para aferrarse a la

esperanza de que fuera una simple coincidencia.

Alguien llamó a la puerta y despertó a Mary.

–Adelante –dijo con voz débil, sorprendida de que uno de los tripulantes tratara a una convicta fugitiva con tanta deferencia.

La puerta se abrió para dejar paso a Watkin Tench, tal y como Mary lo recordaba: delgado, con el rostro enjuto y unos ojos oscuros que reflejaban una gran preocupación. A Mary se le anegaron los ojos en lágrimas. ¡No lo había soñado! Tench había regresado a su vida para rescatarla.

–¡Mary! –exclamó Tench acercándose a ella, sin cerrar la puerta–. No te imaginas la impresión que me causó saber que ibas a regresar a Inglaterra a bordo de este barco. Es una coincidencia de lo más extraordinaria.

Mary creía que era algo más que una coincidencia. Sólo Dios podía haber obrado ese milagro.

–Creía que soñaba cuando oí tu voz –admitió ella–. Entonces, me vi en este camarote.

–Agradéceselo al capitán Parker. Es un buen hombre, y cuando conoció las circunstancias y vio lo enfermas que estabais Charlotte y tú dio la orden de inmediato. El cirujano vendrá a veros pronto, y a pesar de que me gustaría mucho conocer hasta el último detalle de lo que os ha sucedido desde que nos vimos por última vez, debes descansar.

–¿Sabes que Emmanuel y Will murieron? –preguntó Mary.

Tench asintió con gesto serio.

–Lo siento mucho. Ojalá pudiera hallar las palabras adecuadas para consolarte tras sufrir esa tremenda pérdida.

La sinceridad de su voz hizo que Mary rompiera a llorar. En el pasado la había consolado por muy distintos motivos, y saber que volvía a tenerlo cerca cuando tanto necesitaba a un amigo era más de lo que podía asimilar.

–Siempre has sido muy buen amigo –dijo Mary entre sollozos–. Y aquí estás otra vez.

–Te eché mucho de menos cuando huisteis de Sydney –dijo Tench–. Aquello no era lo mismo sin ti. No te imaginas el escándalo que provocasteis.

Mary intentó controlarse y se secó las lágrimas.

–James, William y los demás, ¿también están aquí? –preguntó.

—James Martin, Bill Allen, Nat Lilly y Sam Broome.

El titubeo que percibió en la voz de Tench la alertó de que algo no marchaba bien.

—¿Y los otros tres? —preguntó.

Tench apartó la mirada un instante, como si tuviera miedo de admitir la verdad.

—Han muerto, ¿verdad?

Mary se dejó caer en la almohada, abatida.

—¿Por la fiebre?

Tench asintió.

—William Moreton y Samuel Bird murieron poco después de zarpar de Batavia —dijo, inclinándose para posar la mano en su brazo en un gesto de compasión—. Jamie Cox saltó por la borda en el estrecho de la Sonda. Quizás se propusiera escapar, pero es más probable que la fiebre lo hiciera enloquecer.

Mary miró a Tench horrorizada.

—¡Oh, no! —gimió—. ¡Jamie no!

Después de todo lo que había compartido con Will y con ella, Jamie se había convertido en un miembro más de la familia. En el *Dunkirk*, en el *Charlotte* y en Sydney había sido la sombra de Will. Siempre le había parecido un muchacho más que un hombre, incluso cuando empezó a compartir cabaña con Sarah. Tenía una dulce inocencia que lo distinguía de los demás prisioneros. Era horrible pensar que había puesto fin a su vida de aquel modo.

—Los otros cuatro están también enfermos —prosiguió Tench—, pero creo que no tardarán en recuperarse. James me contó los detalles de la huida, y que todos están en deuda contigo. Os envían sus mejores deseos a Charlotte y a ti.

Mary dirigió la mirada a Charlotte, que dormía junto a ella.

—No creo que viva para verlos, y menos aún para ver Inglaterra —susurró.

Tench no respondió, y cuando Mary volvió la cabeza para mirarlo, vio que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—El destino te ha tratado con una crueldad desmesurada —le dijo en voz baja—, y a pesar de todo siempre has actuado con una gran valentía. Creo que ha llegado el momento de trazar una línea. Ya has sufrido lo indecible.

—¿He oído bien? —preguntó—. ¿Ese marinero te ha llamado capitán?

Tench le acarició la mejilla.

—No deberías preocuparte por mí cuando tú lo estás pasando tan mal. Sí,

ahora soy el capitán Tench. Me alegro de que mi rango me conceda algunos privilegios, como la posibilidad de darte este camarote.

Entonces se marchó sin más, y Mary abrazó a Charlotte con fuerza y rompió a llorar. ¿Le preguntaría Tench por qué habían huido? ¿Lo entendería?

Había abandonado Nueva Gales del Sur junto con ocho hombres sanos y dos niños. Quizás a la sazón no conocía muy bien a algunos de los hombres, y con el tiempo había acabado tomándoles más cariño a unos que a otros. Sin embargo, se habían convertido en una familia, se habían mantenido unidos y habían llegado a Kupang. Pero ahora sólo quedaban cuatro: Nat el del rostro querúbico, James el gracioso, Sam el fiel y Bill el pugnaz. Charlotte estaba enferma de muerte, y los demás serían ahorcados.

Siempre se había sentido muy orgullosa de ser el cerebro de la fuga, pero, en realidad, los había conducido a todos a la muerte.

El *Gorgon* zarpó de Ciudad del Cabo el 5 de abril. Mary había abierto el ojo de buey y oyó los gritos de despedida del muelle, pero estaba lavando a Charlotte con agua fría y ni siquiera se asomó para mirar. Su único interés era lograr que su hija se recuperara.

Cuando el barco se hizo a la mar, Mary descubrió con agrado que la trataban con una amabilidad absoluta. Le llevaban agua y comida, el cirujano de a bordo iba a verlas a diario y podía salir a cubierta siempre que quisiera.

Además de Tench, Mary se encontró con muchas otras caras conocidas de convictos que habían estado en la colonia penal y que ahora regresaban a casa tras haber cumplido su condena. Entre ellos se encontraba el teniente Ralph Clark, el hipócrita que trataba a las convictas como si fueran escoria y que sin embargo tenía a una de ellas como concubina, y también docenas de marinos con sus esposas y familias.

Mary estaba demasiado abatida para conversar con ninguna de esas personas y averiguar cómo les había ido a antiguas amistades como Sarah y Bessie. Su situación no dejaba de resultarle irónica. Si se hubiera convertido en la amante de Tench o de algún otro oficial en lugar de casarse con Will, la habrían dejado atrás una vez llegado el momento de partir. No importaba qué decisión hubiera tomado: de un modo u otro, habría acabado enviudando.

Mary dudaba que Ralph Clark sintiera la más mínima compasión por ella

—cuando coincidía con él en cubierta el oficial siempre desviaba la mirada hacia otro lado—, pero el resto de los pasajeros la trataban con amabilidad. La esposa del capitán Parker fue a verla en una ocasión y le llevó un vestido a rayas verdes y blancas, y un camisón para Charlotte. Se mostró algo distante, pero Mary tampoco esperaba que una mujer de su categoría la tratara con gran cordialidad. Le bastaba con que hubiera superado su miedo a la fiebre para llevarle ropa.

Mary se recuperaba lentamente día a día, pero Charlotte no mostraba signos de mejora. Algunos días tomaba un poco de sopa o puré de frutas y permanecía despierta el tiempo suficiente para que Mary le cantara o le contara un cuento, pero otros sufría delirios y era incapaz de beber un sorbo de agua.

En las semanas posteriores el calor aumentó progresivamente, y el cirujano le dijo a Mary que los hijos de los marinos estaban enfermos. A finales de abril, el día en que Mary cumplió veintisiete años, ya habían muerto cinco niños a los que dieron sepultura en alta mar.

Tench iba a verla siempre que podía y su honda preocupación por Charlotte resultaba conmovedora. A menudo le llevaba mensajes de James Martin y los otros tres, que estaban tan angustiados como ella.

—«Dale un beso de mi parte —dijo Tench, leyendo una de las notas de James—. Dile que sus tíos tienen muchas ganas de verla.»

—¿Se encuentran bien? —preguntó Mary.

Una parte de ella quería ver a sus amigos, pero la otra temía que empezaran a hablar otra vez de Will. Sin embargo, no quería dejar sola a Charlotte ni un minuto y tenía la excusa perfecta para no visitarlos.

—Se encuentran mucho mejor —le comunicó Tench con una sonrisa—. Comen como cerdos. James bromea y coquetea con las mujeres. Tiene tanto éxito aquí como en Sydney. También habla de escribir sus memorias, y creo que serían una lectura muy interesante. Bill juega a cartas con los tripulantes y Sam y Nat casi siempre están durmiendo.

Mary sonrió. Se alegraba de que recibieran un buen trato. Y también se alegraba mucho de saberlos capaces de dejar a un lado lo que les esperaba en Inglaterra, aunque fuera sólo durante unas semanas.

La noche del 5 de mayo, Charlotte renunció a seguir adelante con su larga lucha y murió en los brazos de su madre.

Mary siguió abrazándola y meciéndola durante una hora, intentando aplacar su angustia entre sollozos. Entrelazó los dedos en los rizos oscuros de su hija y repasó los momentos más importantes de su breve vida. Su nacimiento en el *Charlotte*, su bautizo, los primeros dientes y los primeros pasos inseguros. Sin embargo, el período en el que más se recreó fue el de su estancia en Kupang, donde Charlotte había sido feliz de verdad, había disfrutado de una buena alimentación, había sido libre como cualquier otra niña y había recibido el cariño de todos aquellos que la conocían.

Al menos ahora no tendría que enfrentarse a la pérdida de su madre cuando la ahorcaran ni padecer las penurias de un orfanato, sino que se reuniría con su hermano en el cielo.

Sin embargo, a pesar de que Mary habría podido encontrar una docena de motivos por los que debía alegrarse de que su hija muriera en el mar, el corazón se le hizo añicos. Todo lo que había hecho había sido por ella. Charlotte le daba un motivo para seguir adelante y, sin ella, no le quedaba nada.

El cuerpo de Charlotte recibió sepultura por la tarde, en el mar, en presencia de casi toda la tripulación, incluidos pasajeros y convictos.

Era domingo, llovía y Mary, con la cabeza descubierta y una expresión inmutable, escuchaba al capitán Parker, quien dirigía las oraciones. Ella misma había cosido el saquito en el que su hija iba a reposar, y derramó hasta la última lágrima sobre él. Ahora estaba vacía, y no entendía por qué su corazón se obstinaba en seguir latiendo.

Cuando deslizaron el cuerpo por la borda, Mary no lloró ni buscó a James o Sam para que la consolaran. Quería unirse a su hija en el fondo de las aguas y, sin embargo, sabía que si intentaba lanzarse al mar alguien la detendría y su fracaso la haría sentir aún peor.

Agnes Tippet, la esposa de uno de los marinos, observó a Mary cuando ésta se retiraba tras el oficio y se volvió hacia las mujeres que estaban sentadas junto

a ella.

–No le ha importado lo más mínimo –dijo con un tono alarmado–. No ha derramado ni una triste lágrima. Nunca había visto a nadie despedirse de un hijo y mantener una expresión tan impertérrita.

Watkin Tench oyó el comentario de Agnes.

–Muérdete la lengua, estúpida –le espetó, indignado–. No puedes imaginar todo por lo que ha pasado esa mujer, ni cómo se siente por dentro. Considérate afortunada de que tus hijos estén sanos y no te atrevas a juzgarla.

Mientras se alejaba del lugar intentando reprimir las lágrimas de tristeza y frustración, Tench oyó que las mujeres seguían cuchicheando.

Conocía muy bien a Mary y sabía que no quería preocupar a nadie con su dolor, y menos a él. Había visto el desconsuelo en los rostros de James, Sam, Nat y Bill y sabía que no era sólo un reflejo de lo que le había sucedido a la pequeña, a la que todos querían como a una hija, sino también un gran desasosiego por el estado de la madre. Mary les había salvado la vida, había sido amiga, hermana y madre de todos ellos, y sabían que aquella tragedia podía acabar hundiéndola.

Un año antes, cuando aún se encontraba en Sydney, su huida había supuesto un duro golpe para Tench. Estaba convencido de que conocía bien a Mary y Will y de que habría sospechado algo si hubieran tramado un plan como aquél. Sin embargo, su comportamiento no levantó la más mínima sospecha.

Por entonces, tratándose de un viaje tan largo y peligroso, no tenía mucha fe en que logran llegar a las Indias Orientales Neerlandesas. Pero a pesar de todo, entendía por qué habían querido intentarlo y admiraba su valentía.

Había añorado mucho a Mary. No pasó un día en que no pensara en ella y rezó por su seguridad. Una pequeña parte de su ser creía que debía de haber sobrevivido, pues estaba convencido de que, de lo contrario, habría sentido una punzada de dolor.

No pudo quitarse a Mary de la cabeza ni siquiera mientras recogía sus pertenencias, antes de abandonar Sydney. Veía su rostro menudo y entusiasta, el modo en que se le iluminaban los ojos cuando iba a visitarla a la cabaña. No había olvidado sus piernas esbeltas pero torneadas cuando se recogía el vestido y entraba en el agua para ayudar con la jábega, ni el balanceo de sus rizos oscuros sobre el rostro mientras lavaba la ropa. Sin embargo, no era su físico lo que más echaba de menos, sino su mente curiosa, su mordaz sentido

del humor y su estoicismo.

Aunque hubiera sabido que había sobrevivido jamás habría imaginado que volverían a encontrarse. Cuando el capitán Parker le comunicó en Ciudad del Cabo que iban a transportar a unos desertores de Port Jackson hasta Inglaterra para que los juzgaran y le dio sus nombres, Tench se quedó estupefacto, incapaz de dar crédito a lo que acababa de escuchar.

Se convenció entonces de que su destino y el de Mary estaban unidos. Que Dios, en su infinita sabiduría, quería que volvieran a encontrarse. Ese convencimiento se reafirmó cuando habló con los otros supervivientes de la huida, averiguó lo que había sucedido durante la travesía y le contaron que Will y Emmanuel habían muerto en Batavia. Como no podía ser de otro modo, estaba consternado por la noticia de que Mary hubiera perdido a su marido y a su hijo pequeño, pero, según sus compañeros, Will los había traicionado y Tench no había podido conocer a Emmanuel tan bien como a Charlotte.

Entonces Mary subió a bordo del *Gorgon*, tan débil que se desmayó, y la pequeña y adorable Charlotte, la niña que tantos de sus hombres creían que era hija suya, estaba moribunda. En esas circunstancias no era adecuado decirle a Mary los sentimientos que albergaba su corazón. Lo único que podía hacer era asegurarse de que Charlotte y ella recibieran todo lo que precisaran para recuperarse, y estar a su lado cuando necesitara a un amigo.

Ahora, tras la muerte de la pequeña, resultaba aún menos apropiado revelarles sus sentimientos. Mary había sobrevivido al buque prisión, a la larga travesía hasta Nueva Gales del Sur y a cuatro años al borde de la inanición en la colonia penal. Había tenido la audacia de urdir un plan de huida fantástico y de llevarlo a la práctica. Después, el hombre con el que se había casado la traicionó. Pero ninguna de aquellas terribles experiencias había logrado vencerla. Los niños fueron su talón de Aquiles. Cuando Emmanuel enfermó tuvo que cuidarlo, al igual que hizo con Charlotte. Ahora que ambos habían muerto, la libertad carecía de valor. Mary se enfrentaría a la horca sin miedo. La muerte era la única huida que ansiaba.

«No puedes renunciar a ella –murmuró para sí mismo—. Tienes que encontrar el modo de lograr que recupere las ganas de luchar.»

Al cabo de varios días Tench encontró a James Martin y Sam Broome sentados

en cubierta, con la espalda apoyada en una taquilla, disfrutando del sol y del aire fresco. Estaban escuálidos, los horrores que habían soportado aún se reflejaban en sus ojos y parecían haber envejecido varios años de repente. A pesar de su aspecto relajado, Tench percibió cierta animadversión entre ellos. Supuso que tenía algo que ver con Mary y decidió detenerse a hablar con ellos.

Después de charlar acerca del poco espacio que había en cubierta, abarrotada con cajas llenas de plantas y arbustos de Nueva Gales del Sur, y sobre las escasas posibilidades de supervivencia de los dos canguros en un clima más frío, Tench mencionó el nombre de Mary.

—¿La habéis visto hoy en cubierta? —preguntó.

—Ha salido un rato —dijo Sam—. No parece querer pasar el tiempo con nosotros.

Tench notó un atisbo de desánimo más que de reproche en su voz y supuso que Sam estaba enamorado de ella. Sabía que había sido Mary quien cuidó de Sam cuando llegó a la colonia con la segunda flota y, a buen seguro, cualquier hombre se habría enamorado de ella después de eso. Sam le gustaba, era un hombre tranquilo, bondadoso y un carpintero con maña. Tench no pudo evitar pensar que, de haber llegado con la primera flota, quizás habría sido mejor partido para Mary que Will.

—No quiere estar con nadie —dijo Tench con voz tranquilizadora—. El dolor afecta de forma distinta a cada uno.

—O tal vez sólo quiera estar con gente que puede ayudarla —dijo James con una mueca apenas perceptible, lanzando una mirada elocuente a Tench.

—Ella no es así —replicó Sam, rojo de ira.

De repente, Tench comprendió cuál era el problema entre James y Sam. James creía que Mary era tan maquinadora como él mismo.

Tench nunca había sentido una gran simpatía por el astuto irlandés. Era un tipo divertido e inteligente, pero taimado como un zorro.

—Sam tiene razón, Mary no es de éstas —dijo con firmeza—. Deberías saberlo, James.

—No la culpo por ello.

James se encogió de hombros y en su feo rostro se dibujó una ligera expresión de arrepentimiento.

—Si hubiera alguien en este barco que pudiera salvarme de la horca, le lamería el culo si fuera necesario.

Más tarde, a solas en su camarote, Tench no dejaba de dar vueltas a las palabras que había pronunciado James. No estaba en lo cierto con respecto a Mary, quien simplemente no hablaba con nadie en busca de consuelo ni por ninguna otra razón. Era una prisionera en su interior.

Pero James sí tenía razón en un aspecto. A Mary no le vendría nada mal contar con el apoyo de una persona influyente. Tench estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera necesario por ella, pero no era más que un marino ascendido recientemente a capitán, y no tenía la más mínima autoridad en Inglaterra.

Hizo una lista mental de todas las personas a las que conocía, pero ninguna de ellas se encontraba en una posición mejor que la suya para ayudarla.

Al final, como hacía siempre que algo le preocupaba, recurrió a su diario, lo hojeó y leyó algunas páginas al azar. La colonia penal de Nueva Gales del Sur iba a pasar a la historia y él quería redactar una obra que con el paso de los años se convirtiera en una fuente de información útil sobre aquellos primeros tiempos. No quería que fuera un relato personal del papel que él había desempeñado, sino una visión más amplia.

En términos generales, consideraba que había hecho un buen trabajo. Tal vez decidiera escribir artículos para la prensa sobre el tema cuando abandonase la Armada. Entonces, de repente, lo asaltó una gran idea. ¡Claro! Había hallado el modo de conseguir ayuda para Mary. ¡Tenía que escribir el relato completo de sus vivencias para que los periódicos de Inglaterra lo publicaran!

A pesar de su habitual calma y de su actitud serena, estaba muy emocionado. No podía firmar con su verdadero nombre, por supuesto, pues debía de haber alguna ley que prohibiera que un oficial en activo divulgara información de ese tipo. Pero nadie podría saber quién era el autor si narraba la historia de la huida de los Bryant con un estilo recargado y dramático. Los periódicos de toda Inglaterra devorarían una aventura como aquella. Los hombres admirarían la audacia de los protagonistas y las mujeres llorarían por Mary al leer cómo había perdido a su marido y a sus hijos. Era imposible que nadie con corazón quisiera verla ahorcada después de tanto sufrimiento.

Tench sonrió de oreja a oreja. Podía funcionar. Tenía que lograr que funcionara.

Mary estaba sentada en un recoveco de popa, contemplando con una mezcla de placer e inquietud cómo se aproximaba rápidamente la costa inglesa. Era un precioso día de junio, cálido y soleado, y soplaba un viento suave que impulsaba el barco a una buena velocidad. El tiempo perfecto para navegar. Recordaba muchos otros días como éste, en un barco con su padre.

En los últimos años no había dejado de pensar en sus padres y en Dolly. ¿Habían averiguado algo sobre ella? De no ser así, tal vez creyeran que los había abandonado por la vida de Londres. ¡O tal vez pensarán que había muerto! En cualquier caso, poco importaba qué supieran o creyeran. Para ellos, iba a ser un golpe muy duro saber que Mary estaba encarcelada en la prisión londinense de Newgate esperando que la juzgaran.

A los diecinueve años, Mary no entendía qué significaba ser madre. Las madres eran unas personas que te incordiaban, que querían que te comportaras como una dama, aprendieras a cocinar y a coser tan bien como ellas y que te casaras con un hombre respetable para poder presumir y felicitarse por haber criado tan bien a sus hijas. No querían que te divirtieras o fueras en busca de aventuras porque ellas mismas renegaban de todo aquello.

Ahora Mary por fin lo entendía. Lo que cualquier madre quería era que sus hijos fueran felices y que no les ocurriera nada malo. Todos aquellos incordios no eran más que un modo de intentar prevenir daños, de demostrar amor.

Deseó tener algún modo de hacerle saber a su madre que la entendía. Le habría gustado poder tranquilizarla y decirle que no tenía miedo de morir en la horca. Era lo que quería, y al fin podría liberarse del horrible sentimiento de culpa por las muertes de sus hijos.

La gente que viajaba a bordo del barco la había tratado con amabilidad, pero Mary habría preferido que alguien la llamara asesina porque, en realidad, eso era. Cuando planeó la huida creía que era preferible correr el riesgo de que sus hijos se ahogaran en el mar, una muerte limpia y rápida, que verlos morir lentamente de hambre o de alguna enfermedad en la colonia. Y no había cambiado de opinión. Sin embargo, a pesar de sus muchos esfuerzos, habían corrido una suerte mucho peor de la que podría haberles esperado en Nueva Gales del Sur. Y ella era la culpable de todo lo acontecido.

Una sombra cayó sobre ella y le hizo alzar la mirada. Era Tench.

—Qué pensativa —le dijo con una sonrisa—. ¿No quieres compartir tus pensamientos conmigo?

Mary no podía decirle que estaba pensando en sus hijos, por lo que se decantó por la respuesta más segura.

–Pensaba en mi madre.

–¿Quieres que le escriba por ti? –preguntó Tench, agachándose frente a ella.

Mary negó con la cabeza.

–No sabe leer, tendría que pedir ayuda.

–Quizás podría ir a verla alguna vez –sugirió.

–No puedo cargarte con esa responsabilidad –dijo Mary, imaginando cómo vería su madre a un caballero como Tench.

Grace se avergonzaría de que acudiera a su humilde hogar, por lo que lo echaría con cajas destempladas, como si su hija no le importara. Después, cuando se hubiera marchado, lloraría durante días.

–Sólo espero que me juzguen y me ahorquen enseguida y que mi situación no llegue a oídos de nadie. Sería lo mejor para todos.

–No para mí –respondió Tench con gesto horrorizado–. Creo que la gente tendrá compasión de ti y espero que puedas obtener la libertad.

Mary soltó una débil risa.

–Eso no tiene sentido. Sabes de sobra que me ahorcarán o que me enviarán de vuelta a la colonia. Sólo espero que mi destino sea la horca.

Tench guardó silencio durante unos instantes. Desde un punto de vista emocional, su relación con Mary siempre había sufrido grandes altibajos. En ocasiones eran tan intensos, que Tench no sabía a ciencia cierta cuáles eran sus sentimientos. Mary estaba muy guapa con su vestido verde y blanco, el pelo recogido con una cinta blanca y las mejillas sonrosadas por la acción del viento y el sol. Desde la muerte de Charlotte había recuperado algo de peso y no se parecía en nada a la mujer desamparada y andrajosa que había conocido en Sydney.

Sin embargo, sus ojos verdes estaban faltos de vida, sin chispa, sin fuego. Incluso su voz parecía más apagada. Tench no podía soportarlo.

–Es difícil encontrar un tema de conversación después de hablar de la horca –dijo Tench, temeroso de romper a llorar y quedar en ridículo.

–Tal vez sea porque no hay nada más que decir. Hemos mantenido una relación de amistad muy extraña, ¿no crees? Siempre ha sido desigual. Tú con el mundo a tu disposición, y yo sin nada.

–Yo nunca lo he visto así –añadió Tench con cierta tristeza y un leve deje

de indignación.

–Hace un tiempo, yo tampoco.

Mary lanzó un suspiro.

–Pero ahora soy más perspicaz y puedo ver cómo son las cosas en realidad.

Tench se sintió impotente. No podía olvidar la audacia de la que había hecho gala Mary a bordo del *Dunkirk*. Siempre fue consciente de que era una mujer en busca de una oportunidad, ya fuera para huir, para trabajar en cubierta, para conseguir un poco más de comida o una nueva prenda de ropa. Fueron esa ingenuidad y esa osadía las responsables de que se sintiera atraído por ella en un principio, y justamente por eso no podía creer que las hubiera perdido. Si le revelaba sus auténticos sentimientos hacia ella, quizás recuperara una parte de todo aquello.

–No me parece que seas tan perspicaz como crees –dijo Tench con cautela–. Me atrevería a decir que no has sabido ver lo que siento por ti, por ejemplo.

Mary le lanzó una mirada inquisitiva, el acicate que Tench necesitaba.

–Te quiero, Mary, siempre te he querido. Desearía habértelo dicho mucho antes y que no te hubieras casado con Will.

Mary lo miró fijamente, como si pudiera verle el alma, sin una pizca de incredulidad ni de desdén.

–Es cierto –insistió Tench–. Quiero hallar la forma de que te liberen para que puedas compartir tu vida conmigo.

Mary guardó silencio unos instantes en los que Tench contuvo la respiración, a la espera de su respuesta.

–No soy la mujer adecuada para ti, Watkin –dijo Mary al final, con voz firme pero dulce.

Su nombre de pila sonó de un modo extraño en los labios de Mary.

–Lo que tú quieres es que conserve la esperanza –añadió.

–Por supuesto. Quiero que albergues la esperanza de que podremos compartir un futuro juntos, de que podremos casarnos y tener un hogar de verdad –dijo Tench, enardecido.

Mary esbozó una sonrisa cansada. En los ojos oscuros de Tench ardía el fuego con el que había soñado en el pasado, pero ahora era ya demasiado tarde.

–No he perdido la esperanza en ti. Deseo que tengas una carrera larga y

distinguida, que encuentres a una mujer digna de tu posición y que te ame con todo su corazón.

–Pero ¿no ves que fue el destino el que nos unió? –replicó Tench con vehemencia, cogiéndole la mano y apretándosela con fuerza–. Nos pertenecemos el uno al otro, lo sé.

–Creo que el destino hizo que nuestros caminos se cruzaran sólo para que sintiera consuelo al ver de nuevo el rostro de alguien a quien aprecio –dijo Mary, y le acarició la mejilla–. Has sido el mejor amigo que podría desear.

–¿Eso es todo? –preguntó Tench, con un gesto transido de dolor y decepción.

Mary sopesó la respuesta. No sabía si la verdad le causaría aún más dolor o si lo consolaría, pero su madre le habría dicho que la verdad era siempre la mejor opción.

–Era a ti a quien quería cuando íbamos a bordo del *Dunkirk* –confesó Mary con un suspiro–. Charlotte debería haber sido tu hija. Seguí enamorada de ti durante todo el viaje hasta Nueva Gales del Sur, e incluso cuando me casé. Si me hubieras pedido que fuera tu amante, habría abandonado a Will por ti.

–Entonces –repuso Tench en tono triunfal–, no hay nada que se interponga en nuestro camino.

Mary negó lentamente con la cabeza.

–Sí que lo hay, Watkin. Ya no soy la misma persona –dijo Mary con un deje de añoranza–. Tengo mil imágenes horribles grabadas en la memoria. Estoy agotada.

–No te entiendo.

Tench negó con la cabeza y clavó sus ojos oscuros en ella.

–Si fueras una mujer libre, todo eso desaparecería.

–Tal vez una parte –continuó Mary, con los ojos anegados en lágrimas porque deseaba que lo que estaba a punto de decirle no fuera la verdad–. Pero tú amas a la Mary de antes, la que he dejado atrás.

–No te entiendo –le imploró.

Tench le cogió la mano y se la llevó a los labios.

–La Mary que tú amabas era una chica pícara que se pasaba el día maquinando –dijo con un esbozo de sonrisa–. Su única preocupación era sobrevivir, hacer que las cosas ocurrieran. Pero después fueron demasiadas, cosas que ni siquiera puedes imaginar. La antigua Mary murió en Batavia. Lo

que ves ahora no es más que un caparazón vacío.

Tench la miró a los ojos, vio su mirada sombría y supo que Mary sentía de verdad todo lo que decía.

–Déjame besarte –susurró sin importarle que alguien pudiera verlos, convencido de que lograría hacerla cambiar de opinión.

Mary asintió. Le parecía bien poner fin a aquella situación con un gesto con el que tanto había soñado.

Tench la rodeó con los brazos para atraerla hacia sí mientras el corazón le latía desbocado por la necesidad de recuperar a la chica audaz y pícaro que le había robado el corazón y que se había adueñado de él durante tantos años. Tenía unos labios suaves y cálidos, pero se llevó una decepción al descubrir que era un beso de despedida. Tierno, prolongado, pero sin pasión. Tan sólo un beso de despedida. Supo entonces que no podría hacer ni decir nada más que la hiciera cambiar de opinión.

Tench le cogió el rostro con ambas manos.

–Voy a darte todo por ti –le prometió con vehemencia–. Escribiré e iré a verte.

–No, Watkin –repuso Mary con firmeza–. No quiero que lo hagas. Has sido una de las mejores personas a las que he conocido y conservo cientos de recuerdos maravillosos de ti en la memoria. Si deciden ahorcarme, resistiré hasta que llegue el momento. Que así sea. Encuentra a una mujer de tu clase que te haga feliz.

De todos los rasgos de la personalidad de Mary que Tench había llegado a conocer y admirar con el paso de los años, su determinación era el más poderoso. La había ayudado a seguir adelante y a aprovechar al máximo las pocas oportunidades que se le habían presentado.

Sabía que Mary había tomado una decisión incontestable. Aunque un milagro pudiera evitar que acabase en Newgate y en la horca, no permitiría que Tench mancillara su apellido ni pusiera en peligro su carrera casándose con ella. Nunca había conocido a alguien tan heroico y generoso.

Tench se puso en pie y se acercó a la barandilla del barco. Quería encontrar algún argumento que pudiera convencerla, pero sabía que era una tarea imposible.

–Estamos a punto de llegar a Portsmouth –dijo al final, mirando hacia la orilla–. Y tendré que quedarme en el barco cuando a ti te trasladen a Londres.

Tench no soportaba ese pensamiento. Sabía que dentro de poco volverían

a ponerle los grilletes, tal y como cuando la conoció.

–Que Dios esté contigo –dijo Mary, con voz temblorosa–. Tu destino es la grandeza, Watkin. Y siempre me consideraré afortunada por haberte tenido como amigo.

## Capítulo diecisiete

A última hora de la tarde de un precioso y soleado día de finales de junio, Mary arrastraba los pies, abatida, tras el carcelero de Newgate, seguida de sus cuatro amigos. Una vez realizados los trámites pertinentes, avanzaban por un pasillo de piedra estrecho y oscuro de la cárcel en que permanecerían recluidos hasta el juicio.

Tenía los tobillos en carne viva por culpa de las cadenas que le habían puesto a principios de mes, cuando el *Gorgon* atracó en Portsmouth. Habían pasado las últimas semanas en los muelles de Londres. No había comido nada desde el alba, cuando James, Bill, Nat, Sam y ella abandonaron el barco, encadenados juntos a la espera de que los trasladaran a la prisión de Newgate.

Mary sintió lo mismo que cuando abandonó la cárcel de Kupang para que la trasladaran al barco que habría de llevarlos a Batavia, con la diferencia de que las voces que oía ahora a su alrededor hablaban inglés y, lo que era más doloroso aún, cuatro de los hombres y sus dos hijos habían muerto.

Apenas hablaron mientras esperaban en el bullicioso muelle a que llegara el carro que los llevaría a la cárcel. Permanecieron sentados en fila, apoyados en la pared, aferrados a la bolsa que tenían en el regazo y en la que guardaban sus pertenencias, cada uno ensimismado en sus pensamientos. Mary entendía por qué la gente que pasaba por el muelle los miraba con tanta curiosidad. Debían de ser algo digno de ver. Los convictos encadenados acostumbraban a ser personas andrajosas, sucias y desnutridas, mientras que ellos estaban aseados y tenían buen aspecto. Los hombres llevaban camisas y pantalones limpios, y Mary se había puesto el vestido verde y blanco que le había regalado la esposa del capitán. Bill, con su calva y sus facciones de boxeador, debía de parecer un hombre peligroso, pero Nat, con su rostro angelical, sus ojos azules y aquel pelo rubio que refulgía bajo el sol, tenía más en común con un paje o un chico del coro. En cuanto a James y Sam, podrían haber pasado por dos aristócratas flacos y venidos a menos. James fijaba la vista con

arrogancia en todo aquel que osara mirar en su dirección, y Sam era un mundo en sí mismo, con sus ojos oscuros perdidos en el lejano horizonte.

No tenían nada que decirse. No hablaron del ajetreo del embarcadero, de la cantidad de mercancías que se cargaban y descargaban. No reaccionaron al ver los barriles de vino y de licor que rodaban por el suelo adoquinado, ni ante los gritos de los mozos y los estibadores, ni siquiera al ver cómo subían una docena de caballos nerviosos a un barco.

La larga travesía desde Ciudad del Cabo les había devuelto la buena salud, y los horrores de sus antiguos encarcelamientos empezaban a desvanecerse. Pero mientras esperaban a que los trasladaran a Newgate, con fama de ser una de las cárceles más duras y crueles de toda Inglaterra, intentaban mantener el miedo a raya.

El carro llegó a media tarde. Hasta que no empezaron a dejar atrás lentamente la frenética actividad del embarcadero, Bill no rompió el silencio.

—Había olvidado cómo huele el estiércol de caballo —exclamó mientras se unían a una larga procesión de carros que transportaban mercancías por una estrecha carretera entre almacenes altos y mugrientos.

—Huele como Dublín —replicó James, olisqueando de forma exagerada y ruidosa—. ¿Crees que si se lo preguntáramos con amabilidad el cochero se detendría en una cervecería?

Mary esbozó una sonrisa ante aquel alarde de fanfarronería. Sabía que estaban tan asustados como ella. Por fin había llegado a Londres, el lugar con el que había soñado desde niña, aunque entonces no pensó que lo vería desde el carro que la conducía a la prisión, ni que moriría en esa ciudad colgada de una soga.

Sin embargo, a pesar de que sabían que Newgate era su destino, los cinco encontraron varias distracciones durante el trayecto. Las calles, ya fueran anchas y elegantes o estrechas y lóbregas, estaban llenas de gente de toda condición. Mujeres con vestidos de seda y tocadas con sombreros elegantes agarradas del brazo de caballeros con peluca y levita paseaban con despreocupación junto a mendigos ciegos, mujeres harapientas y golfillos descalzos. Era un auténtico caos de carros y carruajes que se abrían paso a una velocidad de vértigo, de vendedores callejeros con voces estridentes que ofrecían de todo, desde empanadas de carne infestadas de moscas hasta ramilletes de flores. Había organilleros y hombres que tocaban flautines y violines. Vio mozos de cuerda que transportaban unas pilas enormes de cestas

en la cabeza, una lechera joven que cargaba con unos cubos de leche colgados de una percha que llevaba sobre los hombros, y un hombre patizambo que sujetaba unos pollos vivos de las patas y que no paraban de batir las alas.

La diversidad de las tiendas era tan amplia como el tipo de gente que pasaba frente a ellas. En una sólo vendían vajillas de plata, otra tenía el escaparate lleno de jamones rosados, faisanes y conejos dispuestos sobre losas de mármol. Había otra que vendía sombreros que sólo debían de poder lucir los miembros de la realeza, y justo al lado, en absoluto contraste, un comercio con montañas de botas y zapatos de segunda mano.

A Mary le resultaba increíble que las mujeres pudieran salir a la calle con unos vestidos tan escotados y que todo el mundo pudiera asomarse y verles los pechos. Sin embargo, todas iban acompañadas de una doncella o un lacayo sobriamente vestidos y parecían damas de alcurnia. En Plymouth, sólo una prostituta se atrevería a mostrar tanta carne.

El estruendo, la suciedad y los malos olores deberían haber hecho añicos las ilusiones que Mary había puesto en la ciudad de los milagros. Sin embargo, siguió aferrándose a ellas hasta que vio Newgate, unas horas después de haber abandonado los muelles, con la esperanza de que alguien acudiera en su rescate.

Sin embargo, nadie fue en su busca. Los escuálidos caballos incluso aceleraron un poco el paso al ver los muros grises e intimidantes de Newgate, aliviados, acaso, de librarse por fin de su pesada carga.

De repente, todas las historias que Mary había oído en Sydney acerca de los ahorcamientos públicos en Tyburn, donde la multitud se congregaba para presenciar la ejecución como si fuera una atracción de feria, adquirirían un matiz horrendo.

Cuando se abrieron las puertas para que entrara el carro, el olor los golpeó con fuerza. No era sólo el hedor ya conocido de los excrementos humanos, sino el convencimiento de que no podían caer más bajo.

Incluso James, que había pasado gran parte del trayecto bromeando y charlando, se sumió en el silencio cuando el carro entró en un pequeño túnel adoquinado, al final del cual había una pesada puerta. Los dos fornidos carceleros que habían abierto las puertas exteriores fueron también los encargados de cerrarlas, y luego, después de armarse con una porra cada uno, se situaron junto al carro mientras el cochero desencadenaba a los prisioneros.

Mary se horrorizó cuando los metieron en una pequeña habitación que

había junto al patio. Recordó que algunas mujeres le habían contado en Sydney que los carceleros de Newgate eran capaces de darte una paliza y dejarte sin sentido por el simple hecho de hacer una pregunta, y que los cacheos eran sólo una excusa para humillar a los prisioneros. Además, tenía pavor al momento en que la separaran de los hombres.

Sin embargo, tal vez porque habían llegado a bordo de un barco de la Royal Navy, se libraron de ser cacheados. Lo único que les preguntaron fueron sus nombres, los cuales quedaron debidamente anotados en el registro, y tras una breve espera, los condujeron por un pasillo hacia otra puerta.

En ese momento, Mary se volvió y miró a los hombres. Creía que había llegado el momento de la separación. Quería decirles algo, pero la posibilidad de tener que esperar hasta el día del juicio lejos de ellos era tan desalentadora que se quedó sin habla.

El carcelero abrió la puerta y la inesperada ráfaga de aire cálido y la luz del sol que lo bañaba todo hizo que Mary profiriera un grito ahogado. Por si salir a un patio abierto no fuera bastante sorpresa, lo que vio allí le pareció tan increíble que se quedó paralizada.

—¡Madre de Dios! —exclamó James a su espalda.

Tal vez fuera un patio entre los muros de la prisión, pero la escena que tenían ante sí recordaba más un carnaval que un lugar de castigo. Había al menos cien personas que pululaban de un lado a otro y que parecían estar disfrutando de la situación. El griterío de los borrachos era tan ensordecedor como el de cualquiera de las tabernas que habían visto durante el trayecto.

Mary se frotó los ojos, convencida de que estaba viviendo una especie de alucinación. Aquello no podía ser una cárcel, no había cadenas ni gente hambrienta; muchos de los reclusos llevaban ropa elegante, había hombres con peluca que paseaban como auténticos caballeros y mujeres que lucían, al menos para Mary, elegantes vestidos y se adornaban con joyas. Había una en concreto, rodeada por un grupo de hombres que vestían terciopelo y chaquetas brocadas, engalanada con un vestido de satén turquesa que se daba aire con un abanico de plumas, como si estuviera en una *soirée* privada.

¿Dónde estaban los pobres desgraciados con grilletes que esperaba encontrar? ¿Las ramera enfermas, de ojos hundidos, vestidas con harapos? ¿Las chicas de aspecto lastimoso que se habían dejado llevar por el mal camino? ¿Y los matones cubiertos de cicatrices que por fin habían recibido su merecido? Toda esa gente que estaba viendo se dedicaba a retozar, beber y

charlar como si estar en la cárcel no fuera un castigo.

–Venga, moveos –dijo el carcelero, impaciente, y la empujó con la porra–. No es la primera vez que pisas una cárcel.

–Pero nunca había estado en una como ésta –replicó Mary.

Miró a los hombres para ver su reacción, y descubrió que se mostraban tan sorprendidos e incrédulos como ella.

Saltaba a la vista que el alcohol desempeñaba un papel importante en aquella fiesta. Vieron que a través de una puerta salía gente llevando jarras de cerveza llenas a rebosar. Había incluso unas cuantas mujeres que bailaban una giga acompañadas de un hombre con un parche negro en un ojo que tocaba el violín.

El ruido lo invadía todo. Mary alzó la mirada hacia el edificio gris de la cárcel y vio a muchas personas que asomaban la cabeza entre los barrotes y se llamaban a gritos.

Cuando el carcelero les ordenó que siguieran avanzando, se hizo un silencio absoluto y todas las miradas se dirigieron hacia Mary y su grupo.

–¡Ahí están! –gritó alguien–. ¡Un hurra por ellos!

A medida que la intensidad de los gritos aumentaba, Mary se sentía como una novia que hubiera aparecido en la boda equivocada. No entendía por qué los vitoreaban. Debían de haberlos confundido con otras personas.

La multitud empezó a rodearlos con gritos de bienvenida y amplias sonrisas, y les tendían la mano para saludarlos.

–Es un placer daros la bienvenida a Newgate.

Un hombre vestido con una levita negra manchada inclinó la cabeza y se quitó un sombrero de copa bastante ajado.

–Muchos de nosotros estamos esperando que nos trasladen a la bahía de Botany y nos alegra saber que lograsteis escapar.

–Saben lo que hemos hecho –dijo Sam con incredulidad, agarrando a Mary del brazo como si temiera que fuera a desmayarse por la impresión–. ¡Por el amor de Dios! Nunca creí que llegáramos a ser famosos.

Aun así, la fama no iba a impedir que los encerraran. No les dieron la oportunidad de hablar con nadie ni de preguntar cómo habían conocido su historia. El carcelero los hizo subir un par de tramos de escaleras de piedra

hasta que llegaron a un celda, y entonces cerró de un portazo.

Momentáneamente aturridos por lo que acababan de ver en el patio y por el recibimiento que les habían dispensado los otros prisioneros, nadie abrió la boca durante unos minutos. Los cinco permanecieron inmóviles y mudos.

Mary fue la primera que recuperó la compostura. La celda era muy pequeña, la paja estaba sucia y la poca luz que entraba se filtraba por una pequeña ventana situada en lo alto de la pared, lo que les impedía ver el exterior. Sin embargo, en comparación con las condiciones del *Rembang* y del hospital de Batavia, era un lugar bastante correcto. En opinión de Mary, lo mejor de todo era que estaban juntos y que no tenían que compartir la celda con nadie más.

–Esto es mejor de lo que esperaba –afirmó, rompiendo el silencio–. Pero me gustaría saber por qué los presos del patio no están encadenados.

–Eso ya te lo digo yo, cariño –dijo James con una sonrisa–: dinero. ¿No escuchaste a los convictos de Port Jackson que habían pasado por esta cárcel?

–Los escuché, pero no los entendía –repuso Mary.

Recordó que los londinenses, con su jerga incomprensible, siempre le habían parecido ciudadanos de otro país. Cuando logró aprender lo suficiente para entenderlos, habían pasado de hablar de las cárceles en las que habían estado a lamentar su penosa situación en la nueva.

–Bueno, pues contaban que tenían que pagar para disfrutar de lo que llamaban «prebendas» –dijo James, encogiéndose de hombros–. En Dublín también era así. Le das algo al carcelero y a cambio te quita las cadenas. Puedes conseguir, incluso, que te traigan comida de fuera.

Mary asintió y recordó que en Exeter sucedía lo mismo con la comida y la bebida.

–Supongo que si tienes suficiente dinero, o al menos algo que vender, puedes conseguir una celda individual y un sirviente que te lleve la comida y la bebida –dijo James con una risa sardónica–. Pero como nosotros no tenemos nada, no podemos aspirar a más.

Los hombres se sentaron en el suelo, abatidos. Nat se durmió casi de inmediato, algo que hizo que a Mary le vinieran a la memoria las mujeres del *Dunkirk*, algunas de las cuales lograban dormir casi todo el día en un intento

de huir de la cruel realidad de la cárcel.

Mary se sentó, recolocó las cadenas para que no se le clavaran y dobló las rodillas bajo el vestido. Apoyada en la pared, no pudo evitar pensar en la difícil situación de sus amigos.

Su propio sufrimiento no le importaba lo más mínimo. Quería que la muerte la librara de la tortura mental a la que estaba sometida. Era cierto que había recobrado la salud física en la travesía de vuelta a casa, pero jamás podría recuperarse del insoportable sentimiento de culpa que se había apoderado de ella por haber arrastrado a sus hijos a un viaje tan peligroso que había acabado con sus vidas. Para ella, el auténtico infierno sería que la enviaran de vuelta a Nueva Gales del Sur, un destino del que estaba dispuesta a huir saltando por la borda a la primera oportunidad que se le presentara.

Sin embargo, los hombres aún no se habían hecho a la idea de que iban a acabar en la horca. James tenía una fe ciega en que, después de haber cumplido la condena original, no corría ningún peligro. Sam creía que, si se mostraba suficientemente arrepentido, lo liberarían.

Bill y Nat intentaban no pensar en la horca durmiendo o hablando de otra cosa.

A pesar de todo, el simple hecho de ver las calles de Londres había despertado algo en el interior de Mary. No le había hecho recuperar las ganas de vivir ni había mitigado su dolor, pero la había llevado a ser más consciente de la difícil situación a la que se enfrentaban sus amigos.

Ninguno de ellos era un mal hombre y todos habían sufrido grandes penalidades. Mary no albergaba la esperanza de salvarlos de la horca, pero si se le ocurría algún modo de conseguir esas «prebendas» haría que sus últimas semanas fueran mucho más llevaderas.

Pensó en ello durante más de una hora, y una sonrisa le iluminó el rostro cuando halló la solución.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le preguntó James con curiosidad.

El hombre se acercó a ella y se arrodilló a su lado.

—Se me ha ocurrido una idea.

—Si tiene algo que ver con cuerdas y limas, olvídalo —dijo James, sonriendo—. Hice un inventario de nuestras pertenencias antes de bajar del *Gorgon*, y no tenemos ni un triste cuchillo.

—Me alegra que no hayas perdido el sentido del humor —dijo Mary, acariciando su rostro huesudo con un gesto afectuoso—. Podría resultarnos útil

para poner en práctica mi idea. Mira, he estado dándole vueltas al asunto y he llegado a la conclusión de que tal vez podamos beneficiarnos de nuestra fama y ganar algo de dinero gracias a ella.

Nat seguía durmiendo. Parecía un niño sumido en un dulce sueño bajo la tenue luz de la celda. Bill y Sam se incorporaron. James se limitó a enarcar las cejas en un gesto inquisitivo.

–Will creía que podría ganar dinero con nuestra historia, y por eso fue incapaz de desprenderse del diario de a bordo –explicó Mary–. Por suerte, aún conservamos todas las historias en la memoria, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no las vendemos?

–¿A quién? –preguntó James con sarcasmo.

–A quien quiera escucharlas –respondió Mary.

Ahora que volvía a enfrentarse a un reto, sintió que una parte de su antiguo yo había regresado.

A Mary no se le presentó ninguna oportunidad antes de que oscureciera, pero a la mañana siguiente, cuando oyó que el carcelero avanzaba por el pasillo para abrir las celdas y que los presos pudieran vaciar los cubos, estaba lista.

Se sacudió las briznas de paja del vestido y se alisó el pelo con las manos mientras la llave giraba en la cerradura.

–Vamos, vaciad el cubo de una vez –gritó el carcelero, con un tono mucho más alto de lo necesario.

Tenía el mismo aspecto que los carceleros de Exeter: gordo y enfermizo, con una mirada furtiva y los dientes podridos.

–¿Cuánto costaría que nos quitaran las cadenas? –preguntó Mary.

El carcelero se relamió los dientes podridos y la miró de pies a cabeza.

–Eso depende.

–¿De qué?

–De si quiero o no –contestó soltando una carcajada.

De repente, Mary lo agarró de la pechera manchada de grasa y le lanzó una mirada amenazadora.

–Más te vale que quieras –susurró–. Hemos luchado con caníbales y matado animales con las manos, y van a ahorcarnos por atrevernos a huir de Nueva Gales del Sur. Así que, como imaginarás, no tendríamos ningún reparo

en degollarte. Así pues, ¿quieres ser nuestro amigo o nuestro enemigo?

El carcelero abrió los ojos desorbitadamente, presa del miedo. Mary no podía ver a sus compañeros, pero esperaba que le hubieran hecho caso y que estuvieran luciendo su mejor gesto amenazador.

–¿Q-q-q-qué podría ganar yo? –balbuceó el tipo.

–Eso dependerá de cómo te portes –respondió Mary.

Acto seguido, soltó al carcelero y le dedicó la más dulce de sus sonrisas.

–Quiero que hagas correr la voz de que estamos dispuestos a recibir visitas. Tendrán que pagar, por supuesto. Lo suficiente para que nos quites los grilletes y conseguir comida y agua caliente para lavarnos.

Era una apuesta arriesgada. Mary no sabía si había alguien en la cárcel o fuera de ella interesado en su historia y que estuviera dispuesto a pagar por el privilegio de conocerlos.

–No lo sé –respondió el carcelero, todavía asustado–. ¿Has dicho caníbales?

–Así es. Tenían unas flechas de punta metálica así de largas –dijo abriendo los brazos.

–De acuerdo.

El carcelero se despidió y retrocedió como si fuera a cerrar la puerta, pero Mary cogió el cubo de la noche y empujó al hombre con él.

–Vacía esto antes de marcharte. Y lávalo antes de devolvérselo. Me molesta el olor.

El hombre se alejó, dócil como un niño al que habían mandado a comprar pan. Mary se volvió hacia los hombres y sonrió.

–Creo que hemos alcanzado un acuerdo –les dijo.

A mediodía les habían quitado las cadenas y les habían llevado empanada de cordero y una botella grande de cerveza suave. El carcelero, al que llamaban Spinks, era un hombre tan dotado de recursos como de codicia. Mary y sus compañeros habían recibido ya a dos grupos de cuatro personas, todas desesperadas por conocer a los fugitivos y escuchar las historias de los caníbales.

James era el narrador y lo hacía de fábula. Adornó la historia de los guerreros nativos que los habían perseguido en una canoa de guerra, e incluso

inventó un supuesto combate en tierra.

–En el poblado había calaveras humanas clavadas en estacas –mintió James alegremente–. Vimos montones de huesos humanos. Llevaban collares de dientes y recubrían los escudos con piel humana.

Cuando el segundo grupo se hubo marchado, Mary y los hombres estallaron en carcajadas.

–Bueno, podrían haber sido caníbales –protestó James indignado–. Sólo que no nos quedamos el tiempo suficiente para averiguarlo, ¿verdad?

Mary pensó en lo reconfortante que era el sonido de sus risas, la cuales no había oído desde que los capturaron en Kupang. Incluso a bordo del *Gorgon*, todos ellos se habían sentido demasiado aturridos. Aun así, no pudo evitar sentir una punzada de tristeza porque Will no estuviera con ellos. Le habría encantado tener la oportunidad de contar todas aquellas historias, y seguramente las habría narrado de manera aún más emocionante que James.

–Eres maravillosa, Mary –dijo Sam al cabo de un rato, mientras se lamía los dedos tras zamparse un pedazo de empanada de carne–. A ninguno de nosotros se le habría ocurrido un plan tan astuto. Cuando James llegó a la parte en que golpeabas a un caníbal en la cabeza con un remo, estuve a punto de creer que lo habías hecho de verdad. Estoy seguro de que habrías pensado alguna idea para salvarnos aunque ya nos hubieran metido en el caldero.

Mary sonrió. Se alegraba de volver a contar con la admiración de los hombres. Y era incluso mejor ver que habían abandonado aquel estado de ánimo tan sombrío.

–No debemos excedernos con las historias –les advirtió–. Queremos su compasión, no que la gente empiece a llamarnos mentirosos.

Al día siguiente averiguaron cómo habían conocido su historia los otros prisioneros. Un falsificador llamado Harry Hawkins había ido a visitarlos. Al igual que muchos otros presos de Newgate, aguardaba que le llegara el momento de la deportación. Era un adulator, pequeño y delgado, con una nariz aguileña y el pelo muy largo y desarreglado para un hombre tan bien vestido.

–Leí vuestra historia en el *London Chronicle* –dijo, y les mostró un recorte de periódico que llevaba en el bolsillo.

Hasta entonces, todos habían supuesto que las noticias de su fuga habían

corrido de boca en boca, que ése era el sistema habitual en las cárceles, y se sorprendieron al descubrir que alguien había escrito sobre ellos en un periódico.

James leyó la noticia en voz alta y le devolvió el recorte a Harry.

—No es del todo precisa. Robamos el bote del gobernador, no el del capitán Smith —señaló con cierta displicencia.

Mary se quedó asombrada de que James pudiera reaccionar con semejante desdén ante una crónica tan elaborada y elogiosa de su huida.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Mary.

En ningún momento se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera mostrarse comprensivo con ellos en Inglaterra.

—No lo dice —respondió James, tras repasar el artículo de nuevo—. Pero sea quien sea, sabe mucho. Es cierto que se ha equivocado en lo del bote, pero todo lo demás es correcto.

Los cinco amigos tuvieron que esperar para poder seguir elucubrando de dónde podían haber salido tantos datos, pues Harry Hawkins había acudido a ellos para hablar de sus circunstancias y obtener información privilegiada sobre los oficiales de la bahía de Botany.

A Mary le resultaba gracioso que ese hombre, y todos los que estaban esperando que los deportaran, aún creyesen que el asentamiento se encontraba en la bahía de Botany. Al parecer, nadie sabía que el capitán Philip había rechazado esa ubicación y tenía la impresión de que la información que llegaba a Inglaterra acerca de la colonia era muy poca. Mary sospechaba que la mayor parte se había ocultado a propósito para evitar que los tremendos errores del gobierno se hicieran públicos, y sin embargo aquella situación beneficiaba a Mary y a sus amigos.

—No es como esta cárcel —dijo con una sonrisa irónica—. No puedes comprar una cabaña mejor ni raciones más generosas. El único modo de salir adelante es poseer alguna habilidad que resulte útil.

Hawkins parecía decepcionado.

—¡Pero seguro que vosotros recibisteis ayuda desde dentro, o que sobornasteis a alguien! —replicó.

—¡En absoluto! —exclamó James, indignado—. Nuestro éxito se debió a que Mary cautivó al capitán holandés y lo convenció para que nos diera las cartas y los instrumentos de navegación.

Hawkins le lanzó una mirada de incredulidad y Mary se sonrojó. A buen

seguro le parecía inconcebible que una mujer sencilla y ajada como ella pudiera cautivar a alguien.

–El capitán estaba solo –dijo Mary a modo de explicación–. Mi marido y yo hablábamos a menudo con él, y en ocasiones venía a cenar con nosotros.

–Entonces ¿ha sido él quien ha pagado para que os den esta celda? –preguntó Hawkins con un deje de sarcasmo.

Mary y sus compañeros se miraron con recelo.

–¿Que ha pagado por esta celda? –preguntó James–. Nadie ha pagado nada.

–Alguien ha pagado, de eso no cabe duda, incluso antes de que llegais –insistió Hawkins, que parecía un poco incómodo–. De lo contrario, os habrían llevado a la zona común, con la chusma.

Al cabo de una hora, cuando Hawkins se marchó, Mary se volvió hacia sus amigos.

–¿Quién puede haber pagado? –les preguntó.

Hawkins se había mostrado encantado de explicarles el funcionamiento del sistema penitenciario. Todo el mundo, a menos que alguien hubiera mediado antes de su llegada, compartía espacio con los delincuentes comunes, de ahí el nombre de «zona común». Las celdas de esa parte eran agujeros mugrientos, abarrotados y un caldo de cultivo de infecciones. Los nuevos prisioneros quedaban a merced de los presos dementes y más peligrosos, y podían considerarse afortunados si al despertar seguían calzando sus botas en los pies. Las mujeres jóvenes y los chicos eran violados la primera noche, y la mayoría de las veces por más de un preso.

Hawkins también les explicó que, mientras el prisionero tuviese dinero o bienes para mercadear, podía lograr que lo trasladaran a un lugar más limpio y seguro y conseguir las prebendas que ellos mismos habían descubierto. El jolgorio del patio era una prueba de ello; la gente que lo ocupaba eran personas acaudaladas o que tenían amigos ricos e influyentes. Pero cuando al prisionero se le acababa el dinero, regresaba a la zona común.

El falsificador les había contado la anécdota de un salteador que había hecho que le llevaran un colchón de plumas y agua caliente para bañarse por las mañanas y le lavaran las camisas, que regaba sus comidas con buen vino y

que por la tarde recibía la visita de su amante. Al final acabó en la horca porque, como señaló Hawkins, los sobornos no podían resolver todos los problemas.

—¿Alguno de vosotros conoce a alguien en Londres? —preguntó Mary, perpleja.

No tenían ni la más remota idea de quién podía ser su misterioso benefactor.

—Antes conocía a mucha gente —contestó James—. Pero a nadie dispuesto a invitarme a una pinta de cerveza, y menos aún a costear una celda como ésta.

—Quizás haya sido alguien que sintió pena por nosotros después de leer el artículo que publicó el *Chronicle* —sugirió Sam.

—Yo creo que sí —dijo Bill, mesándose la barba en actitud pensativa—. Cuando era niño asesinaron a un hombre en Berkshire que dejó mujer y cinco hijos. Y la gente, al enterarse de la historia, empezó a enviarles dinero.

—Podría ser. Pero, para empezar, ¿quién es el desconocido que ha narrado nuestra historia? —preguntó James, desconcertado—. Ese periódico es de hace cuatro o cinco días. Aún estábamos en el barco, en el Canal de la Mancha. ¿Cómo es posible que nuestra huida llegara a sus oídos?

—Alguien debió de contar nuestra historia cuando el barco atracó en Portsmouth —dijo Sam, sonriendo de oreja a oreja—. Fue entonces cuando el capitán Edwards desembarcó e informó a las autoridades de nuestra llegada. Pero también desembarcaron muchos otros pasajeros, y cualquiera de ellos podría haber hablado con el periódico.

De repente, Mary cayó en la cuenta de que el único responsable de todo aquello tenía que ser Watkin Tench. El capitán Edwards no sentía ningún aprecio por ellos ni por los amotinados a los que había capturado, por lo que cualquier información que hubiera podido proporcionar habría sido desde un punto de vista muy negativo. En cuanto al resto de oficiales que desembarcaron en Portsmouth, sus versiones no habrían sido tan precisas.

Además, Tench debía de conocer las prácticas corruptas de las cárceles de la época que pasó en el *Dunkirk* y cómo conseguirles una celda mejor en Newgate.

Mary prefirió no decir nada a los demás. No dejaba de sorprenderla que no hubieran pensado en Tench, pero también era cierto que ninguno de ellos había mantenido con él una relación tan estrecha como Mary. Si les decía lo que pensaba, sólo suscitaría ciertas preguntas que no quería responder. Por

otra parte, si Tench había obrado en secreto, no debía de querer que nadie lo expusiera ni poner su carrera en serio peligro si se corría la voz. Era mejor que todos siguieran pensando que todo había sido obra de un benefactor desconocido.

—La suerte vuelve a sonreírnos —exclamó James con alegría, sin caer en que Mary no se había pronunciado—. Si nos sigue entrando el dinero, tal vez acabemos durmiendo en colchones de plumas, como ese salteador.

«Que Dios te bendiga, Watkin», pensó Mary.

Entonces tuvo que apartarse de los demás para que no vieran las lágrimas de gratitud que le rodaban por las mejillas.

En los días posteriores recibieron muchas visitas. Algunas sólo querían oír la historia de su huida, pero la mayoría estaban a la espera de que los deportaran y querían saber qué les aguardaba en la colonia.

Mary sintió una pizca de culpabilidad por aceptar el dinero de aquella gente. Ya era bastante angustioso que tuvieran que separarse de sus seres queridos, como para aumentar su sufrimiento hablándoles de azotes, del hambre y del calor incesante. Sin embargo, como dijo James, era mejor que invirtieran una parte de su dinero en conocer lo que les esperaba en lugar de gastárselo en bebida, y Mary supuso que tenía razón.

La primera vez que les permitieron salir al patio de la prisión, Mary sintió que habían pasado a formar parte de un selecto grupo. La gente los saludaba con auténtica cordialidad y les ofrecía bebidas, consejo y amistad. Los cuatro hombres aceptaron la acogida con presteza, sobre todo las insinuaciones de las prisioneras. No obstante, Mary decidió mantenerse al margen.

Aunque era agradable sentirse objeto de admiración, en lugar de desdén o lástima, no estaba preparada para hablar y reír con desconocidos, por muy buenas que fueran sus intenciones. Lo único que deseaba era sentarse tranquilamente al sol, algo que supo que no iba a conseguir cuando se dio cuenta de que todo el mundo quería algo de ella.

Algunos querían conocer los detalles de la huida, otros les preguntaban por amigos y familiares que habían sido deportados y algunas mujeres incluso querían conocer sus experiencias cuando dio a luz. También había hombres

que intentaban cortejarla o que le hacían proposiciones lascivas.

Al cabo de unas horas, Mary se cansó de lo que había visto y oído. No quería formar parte del circo, ni siquiera como espectadora.

Hasta entonces nunca se había planteado sus sentimientos con relación al mundo al que pertenecía desde hacía tantos años. Ya fuera en el buque prisión, en el barco o en la colonia penal, siempre había sido una convicta más que cumplía condena y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para salir adelante. Como tal, era fiel a sus amigos prisioneros, los encubría, los ayudaba y en ocasiones colaboraba en pequeños robos en el almacén de la colonia y en otras fechorías porque ése era el código por el que se regían.

Pero la pérdida de sus hijos le había abierto los ojos.

En realidad, nunca se había arrepentido de haber robado aquel sombrero en Plymouth. Se arrepentía de que la hubieran detenido y estaba furiosa consigo misma por haber sido tan temeraria. Pero nunca se había puesto en la piel de su víctima, ni había imaginado qué sentía la mujer a quien había robado.

Ahora, cuando pensaba en aquello, Mary se sentía muy avergonzada. Por aquel entonces no pasaba hambre, no necesitaba el sombrero. Y le vinieron a la memoria las buenas personas que había conocido en su infancia, como Martha Dingwell, quien trabajaba en la panadería y al final de la jornada siempre regalaba el pan que no se había vendido a aquellos que no tenían dinero para comprarlo; o Charlie Allsop, el sepulturero, quien hacía pequeñas reparaciones en los hogares de los más necesitados sin querer cobrarlas nunca en una muestra de solidaridad con ellos. Martha y Charlie, y muchos otros que actuaban como ellos, no llevaban una vida holgada y, además, tenían que soportar el desprecio y las burlas de algunos. Sin embargo, Mary veía ahora que las Marthas y los Charlies hacían del mundo un lugar mejor. Los criminales lo convertían en un sitio aterrador y feo, lo contaminaban todo con sus egoístas ansias de dinero y bienes por los que no habían trabajado.

Mientras observaba el patio de la cárcel, lo único que veía era a gente que sólo se preocupaba de sí misma. No sentían remordimiento alguno al mentir, engañar, robar o matar. El hecho de que tuvieran dinero para sobornar a quien fuera necesario para salir al patio, fanfarronear de sus fechorías y emborracharse era una prueba de ello.

Mary pensó que, sin lugar a dudas, esa gente eran algunos de los canallas, los matones, las ramerás más curtidas y los ladrones más astutos de toda la

ciudad. Ya provinieran de familias acaudaladas o humildes, todos usaban esa jerga especial, el lenguaje de los bajos fondos que tan bien había llegado a conocer en la colonia. Y tampoco se le escapaba el peligroso trasfondo que se intuía en el patio: celos, frustración sexual, violencia reprimida y cuentas pendientes que salían a la superficie en cuanto bebían un poco.

A pesar de todo, Mary no era ninguna mojigata. Sabía que el alcohol era un remedio muy útil para mitigar las penas y el miedo. Sin embargo, por grande que fuera su desesperación, sabía que nunca se vendería por un vaso de ginebra ni practicaría el acto sexual en público, a la vista de todo el mundo. Y eso era lo que hacían algunas mujeres ante sus propios hijos.

Mary había apartado los ojos en varias ocasiones durante la tarde para no tener que ver a hombres en celo como animales que acosaban a mujeres tan borrachas que estaban al borde de la inconsciencia. Para colmo, algunos de esos hombres también se sentían atraídos por los niños. Una mujer mayor, que se sentó a charlar con Mary durante un rato, le contó que algunos de ellos sobornaban a los carceleros para que les suministraran de forma continua a niños de la zona común. Después la mujer se echó a reír y Mary no la habría creído si más tarde no hubiera visto a un hombre corpulento manoseando a una niña andrajosa que no debía de tener más de seis años.

A Mary le dolía en el alma ver a tantas chicas en el patio. Le recordaban a ella misma cuando tenía su edad: su tez inmaculada, esa misma mezcla curiosa de inocencia y valentía. Estaban demasiado ocupadas coqueteando con los prisioneros más caballerosos para hablar con ella. Tal vez creían que aquellos petimetres vestidos con tanta elegancia se las llevarían con ellos cuando logran sobornar a alguien para abandonar Newgate.

Mary sabía bien qué iba a sucederles. Al cabo de una o dos semanas en la cárcel perderían la inocencia, y cuando estuvieran a bordo de los barcos con rumbo a la colonia no quedaría ni rastro de su valor. Después de pasar unos cuantos años en Sydney tendrían el mismo aspecto que ella: un saco de huesos sin esperanza ni ánimos.

Llevaban más de una semana en Newgate cuando, un día, Spinks entró en la celda y le dijo a Mary que había un caballero que quería verla.

Mary había trabado una curiosa amistad con el carcelero. Sabía que, en

el fondo, aquel tipo taimado, siempre en busca de alguna forma de sangrar dinero a los prisioneros, nunca podría llegar a caerle bien. Sin embargo, cuando Spinks supo que Mary había perdido a sus dos hijos, se mostró conmovido. A menudo iba a verla cuando estaba sola y en ocasiones le llevaba una taza de té o una pieza de fruta a cambio de nada, únicamente para charlar un rato con ella. Tal vez aquel hombre se sintiera tan solo como Mary.

Spinks la encontraba sola la mayoría de las veces. Después de ver un apuñalamiento la segunda vez que bajó al patio, Mary decidió que la sombría celda era un lugar más seguro. De modo que, ese día en concreto, tampoco estaba acompañada. Los hombres sí habían bajado al patio.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó ella.

Spinks llamaba «caballeros» a todos los hombres que tenían dinero.

—Se llama Boswell —respondió con una sonrisa engreída—. Dice que es abogado.

—¿Te refieres a que no está internado en Newgate?

—Bueno, no acostumbran a enviarnos a muchos abogados —replicó Spinks, y se rio de su propia broma—. En fin, ¿quieres verlo o no? A mí me da igual.

Mary lanzó un suspiro. No le apetecía hablar con nadie, pero tal vez una visita de fuera la ayudase a olvidar su melancolía.

—Dile que suba —respondió con voz cansina.

—Ésa es mi chica —repuso Spinks con afecto—. Y mientras voy a buscarlo, ¿por qué no te cepillas un poco el pelo? Mira, te he traído una cinta.

El carcelero se sacó una cinta de satén de color rojo del bolsillo, se la dio y se fue. A Mary se le hizo un nudo en la garganta mientras la acariciaba con los dedos y recordó a su padre, quien siempre les llevaba a ella y a Dolly cintas para el pelo cuando regresaba a tierra. Por aquel entonces Mary era muy poco femenina y nunca había sabido apreciar esos regalos, pero sí apreció éste; necesitaba algo alegre y femenino para animarla.

—¡Buenas tardes, señora Bryant!

Mary se volvió al oír aquella voz melodiosa. Estaba tan absorta atándose el lazo en la nuca que no había oído llegar a su propietario.

Por una vez, Spinks tenía razón y se trataba de un auténtico caballero. Aquel hombre debía de rondar los cincuenta años, estaba entrado en carnes,

tenía la tez sonrosada, era de estatura mediana y vestía un sombrero de tres puntas verde oscuro adornado con galones dorados y un elegante abrigo brocado. Resollaba después de subir por las escaleras.

–Ahora soy Mary Broad –respondió ella bruscamente.

Mary se fijó en las inmaculadas calzas blancas y las brillantes hebillas de los zapatos.

–¿Por qué ha venido a verme?

–Quiero ayudarla, querida –dijo, y le tendió la mano–. Me llamo Boswell, James Boswell. Soy abogado, aunque debo mi fama a mi libro sobre el doctor Samuel Johnson, mi apreciado y difunto amigo.

Mary había conocido en Port Jackson a un par de oficiales que hablaban con el mismo acento escocés que aquel hombre. No le dio gran importancia al hecho de que hubiera escrito un libro sobre un amigo ya fallecido, pero le impresionó sus elegante reloj de bolsillo de oro y el lujoso chaleco de seda. Pensó que ni siquiera el rey debía de vestir tan bien.

Mary le estrechó la mano y le sorprendió que un hombre pudiera tenerlas tan suaves. Parecían un pedazo de masa caliente.

–El mío es un caso perdido, pero le agradezco que me ofrezca ayuda cuando yo ni siquiera puedo ofrecerle una silla.

Boswell sonrió y Mary se fijó en que tenía unos ojos grandes y luminosos como un pozo oscuro. Llevaba peluca y no vio de qué color era su pelo, pero sus pobladas cejas le hicieron pensar que en el pasado debía de haber sido tan oscuro como el suyo.

–No creo que sea un caso perdido –dijo Boswell con rotundidad–. Me gustaría defenderla, y por ello querría pedirle que me cuente su historia. La única información de que dispongo es el extraordinario relato que he leído en el *Chronicle*.

## Capítulo dieciocho

James Boswell se alejó de la prisión de Newgate a pie, algo enojado porque Mary no había caído rendida a sus pies ni lo había visto como su salvador. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que aquella mujer pudiera rechazar su oferta.

—Maldita sea —murmuró—. Quizás sea una heroína, pero está claro que no tiene sesera.

Un buen amigo suyo había dicho unos años antes que «Bozzie» era un adicto a las causas perdidas. En aquella ocasión se refería a su inclinación por las prostitutas, pero era un hecho bien sabido que Boswell se mostraba siempre compasivo con todo aquel que considerase víctima de un trato injusto. En no pocas ocasiones había defendido a gente sin recursos y aceptaba clientes que nadie más quería.

A decir verdad, nada lo entusiasmaba más que un caso que todo el mundo daba por perdido, o una mujer que estuviera empeñada en autodestruirse. Y Mary Broad era una combinación de ambas cosas.

Lo que todos los amigos que se burlaban de él pasaban por alto era que Boswell creía que tenía mucho en común con sus clientes y sus prostitutas. Sabía lo que era sentirse arrastrado a una profesión no deseada; a menudo lo malinterpretaban, cometía errores de juicio y era muy temerario.

Su padre, lord Auchinleck, juez del Tribunal Supremo de Escocia, había insistido en que su hijo se convirtiera en abogado, a pesar de su deseo por enrolarse en el regimiento de la Guardia Real. En cuanto acabó sus estudios, Boswell huyó a Londres y se convirtió al catolicismo, una decisión que causó una gran consternación en su severa familia presbiteriana. En realidad, durante un breve período de tiempo coqueteó con la idea de hacerse monje. Pero un católico no podía convertirse en oficial del ejército ni en abogado, ni siquiera heredar las propiedades de su padre, por lo que no tardó en abandonar la fe católica, acató de mala gana los deseos de su padre y solicitó su admisión en

el Colegio de Abogados. No obstante, no fue un cambio de idea sincero, sino un ardid para permanecer en Londres y utilizar su asignación para darse a conocer en sociedad.

El propio Boswell habría de admitir que era mal estudiante. Pasaba más tiempo en el teatro, en las carreras, bebiendo y cortejando a mujeres que con los libros. Su padre quería que se casara con un buen partido, pero, de nuevo, Boswell lo decepcionó al tomar como esposa a su prima Margaret. Sin embargo se casó por amor, algo que consideraba mucho más importante que el dinero.

Su amistad con Samuel Johnson también se malinterpretó. La gente decía que intentaba ganarse el afecto del gran hombre en beneficio propio. Decían que Boswell era un esnob, un arribista, un mujeriego, un borracho y un hipocondríaco.

Boswell no negaba que le gustaran las mujeres y el vino. Era incapaz de resistirse a una doncella o a una prostituta bonita, pero ¿acaso no probaba eso sus ganas de vivir? Lo que sus críticos no veían ni entendían era que dedicaba la mayor parte de su tiempo a planear, recopilar y reunir material para su obra, *Vida de Samuel Johnson*. Para hacerle justicia tuvo que entrar en los círculos en los que se movía Johnson con el fin de observar, escuchar y ver a través de los ojos del escritor. No cabía duda de que Boswell disfrutaba con ello, y tal vez se aprovechó de los contactos que hizo. Pero nunca utilizó la amistad de Johnson en beneficio propio; quería a su amigo y deseaba que todo el mundo compartiera su sabiduría, su inteligencia y su humor.

En el fondo, Boswell sabía que había dado a luz una biografía magnífica, y estaba convencido de que en los años venideros su nombre aparecería junto al de otras grandes figuras literarias. Y a pesar de que no recibía los elogios encendidos y la adulación de los que se consideraba merecedor, había ganado una cantidad importante de dinero gracias al libro. Tenía una casa elegante en Oxford Street y vestía ropa suntuosa. Comía y bebía en abundancia, tenía muchos amigos y sus amados hijos eran siempre un gran consuelo, todo lo que cualquier hombre podría desear.

No obstante, Boswell seguía sintiendo el ansia irrefrenable de hacer algo que causara sensación antes de dejar la pluma y colgar la peluca y la toga. Tenía cincuenta y dos años, era viudo, no gozaba de buena salud y notaba que su tiempo se agotaba. Quería que lo recordaran como «el mayor biógrafo de todos los tiempos», pero también le proporcionaría una gran satisfacción

sorprender a todos aquellos que lo consideraban un abogado mediocre. Lo único que quería era ganar un caso notorio y espectacular; que lo recordaran como el defensor de los débiles y los oprimidos.

Boswell sonrió para sí, consciente de que su comportamiento rozaba el egoísmo. En realidad, no sabía por qué le interesaba tanto el caso de Mary Broad, pues hasta esa misma mañana no había sabido nada acerca de su difícil situación y la de sus compañeros. A decir verdad, nunca antes le había concedido ninguna importancia al bienestar de los delincuentes condenados a la deportación, algo que, sin embargo, siempre había obsesionado a su padre.

Desde su punto de vista, la deportación era una condena humana y práctica, ya que trasladaba a los criminales a un lugar donde no podrían hacer más daño a la sociedad. Una solución mucho mejor que la horca. Cuando era joven había presenciado la ejecución pública de un salteador y de una joven ladrona llamada Hannah Diego, y jamás había podido olvidar el horror que le habían causado.

Sin embargo, esa misma mañana, mientras degustaba pausadamente una taza de café en casa y leía el periódico, pasando el rato antes de ir a ver a su editor para saber cómo iban las ventas de su libro, se detuvo en la crónica de la fuga de la bahía de Botany.

Fue una cita de Mary lo que le llamó la atención. «Preferiría que me ahorcaran antes que regresar a ese lugar.»

Era obvio que la bahía de Botany no era el paraíso tropical que los periódicos ingleses querían hacerles creer. Boswell siguió leyendo. Le impresionó mucho que Mary, ocho hombres y dos niños hubieran navegado 3.000 millas en un bote abierto. Más inquietante aún era el hecho de que cuatro de los hombres hubieran muerto tras la captura. Sin embargo, fue la pérdida de los dos niños lo que de verdad le desgarró el corazón. Boswell adoraba a sus hijos y consideraba una bendición que todos estuvieran tan unidos a él, por lo que no imaginaba nada más trágico que perder siquiera a uno de ellos. Y esa pobre mujer lo había perdido todo. Su marido, sus hijos, y ahora también corría el peligro de perder la vida.

Recordó la imagen de Hannah Diego forcejeando mientras la arrastraban a la horca. Olía su miedo, oía el macabro rugido de la multitud congregada, y recordó las pesadillas que había sufrido desde entonces.

Boswell sintió una mezcla de náuseas e ira. No podía permanecer de brazos cruzados y dejar que Mary Broad corriera la misma suerte. Era un fin

bárbaro. Ya había sufrido bastante.

Boswell sentía una gran curiosidad por el carácter de aquella mujer. Sin duda, poseía gran valor y determinación para haber guiado a esos hombres a la libertad, y una gran fuerza para sobrevivir a la fiebre y el hambre. Quería saber más, conocerla y hablar con ella. Entonces dejó el periódico, pidió que le llevaran la chaqueta y el sombrero y partió hacia Newgate.

En su imaginación, Boswell había dibujado un retrato muy distinto de Mary Broad: estaba convencido de que era una mujer grande, fuerte y sana, como las prostitutas que más le gustaban. Fue una sorpresa encontrarse ante aquella mujer menuda, delgada y que hablaba con gran dulzura. Abrumada por el dolor, parecía mayor de lo que en realidad era y en sus ojos grises se reflejaba ya su resignación a morir.

Mary le contó su historia de forma muy simple, como si estuviera cansada de narrarla una y otra vez. No intentó despertar su compasión y no le ofreció los horripilantes detalles de las penurias, las privaciones ni la crueldad que había sufrido. El único momento en que se le saltaron las lágrimas fue al narrar el funeral de Charlotte en alta mar, pero se repuso rápidamente y prosiguió hablando del amable trato que le habían dispensado a bordo del *Gorgon*.

La narración de Mary le permitió adivinar los horrores que había padecido aquella mujer y Boswell se sintió muy conmovido. No era la primera vez que acudía a Newgate, por lo que había ido preparado para escuchar una sarta de mentiras, exageraciones y distorsiones de la verdad. Al igual que la mayoría de sus coetáneos, creía en la existencia de una clase criminal, un estrato de gentes predestinadas a socavar los cimientos de una sociedad decente. Resultaba fácil identificarlos en sus modales toscos, su holgazanería y su falta de principios. En el patio de la cárcel había visto a muchos que se pavoneaban como si se encontraran en un club privado y muy selecto.

Sin embargo, Mary no pertenecía a esa clase. Tenía más en común con los deudores, quienes se sentaban en corrillos, desconsolados, avergonzados del delito que les había llevado a la cárcel, desanimados y sin esperanza.

No obstante, el lazo de un rojo intenso que adornaba el pelo oscuro de Mary, un detalle que contrastaba con el vestido harapiento y sucio, permitía adivinar que el espíritu indomable que la había mantenido con vida durante los momentos más difíciles no se había extinguido, aunque sí había perdido fuerza. Asimismo, Mary había tenido la audacia de preguntarle si estaba dispuesto a

defender también a sus cuatro amigos. Cuando él le dijo que sólo podía luchar por su causa, ella le volvió la espalda como si diera la entrevista por finalizada.

–Entonces no puedo aceptar su ayuda –dijo al final–. Los cinco estamos juntos en esto, son mis amigos y no los abandonaré.

A Boswell le pareció inconcebible que alguien que se encontraba en una situación tan desesperada antepusiera la amistad a su propia vida. Le suplicó que reconsiderase su postura, le explicó que la terrible pérdida de sus hijos le granjearía el apoyo popular y le aseguró que podía ganar su caso. Lo que también pensaba, y no podía admitir ante ella, era que imaginaba el juicio de Mary como una especie de escaparate para lucir su talento. Quería que fuera un proceso emocionalmente muy intenso. Se veía a sí mismo pronunciando un alegato final dramático y estremecedor. Pero si tenía que defender también a los cuatro hombres, unos personajes de reputación seguramente dudosa, el posible apoyo popular con el que podría contar Mary quedaría diluido.

–Lo único que me queda ahora son esos cuatro hombres –se limitó a añadir ella–. Hemos pasado por todo juntos y los considero mis hermanos. Estoy dispuesta a correr cualquier riesgo con ellos.

–¿Cree que ellos harían lo mismo por usted? –le preguntó Boswell–. Yo no, Mary. Harían lo que fuera para salvar el pellejo, sin importarles lo que pudiera ser de usted.

–Tal vez –dijo ella con un suspiro–. Hubo un tiempo en el que lo único que me importaba era sobrevivir a toda costa. Pero eso pertenece al pasado. Es algo que ya no valoro como antaño.

Boswell quedó muy impresionado por su sentido del honor, pero creía que, además de la esperanza, aquella mujer había perdido también el sentido común.

«¿Cómo te las vas a arreglar para que recupere el ánimo, Bozzie?», se preguntó a sí mismo mientras se tocaba el sombrero para saludar a una hermosa doncella que paseaba en compañía de un hombre mayor.

Acto seguido, se detuvo y se volvió para recorrer con la mirada su diminuta cintura, el sinuoso perfil del miriñaque de su vestido rosa y el sombrero adornado con margaritas. Veronica y Euphemia, sus dos hijas

mayores, tenían vestidos y sombreros como aquéllos, y nada las alegraba más que poder añadir otro a su colección. Tal vez Mary empezara a recuperar la esperanza si le regalaba una prenda nueva y bonita.

El ambiente en la pequeña celda de Newgate era tenso. Los cuatro hombres miraban a Mary con recelo.

–No me miréis así –les recriminó ella, indignada–. El único motivo por el que no os he hablado de su visita es porque no puede ayudarnos.

Los cuatro hombres habían regresado a la celda a última hora de la tarde, muy borrachos. De haber estado sobrios seguramente les habría contado la visita del señor Boswell, pero, mientras dormían, Mary había llegado a la conclusión de que no iba a ganar nada revelándoles aquella información. El señor Boswell sólo quería ayudarla a ella, no a los demás, y si se lo contaba sólo lograría que se sintieran heridos.

Por desgracia, no había caído en la cuenta de que un visitante del exterior llamaría mucho la atención y daría pie a especulaciones entre los prisioneros y los carceleros. Al parecer, cuando los hombres recuperaron la sobriedad y regresaron a la taberna, toda la cárcel hablaba del abogado que había ido a verla.

–¿Qué estás tramando? –estalló James, con su rostro enjuto enrojecido por la ira.

–No tramo nada –replicó Mary–. Spinks lo acompañó hasta aquí. El tipo sentía curiosidad por nosotros, pero no la suficiente para defendernos.

–¿Has dejado escapar a un abogado sin avisarme? –estalló James–. Podría haber despertado su interés.

Mary se encogió de hombros.

–¿Estando borracho? Creo que habría mostrado aún menos interés por ayudarnos.

–Tolero muy bien el alcohol y soy capaz de convencer a quien sea, bebido o sobrio –gruñó James–. Estoy seguro de que ni tan siquiera has intentado persuadirlo. Tal vez a ti no te importe acabar en la horca, pero a nosotros sí.

Mary les lanzó una mirada de súplica.

–Sabéis que haría lo que estuviera en mis manos para ayudaros, ¿verdad?

¿Es que la ginebra barata os ha hecho perder el seso?

Todos parecían ligeramente avergonzados.

—James tiene razón, deberías haber ido a buscarnos —insistió Bill—. Tiene mucha labia y a ti parece que ya no te importa nada.

—Quizás no me importe lo que me ocurra, pero sí lo que os pueda pasar a vosotros —replicó Mary, airada—. Y si queréis mi opinión, os diré que os estáis comportando como esos presos del patio, que beben hasta perder el conocimiento y se abalanzan sobre cualquier cosa que lleve faldas.

—¿Y ese abogado piensa volver? —preguntó Nat, negándose a perder la esperanza.

—Lo dudo —le espetó Mary—. No puede hacer nada por nosotros.

Oyeron que Spinks avanzaba por el pasillo cerrando las puertas de las celdas para pasar la noche. Mary se refugió en su rincón y se sentó, con la esperanza de que la poca luz que se desvanecía lentamente pusiera fin a la amargura. James y Bill siguieron hablando un rato en voz baja. Mary estaba tan cansada y abatida que ni siquiera se molestó en aguzar el oído.

El señor Boswell se había comportado con gran amabilidad. Aparte de Tench, ningún otro hombre había mostrado un interés tan sincero en ella. ¿Acaso debería haberse esforzado un poco más para convencerlo de que los ayudara a todos? ¿Y si le hubiera suplicado llorando, lo hubiera abrazado o le hubiera ofrecido su cuerpo?

«Ningún hombre te querría, no con el aspecto que tienes ahora», pensó Mary para sí. No necesitaba mirarse al espejo para saber que no era un buen partido. El sol, el viento y una mala alimentación la habían hecho envejecer antes de tiempo; no tenía curvas, era una mujer ajada. Incluso Sam, que en el pasado había sentido algo por ella, parecía haber perdido el interés tras su captura en Kupang.

Mary oyó gritar a una mujer a lo lejos. Parecían dolores de parto, lo que despertó su compasión e hizo que se le encogiera el estómago. No dejaba de resultarle extraño que, después de todos los infortunios que había vivido en los últimos años, el dolor y las humillaciones a los que se había visto sometida, aún sintiera el dolor ajeno. Debería ser insensible, y no tendría que preocuparle la posibilidad de que un recién nacido no fuera a sobrevivir. Y, sin embargo, le importaba; cada vez que pasaba frente a la puerta de la zona común de la cárcel, se sentía culpable de que esos pobres desgraciados estuvieran muriendo de hambre, mugrientos y enfermos, mientras ella podía

salir al patio, comer, beber y dormir en una celda decente.

Los gritos cesaron de repente. Mary se preguntó si se debía a que la madre por fin había dado a luz, o a que había muerto. Tal vez, por su propio bien, sería mejor que no hubiera sobrevivido al parto; si lograba salir adelante, sus problemas no harían sino aumentar.

Pasados tres días, los hombres volvieron a tratar a Mary con la bondad de siempre. Al cuarto día, los llevaron ante el juez Nicholas Bond.

Los cinco fugitivos se pusieron muy nerviosos en cuanto volvieron a encadenarlos. Entonces, cuando el carro empezó a traquetear por las calles ruidosas y atestadas de gente, el nerviosismo dio paso al terror. Los ojos azules de Nat estaban abiertos de par en par, Bill cerraba los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y Sam parecía estar murmurando una plegaria. Incluso James guardaba silencio por una vez, y cuando el carro quedó rodeado por una horda de gente que no dejaba de gritarles, cogió a Mary de la mano.

De pronto Mary se dio cuenta de que la multitud no pedía su cabeza, sino todo lo contrario. Les gritaban «Bravo», «Buena suerte» y «Que Dios esté con vosotros».

Alguien lanzó una espiga de brezo al carro. Mary la cogió y sonrió.

—Están de nuestra parte —apuntó con un grito ahogado.

Estaban acostumbrados a la fama de la que gozaban en Newgate, pero en ningún momento se les había pasado por la cabeza que su historia pudiera despertar el interés de la gente corriente. Pero la multitud se había congregado frente al juzgado para mostrar su solidaridad con Mary y sus cuatro amigos, y era obvio que su relato había conquistado sus corazones.

Mientras los conducían al banquillo de los acusados, vieron que la lúgubre y polvorienta sala estaba abarrotada de espectadores. Entre ellos, Mary distinguió a James Boswell.

—Ha venido el señor Boswell —le susurró Mary a James, convencida de que sus amigos volverían a echarse encima si no se lo decía—. Es el hombre gordo de la chaqueta elegante.

James lo miró, le dirigió una sonrisa y susurró la noticia a los demás.

El juez, que tenía un rostro enjuto y llevaba unas gafas en la punta de una nariz muy afilada, los interrogó uno a uno y mostró una gran atención a sus respuestas, lo cual supuso una nueva sorpresa. Hasta entonces, sólo habían recibido muestras de absoluta indiferencia por parte de los jueces que los sentenciaron, y todos conocían a gente que había pasado por un tribunal y había sido condenada sin pruebas o sin la declaración de testigos.

Cuando le llegó el turno a Mary, el juez prestó incluso mayor atención a sus palabras. Saltaba a la vista que estaba muy interesado y quería formarse una idea de lo acontecido. Nerviosa como estaba, Mary lo miró a la cara y habló con voz clara. El único momento en que se le quebró la voz fue cuando la interrogó acerca del fallecimiento de sus hijos.

—La idea de la huida fue mía —admitió—. Yo la planeé y conseguí las cartas y los instrumentos de navegación. Convencí a mi marido Will para que me acompañara e insistí para que hablara con los demás y les pidiera que se unieran al grupo.

Los hombres la miraron de soslayo, pues no esperaban que Mary se presentara como la instigadora.

—¿Cuánto tiempo dedicó a planear la huida antes de abandonar la colonia? —preguntó el juez, mirándola fijamente.

—Tomé la decisión de huir de aquel lugar desde el mismo momento en que pisé la isla. Pero el día en que azotaron a mi marido por el simple hecho de haberse quedado unos cuantos pescados, supe que había llegado la hora. Pasábamos hambre, la gente moría a nuestro alrededor y, aun así, mi esposo Will, el único hombre capaz de llevar comida a la colonia, fue condenado a recibir cien latigazos. Y lo consideré una enorme injusticia.

El juez siguió formulando preguntas y Mary las respondió con sinceridad. Al final le preguntó si se arrepentía del crimen que la había enviado a Nueva Gales del Sur.

—Sí, señor —contestó—. No ha pasado un día en que no me haya arrepentido.

Al oír sus palabras, un murmullo de aprobación se extendió por la sala.

—Pero, dígame, ¿por qué decidió poner en peligro la vida de sus dos hijos arriesgándose a partir en un viaje tan largo y peligroso por mares desconocidos?

—En la colonia nos acechaban peligros igual de grandes —respondió Mary

con firmeza—. Creía que era mejor que muriéramos juntos en alta mar que contraer alguna enfermedad horrible o dejar que el hambre nos matara lentamente, uno a uno.

El murmullo de aprobación de los asistentes se convirtió en un rugido. Cuando por fin se hizo el silencio el juez declaró que aún no estaba listo para emitir un veredicto, por lo que debían volver a la cárcel y regresar al cabo de una semana para proseguir con el interrogatorio.

Cuando se los llevaron, les llovieron los gritos de ánimo. Los metieron en una celda situada bajo la sala a la espera del momento de regresar a Newgate.

—¿Habéis visto cómo ha reaccionado la gente? —preguntó James con regocijo y los ojos brillantes, como en Kupang—. Todo el mundo está de nuestra parte. Después de lo que hemos visto hoy, es imposible que nos condenen a la horca.

Mary no se pronunció. Para ella, pasar aún más años en prisión era una perspectiva mucho peor que la horca.

—Has estado maravillosa —le dijo Sam, con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero no deberías haber cargado con toda la culpa.

Mary se encogió de hombros.

—Todo lo que he dicho es cierto: le insistí a Will y logré que os reclutara.

—Eres una mujer muy valiente, de eso no cabe duda —dijo Bill con voz temblorosa—. Siento que el otro día pensáramos mal de ti.

Antes de que Mary pudiera añadir nada, oyó el sonido inconfundible de la voz del señor Boswell. Se encontraba al final del pasillo de piedra, exigiendo que lo dejaran pasar. A Mary se le cayó el alma a los pies. Si volvía a ofrecerse para defenderla delante de sus amigos, la tomarían por mentirosa.

De repente ahí estaba, frente a los barrotes, radiante con una chaqueta azul oscuro y un chaleco bordado, con una sonrisa de oreja a oreja que iluminaba su rostro sonrosado.

—¡Mary, querida, has causado una impresión maravillosa! —exclamó, loco de alegría—. Te has ganado el corazón de todo el mundo. Dentro de unos días, la crónica del juicio se habrá extendido por el país y contarás con el apoyo de todos los ingleses.

—No sólo yo, espero —logró decir, con la esperanza de que Boswell tuviera suficiente sentido común como para comprender la delicada relación que mantenía con sus compañeros—. Estamos juntos en esto y todavía no ha

conocido a mis amigos.

–Claro, claro. Todos vosotros os habéis ganado la compasión de la gente –dijo.

A continuación, Boswell les entregó una caja que contenía una cantidad considerable de dinero.

–Se ha organizado una colecta para ayudaros a sufragar los gastos mientras estéis en Newgate. Estoy que no quepo en mí de contento.

James se presentó a sí mismo y a los demás hombres.

–¿Significa eso que ahora está dispuesto a defendernos? –preguntó, cogiéndole la caja de las manos.

–Ahora que la gente ha decidido apoyar a Mary y, al igual que ella, apretarme las tuercas, he reconsiderado mi postura y creo que puedo defenderos también a vosotros. Siempre que Mary esté dispuesta a reconsiderar su postura.

Boswell lucía una sonrisa radiante, miró a los hombres a la cara y, al parecer, no vio los gestos desesperados de Mary, situada detrás de sus cuatro amigos.

–¡Espero que sepáis mostrarle vuestro agradecimiento a vuestra fiel amiga! Ahora debemos hablar de la siguiente fase. Creo que la horca ha quedado descartada y que sólo os enfrentáis a una condena de cárcel. Pero me propongo conseguir el indulto para todos vosotros.

Boswell no esperó a ver su reacción ante la noticia, sino que prosiguió.

–La semana que viene estaré a vuestra entera disposición, pero mientras iré a visitar a mi querido amigo Henry Dundas, ministro del Interior.

En cuanto Boswell se marchó, James lanzó un grito de alegría y agitó la caja llena de dinero.

–¡Conoce al ministro del Interior! –exclamó—. Y la gente ha organizado una colecta para nosotros. ¡Vamos a ser libres!

Sam dirigió una mirada pensativa a Mary que la hizo sonrojar.

–Se ofreció a defenderte a ti sola y lo rechazaste, ¿verdad? –preguntó, con una voz que dejaba entrever un respeto reverencial.

Los otros tres fruncieron el ceño. No entendían a qué se refería Sam y Nat quiso saber de qué hablaba.

–¿Es que no te das cuenta?

Sam negó con la cabeza ante aquella muestra de estupidez.

–Ese abogado no ha venido hasta aquí por casualidad. Ha venido a ver a Mary de nuevo. El motivo por el que no nos dijo nada de su primera visita fue porque sólo quería defenderla a ella, ¡y lo rechazó por nosotros!

–¿Es cierto? –preguntó Nat, con sus ojos azules abiertos de par en par, incrédulos.

–Santa Madre de Dios –exclamó James–. ¡Y nosotros nos enfadamos contigo!

Mary se ruborizó.

–Ahora ya no importa –murmuró.

–Sí que importa, Mary –dijo Sam, rodeándola con un brazo–. Toda esa gente ha donado dinero para nosotros después de escuchar tu declaración ante el juez. Y estoy seguro de que también hizo que el abogado cambiara de idea. Una vez más, nos has salvado la vida.

Esa noche Mary no pudo conciliar el sueño. No dejaba de pensar en todos los posibles «Y si...». ¿Y si tenían que permanecer en la cárcel durante meses o incluso años y la gente acababa perdiendo interés por su causa? Entonces nunca conseguirían el perdón. ¿Y si Boswell no era más que un fanfarrón como Will y en realidad no conocía al ministro del Interior? ¿Y si conseguía el indulto? ¿Adónde iría y de qué iba a vivir?

Si su difícil situación había logrado enardecer el sentimiento popular tal y como había dicho el señor Boswell, entonces era más que probable que su familia hubiera tenido noticias de ella. Su madre se moriría de vergüenza al descubrir que el nombre de su hija había aparecido en los periódicos. Después de todo por lo que había pasado, Mary se rio al pensar que su madre fuera a preocuparse precisamente por eso. No obstante, los sentimientos de Grace seguían importándole. Y tenía muchas ganas de verla a ella y al resto de su familia.

En la segunda vista, el juez comunicó a los cinco fugitivos que no iban a ser condenados a la horca. Iban a recibir una pena aún por determinar, pero no

serían juzgados de nuevo. Los hombres se dieron por satisfechos; gozaban de una gran fama y tenían dinero para llevar una vida desahogada en Newgate la cual, después de haber pasado por otras cárceles, era un auténtico paraíso. Sería maravilloso, por supuesto, que Boswell les consiguiera el indulto, pero no contaban con ello.

Sin embargo, Mary opinaba de otro modo. Quería que la ahorcaran o que le dieran la libertad, nada de medias tintas. No le importaba esperar para ser libre, pero necesitaba saber cuánto tiempo iba a transcurrir antes de que pudiera pisar de nuevo la hierba, nadar en el mar, oler las flores y cocinar su propia comida. No podía pasar los días sumida en la bruma de la ginebra, el pasatiempo favorito en Newgate.

Boswell tenía razón cuando dijo que todo el país los conocería. Su historia había llegado hasta el último rincón de Inglaterra. Pero Mary renegaba de la fama. Todos los días acudía gente a la cárcel para conocerla. Algunas de aquellas personas pertenecían a organizaciones que se oponían firmemente a la deportación, otras eran periodistas, pero la mayoría sólo eran curiosos que querían ver a la mujer que aparecía en la prensa, como si fuera un espectáculo de feria.

Mary no podía negarse a conocer a ninguna de esas personas. Sabía que todos ellos dependían de la opinión pública para lograr el indulto. Pero resultaba doloroso tener que contar una y otra vez su historia y que la gente quisiera hurgar en su pasado para conocer detalles que ella preferiría olvidar.

James, sin embargo, estaba encantado con la situación, sobre todo con las elegantes damas que regresaban una y otra vez para hablar con él. Mary sabía que, en el fondo, a aquellas mujeres no les preocupaba lo más mínimo su situación. El hecho de visitar Newgate constituía una simple distracción de sus monótonas vidas, e ir a un lugar tan sucio y peligroso les parecía una experiencia emocionante. James echaba mano de su encanto irlandés y coqueteaba con ellas, les contaba situaciones asombrosas que las mujeres podían repetir entre susurros mientras tomaban el té de la tarde con sus no tan atrevidas amigas. A cambio, le llevaban comida, ropa nueva y libros. James también había empezado a escribir su relato de la huida con la esperanza de venderla por una cantidad que le permitiera regresar a Irlanda y dedicarse a la cría de caballos.

En cuanto a Nat, Bill y Sam, por primera vez en su vida se sentían importantes. También tenían admiradoras y, a medida que pasaban los días,

necesitaban menos a Mary.

También estaba el señor Boswell. Le gustaba porque era un hombre inteligente, divertido y muy amable, pero no sabía qué quería de ella.

James Martin se había propuesto averiguar todo lo posible acerca del abogado, y algunas de las cosas que descubrió no fueron demasiado tranquilizadoras. A pesar de ser un escritor famoso y muy admirado que se codeaba con la aristocracia, también era un vividor que bebía en exceso y frecuentaba la compañía de ramerías. Tal vez fuera un padre bueno y cariñoso con sus hijos, pero se decía que había desatendido a su esposa cuando ésta agonizaba en Escocia. Además, no tenía muy buena fama como abogado.

Mary creía que Boswell era un tipo con un carácter muy parecido al de Will. Al igual que su esposo, parecía tener grandes aptitudes, inteligencia y arrojo; sin embargo, Boswell era mucho mayor, había recibido una buena educación y era un caballero. Mary pensó que, si pudiera despojarlo de los años de más, su erudición y su ropa elegante, Will y él tendrían mucho en común. Boswell hablaba de sus amigos de las altas esferas, pero ¿eran amigos de verdad o sólo conocidos? También se jactaba de los casos que había ganado en los tribunales, de su éxito con las mujeres y de ser descendiente de Roberto I de Escocia.

Sin embargo, siempre olía a alcohol, fuera cual fuera la hora del día, y su tez sonrosada era una señal de que lo consumía en exceso. La bebida también había sido siempre el punto débil de Will y Mary no podía olvidar el importante papel que había desempeñado en su perdición.

A pesar de todo, Mary creía a pies juntillas en todo lo que Boswell le decía cuando iba a visitarla. A fin de cuentas, ¿cómo no iba a creerlo? El leve acento escocés de su melodiosa voz le llegaba al corazón. Con sus palabras, Boswell le abrió las puertas a un mundo de cenas de gala, vestidos elegantes y casas de campo. La hacía reír con sus gráficas descripciones de la gente a la que conocía. Sin embargo, a pesar de todas esas extravagancias, siempre hacía gala de una gran bondad. Odiaba la injusticia y comprendía muy bien la situación de debilidad de otras personas, en especial de las mujeres. Le encantaban los niños, y quería una sociedad más justa y escuelas para los pobres.

Cuando estaba con ella, inundaba la celda con su calidez y su luz, y su conversación la estimulaba y le permitía albergar nuevas esperanzas. Sin embargo, en cuanto Boswell se marchaba, las sombras regresaban. ¿Qué

quería de ella en realidad? En cierto modo, a Mary le resultaba difícil creer que aquel hombre fuera capaz de hacer tanto sólo por bondad. Tenía que haber un motivo oculto; la gente escondía siempre segundas intenciones.

A principios de agosto, tan sólo un mes después de su ingreso en Newgate, Boswell fue a verla y en esta ocasión se reunieron en el piso inferior, en una pequeña sala amueblada con una mesa y un par de sillas.

—Qué calor hace hoy —dijo, resollando tras recorrer el largo camino hasta la cárcel bajo un sol abrasador y secándose la frente con un pañuelo—. Mañana me marcho de vacaciones. A Cornualles, querida, pero he puesto en marcha la maquinaria y creo que a mi regreso tendremos buenas noticias.

Empezó a contarle que le había escrito una carta a Henry Dundas y que esperaba obtener su respuesta. Mary pensó que su supuesta buena amistad con aquel hombre debía de ser una exageración.

Pero entonces Boswell dejó un paquete marrón sobre la mesa.

—Algo para ti, querida. No es nuevo, pero espero que te alegre.

Mary lo abrió y contuvo una exclamación de sorpresa al ver que era un vestido, seguramente uno que sus hijas ya no querían, pensó. Era de un color azul pálido y el escote estaba adornado con encaje blanco.

—Es precioso —dijo y se sonrojó, ligeramente avergonzada.

Era un vestido de ensueño, pero estaba pensado para una mujer de la alta sociedad que tomaba el té de la tarde o salía a pasear por el parque, no para una prisionera de Newgate con piojos en el pelo.

—Muchas gracias, señor Boswell, pero no estoy segura de que sea el más adecuado para lucirlo en este sitio.

—Mis amigos me llaman Bozzie —repuso el abogado en tono reprobatorio—. Te considero una amiga. Y es adecuado para ti. Todavía eres joven y te espera la libertad. Será un placer verte vistiéndolo.

—¿Crees que me concederán la libertad? —preguntó.

Mary dejó el vestido a un lado y se sentó.

—Y de ser así, ¿qué haré?

—Estoy convencido de que te concederán el indulto —dijo Boswell con firmeza—. Y soy tu amigo, por lo que llevaré a cabo las gestiones necesarias y encontraré un lugar en el que puedas alojarte. Me encantaría poder mostrarte la ciudad con calma.

—No puedo permitirlo —dijo Mary, algo inquieta—. Me daría por más que satisfecha si consiguiera trabajo como doncella o costurera.

Boswell puso una de sus suaves y regordetas manos sobre la de Mary.

–Necesitarás mimarte un poco antes de ponerte a trabajar –dijo el abogado, mirándola a los ojos–. Eres un saco de huesos, tendrás que engordar un poco y tomar un tónico para purgar la sangre. Y también aprender a manejarte en Londres.

De repente, a Mary le vino a la cabeza la imagen del teniente Graham. ¿Acaso creía el señor Boswell que iba a convertirse en su amante?

Aunque Mary era consciente de que si el abogado le conseguía el indulto se sentiría obligada a acceder a sus deseos, el pensamiento la asqueaba. Era un hombre gordo, el aliento le apestaba a alcohol y se veía incapaz de besarlo y, menos aún, de yacer con él.

–Debo seguir mi propio camino –dijo tras pensarlo unos segundos–. Te estoy muy agradecida, Bozzie, pero si logro salir de aquí no puedo depender de ti.

Boswell se rio y le hizo cosquillas en el mentón.

–¿Por qué no sonríes un poco? Eres una mujer bonita cuando borras esa expresión de tristeza. No tengas tanta prisa, Londres es un lugar duro cuando no se tienen amigos.

Entonces, para alivio de Mary, cambió de conversación y le habló de sus vacaciones en Cornualles.

La mención del condado evocó de inmediato en ella una serie de imágenes de su hogar. Habían transcurrido unos siete años desde que embarcara con rumbo a Plymouth y las palabras de su hermana regresaron a su memoria: «Podrías recorrer todo el mundo y no encontrarías lugar más bonito que Fowey».

Ahora, tras recorrer mucho mundo, sabía que era cierto. Nunca había visto un lugar tan hermoso. Si cerraba los ojos se le aparecía el mar refulgiendo bajo el sol del verano, olía las algas y oía el graznido de las gaviotas.

–Nunca he estado en Truro, Falmouth o Land’s End –dijo Mary cuando Boswell le contó que esos eran los lugares que iba a visitar.

–¡No! –exclamó, sorprendido–. ¿De verdad?

–Comprenderás el motivo cuando los visites –respondió.

A pesar de su edad, el entusiasmo juvenil que Boswell sentía por la vida le arrancó una sonrisa.

–Tal vez no se encuentren a una gran distancia de Fowey, pero hay muy

malas carreteras. En realidad, no son más que un sendero.

–Se han producido disturbios en Truro –dijo Boswell, lanzando un suspiro–. El ejército tuvo que acudir para sofocarlos. Lo cierto es que, desde que te fuiste, ha habido muchos problemas. Inglaterra se ha visto afectada por la revolución de Francia, por el descontento y malestar que reinan en ese país.

Mary sabía que Boswell leía muchos periódicos. Una de las cosas que más le gustaba de sus visitas era que le ofrecían la oportunidad de hablar de lo que sucedía más allá de los muros de la cárcel. A pesar de que contaba con la compañía de sus cuatro amigos, su conversación era muy limitada. Estaba cansada de hablar de la fuga y de la gente que habían conocido en Nueva Gales del Sur, y menos interés tenía aún en hablar del resto de los prisioneros de Newgate.

–Ojalá supiera leer –dijo, con pesar–. Soy una ignorante en asuntos internacionales.

Boswell volvió a tomar su mano.

–Si es lo que deseas, puedes aprender a leer. Pero no vuelvas a decir que eres una ignorante, Mary. Posees una inteligencia y una sabiduría muy superiores a las de la mayoría de la gente que conozco y que se considera muy lista.

Entonces se puso en pie.

–Ahora debo marcharme. Intenta no preocuparte. Puedes estar segura que no dejaré de pensar en ti durante mi estancia en Cornualles.

Boswell se despidió de ella con un beso en la mejilla.

–Ponte el vestido, Mary, te recordará los tiempos que viviste antes de que tus días se llenaran de tanta amargura.

Mary se puso el vestido, y en varias ocasiones. Boswell estaba en lo cierto, y aquel simple gesto le hizo recordar épocas más felices. Pensó en cuando corría para reunirse con Thomas Coogan en Plymouth, el modo en que la abrazaba y daba vueltas con ella, los besos embriagadores de sus labios.

En Newgate no había espejos, pero a juzgar por el modo en que la miraban los hombres, no tenía un aspecto tan vulgar y desmejorado como creía. Saberlo fue de gran ayuda. Poco a poco, se dio cuenta de que pensaba cada vez más en la libertad y temía que nunca llegara ese momento.

## Capítulo diecinueve

—¿Qué te aflige, Mary? —preguntó Boswell, alargando el brazo para cogerla de la mano—. ¡Apenas has abierto la boca!

Se encontraban en la sala de visitas de Newgate. En aquel gélido día de febrero, Mary cumplía su séptimo mes de encarcelamiento. Vestía un gabán de hombre que le había regalado a James una de sus admiradoras, unas gruesas medias de lana y mitones, pero aun así tenía tanto frío que creía que iba a morir. Sin embargo, no era el frío lo que la había sumido en ese estado tan taciturno, sino el desánimo que se había apoderado de ella.

—¿Nos concederán alguna vez el indulto? —preguntó con un hilo de voz—. Si no es así, dímelo ahora, Bozzie. No puedo seguir albergando esperanzas de este modo.

Cada vez que Boswell iba a verla le contaba lo ocupado que había estado con su caso. Le decía que había incordiado a todo el mundo, que había abordado a Henry Dundas y a todo aquel que tuviera un mínimo de influencia. Pero a medida que pasaban los meses, Mary no podía desterrar los recelos de que las promesas de Boswell fuesen solamente humo.

—Han transcurrido siete años desde tu primera detención —dijo Boswell con amabilidad—. Y lo has sobrellevado con gran fortaleza. Estoy convencido de que podrás tener un poco más de paciencia. ¿O acaso has perdido la fe en mí?

Mary no quería admitir que así era. Sabía muy poco del mundo más allá de las puertas de la prisión, de los abogados, de los jueces y de los ministros del Interior. Boswell la trataba como a un igual, le hablaba de la gente famosa que había conocido, de las fiestas, las obras de teatro y los conciertos a los que había asistido, dando por sentado que sabía de quién y de qué hablaba. Pero ¿cómo iba a saberlo? Era una campesina analfabeta. Lo más cerca que había estado de un concierto era el desfile de la banda de Plymouth. Jamás se había sentado a cenar a una mesa con cubertería de plata y copas de cristal.

Cuando Boswell hablaba de lord Falmouth, Evan Nepean y Henry Dundas, gente a la que acudía para que le concedieran el indulto, Mary no reconocía los nombres. No sabía quién era esa gente ni qué hacía. En lo que a ella respectaba, podía ser todo un invento de Boswell para darse aires de grandeza.

Su padre acostumbraba a decir: «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey». Hasta que no llegó a Port Jackson no entendió qué significaba. Allí era más inteligente que muchos de los prisioneros, los marinos y también que algunos oficiales. Había llegado a creer que su gran sagacidad le permitía calar enseguida a la gente y que podría soportar cualquier adversidad.

Sin embargo, Londres y Newgate eran harina de otro costal. Allí todo el mundo era listo. Tal vez no fueran más cultos que ella, pero sí astutos. Todos, ya fueran convictos, carceleros o visitas del exterior, tenían conocimientos más profundos y más experiencia que ella.

Quizás Mary hubiera sido capaz de regresar del infierno, pero desde su llegada a Newgate, se había dado cuenta de lo limitadas que eran en realidad sus habilidades. Sabía pescar, limpiar el pescado y cocinarlo. Sabía manejar un bote y ayudar a construir una cabaña, pero poco más. Había depositado todas sus esperanzas en Boswell porque era un hombre inteligente y educado, pero tal vez había pecado de ingenua.

—Creo que he perdido la fe en mí misma —suspiró.

—Es del todo comprensible —dijo Boswell, dirigiéndole una mirada de comprensión—. Newgate intenta destruir a todo aquel que cruza sus puertas, Mary. Fíjate en las mujeres que se venden por un vaso de ginebra, en los hombres que serían capaces de robarle las botas a otro mientras duerme, y recuérdate a ti misma que no eres como ellos. Tu arrojo y tu paciencia han conquistado el corazón del país. La gente me pregunta a diario cómo te encuentras, me obligan a coger su dinero para que te lo dé.

—¿Ah, sí? —preguntó Mary, sorprendida—. Y ¿dónde está? —añadió aguzando la vista.

Boswell se rio.

—Lo guardo a buen recaudo para cuando lo necesites. No sería prudente traértelo a este sitio, pero anoto hasta el último penique. Cuando seas libre, utilizaremos ese dinero para sufragar tus gastos de alojamiento, comida y transporte.

Mary asintió y recuperó una parte de la esperanza al reparar en que

Boswell había dicho «cuando» en lugar de «si».

–¿Podrías decirme cuántas semanas faltan hasta que se sepa?

Boswell negó con la cabeza.

–No puedo, Mary. Hago todo lo que está en mis manos para lograr que te concedan el indulto. No puedo hacer más.

Cuando Boswell se hubo marchado, Mary fue a la taberna, en busca de los hombres. A pesar de la aversión que sentía por aquel lugar, detestaba tener que esperar su regreso en la celda, sola.

Como siempre, los efluvios del licor barato, el tabaco y el sudor estuvieron a punto de derribarla cuando abrió la puerta. La taberna era una sala pequeña que recordaba vagamente una bodega, con las paredes de piedra gris, frías y húmedas al tacto. Estaba iluminada por un farol humeante y el mobiliario lo formaban nada más que un par de bancos desvencijados. La única vía de entrada de aire fresco era la puerta, pero los bebedores habituales parecían haberse acostumbrado a aquella especie de bruma.

No había tanta gente como era habitual, tal vez porque el tifus estaba causando estragos en la zona común. Aun así había dieciséis hombres y cuatro mujeres, dos de las cuales, seguramente recién llegadas, le resultaban desconocidas. Una de ellas, ataviada con un vestido chillón de rayas púrpura y azules, estaba sentada sobre las rodillas de un hombre que le manoseaba los pechos mientras ella tomaba un trago de una botella.

Como sucedía siempre que entraba en la taberna, se le revolvió el estómago. Mary no estaba en contra de que la gente bebiera en ése o en cualquier otro lugar, ya que a fin de cuentas el alcohol le parecía una forma tan válida de soportar la cárcel como las plegarias. Pero ese sitio sacaba lo peor de las personas. Todo el mundo fanfarroneaba, lloriqueaba y criticaba a los demás. Los escarceos sexuales, a menudo narrados en directo por el propio protagonista, eran el pan de cada día. En una ocasión vio cómo un hombre apartaba a una mujer de su regazo con un empujón tras finalizar el acto sexual, y cómo a continuación otro hombre la agarraba y la usaba a su vez, mientras la gente aplaudía.

La taberna también era el lugar en el que se urdían las tramas contra los prisioneros caídos en desgracia. Puesto que los celos acostumbraban a ser el

motivo que se ocultaba tras los violentos ataques que se producían en Newgate, Mary temía a menudo por sí misma y por sus amigos.

—¡Mary, querida! —exclamó James al verla en el umbral—. ¡Entra y toma un trago con nosotros!

James había sufrido un cambio espectacular desde su llegada a Newgate. La fama, su capacidad para leer y escribir y su encanto natural le permitieron destacar entre los demás prisioneros casi de inmediato. Su imagen mejoró aún más gracias al continuo goteo de mujeres que acudían a visitarlo. Vestido con ropa nueva, recién afeitado y bien peinado, tenía el aspecto de un miembro de la aristocracia irlandesa. Su ancha frente y su nariz le restaban belleza, pero vestía con estilo y su sentido del humor y calidez resultaban muy atractivos.

Mary se desanimó al ver que James se le acercaba tambaleante y con el rostro enrojecido a causa del alcohol, pero peor aún que la embriaguez era la compañía que frecuentaba. Amos Keating y Jack Sneed eran auténtica escoria, y tenían un aspecto tan repugnante como su comportamiento. Ambos habían matado a golpes a una anciana y acaudalada viuda cuando los sorprendió robando en su casa. Ni siquiera ahora, mientras esperaban que llegara el momento de la ejecución, mostraban remordimiento alguno por lo que habían hecho e incluso presumían de sus actos. Nat, Bill y Sam no estaban en la taberna y Mary sospechaba que se habían marchado porque no querían mezclarse con gente de la calaña de Amos y Jack.

—Sólo quería hablar contigo, James —dijo Mary, retrocediendo un par de pasos—. Pero puedo esperar.

—¿Demasiado respetable y poderosa para beber con nosotros? —le preguntó Amos, el más bajo de los dos individuos, mostrándole burlesco su sonrisa mellada.

Mary vaciló. No acostumbraba a dar media vuelta sin más ante insinuaciones como aquella, pero ese momento de duda fue su perdición. Jack, el cómplice de Amos, un animal que medía más de un metro ochenta, con el rostro colorado como un hígado crudo, cruzó la sala en dos zancadas y la agarró por la cintura.

—A mí me gustan respetables y poderosas —dijo—. Tienen el coño más prieto.

Entonces alzó a Mary del suelo sujetándola con una fuerza descomunal e intentó besarla. Ella le propinó un bofetón, pero Jack estalló en carcajadas.

—¡Eso es, defiéndete! —exclamó encantado—. No me gustan las mujeres

sumisas.

Mary forcejeó, pero Jack no la dejó escapar. Era obvio que, espoleado por los vítores de los demás borrachos, no pensaba soltarla.

–Déjame –gritó ella, pegándole puñetazos–. ¡Ayúdame, James!

Mary vio que su amigo avanzaba dando tumbos, pero Amos lo agarró del cuello para detenerlo. En ese instante, se dio cuenta de que corría un gran peligro.

La mayoría de los hombres de Newgate, ya fueran prisioneros o carceleros, estaban convencidos de que todas las mujeres estaban a su disposición. Mary siempre había creído que estaba relativamente a salvo debido a su categoría como fugitiva y gracias también a sus cuatro amigos, quienes siempre velaban por ella. Sin embargo, saltaba a la vista que Jack y Amos no se habían dejado intimidar por nada de aquello y la consideraban una presa fácil.

–Una mujer que se entrega a cuatro hombres no debería ponerle tantos reparos a uno más –le murmuró Jack al oído antes de tirarla al suelo.

A continuación, se desabrochó el cinturón y se tumbó sobre ella. El hedor que desprendía su ropa mugrienta le produjo náuseas.

Mary llamó a James a gritos. Lo vio fugazmente mientras los demás borrachos se arremolinaban en torno a Jack para ver qué hacía. James tenía el rostro afligido, pero Mary supuso que Amos aún lo sujetaba y, por tanto, no podía hacer nada para socorrerla.

Mary forcejeó con Jack, le tiró del pelo y le arañó la cara, pero entonces él le sujetó ambas manos con una de las suyas, mientras con la otra la manoseaba por debajo de la ropa. El pesado abrigo le dificultaba un poco la tarea y ella se retorció como una anguila.

–Apártate de encima, cabrón asqueroso –gritó Mary, y le escupió en la cara.

Intentó clavar los tacones de las botas en el suelo para hacer fuerza y quitárselo de encima, pero el pavimento estaba muy resbaladizo. Mary siguió gritando a voz en cuello, pero aquello no parecía sino excitar aún más a Jack y a los hombres que observaban la escena. Desesperada, recordó que los gritos eran algo tan habitual en Newgate que nadie iba a acudir en su rescate.

De repente, sintió que la tensión del ambiente y la excitación de los testigos aumentaban a un tiempo. Si Jack se salía con la suya, otros hombres le seguirían. Pero Mary, después de todo por lo que había pasado, no iba a

permitir que la violaran. Antes prefería morir.

Luchó con todas sus fuerzas. Logró que le soltara las manos, le arañó los ojos y le arrancó un mechón de pelo mugriento. Cuando intentó aplacarla con un beso, ella le mordió el labio.

—¡Qué gatita tan fiera! —exclamó, casi con admiración, haciendo una pausa para limpiarse la sangre de la boca.

Mary aprovechó la oportunidad para retorcerse y ganar un pequeño espacio de maniobra a su izquierda. Pero Jack era demasiado rápido. Volvió a agarrarla con fuerza, le sujetó el brazo derecho contra el cuerpo y, a continuación, se quitó el cinturón con la mano libre.

—¡No, cabrón! —gritó James.

Tal vez intentara ayudarla, pero Mary no podía verlo. Y aunque así fuera, no lo había conseguido. Estaba claro que Jack pretendía hacerla entrar en vereda azotándola con el cinturón, o quizás pensaba utilizarlo para atarle las manos.

En cierto modo, ver a los demás presentes era peor que lo que Jack intentaba hacerle. La luz del farol era tenue, pero a pesar de ello podía distinguir con claridad el regocijo malicioso en sus rostros. La depravación de aquellos hombres convirtió el terror de Mary en furia, y reforzó su determinación de negarles el espectáculo que ansiaban ver.

Mary siempre había sido observadora; durante los últimos siete años, la necesidad había afinado aún más ese rasgo. La última vez que había estado en la taberna se había fijado en las botellas vacías que tapizaban el suelo. Ahora estaba demasiado oscuro para verlas, pero estiró el brazo libre y palpó la tarima hasta que encontró una.

Jack se había desabrochado los pantalones y su verga sobresalía como el poste de un barbero. Se echó sobre ella, con el cinturón en la mano, y Mary supuso que pretendía estrangularla para someterla y hacerla callar.

Entonces gritó para distraerlo y cerró con fuerza las piernas para obligarlo a soltar un extremo del cinturón mientras intentaba abríselas de nuevo. Jack titubeó, sin saber qué flanco debía atacar primero. Mary aprovechó la oportunidad, golpeó la botella contra el suelo para convertirla en un arma afilada y, con un rápido movimiento, se la clavó en el cuello, justo por debajo de la oreja, con todas sus fuerzas.

Jack profirió un grito de dolor, cayó de rodillas y se llevó las manos al cuello. Mary aprovechó la situación para levantarse de un salto y, con los

brazos en jarras y la respiración entrecortada, lanzó una mirada de desdén a su atacante.

La taberna se sumió en el silencio. Jack seguía arrodillado y la sangre le corría entre los dedos. Movía los ojos aterrorizado y la sangre manaba a borbotones con un ruido horrible.

–Espero que hayas aprendido la lección –dijo Mary entre dientes.

Entonces le dio una patada tan fuerte que lo derribó.

Mary se volvió para mirar a la multitud, con la botella rota aún en la mano. Los hombres retrocedieron un paso, convencidos de que el gesto de rabia que se dibujaba en su rostro era una prueba definitiva de que también iba a atacarlos. Por un momento estuvo tentada de hacerlo, pero entonces aquella escoria le recordó a las ratas del hospital de Batavia. Al igual que las alimañas, tenían unas facciones muy marcadas y un comportamiento furtivo. Se aprovechaban de los débiles. Eran tan despreciables que ni siquiera merecían ser objeto de su desdén.

–Como a alguno de vosotros se le pase por la cabeza la idea de ponerme la mano encima, lo mato –les gruñó–. Ahora id a buscar a alguien que lo atienda. Y tú, James, ven conmigo.

Aunque ya casi había oscurecido, los otros tres hombres aún no habían regresado a la celda. James, que se había disculpado una y mil veces mientras subían por las escaleras, se dejó caer sobre un montón de paja, se abrazó las rodillas y apoyó la frente en ellas.

–Parece como si creyeras que voy a pegarte –le espetó Mary–. Aunque tal vez debería golpearte por buscar la compañía de esa gentuza.

–¿Y si se muere? –preguntó James con un gemido, pálido en la penumbra que inundaba la celda.

–¿Acaso crees que eso importa? –repuso Mary mientras encendía una vela–. Es un asesino condenado a la horca. Pero no morirá a causa de las heridas que le he infligido. Son superficiales. Y si así logro que no te acerques a la taberna durante un par de semanas, no habrá sido en vano.

James guardó silencio. Mary se sentó y apoyó la espalda en la pared. Tenía mucho frío y temblaba, y era muy consciente de que había logrado vencer a Jack gracias a la suerte más que a la fuerza o a su inteligencia

superior.

–¿Me odias? –preguntó James al cabo de un rato, con voz temblorosa y débil.

Mary creía que el fuerte impacto de lo ocurrido le había hecho recuperar la sobriedad.

–¿Por qué iba a odiarte? –replicó—. No eres tú quien ha intentado violarme.

–Pero debería haber encontrado el modo de detenerlo. Te he defraudado.

–Todos los hombres me defraudan –dijo Mary.

De repente, rompió a llorar. No había vuelto a derramar ni una lágrima desde la llegada a Newgate. Después de perder a sus hijos se había dicho a sí misma que nada podría hacerla llorar. Sin embargo, una vez más se había visto obligada a luchar para no morir, y la embargó la sensación de que toda su vida había sido una larga batalla que ya no era capaz de afrontar.

–No, Mary –dijo James, acercándose rápidamente a ella para consolarla—. No soporto verte llorar.

–¿Por qué? –preguntó ella con amargura mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. ¿Tienes miedo de que me derrumbe y las pocas esperanzas que teníais de salir alguna vez de aquí se vayan al garete?

Había contestado sin pensar, pero Mary se dio cuenta de que sus palabras eran ciertas. Desde que subió a bordo del *Dunkirk* siempre había habido alguien que, de un modo u otro, dependía de ella. Recordó que al llegar a Port Jackson todos se preguntaban cómo se hacía esto o aquello. Querían que ella escuchara sus problemas, le pedían ayuda para cualquier cosa, desde cuidar a un niño enfermo hasta suplicar a los oficiales que les dieran una manta o una cazuela. Siempre había sido así, incluso durante la fuga y todo lo que vino después.

Pero ¿a quién podía recurrir ella cuando se torcían las cosas? Mary sabía que no podía contar con nadie. Tenía que apañárselas sola.

–Sin ti nos vendríamos abajo –dijo James con pesar, como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero también sabes lo mucho que te queremos, ¿verdad?

–No sé si voy a poder creer que los hombres seáis capaces de amar –sollozó—. Me cuesta creer que tengáis corazón cuando os valéis del mismo acto para demostrar vuestro amor por una mujer y lo mucho que la despreciáis.

James la abrazó con fuerza y la acunó contra su pecho.

–No seas tan cínica. He hecho muchas cosas de las que me avergüenzo, pero nunca he tomado a una mujer por la fuerza. Y un hombre puede amar a una mujer sin querer yacer con ella. Nat, Bill, Sam y yo sentimos eso por ti, para nosotros eres como una hermana.

–¿Pues dónde os metéis todos los días si tanto os importo? –estalló Mary–. Paso muchas horas aquí sola. Os largáis para que sea yo quien trate con Boswell, y también soy yo quien negocia con Spinks para conseguir comida y que nos hagan la colada. ¿Acaso hacéis algo que no sea beber?

–Te dejamos a solas con Boswell porque sabemos que es contigo con quien quiere hablar –replicó James, indignado–. Y sabes negociar mejor con Spinks porque le gustas. Si te dejamos sola el resto del día, es porque creíamos que era lo que querías.

–¿Ah, sí? –preguntó Mary.

–Sabes que tengo razón en cuanto a Boswell y Spinks –añadió James, que seguía a la defensiva–. ¿Has ido a buscarme a la taberna por algo que te haya dicho él?

Mary tuvo que pensar durante unos segundos. Casi había olvidado lo que había sucedido entre Boswell y ella.

–Creo que sólo estaba disgustada porque el señor Boswell no había recibido noticias de nuestro indulto –dijo, secándose las lágrimas con el dorso de la mano–. Empiezo a pensar que no va a llegar nunca.

–Entonces quizás sea el momento de que yo escriba a los periódicos –dijo James–. Tal vez un pequeño recordatorio de que seguimos en este agujero podría provocar alguna reacción.

Mary era consciente de que los hombres no estaban tan desesperados como ella por conseguir la libertad. Lo deseaban, sí, pero se habían acostumbrado a la vida en Newgate y se daban por satisfechos mientras no les faltara el dinero para conseguir comida y bebida. Sin embargo, Mary creía que James vivía engañado. Cuando llegaron a la cárcel era un hombre con ambiciones que quería escribir un libro y regresar a Irlanda para criar caballos, pero ahora lo único que hacía era pasar las horas bebiendo. No parecía darse cuenta de que ninguna de las mujeres que ahora lo encontraban tan fascinante querrían saber algo de él o echarle una mano cuando lo pusieran en libertad. Tenía que empezar a pensar en ese día.

Mary se incorporó y rodeó la cara de James con sus manos.

–Escúchame –insistió–. Tienes que dejar de ir a la taberna. La gente que

has conocido en ese sitio no te hace ningún bien. Debes dedicar más horas a escribir el libro, a leer, a cualquier cosa que no sea beber porque si no, cuando salgamos de aquí, volverás a meterte en problemas y acabarás de nuevo en la cárcel.

—No me sermonees, Mary —dijo James, encogiéndose de hombros—. Todo eso ya lo sé.

—¿Ah, sí? —preguntó ella—. Entonces eres mucho más listo que yo porque no he dejado de darle vueltas a la cuestión y aún no sé cómo voy a ganarme la vida. Me pregunto a mí misma qué puede hacer una mujer para salir adelante de forma honrada cuando no sabe leer ni escribir. Me preguntó qué persona que esté en sus cabales querría que una delincuente convicta trabajara en su casa.

—Siempre hay alguien —replicó James con alegría.

Mary enarcó una ceja en un gesto inquisitivo.

—¿De verdad? ¿Crees que el hedor de la cárcel se desvanecerá en cuanto cruce la puerta? ¿Que habrá una persona amable esperándome, dispuesta a llevarme a su casa y correr el riesgo de que huya con la cubertería de plata de su familia?

James se estremeció. No le gustaba que Mary le recordara que a todos ellos los habían condenado por robo.

—El señor Boswell te ayudará. Además, seguro que encuentras a un buen hombre que se case contigo. Y quizás tengas más hijos.

Mary soltó una risotada áspera.

—Parezco un espantajo, James. ¿Quién querría casarse conmigo?

—Yo mismo —dijo.

James le cogió la mano y se la estrechó.

—Y Sam. Eres bonita, Mary, eres fuerte, valiente, bondadosa y honrada. Cualquier hombre con algo en la mollera se alegraría de poder tenerte como esposa.

Mary estuvo a punto de replicar que, si se casaba con alguno de ellos, sus problemas, lejos de solucionarse, se multiplicarían. Pero comprendió que James se lo había dicho como un cumplido y que sería una grosería despreciarlo de aquel modo.

—Podrías conquistar a cualquier mujer de Londres con tus palabras —dijo Mary con una sonrisa al borde de las lágrimas—. Pero no a mí, James, te conozco demasiado.

–Pero no te conoces tan bien a ti misma –dijo y se inclinó hacia delante para besarla en la mejilla–. Créeme, eres un tesoro. Vales mucho más de lo que crees.

James Boswell se encontraba de espaldas a la chimenea de su salón para entrar en calor, con una copa de coñac en la mano. Habían dado las once de la noche y estaba exhausto, mental y físicamente.

Había transcurrido una semana desde el último encuentro con Mary y su desesperación lo había llevado a redoblar los esfuerzos por salvarla. Desde las diez de la mañana, se había dedicado a llamar a sus amigos y conocidos más influyentes para lograr su implicación en el asunto. Sin embargo, a pesar de que la mayoría lo habían escuchado pacientemente e incluso habían mostrado su solidaridad con Mary haciendo un donativo para su fondo, ninguno se sintió tan conmovido por su angustiada situación como para ofrecer su tiempo o sus conocimientos con el fin de lograr el indulto.

Boswell se acercó al sillón y se dejó caer pesadamente. Mientras tomaba pequeños sorbos de coñac y reflexionaba acerca de la situación, le vino a la mente una imagen muy clara de Mary. Sus ojos grandes y grises le recordaban el mar embravecido. La melena oscura y rizada, la nariz respingona y los labios siempre dispuestos a dibujar una cálida sonrisa. Estaba muy delgada y tenía un tono de piel cetrino, por lo que no se la podía considerar una belleza. Las penurias habían hecho mella en su físico, y los elementos la habían hecho envejecer prematuramente. Y, a pesar de todo, conservaba un algo que la convertía en una mujer arrebatadora.

Se habían reunido en multitud de ocasiones, a solas y con los cuatro hombres. Boswell se sabía al dedillo la historia de su fuga y conocía el carácter de todos los implicados, incluidos los que habían perdido la vida después de la captura. Había aprendido a interpretar las palabras de Mary, que tendía a simplificar la historia y pasar por alto el papel crucial que había desempeñado en ella. Había citado la fecha exacta en que había fallecido su hijo Emmanuel en el hospital de Batavia, y también había mencionado que Will había llegado un poco antes. Pero un comentario casual que hizo más tarde sobre el momento en que volvió a reunirse con los hombres en el buque prisión le permitió comprender que se había quedado en el hospital

acompañando a Will hasta que murió.

Boswell sabía qué sentían los cuatro hombres con respecto a Will y los motivos que los habían llevado a hacerlo. Mary también consideraba que los había traicionado. Sin embargo, cuando le preguntó por qué se había quedado con su marido hasta el final, se encogió de hombros.

–No dejaría que nadie muriera solo y sin consuelo –dijo.

Para Boswell, ésa era la esencia del carácter de Mary. No veía esa acción como un gesto noble o generoso, sino que lo consideraba un rasgo de humanidad básica. Cualquier mujer que acabara de perder a su bebé querría que el padre, aunque sólo fuera en parte responsable, sufriera. Mary podría haber aprovechado ese valioso tiempo para huir con Charlotte, pero no lo hizo. Permaneció en el hospital y cuidó de Will.

No le había resultado nada fácil entenderla. Acostumbraba a cambiar de tema, a restar importancia a ciertos hechos y conceder el mérito a otros cuando, en realidad, era todo suyo. Pero Boswell era un hombre tenaz y poseía muy buena memoria, por lo que, cuando lo que le contaban los hombres no encajaba con la versión de Mary, la verdad acababa por salir a la luz.

Su valor, su resistencia y su inteligencia eran excepcionales. Había un rasgo decididamente masculino en el modo en que ocultaba sus emociones en momentos de tensión, y, sin embargo, en otros sentidos era muy femenina. La angustiaban el estado de los bebés nacidos en la cárcel y la falta de atención que se prestaba a las madres. Admiraba los elegantes chalecos de Boswell, se le anegaron los ojos en lágrimas cuando el abogado le llevó un ramillete de campanillas de invierno y mostraba una sincera preocupación por él cuando llegaba sin resuello. Boswell también se había percatado de la ternura que mostraba hacia sus amigos, de la preocupación por su higiene y por la limpieza de la celda, algo inaudito en Newgate.

En el exterior la temperatura era gélida, pero en el salón de Boswell reinaba el agradable calor de la chimenea. Las contraventanas y las pesadas cortinas de brocado impedían la circulación de corrientes de aire y el sillón era comodísimo. Le bastaba con hacer sonar la campana y el ama de llaves le llevaba aquello que desease, ya fuera una bandeja de jamón o de queso, una botella de porto o incluso una manta para cubrirse las rodillas. Le caldeaba la cama con un ladrillo caliente antes de acostarse y le colgaba el camisón junto a la chimenea para que no lo encontrara frío. Por la mañana, lo despertaba sirviéndole una bandeja de té, la chimenea estaba encendida y el agua caliente

lista para su aseo.

En Newgate debía de hacer un frío atroz y Boswell no soportaba la idea de que Mary se viera obligada a dormir hecha un ovillo sobre un montón de paja. Sin embargo, ella nunca se quejaba de las condiciones en las que vivía. Al contrario, se mostraba agradecida de que no la hubieran encerrado en la zona común. Boswell sólo veía un atisbo de anhelo en su mirada cuando Mary hablaba de su Cornualles natal, de la majestuosidad de los embates del mar y de la agreste belleza de los páramos.

Su estancia en Cornualles le había permitido entender algunos de los rasgos de Mary. A pesar de que en general le había parecido un lugar triste y muy húmedo, con algunas zonas en las que había más pobreza que en Londres, cuando salía el sol y veía el espectacular paisaje, lo embargaba un profundo sentimiento de humildad.

El modo en que las aldeas de pescadores se dibujaban insinuadas al amparo de los acantilados era una muestra de la tenacidad de aquel pueblo de pescadores, mineros y agricultores. Por muy pobres que fueran, los habitantes de Cornualles no hincaban la rodilla ante los acaudalados terratenientes. Durante toda su estancia, Boswell tuvo la sensación de que la gente corriente tenía el valor y el coraje para alzarse y recuperar lo que les pertenecía por legítimo derecho si así lo decidían. Mary era cornuallesa hasta la médula, fuerte y obstinada como un caballo de páramo, tenaz como las lapas que se aferraban a las rocas en las pozas de marea, y a menudo tan insondable como una mina.

Sin embargo, en su última visita Boswell había tenido la sensación de que se estaba desmoronando, de que no sería capaz de resistir por mucho más tiempo. Tenía miedo de que su desánimo convirtiera a Mary en una presa fácil para las infecciones y de que no le quedaran fuerzas suficientes para luchar.

Tal vez al principio se hubiera dejado arrastrar por la sed de gloria para defenderla, pero ahora ya no le importaba. Sentía la imperiosa necesidad de sacarla de aquel lugar horrible, de verla rejuvenecer con buena comida, ropa bonita y libertad.

Un amigo se había burlado de él hacía poco preguntándole si el motivo que lo llevaba a rescatar a una convicta era que ya no quedaban suficientes rameras en Londres para satisfacerlo. En el pasado se habría tomado el comentario a broma, y tal vez su objetivo final hubiera sido yacer con la mujer cuando fuera libre. Pero Mary había logrado despertar un sentimiento oculto

en lo más profundo de su ser ajeno a la lujuria. Y a James le dolía que sus amigos fueran incapaces de verlo.

Creía que Mary era su oportunidad para redimirse por el desprecio con el que había tratado a las mujeres en el pasado. Había amado de verdad a su esposa Margaret, pero no la había atendido como merecía y le había sido infiel en muchas ocasiones. ¡Con cuántas ramerás, doncellas y jóvenes inocentes se había acostado! No se le podía definir como un hombre cruel, pues muchas de esas mujeres habían conquistado su corazón. Pero había mariposeado de flor en flor deleitándose con el néctar, saltando de una a otra en cuanto se desvanecía la pasión.

Sin embargo, esta vez no iba a perder el interés. Por una vez en la vida, iba a ayudar a una mujer hasta el final, fuera cual fuese el precio que tuviera que pagar. Su objetivo iba más allá de conseguir el indulto para Mary y sus amigos; quería ayudarla a conseguir una vida próspera y segura.

Boswell apuró el último trago de coñac y cogió el decantador para servirse un poco más. No podría haber elegido peor época para defender a Mary. Inglaterra llevaba tres años sumida en un estado de agitación. Los pobres tenían motivos de sobra para mostrarse resentidos: la ley de cercamiento había obligado a muchos de ellos a abandonar las tierras de cultivo y emigrar a las ciudades, y los artesanos descubrían que, a medida que se introducían los procesos manufactureros, la necesidad de sus servicios descendía. La gente expresaba su descontento en grandes disturbios y el gobierno empezaba a asustarse debido a la aparición de figuras como Thomas Paine, que incitaban a la rebelión y exigían la abolición de la monarquía para que las clases obreras asumieran el control.

La policía detenía a los alborotadores, quienes eran juzgados y deportados antes de que tuvieran la oportunidad de infectar a otros con sus opiniones incendiarias. Aunque en un principio Henry Dundas se había mostrado partidario de conceder el indulto a los cinco deportados, ahora, cuando Boswell le pedía que cumpliera con su promesa, el ministro negaba haberla hecho y lo acusaba de tener una imaginación desbordante.

Boswell había acudido a Evan Nepean, el subsecretario de Estado, responsable de la organización de la primera flota de deportados. De él se decía que se había horrorizado al conocer el número de convictos que habían muerto a bordo de los barcos de la segunda flota. No cabía la menor duda de que Nepean sí mostraba preocupación por el bienestar de los convictos, pero

opinaba que el gobierno ya había mostrado su indulgencia librándolos de la horca y no veía ningún motivo para concederles el indulto.

Boswell se sentía algo avergonzado por haber permitido que Mary creyera que Henry Dundas era un viejo amigo. El único vínculo que los unía era su antigua escuela, y entonces ni siquiera habían congeniado. A pesar de todo, decidió que volvería a ponerse en contacto con él al día siguiente y que escribiría a lord Falmouth.

«No puedo y no pienso rendirme –murmuró Boswell para sí–. Si insisto, el bien acabará triunfando.»

Esa misma noche, mientras Boswell dormitaba frente al calor de su chimenea, Mary permanecía despierta en la oscuridad, con el rostro húmedo por las lágrimas. Tenía tanto frío que se le habían entumecido los dedos de los pies, ya ni siquiera podía temblar y le dolía hasta el último hueso del cuerpo.

Mary oyó un gemido a lo lejos. No era un grito de dolor, sino de desesperación, y aquel sonido le recordó sus propios sentimientos. Estaba tan cansada de luchar que la muerte le parecía una opción deseable, y ya no recordaba por qué había batallado por la supervivencia. ¿Había algo por lo que valiera la pena seguir viviendo?

## Capítulo veinte

—¿Qué día es hoy, James? —preguntó Mary, volviéndose sobre la caja a la que se había encaramado para asomarse a la ventana de la celda.

Sólo veía los tejados de la cárcel y el cielo, pero era mucho mejor mirar las nubes y los pájaros que las paredes de su celda.

James estaba sentado en el suelo, escribiendo. Se detuvo un momento y levantó la vista.

—Dos de mayo —contestó—. ¿Por algún motivo en concreto?

Era media mañana y estaban todos en la celda. Sam tallaba un animal con un pedazo de madera. Nat remendaba unos pantalones y Bill estaba enfrascado trezando hebras de paja con formas muy curiosas. Las llamaba «muñecas de maíz» y decía que en la aldea de Berkshire donde se había criado las consideraban un símbolo de fertilidad. James había dicho en broma más de una vez que, si se producía un aumento súbito de la natalidad en la cárcel, Bill sería el responsable.

Desde el intento de violación, los hombres frecuentaban mucho menos la taberna. Jack había sobrevivido a las heridas, pero al cabo de un par de semanas lo ahorcaron por los crímenes que había cometido. A partir de entonces, Mary descubrió que los demás prisioneros la trataban con gran cautela. Sin embargo, llegaban presos nuevos a diario y muchos de ellos eran incluso más peligrosos que Jack, por lo que los hombres decidieron hacer caso del consejo de Mary y evitaron la taberna.

Todos se habían convertido en expertos en encontrar el modo de pasar el día. Mary estaba tejiendo un chal, jugaban a cartas, iban a ver a otros prisioneros a sus celdas y los días en que hacía buen tiempo salían al patio. También les gustaba recordar Nueva Gales del Sur y la huida, ya que por fin James había empezado a escribir el libro sobre el tema. Las esporádicas visitas a la taberna nunca se alargaban más de dos horas y eran siempre por la tarde.

–¡Dos de mayo! –exclamó Mary–. Entonces mi cumpleaños fue hace dos días y llevamos aquí casi once meses.

El día de su cumpleaños significaban muy poco para ella. El único hecho destacable era que lo celebraba el día antes de los Mayos, una fiesta muy especial en Cornualles. Sin embargo, en Londres nadie la había mencionado, por lo que supuso que nadie debía de conocerla.

–Tengo la sensación de que llevamos aquí toda la vida, y dicen que es de mala educación preguntar la edad de una dama –dijo James con una sonrisa maliciosa.

–Eres más viejo que yo –replicó Mary.

Entonces bajó de un salto de la caja y se sentó en ella.

–Me cuesta llevar la cuenta de los años –dijo Bill pensativo, rascándose la calva–. No sé si tengo treinta y dos o treinta y tres.

–El más joven sigo siendo yo, que tengo veinticinco –terció Nat.

A Mary le costaba admitir que había cumplido veintiocho años. Eran muchos, y se sentía vieja. Llevaba tanto tiempo en Newgate que casi toda la gente que había conocido a su llegada ya había sido ahorcada, deportada, o había muerto por culpa de la fiebre.

–Viene alguien –dijo Sam, levantando la vista de la talla de madera.

Tenía razón. Se oyeron unos pasos apresurados que avanzaban por el pasillo. No se trataba de Spinks, quien caminaba arrastrando los pies, ni del paso lento de uno de los prisioneros. Al principio Mary lo encontraba extraño, hasta que se dio cuenta de que ella también lo hacía. ¿De qué servía correr cuando no tenían nada que hacer durante el largo día?

Los pasos se detuvieron frente a la celda. Cuando la puerta se abrió, vieron que era uno de los guardas de la puerta principal de la prisión, un hombre alto, de espaldas anchas y con la cara picada. Sólo lo habían visto una vez al llegar y cuando los condujeron al tribunal.

–¡Mary Broad! –dijo, mirándola–. Te reclaman abajo.

Mary intercambió una mirada de desconcierto con los hombres. Por lo general, cuando alguno de ellos recibía visita, era Spinks quien los avisaba.

–¡Quizás se trate del rey! –dijo James, riendo de su propio comentario.

Mary cogió el chal y siguió al guarda. Bajaron por las escaleras, cruzaron el patio y entraron en el pequeño despacho por el que habían pasado a su llegada.

–¡Señor Boswell! –exclamó cuando lo vio esperándola.

Tenía un aspecto aún más espléndido de lo habitual. Llevaba una chaqueta de color rojo oscuro adornada con unos galones negros y una escarapela de plumas rojas en el sombrero de tres picos.

–Creía que iban a darme malas noticias. ¿Por qué no me ha dicho el guarda que se trataba de ti?

–Porque esto es una visita oficial –respondió.

Miró al guarda y, de repente, en su rostro se dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Boswell le enseñó a Mary el documento que llevaba escondido a su espalda.

–¡Esto, querida, es tu indulto!

Mary se quedó aturdida, incapaz de responder. Parpadeó, se agarró al borde del escritorio para no perder el equilibrio y miró a Boswell.

–Bueno, di algo –rio el abogado–. ¿O acaso no piensas creerme hasta que te lo lea?

Entonces Boswell carraspeó, hizo una exagerada reverencia como si fuera a leer una proclama del rey y alzó la hoja de papel.

–«Considerando que Mary Bryant, también conocida como Broad, en la actualidad encarcelada en la prisión de Newgate» –leyó en voz alta e hizo una pausa para sonreír.

–Sigue –susurró Mary, temiendo desmayarse de la emoción.

–«Ha sido acusada de huir de los responsables que ostentaban su custodia legal antes del vencimiento del período de deportación al que había sido condenada, y considerando ciertas circunstancias favorables de las que nos han hecho humildemente partícipes, hemos resuelto concederle nuestra Gracia y Perdón y otorgarle el indulto por el susodicho crimen.»

Boswell siguió leyendo y, al finalizar, le señaló que la carta estaba firmada por Henry Dundas a instancias de Su Majestad. Mary no podía creerlo: la única palabra verdaderamente importante era «indulto».

–Oh, Bozzie –dijo con la respiración entrecortada–. ¡Lo has logrado! ¿Soy libre?

–Sí, querida –le aseguró con una sonrisa radiante–. Desde este preciso instante. Puedes cruzar la puerta conmigo. Has pasado tu última noche en Newgate.

Mary se abalanzó sobre él y besó sus mejillas.

–Eres un hombre maravilloso de verdad –exclamó con gran alegría–. ¿Cómo podré agradecértelo?

Boswell lucía siempre una tez rubicunda, por lo que no resultaba fácil saber si se había sonrojado. Sin embargo, tomó las manos de Mary entre las suyas, se las estrechó con fuerza y derramó una lágrima de emoción. Mary nunca había hecho el ademán de besarlo o darle un abrazo, y él había esperado que se tomara la noticia con su habitual frialdad. Verla tan conmovida era una muestra más que suficiente de agradecimiento.

–Puedes darme las gracias recogiendo enseguida tus pertenencias. Luego nos iremos a celebrarlo –dijo.

Mary se dirigió hacia la puerta, pero entonces se detuvo bruscamente y se volvió hacia él. Se le había borrado la sonrisa del rostro, reemplazada por una mueca de gran angustia.

–¿Y los hombres? –preguntó en apenas un susurro–. ¿También los han indultado?

Había llegado el momento que Boswell tanto temía.

–Aún no –dijo con cautela, temeroso de que no quisiera marcharse sin ellos–. Pero se lo concederán a su debido tiempo. Me lo han prometido.

Mary vaciló.

–Acabarán consiguiendo la libertad –insistió Boswell–. Estoy seguro de que se alegrarán por ti. En la calle podrás hacer más por ellos que si te quedas en este sitio.

Mary salió del despacho caminando lentamente y con la cabeza gacha, absorta en sus pensamientos.

Mary les comunicó la noticia desde la puerta de la celda y rompió a llorar cuando llegó el momento de decirles que sólo le habían concedido el indulto a ella, y que iban a tener que esperar un poco más. Creía que se enfadarían con ella, que se sentirían dolidos y resentidos, y se cubrió el rostro a la espera de un torrente de insultos.

James estaba aturdido, pero cuando vio su gesto se sintió avergonzado de que Mary hubiera podido creer que iba a dejarse arrastrar por los celos. Ella merecía la libertad más que ninguno de ellos, ya que su pérdida había sido mucho mayor.

–No te preocupes por nosotros, ¿verdad, chicos? –dijo, lanzando una mirada de advertencia a los otros para que no hicieran ningún comentario

malintencionado.

–Pero yo quería que abandonáramos la cárcel juntos –repuso Mary, mientras las lágrimas le empapaban las mejillas–. ¿Cómo voy a marcharme sin vosotros?

Los cuatro hombres se levantaron de un salto a la vez, conmovidos por su inquebrantable lealtad.

–No digas tonterías –dijo James–. Siempre hemos sabido que serías la primera en recuperar la libertad. Así que lárgate y disfruta.

–Lo mereces más que ninguno de nosotros –añadió Sam, cuya cálida sonrisa suavizó las marcadas facciones de su rostro descarnado.

Nat le dio una palmada afectuosa en el hombro, mientras que Bill lanzó un grito de alegría y agitó el puño en el aire.

Mary se secó las lágrimas, conmovida por la fortaleza de sus amigos para mostrar alegría y ocultar su propia decepción.

–Llevamos tanto tiempo juntos que no sé si me las apañaré sin vosotros –confesó.

–Vete de una vez –dijo Sam, señalando hacia la puerta con un gesto exagerado–. Será una alegría librarnos de ti para que dejes de fastidiarnos.

–Ahora que te vas convertiremos la celda en un estercolero, nos pasaremos el día bebiendo e invitaremos a venir a las rameras –gruñó Bill, aunque en realidad le temblaban los labios.

–Yo me quedo con tu manta –dijo Nat–. Es más gruesa que la mía.

Mary los miró con los ojos anegados en lágrimas. Cuatro sonrisas valientes, cuatro corazones cálidos. A todos los amaba por igual por mil motivos distintos. Habían pasado momentos buenos y momentos difíciles. Habían luchado, reído y llorado juntos. Ahora debía abandonarlos y aprender a vivir sin ellos.

–No os emborrachéis ni os metáis en peleas. Y tú, James, acaba el libro –dijo Mary con un hilo de voz, aconsejándolos como si fuera su madre.

Sabía que, si intentaba decirles lo mucho que los quería, se derrumbaría.

–Vendré a veros, y cuando os concedan el indulto lo celebraremos juntos.

Mary se quitó el vestido viejo y se puso el azul que le había regalado Boswell. A continuación, vació la paja del saco de arpillera que se había llevado del *Gorgon* y que había estado utilizando como almohada y guardó en su interior las pocas pertenencias que tenía.

James se acercó a ella, le abrochó los botones de la espalda, le dio la

vuelta y le recogió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Que Dios te bendiga, Mary –dijo, con la voz quebrada por la emoción.

La besó en la mejilla y la abrazó con fuerza.

–Qué afortunado será el hombre que te conquiste –añadió.

Sin habla, Mary se apartó de James para besar y abrazar a los otros tres. A Sam le dedicó unos segundos más.

–No vuelvas a tomar el mal camino –le susurró–. Y encuentra a una mujer digna de ti.

Cuando llegó a la puerta se detuvo y los miró por última vez. Recordó entonces que, cuando veía que James bajaba del *Dunkirk* con Will para ir a trabajar, siempre le parecía un hombre feo y con muy mala fama. Él era el último vínculo con aquel buque hediondo. Sin embargo, gracias a su habilidad para encandilar a las mujeres, ahora le parecía más un caballero que un convicto.

De Nat, pensó que era un tipo sospechoso. Con ese pelo brillante y la piel tan suave, no le costó adivinar cómo había sobrevivido a bordo del *Neptune*. La entristecía pensar que lo había juzgado por ello. A fin de cuentas, Nat había hecho lo mismo que ella con el teniente Graham.

Sam, por su parte, no había podido jugar la carta de su atractivo a bordo del *Scarborough*. Estaba al borde de la muerte cuando Mary le dio agua en el muelle. El muchacho luchó para sobrevivir, del mismo modo en que había luchado contra los elementos junto a ella para alcanzar su destino.

En cuanto a Bill, a Mary le impresionó su fortaleza cuando el hombre se marchó por su propio pie después de que lo azotaran. Sin embargo, no llegó a congeniar con él hasta la huida. Por suerte, el tiempo demostró que bajo aquella apariencia de dureza se escondía un hombre bueno y decente.

Mary no podía afirmar que ninguno de ellos hubiera irrumpido en su vida de forma espectacular. Sólo eran cuatro hombres corrientes que, arrastrados por las circunstancias, habían acabado convirtiéndose en sus hermanos. Llevaba grabados en el corazón hasta el último rasgo de su personalidad, y sabía que sería incapaz de olvidar sus rostros.

–Os quiero a todos –dijo en voz baja, con los ojos anegados en lágrimas–. Por favor, no volváis a violar la ley. Quiero que seáis unos hombres honrados y felices.

Y se fue, con el rostro surcado de lágrimas.

—Te he encontrado alojamiento en la calle Little Titchfield —dijo Boswell mientras la ayudaba a subir a un coche de caballos.

El abogado no había pasado por alto su rostro manchado de lágrimas, y supuso que estaba triste por tener que separarse de sus amigos. Sin embargo, él consideraba que era un cambio sin duda positivo. No creía que la libertad fuera a convertir a aquellos hombres en ciudadanos honrados y trabajadores, y no quería que Mary cayera bajo su influjo una vez fuera de la prisión.

—Y tengo dinero para ti —dijo, y sacó una libreta que llevaba en el bolsillo—. Más de cuarenta libras, una bonita suma. Lo destinaré a pagar la renta de la habitación, y también necesitarás ropa nueva. Pero, por el momento, debes disfrutar de tu libertad.

La tristeza que la embargaba tras despedirse de sus amigos se vio mitigada por la emoción de pisar las calles de Londres. Boswell le contó que la parte de la ciudad que había visto durante el traslado desde el muelle era la más miserable, y que ahora iba a conocer una zona respetable.

Mary se limitó a observar con asombro y en silencio. Era un día de primavera soleado y radiante, y las calles estaban abarrotadas de gente, lo que obligó al cochero a refrenar el paso de los caballos. Las ruedas con llantas de hierro de los coches, carruajes y carros cargados hasta los topes arrancaban un ruido ensordecedor del pavimento desigual. Los porteadores que transportaban a sus amos en sillas de manos sorteaban con agilidad las bostas de caballo mientras avanzaban en zigzag entre el tráfico pesado.

Las mujeres que salían de compras llevaban vestidos y sombreros de todos los colores del arcoíris; los hombres vestían abrigos y sombreros como los de Boswell y se abrían paso a toda velocidad como si debieran atender un asunto urgente. Los vendedores callejeros anunciaban sus mercancías a voces. Había floristas menudas y delgadas con cestas de primulas, niños que vendían periódicos y tenderos corpulentos que descargaban sus mercancías de carros y vendían de todo, desde escaleras a muebles.

Pero fueron los edificios lo que más llamó la atención de Mary. Ya fueran casas particulares, bancos u otro tipo de negocios, todos eran magníficos. Escaleras de mármol, columnas, piedra tallada que hasta el momento sólo había visto en las iglesias, con una variedad de diseños infinita, todo combinado como si los arquitectos hubieran dispuesto de un espacio muy limitado. Sin embargo, cada edificio aspiraba a eclipsar a los que lo rodeaban. Algunos lugares parecían muy antiguos, edificios con entramados de

madera que se inclinaban peligrosamente sobre la calle. Había también construcciones nuevas y elegantes, de tres o cuatro pisos de altura, con unas espléndidas ventanas en forma de arco.

También se veían carruajes magníficos. Algunos tenían refinadas ruedas de color escarlata; en otros, los caballos lucían penachos de plumas, y, más allá, había lacayos ataviados con elegantes libreas de color dorado y rojo.

Boswell señalaba las cosas que consideraba que podían resultarle interesantes: hombres que cargaban con costillares de carne procedentes del mercado de Smithfield, el colegio donde había estudiado leyes, la plaza Lincoln's Inn Fields, casas elegantes que pertenecían a algunos de sus conocidos... Le habló del Gran Incendio de Londres y de la posterior reconstrucción de la ciudad.

—¡Mira!

Mary lo interrumpió mientras Boswell le hablaba de la cafetería en la que acostumbraba a reunirse con el doctor Johnson para señalar a una mujer que empujaba algo que sólo podía definirse como un carro para bebés. En el interior del elegante vehículo de enormes ruedas había un niño pequeño sentado que agitaba las manos, emocionado. Mary nunca había visto algo parecido.

—¿Tan rica es la gente que vive en Londres que puede transportar a sus hijos en carro?

Boswell se rio. Le pareció que era muy típico de una mujer mostrar mayor interés por un cochecito que escuchar las historias de su gran amigo. También supuso que alguien que no sabía leer sería incapaz de comprender por qué iba a molestarse alguien en escribir un diccionario, ni qué utilidad podía tener.

—Veo a las niñeras empujando esos carritos por los parques de Londres tan a menudo que ya no me llaman la atención. Pero creo que no es sólo el coste de esos vehículos lo que disuade a la mayoría de las madres, sino el hecho de que son difíciles de manejar.

—Pero son una buena idea —dijo Mary—. Sobre todo si tienes dos o tres hijos.

—Yo diría que las mujeres con varios hijos preferirían que les llegara el agua corriente a casa antes que tener uno de esos carritos. Eso sí les ahorraría un gran trabajo. Hay personas ricas que destinan una de las habitaciones de sus casas exclusivamente al baño, y se deshacen del agua sucia a través de un

pequeño canal de desagüe.

Mary lo miró con incredulidad.

—¿De verdad?

—Ah, sí —le aseguró Boswell—. Se han construido hileras enteras de casas que cuentan con tuberías de madera de olmo para el suministro de agua, y otras tuberías de desagüe que se llevan los residuos. Tal vez un día, cuando dejen de ser un lujo y su uso se extienda por toda la ciudad, resulte más agradable caminar por nuestras calles.

Mary se echó a reír al ver, justo frente a ellos, a una doncella que vertía el contenido de un cubo por la ventana de un segundo piso.

—He tenido la desgracia de quedar empapado de ese modo una docena de veces —dijo Boswell con un deje de tristeza—. Creo que el gobierno debería plantearse la construcción de un sistema de alcantarillado como una de sus prioridades.

—No imaginaba que Londres pudiera oler tan mal como Plymouth —dijo Mary, frunciendo la nariz—. Pero así es.

—¿Y qué otra cosa podríamos esperar con tantos caballos? —añadió el abogado, que señaló con la mano al menos una treintena de animales—. Cuando llueve, las ruedas de los carruajes te salpican con estiércol de pies a cabeza. Han intentado prohibir el paso de ganado por la ciudad, pero ha sido en vano.

—Al menos, la gente de Londres tiene un aspecto más lozano y más posibles.

Boswell lanzó un suspiro.

—Ésta es una parte respetable de la ciudad —dijo—. Otras, como St. Giles, son harina de otro costal. Pero no quiero que veas pobreza y miseria. Ya has tenido que soportar bastantes penurias.

La habitación de la calle Little Titchfield que Boswell había alquilado para Mary se encontraba en una casa estrecha pero alta, y tenía una aldaba de latón reluciente y los escalones más blancos que Mary había visto jamás. Tuvo un fugaz ataque de pánico mientras Boswell pagaba al cochero. ¿Cómo iba a creer ese hombre que alguien como ella pudiera vivir en una casa tan elegante?

Sin embargo, la mujer de mejillas sonrosadas tocada con un gorro

ribeteado de encaje, y a la que Boswell presentó como señora Wilkes, no pareció en absoluto asombrada o sorprendida por el aspecto de Mary.

–Entra, querida –dijo–. El señor Boswell me lo ha contado todo sobre ti. Estoy convencida de que nos llevaremos de fábula.

Sin detenerse siquiera para tomar aire, la señora Wilkes empezó a hablar del buen tiempo que hacía y le dijo a Mary que servía el desayuno y la cena, que estaría encantada de hacerle la colada y que deseaba que se sintiera allí como en su casa.

–He puesto agua a calentar para que puedas bañarte –añadió, aunque bajó la voz como si fuera una cuestión delicada–. El señor Boswell me ha dicho que es lo que querías. Sólo te pido que subas el agua tú misma porque hay demasiadas escaleras para mí.

Mary se limitó a asentir. Lo más parecido a todas esas comodidades y lujos que había conocido había sido verlo a través de las ventanas de las casas más elegantes de Plymouth. Desde el estrecho recibidor, con el suelo de madera pulida, vio una gruesa alfombra con flecos, sillas tapizadas y una mesa de madera reluciente con docenas de pequeños ornamentos. Sin embargo, a juzgar por el modo en que la señor Wilkes miraba a Boswell, como si buscara su aprobación, el abogado debía de estar acostumbrado incluso a mayores lujos. Mary no salía de su asombro, consciente de que aún apestaba a Newgate y de que debía de haberse llevado con ella un gran número de parásitos.

–Ahora dejaré que te acomodes bajo el atento cuidado de la señora Wilkes –dijo Boswell, cogiendo la mano de Mary y dándole unas palmadas–. Necesitas estar en compañía de otra mujer y descansar un poco. Regresaré a las seis y media para llevarte a cenar.

Al cabo de un par de horas, Mary estaba acostada en la cama, demasiado emocionada para conciliar el sueño a pesar del cansancio que se había apoderado de ella.

Disponía de dos habitaciones en el último piso de la casa. La que daba a la calle era una sala de estar amueblada con una mesa, sillas, un sillón de madera y un balancín.

El dormitorio, situado en la parte posterior, disponía de una cama de hierro, un armario para la ropa y un lavamanos. En comparación con lo que

había visto en el piso de abajo, sus habitaciones estaban sencillamente amuebladas, de un modo similar a como recordaba su hogar en Fowey. Sin embargo, después de tantos años de penurias e incomodidades le parecían un palacio, y casi todo lo que veía hacía que le entraran ganas de romper a llorar.

No tuvo inconveniente alguno en subir ella misma los cubos de agua caliente y no pudo contener la risa mientras se quitaba la ropa y se metía en la bañera de zinc. No recordaba la última vez que se había lavado con agua caliente, y menos aún sumergir su cuerpo en ella. Tampoco recordaba la última vez que había podido encerrarse en una habitación para que no la molestara nadie. Mientras se frotaba a conciencia para desterrar de su piel y su pelo el olor de la cárcel, se sintió renacer.

Cuando volvió a reunirse con la señora Wilkes a solas, ésta se mostró muy franca.

—Me parece que es mejor que queme toda tu ropa —le dijo—. Anoche el señor Boswell trajo unos cuantos vestidos para ti. Creo que eran de sus hijas. Y dentro de un par de días iremos de compras. Encontrarás todo lo que necesitas en el armario. Pero lávate el pelo a conciencia para que quede bien limpio.

Por la tarde el sol se colaba por la ventana de la habitación, y cuando Mary se incorporó en la cama para observar su reflejo en el espejo que había sobre el lavamanos, se sorprendió al ver que su pelo brillaba como cuando era una niña. La señora Wilkes le había subido agua limpia con un poco de vinagre para que se lo aclarase. Le dijo que le haría brillar el pelo, aunque Mary sospechaba que, en realidad, era para matar los piojos. Fuera cual fuera el motivo, había obrado un milagro: nunca había tenido un pelo tan suave y bonito.

Le habría gustado ver también un rostro más hermoso de lo que imaginaba, pero por desgracia no fue así. Tenía la tez gris y áspera, con los ojos surcados de arrugas y las mejillas hundidas. La señora Wilkes la había obligado a tomar una cucharada enorme de extracto de malta, e insistió en que, con un poco de aire fresco, buena comida y muchas horas de sueño, pasadas un par de semanas Mary no se reconocería.

Aun así, creía que la felicidad ya había empezado a teñir sus mejillas de

color. Había tenido que pedir ayuda a la señora Wilkes no sólo para atarse el corsé, sino para saber en qué orden debía ponerse todas aquellas prendas de ropa interior. En primer lugar, debía ponerse la suave y delicada combinación que olía a lavanda y le llegaba hasta las rodillas, y cuyo generoso escote estaba decorado con un lazo. Luego era el turno de las enaguas ribeteadas con encaje, y una falda de algodón azul antes del corsé. La señora Wilkes tuvo que enseñarle que la parte delantera y acabada en punta del corsé iba por encima de la falda, mientras que las lengüetas debían ir por dentro de la cintura. En último lugar, el vestido azul y blanco, con miriñaque, se le ajustaba casi como un abrigo y dejaba el corsé, la combinación y una gran parte de sus pequeños pechos a la vista de todos.

—Ésta es la moda en Londres, querida —le aseguró la señora Wilkes cuando vio la expresión sorprendida y nerviosa de Mary—. Al menos ya no se llevan los ridículos tontillos que tuve que vestir yo cuando tenía tu edad. Ahora, deja que te eche una mano con el pelo, no puedes llevarlo como una gitana.

Mary apoyó la mano en la colcha y sonrió entusiasmada. Era una tela sencilla del color de la avena, pero a ella le parecía suave como la seda. ¿Sabría la señora Wilkes que no había dormido en una cama con sábanas y almohadas de verdad desde que había abandonado su hogar para marcharse a Plymouth, ocho años atrás? Incluso allí eran un lujo poco habitual y fuera del alcance de la gente corriente. De hecho, tenían almohadas gracias al tío Peter, quien se las había regalado al regresar de uno de sus viajes por el extranjero. ¿Entendería también la señora Wilkes lo extraño que le resultaba a ella disponer de una habitación cuando había pasado tantos años durmiendo sobre un suelo de tierra o de piedra y cubierto de paja?

Mary creía que ni siquiera Boswell era consciente de lo milagroso, extraño e incluso aterrador que iba a resultarle todo durante una temporada. ¿Cómo iba a serlo? Ella misma no se había dado cuenta hasta el momento en que la había llevado a esa casa.

—¿Quién es esta preciosa criatura? —preguntó Boswell en tono de broma

cuando regresó al cabo de unas horas para llevarla a cenar—. Esto debe de ser un error. ¡Usted no puede ser Mary Broad!

—Ya lo creo que lo soy —dijo Mary entre risas—. Al parecer, el agua de Londres tiene unos poderes mágicos.

Mary sabía que su transformación no era tan sólo el resultado del baño y la ropa nueva que vestía, sino también de la sensación de libertad. Se había pasado la tarde en la casa de huéspedes, pero la simple idea de que, si así lo deseaba, podía salir por la puerta y mezclarse con la multitud que abarrotaba las calles, era un auténtico bálsamo. Tumbarse en una cama suave, saber que aquella habitación espaciosa y que olía a limpio sólo la ocupaba ella, era algo tan emocionante que estaba convencida de que podría permanecer en ese lugar toda la vida sin llegar a aburrirse.

Pero la señora Wilkes le había arreglado el pelo con unas peinas y un tocado de encaje, y llevaba medias azules y unos zapatos con hebillas doradas. Ahora tenía que salir a la calle y poner a prueba su recién descubierta libertad.

—No creo que pueda hacerlo —dijo Mary, presa del pánico, mientras Boswell la ayudaba a bajar del carruaje en mitad de una bulliciosa calle llena de tiendas.

—¿No puedes cenar? —preguntó él.

—Ahí dentro no —dijo Mary, con la mirada fija en las ventanas relucientes del restaurante al que quería llevarla.

Mary vio a una mujer y un hombre sentados a una mesa junto a la ventana. La mujer llevaba un collar de perlas y tomaba un sorbo de una copa de vino. Mary pensó que entrar en el local sería como irrumpir en la casa del capitán Phillip mientras cenaba con otros oficiales sin que la hubiera invitado.

—¿Por qué demonios no vas a poder? —preguntó Boswell entre risas.

—Porque es demasiado lujoso —respondió ella—. Quedaré como una estúpida y te dejaré en ridículo.

—No es verdad —insistió el abogado con firmeza.

Acto seguido la obligó a cogerlo del brazo y echó a andar con decisión hacia la puerta.

—Lo único que debes hacer es sonreír e imitarme. Es muy sencillo, te lo

prometo.

Boswell tal vez creyera que no tenía ninguna complicación entrar en un lugar como ése, en el que todos los ojos se volvieron para observarla, pero Mary se enfrentaba a una experiencia más aterradora que una tormenta en alta mar. Las miradas de curiosidad, las sonrisas, el modo en que la gente saludaba a Boswell con un gesto de la cabeza y el murmullo de las conversaciones a media voz revelaron a Mary que todos sabían quién era.

Empezó a sentir sofocos y se le encendieron las mejillas. Aunque el resto de los comensales apartó la mirada en cuanto tomó asiento, supuso que seguían observándola por el rabillo del ojo y hablando de ella.

Boswell, por su parte, examinaba la carta y hablaba de los distintos platos que había probado. No parecía ser consciente de lo incómoda que se sentía Mary.

—¿Qué te apetece tomar, querida? —le preguntó—. La empanada de ternera es exquisita, pero también lo son la de conejo y la de pato.

Antes de salir de casa de la señora Wilkes, Mary estaba hambrienta, pero ahora se sentía mareada. El corsé se le clavaba y los zapatos nuevos le apretaban. Sin embargo, después de tantos años de hambre, no podía rechazar una ocasión como aquélla.

—Elige tú por mí —susurró.

Intentó recordarse a sí misma que en Plymouth también había salido a cenar con Thomas Coogan. No habían ido a un lugar tan elegante como ése; de hecho, ni siquiera había manteles, pero no se había sentido incómoda. Sin embargo, eso había ocurrido nueve años atrás, y desde entonces se había acostumbrado a engullir todo aquello que le cayera en las manos, tanto si eran las raciones infectas del barco servidas en un basto cuenco, como si era la comida que ella misma había cocinado. Nunca había podido elegir.

La idea de sentarse a una mesa le resultaba muy extraña y palideció al ver la cubertería de plata. Nunca había dispuesto de más que una cuchara y un cuchillo, y en no pocas ocasiones se había visto obligada a comer con las manos.

—Imagino que todo esto te resultará algo extraño —dijo Boswell, preocupado por ella, mientras le llenaba la copa de vino—, pero enseguida te acostumbrarás. Ahora, bebe y disfruta de tu primera noche de libertad.

No obstante, Mary era incapaz de disfrutar. Estaba más tensa que la primera noche que había pasado en el hospital de Batavia. Allí la observaban

las ratas, pero aquí era la gente quien la miraba.

Les sirvieron la cena y tenía un aspecto y un olor maravillosos, pero le parecía que, cada vez que se llevaba un bocado a la boca con el tenedor, tal y como hacía Boswell, alguien se acercaba a la mesa y le daba una palmada en la espalda para felicitarlo por su increíble éxito al lograr su indulto.

La gente era amable, sus sonrisas, cálidas y todos le desearon una vida larga y feliz. Pero se sentía muy cohibida y lo único que podía hacer era forzar una sonrisa y dar las gracias con un murmullo.

–Es normal que quieran conocer a «la chica de la bahía de Botany» –dijo Boswell después de recibir las felicitaciones de varias personas–. En Londres todo el mundo habla de ti.

Mary era incapaz de quejarse. Creía que tenía todo el derecho del mundo a enorgullecerse de lo que había conseguido y a disfrutar de la admiración de sus amigos. Por lo que fingió ser tan feliz como él y no le dijo que quería marcharse a casa.

Cuando por fin salieron del restaurante, Mary caminaba con paso poco firme. Había bebido mucho más de lo que había comido, pero creía que había logrado superar la velada sin decepcionar a Boswell.

–Buenas noches, querida –dijo el abogado cuando la señora Wilkes abrió la puerta–. Que duermas bien y saborees las mieles de la recién conseguida libertad. Vendré a verte mañana.

Mary esperó como buenamente pudo a que la señora Wilkes le encendiera una vela para ver las escaleras que conducían hasta su habitación. Sin embargo, en cuanto cerró la puerta, la embargó un miedo aterrador. Durante casi un año había compartido celda con cuatro hombres, y a menudo los había maldecido por sus ronquidos y sus ataques de tos. Ahora, esa habitación impregnada de un dulce aroma y con una cama tan blanda le parecía espeluznante a la luz de la vela, y tan grande que se sentía incapaz de dormir en ella sola.

«No seas tonta –se dijo a sí misma–. ¿Acaso preferirías regresar a Newgate?»

## Capítulo veintiuno

Una tarde, cuando ya había transcurrido un mes desde su puesta en libertad, Mary paseaba con Boswell por el parque de St. James disfrutando del sol.

Visitar los parques de Londres se había convertido en uno de los mayores placeres para Mary. Le agradaba alejarse del ruido y la suciedad de las calles de la ciudad y ver la hierba, los árboles y las flores. En muchos parques había cercados con ciervos, ovejas y vacas. Le resultaba curioso que por la tarde trasladaran a las vacas de St. James a Whitehall para ordeñarlas, y que la gente pudiera comprar un vaso de leche por un penique.

Durante la semana, la gente con posibles acudía a los parques para reunirse con sus amigos y dejarse ver con sus mejores galas, algo que no hacían los domingos, ya que era el día en el que la gente corriente inundaba los parques. Las corseteras, sombrereras y dependientas podían disfrutar de su día libre y tal vez conocer a un joven y atractivo oficinista, o incluso a un audaz soldado.

El parque de St. James era el favorito de Mary, ya que los únicos jinetes y carruajes que podían cruzarlo pertenecían a la Casa Real. En el lago había patos, cisnes y ocas, y los parterres eran una explosión de color.

—Creo que debería buscar trabajo —dijo Mary con voz pensativa mientras Boswell y ella se detenían a observar a unos niños que daban de comer pan duro a los patos—. El dinero que recaudaste no durará eternamente.

Boswell le dio una palmada en la mano engarzada en su brazo.

—No, no durará para siempre, pero aún puedes vivir de él una temporada. Recuerda que, en primer lugar, debes decidir qué quieres hacer y adónde quieres ir.

Mary estuvo a punto de discutir con Boswell, de decirle que su dependencia cada vez mayor de él coartaba su libertad. Sin embargo, teniendo en cuenta todo lo que había hecho por ella, lo consideraba una reacción injusta.

Ahora, el miedo que la embargó cuando le concedieron el indulto le parecía ridículo. Al despertarse por la mañana daba gracias a Dios por su bondad y por haberle enviado a James Boswell. Pero durante la primera semana, había estado a punto de lamentar el hecho de abandonar la cárcel.

Era sin duda maravilloso sentirse limpia, ser libre, tener una cama mullida y estar bien alimentada. Sin embargo, la libertad le resultaba también aterradora, sobre todo cuando Boswell la zambullía bruscamente en ella, tal y como había hecho en la primera cena, sin tener en cuenta su falta de conocimiento del mundo en el que él vivía.

Todos los amigos de Boswell pertenecían a la clase acomodada, y cuando la llevaba a conocer a alguno de ellos en sus casas, Mary sentía que prefería estar con el servicio antes que ser sometida a aquel riguroso escrutinio, como si fuera un extraño ejemplar traído de allende los mares.

El sentimiento de culpa seguía acuciándola. Muchas noches permanecía despierta en su mullida cama incapaz de pensar en algo que no fueran Emmanuel y Charlotte. No le parecía justo llevar una vida tan cómoda cuando el paso de sus hijos por el mundo había sido tan fugaz. Incluso ahora, un mes más tarde, no podía quitarse ese pensamiento de la cabeza, la asediaba constantemente y en cualquier situación. Repasaba todos los aspectos de sus vidas en busca de algo que hubiera hecho, o que hubiera dejado de hacer, y que hubiera sido la causa de su muerte. Y siempre llegaba a la misma conclusión: si se hubiera quedado en Port Jackson, tal vez habrían sobrevivido.

Esos pensamientos la asaltaban cuando estaba sola, le provocaban una punzada de dolor cuando iba en coche de caballos con Boswell y se cruzaban con una madre en compañía de sus hijos. Cuando veía a niñas de la edad de Charlotte vestidas con harapos, en la calle, la invadía la ira contra esa sociedad que daba la espalda a sus miembros más jóvenes.

Mary echaba mucho de menos a James, Sam, Nat y Bill, no sólo por la compañía y los recuerdos compartidos, sino también por la posición que ella ocupaba en el grupo. Había sido la líder, y los cuatro hombres habían sabido valorar su inteligencia, su sentido práctico y sus conocimientos. Fuera de Newgate Mary era un bicho raro y la gente la trataba con condescendencia, como si fuera estúpida.

A pesar de todo, a medida que pasaron los días fue acostumbrándose a su nueva vida. Aceptó que no le quedaba más remedio que aprender a

relacionarse con la gente, que tendría que aprender a hablar de temas triviales y a vivir dentro de los límites preestablecidos para las mujeres.

Con el tiempo encontró el valor necesario para decidirse a cruzar las calles más transitadas, esquivando los carruajes. Aprendió a utilizar el tenedor practicando en casa y a recogerse el pelo como le enseñó la señora Wilkes. Incluso aprendió a atarse el corsé ella sola.

La señora Wilkes era una mujer amable y bondadosa, lo bastante mayor para tratarla con un cariño maternal, pero todavía joven para comprender lo desplazada y abrumada que se sentía Mary en ocasiones. Admitió que a veces creía que el señor Boswell pecaba de engreído, pero lo atribuía a su educación y a su fama como escritor. Cuando preparaba té, la invitaba a sentarse con ella en la cocina y le pedía que le contara sus preocupaciones.

La señora Wilkes también le explicaba a Mary todo aquello que le daba vergüenza preguntar a Boswell. Comprendía por qué no le gustaba que el abogado la exhibiera ante sus amigos, y le sugirió cómo podía hacérselo entender. Pero, por encima de todo, sabía lo extraño que le resultaba a Mary vivir de repente en un ambiente que no era el que le correspondía.

—No te dejes abrumar por la nueva situación—le aconsejó—. Aprende todo lo que puedas observando y escuchando. Disfruta de tu fama sin preguntarte cuánto va a durar. Después de todo por lo que has pasado, te lo mereces. Pero recuerda en todo momento que debes aferrarte a tu valor, porque eso es lo que te convierte en una mujer tan fascinante.

Cuando la señora Wilkes no le ofrecía té y consejos, le daba extracto de malta, zumo de limón para aclararle la tez, y la llevaba de compras. A pesar de que Boswell estaba convencido de que era el único responsable de haber convertido a Mary en lo que él llamaba una «mujer normal», que había dado un gran paso y había dejado atrás las pobres pero respetables raíces de su infancia, lo cierto era que la auténtica artífice del cambio era la señora Wilkes.

A pesar de las muchas experiencias dolorosas y desconcertantes, Mary había vivido también momentos alegres y felices. Vio los leones de la Torre de Londres, visitó la catedral de St. Paul y el Monumento, paseó por los palacios reales y navegó hasta Greenwich en barca. Le encantaban los parques, las bulliciosas tiendas del Strand, los mercados y recrearse contemplando las elegantes casas. Habitualmente era Boswell quien la llevaba a ver los lugares más interesantes, pero también le gustaba explorar por sí sola. El abogado

necesitaba a menudo un coche de caballos para desplazarse, pero a ella le gustaba caminar, detenerse y observar a la gente, las escenas que se desarrollaban en la calle y los edificios.

Ahora, un mes después de su liberación, ya podía engañar a algunas personas y hacerlas creer que siempre había llevado esa vida. Todos los días veía a gente pobre barriendo las calles, vendiendo flores y pidiendo limosna en las esquinas, y era muy consciente de que esa vida tan cómoda de la que disfrutaba y que había conseguido más por suerte que por iniciativa propia no iba a durar siempre. Sabía que tenía que hallar el modo de seguir disfrutando de ella tanto tiempo como fuera posible.

Mary era una mujer demasiado lista para creer que un armario lleno de ropa bonita le permitiría disfrutar eternamente de una posición desahogada. La gente buscaba doncellas jóvenes, cocineras de verdad que pudieran preparar cenas para grandes fiestas, no alguien que había adquirido toda su experiencia echando cualquier alimento comestible en una cazuela. Las amas de llaves debían saberlo todo, desde el cuidado de la ropa de cama y de la cubertería de plata, hasta llevar las cuentas. Mary no sabía nada de aquello y tampoco tenía referencias. Cuanto más se fijaba, más cuenta se daba de que había muy pocas oportunidades de trabajo para las mujeres.

A la señora Wilkes, a quien Mary consideraba miembro de la alta burguesía, no le había quedado más remedio que administrar una casa de huéspedes. Había enviudado diez años atrás, y cuando el poco dinero que había heredado se agotó, encontró trabajo como ama de llaves para un anciano caballero que vivía en esa misma casa de la calle Little Titchfield. Cuando el hombre falleció, le dejó todo el dinero a su sobrino y la señora Wilkes heredó el contenido del edificio alquilado. La única opción que le quedó para seguir en aquella casa de la que se había enamorado era arrendar las habitaciones a huéspedes.

La respuesta de la señora Wilkes a los problemas de Mary era el matrimonio. Le había insinuado que Boswell podría ser el marido ideal. A fin de cuentas era viudo, le tenía un gran cariño y era un hombre de posibles.

Durante un breve período de tiempo Mary sopesó la idea. Sentía un gran aprecio por el abogado, un hombre amable, ameno y generoso. Sin embargo, sabía que nunca podría compartir cama con él de buen grado. Había empezado a envejecer y a engordar, y tenía los dientes cariados. También era un hombre muy inteligente que sentía verdadera adoración por sus hijos, por lo que era

muy poco probable que fuera a poner en riesgo su relación con ellos por una exconvicta que no le había ofrecido muestra alguna de su amor.

–Creo que me gustaría volver a vivir junto al mar –dijo Mary mientras cruzaban el pequeño puente sobre el lago.

Londres era una ciudad emocionante, pero a menudo echaba de menos la serenidad del páramo, el viento frío del mar y la calma.

–Entonces tal vez deberíamos ponernos en contacto con tu familia – propuso Boswell–. Recuerdas que conocí al pastor John Baron de Lostwithiel cuando visité Cornualles, ¿verdad? ¡Un hombre magnífico!

Mary asintió. Boswell le había hablado de ese hombre, pero ella sólo había estado en Lostwithiel en dos ocasiones y no lo conocía.

–Si yo se lo pidiera iría a ver a tus padres –dijo Boswell–. ¿Quieres que le escriba? Se mostró muy comprensivo contigo.

–Me temo que le darían con la puerta en las narices –dijo Mary con tristeza.

Recordaba vivamente la opinión de su madre sobre aquellos que infringían la ley. Estaba convencida de que debía de estar muy avergonzada de la fama que había adquirido su hija. No le haría ninguna gracia que un ministro de la iglesia le pidiera que perdonara y olvidara. En verdad, no haría sino aumentar el rencor que sentía hacia Mary.

–Creo que merece la pena intentarlo –insistió Boswell.

–No –negó Mary tajantemente–. Soy yo quien debe postrarse ante ellos. Sería de cobardes pedirle a otra persona que intercediera por mí. Iré a verlos cuando mis amigos hayan recibido también el indulto.

Lo único que le había prohibido Boswell era que visitara a sus amigos en Newgate. Se había justificado diciéndole que era por miedo de que contrajera alguna enfermedad infecciosa, pero Mary comprendió que quería alejarla de cualquier mala influencia. Puesto que el abogado se había portado tan bien con ella, no quiso desobedecerlo y se conformó con enviarles mensajes a través de él.

–Tal vez tarde en llegar, Mary –le advirtió Boswell–. Sabes que estoy haciendo todo lo que buenamente puedo para que les concedan la libertad, pero la justicia es lenta, sobre todo en verano.

–Entonces esperaré –dijo ella.

Boswell sonrió y le apretó el brazo.

–Muy bien. Aún hay mucho que ver en Londres. Y no te preocupes por el dinero. Tienes más que de sobra.

El resto del mes de junio, julio y las dos primeras semanas de agosto fueron una época increíblemente feliz para Mary. La curiosidad de la gente por ella se había desvanecido y empezaba a sentirse mucho más cómoda en su nueva vida. Ayudaba a la señora Wilkes en todo lo que podía, la acompañaba a comprar y a menudo hacía la colada y preparaba la cena.

Sin embargo, de vez en cuando se apoderaba de ella una extraña sensación de melancolía. Pensaba en Will, en Tench y en Jamie Cox, en toda la gente a la que apreciaba y había dejado en Port Jackson. Recordaba pequeños momentos con ellos y a menudo rompía a llorar sin quererlo. Le molestaba que en Inglaterra nadie supiera ni le importara lo mal administrada que estaba la colonia. Sin embargo, y por contradictorio que pareciera, también le gustaba contarle a la gente lo bonito y fascinante que era Nueva Gales del Sur. Y se preguntaba cómo, después de todo por lo que había pasado, seguía pensándolo.

Todavía la sorprendían los contrastes extremos de su nueva vida. Un día, la señora Wilkes le pidió que tirara un pedazo de carne que empezaba a estar pasada. Mary tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para reprimirse y no comerla, ya que pensar en tirar comida después del hambre que había pasado le parecía algo horrible. También estimaba ridículo que, por ser mujer, la gente esperara de ella que fuera un ser débil, indefenso y aprensivo, cuando, en realidad, había buscado y comido gusanos, había devorado carne de tortuga y había sido la impulsora de una travesía de 3.000 millas a bordo de un bote abierto. Las mujeres tampoco podían hacer ninguna mención de las funciones fisiológicas, y menos aún en presencia masculina. Sin embargo, ella había tenido que hacer las suyas delante de ocho hombres, y después de vivir con ellos en un espacio tan reducido durante tanto tiempo, no le quedaba ningún misterio por descubrir.

A pesar de todo, a medida que pasaba el tiempo, echaba cada vez menos la vista atrás. Nunca se olvidaba de sus hijos, pero otros recuerdos empezaban

a desvanecerse. Volvía a vivir el presente. Hacía buen tiempo, Boswell iba a verla a menudo, la llevaba al parque, a navegar por el río y a las afueras de Londres para disfrutar del campo.

Un día de agosto, la llevó en coche al pueblo de Chelsea. Al parecer, le hacían mucha gracia los poemas sobre ellos que circulaban por la ciudad. Los escritores londinenses creían que eran amantes y en uno de los poemas ambos encontraban la muerte en la horca.

—Tal vez debería casarme contigo, querida —dijo Boswell en tono jocoso—. Así desconcertaríamos a ese hatajo de simplones.

—Creo que a tus hijas les resultaría angustioso —dijo Mary con una sonrisa—. No soy la madrastra de ensueño de ninguna chica.

—¿Tu corazón sigue perteneciendo al capitán Tench? —preguntó Boswell, enarcando una ceja.

Mary le había hablado de Watkin Tench en numerosas ocasiones, pero nunca le había dejado entrever lo que sentía por él. Ni siquiera sus cuatro amigos de Newgate sabían nada al respecto, por lo que se llevó una sorpresa al oír la pregunta de Boswell.

—No tengo corazón —respondió con frialdad.

—Eso no es cierto —replicó el abogado, que aun así se rio—. Averigüé que fue él quien pagó la celda de Newgate. Cuando te concedieron el indulto, dejé de hacerlo y tus amigos tuvieron que apañárselas.

Mary había encontrado en Boswell a un hombre a la altura de su inteligencia. Al igual que ella, pocas cosas le pasaban por alto.

—Bueno, éramos amigos y me ayudó, pero eso no significa que estuviera enamorada de él.

—Creo que significa que él sí lo estaba de ti —dijo Boswell sabiamente—. Por lo general, los marinos no acostumbran a ser conocidos por su magnanimidad. Sin embargo, creo que ha actuado con gran cobardía por no venir a Londres sabiendo que eras libre. Se encuentra a bordo del HMS *Alexander*, que forma parte de la flota del Canal.

A Mary se le aceleró el pulso al oír la noticia. Siempre había imaginado que Tench habría partido hacia un lugar muy lejano.

—¡Ajá! —exclamó Boswell con una sonrisa—. Detecto un leve rubor en tus mejillas. ¿Puede deberse a la noticia de que aún se encuentra cerca de Inglaterra?

Mary decidió que no tenía ningún sentido seguir fingiendo.

—Es cierto que sentía algo por él, y él por mí —afirmó encogiéndose de hombros—. Pero no pudo ser. Y no es ningún cobarde. Le dije que no intentara ponerse en contacto conmigo.

Durante los meses que pasó en Newgate, Mary había intentado no albergar la esperanza de que Tench apareciera para visitarla. Y en la cárcel le fue fácil ver que él pertenecía a un mundo distinto.

Sin embargo, ahora era libre y todo el mundo la consideraba una viuda respetable, por lo que no podía evitar pensar en lo que sucedería si Tench iba a Londres para declararle su amor y llevarla con él a una casa en el campo. En ocasiones, llegaba a creer que había cambiado tanto que podía convertirse en la esposa perfecta para un oficial de la marina.

—Tienes razón, era una relación imposible —admitió Boswell, una reacción que decepcionó un poco a Mary—. Yo también me he enamorado de mujeres equivocadas y es algo que sólo provoca dolor a ambas partes.

Boswell la cogió de la mano y se la estrechó en un gesto de compasión.

—El dolor es algo que todos deberíamos evitar. Sea cual sea nuestra edad o circunstancia.

Aunque en teoría sus observaciones sólo hacían referencia a su relación con Watkin Tench, Mary descubrió que las palabras de Boswell escondían algo más. Había mencionado el matrimonio en tono jocoso, pero Mary intuía que el abogado pretendía sondearla para averiguar si esperaba que se le declarara. Y le pareció que lo más sensato sería dejarle bien claro que ése no era su objetivo.

—¡Entonces, decidme, gran sabio! —exclamó ella, bromeando—. ¿Qué hombre podría hacerme feliz?

Boswell sopesó la respuesta durante unos segundos.

—Yo diría que uno relacionado con el mar —dijo al final—. Un marinero fornido. Acaso un viudo, ya que sería menos probable que le concediera importancia a tu pasado. De menos de treinta y cinco años. Lo bastante joven para que quiera formar una familia.

—¡No me dirás que ya tienes al candidato! —clamó Mary entre risas.

—No, querida, por desgracia no. Sólo soy un viejo estúpido y romántico a quien le gustaría que tuvieras un final feliz. Pero siempre he creído que una de las mejores cosas de la vida es que uno nunca sabe lo que le espera a la vuelta de la esquina.

## Capítulo veintidós

—¡Ese condenado hombre otra vez! —exclamó la señora Wilkes, exasperada al oír que llamaban a su puerta—. Ayer mismo le reproché que, presentándose aquí a todas horas, no le estaba haciendo ningún bien a tu reputación. ¡Y ahí está otra vez, en domingo!

Era el 18 de agosto y hacía mucho calor. La señora Wilkes y Mary estaban sentadas al fresco, en el jardín trasero, cosiendo. Habían estado hablando de los amigos de Mary que seguían en Newgate. A Mary se le saltaron las lágrimas cuando pensó que tal vez nunca recibieran el indulto y que pudieran creer que había dejado de preocuparse por ellos.

La señora Wilkes, al igual que Boswell, opinaba que, dado el alto riesgo de infección, visitarlos en la cárcel era una mala idea, pero se ofreció a escribirles una carta por ella. Cuando oyeron que llamaban a la puerta, Mary estaba pensando en todo lo que tenía que contarles.

Al ver la furiosa reacción de su casera, Mary no pudo contener una sonrisa. Sabía a ciencia cierta que a la señora Wilkes le encantaba que los vecinos chismorrearan sobre las constantes visitas de Boswell. A fin de cuentas, era un hombre famoso y un caballero, y las doce del mediodía, fuera domingo o no, una hora de lo más respetable.

—Yo me encargo —dijo Mary, poniéndose en pie—. ¿Le pido que se vaya?

—No, claro que no —se apresuró a responder la señora Wilkes—. Sentaos en el salón y yo os llevaré una taza de té.

Sin embargo, esta vez Boswell no había ido solo. Lo acompañaba un hombre fornido y rubicundo vestido con una chaqueta de cuadros y colores algo llamativos, unos pantalones a conjunto y una peluca castaña que no le sentaba nada bien. Tenía aspecto de comerciante.

—Buenos días, Mary —dijo Boswell, levantándose el sombrero.

Mary tuvo la sensación de que parecía algo nervioso.

—Te presento al señor Castel, vidriero y natural de Fowey. Desea darte

cierta noticia de tu familia y ha insistido en que viniéramos a verte directamente.

Mary miró a un hombre y luego al otro, y reparó en lo acalorados y nerviosos que estaban ambos. Saltaba a la vista que a Boswell le había disgustado la insistencia de aquel hombre en verla, y supuso que el abogado sospechaba que se trataba de un ardid para ganarse su confianza. En el pasado, habían ido a verlo varias personas que afirmaban conocerla y querían averiguar su dirección. De modo que, si Boswell lo había llevado a su casa, la historia de aquel hombre debía de tener un mínimo de credibilidad.

Mary los invitó a pasar al salón y, cuando se sentaron, miró fijamente al hombre.

—¿Así que es usted de Fowey, señor Castel? —preguntó Mary—. No conozco a ninguna familia con ese apellido.

—Me marché hace muchos años, cuando usted debía de ser una niña —dijo con calma—. Pero conozco muy bien a su hermana Dolly.

Mary dejó escapar un grito ahogado.

—¿Conoce a Dolly? ¿Cómo? ¿Dónde está?

—Sólo la conozco desde que se trasladó a Londres —dijo, secándose el sudor de la cara con un pañuelo—. Trabaja para la señora Morgan de Bedford Square. La conocí el día en que fui a cambiar un cristal y acabamos hablando de Fowey.

—¡Dolly está en Londres! —Mary no podía creer lo que estaba oyendo, y aunque Boswell le lanzó una mirada de advertencia para que no se emocionara tanto, no pudo evitarlo.

—Al parecer, el señor Castel quiere solicitar tu permiso para escribir a tu familia e informarles de tu situación —terció Boswell, con un tono de voz muy cínico—. También afirma conocer a un familiar tuyo, Edward Puckey.

—¡Ned! —exclamó de nuevo Mary, con la respiración entrecortada.

Dolly y ella habían sido las damas de honor en la boda de su primo Ned.

—¿Tienes un familiar que se llama Edward Puckey? —preguntó Boswell.

Mary asintió.

—Es mi primo —dijo.

El señor Castel miró a Mary y su ceño fruncido era una clara prueba de que se sentía ofendido.

—El señor Boswell no me cree. Conocí a Ned Puckey cuando yo era un muchacho, aunque él tenía unos cuantos años menos que yo. Gracias a él llegué

a conocer a Dolly. Lo único que quiero ahora es ver el reencuentro de dos hermanas y transmitirle una noticia que podría ser ventajosa para usted.

Dejando a un lado la ropa y la peluca que tan mal le quedaban, una prueba clara del gusto más que cuestionable del dueño, Mary creía que el señor Castel parecía honrado. La miraba a los ojos y no se relamía los labios ni movía las manos con gesto nervioso. Además, todavía conservaba su acento de Cornualles.

–¿Qué noticia? –preguntó ella con recelo.

Mary miró a Boswell. El abogado estaba tenso, sudaba a mares y su ceño fruncido sugería que deseaba hacer callar a ese hombre.

–Que su familia posee ahora una gran fortuna.

Mary soltó una repentina carcajada y se balanceó en la silla.

–Por mucho que esté dispuesta a aceptar que conoce a Dolly, eso es algo que no puedo creer.

–Es cierto –insistió–. Dolly me lo contó. Su tío, Peter Broad, murió mientras usted estaba en la bahía de Botany y legó una fortuna a su familia.

De pronto, Mary dejó de reírse. A diferencia de su padre, marinero de segunda, su tío Peter era capitán de mercante. Pasaba siempre largos períodos en alta mar y Mary no había llegado a conocerlo bien, pero recordaba que siempre que volvía a casa e iba de visita les llevaba regalos, comida, dulces y otros lujos. Fue el tío Peter quien le regaló a su madre la seda rosa con la que cosió los vestidos que Dolly y ella llevaban el día en que fueron a nadar desnudas. En Fowey siempre se había rumoreado que era un hombre rico. De hecho, cuando su madre comentaba que quería algo que se salía de lo habitual, su padre siempre le decía en broma: «Es mejor que esperes un poco, querida, hasta que Peter vuelva a casa».

–No sé qué decir –exclamó Mary–. Esto es una auténtica sorpresa, señor Castel.

–No me cabe la menor duda. Pero, créame, el motivo que me ha llevado a comunicarle esta noticia no es la maldad, sino las ansias de reunir a una familia. Mire, Dolly y yo somos amigos. Nos conocimos hace cuatro años y me contó que tenía una hermana que se había marchado a trabajar a Plymouth y a la que no había vuelto a ver desde entonces. Me dijo que sus padres seguían pensando en usted y que no sabían si estaba viva o muerta.

–¿Ignoraban lo que me había sucedido?

Mary no sabía si esa noticia era un motivo de alegría o de tristeza.

El señor Castel negó con la cabeza.

–Según me contó Dolly, su padre fue a buscarla a Plymouth. Dolly creía que usted había venido a Londres, y ése fue el motivo de que se trasladara a la ciudad: tenía la esperanza de cruzarse con usted algún día. Pero a medida que fueron pasando los años, su ilusión se desvaneció. El mismo día en que la conocí me di cuenta de lo importante que era usted para ella. En cuanto oyó mi voz y supo que era de Cornualles, vino a hablar conmigo.

Mary asintió. Le parecía algo lógico. Sabía que, si ella conociera a alguien con acento de Cornualles, querría hablar con esa persona de inmediato.

–Por aquel entonces, ¿sabía usted dónde me encontraba?

Castel negó con la cabeza.

–No. Era impensable que la hermana de una chica como Dolly hubiera sido deportada.

–¿Por qué? –preguntó Mary.

–Porque ella es tan...

El hombre dejó la frase a medias, incapaz de dar con las palabras adecuadas.

–¿Honrada? –Mary decidió ayudarlo—. ¿No creía que su hermana pudiera ser una ladrona?

Castel parecía avergonzado.

–No me refería a eso –se apresuró a decir—. Dolly es una mujer tímida y trabajadora. Supuse que su hermana sería como ella.

En ese momento, Mary supo que Castel conocía a Dolly. «Tímida y trabajadora» era una buena descripción de su hermana. ¡Mary la había descrito en varias ocasiones y ante distintas personas como un ratoncito!

–Y ¿por qué ha tardado tanto en venir? –preguntó Mary.

Habían pasado unos catorce meses desde que la noticia de su ingreso en Newgate se publicara en la prensa. El indulto, que había dado pie a más noticias, se había producido hacía más de tres meses.

–Tal vez crea que soy un poco corto de entendederas –dijo, avergonzado—. Leí todas las noticias sobre «la chica de la bahía de Botany» en los periódicos, incluso reparé en que llevaba el mismo apellido que la hermana de Dolly. Pero en ningún momento pensé que pudiera tratarse de la Mary Broad correcta.

–¿Ah, no? –preguntó Mary, ligeramente sorprendida.

Castel se tocó el cuello almidonado de la camisa, hecho un manojito de nervios.

—Era demasiada coincidencia. Nadie que conociera a Dolly podría creer que su hermana fuera tan atrevida. Además, Mary Broad es un nombre muy común y el periódico que leí no mencionaba que fuese usted de Cornualles.

—Entonces ¿qué le hizo atar cabos y pensar que podía ser la hermana de Dolly? —preguntó Mary con curiosidad.

—Un poema —dijo.

Miró a Boswell con la esperanza de que le echara una mano, pero el abogado no le ofreció su ayuda.

—¿Un poema? —preguntó Mary.

Supuso que se refería a uno de los que había mencionado Boswell, aunque nunca le había leído ninguno.

—Están por todas partes desde que la indultaron —dijo, algo incómodo—. Pero no había leído ninguno hasta que colgaron uno junto a mi comercio. No puedo explicarle el motivo concreto, pero al leerlo me invadió una extraña sensación de la que no pude desprenderme. No quería mostrárselo a Dolly por miedo a que se disgustara, porque el poema sugería que era usted algo más que una buena amiga del señor Boswell. Por lo que esta mañana he ido a su despacho a preguntarle su opinión.

Mary lanzó una mirada inquisitiva a Boswell.

—Lo primero que me ha preguntado ha sido si habías nacido en Fowey —dijo Boswell, encogiendo los hombros con un gesto desconsolado—. Le he dicho que sí y luego me ha hablado de Dolly. Yo quería venir a verte solo, pero el señor Castel es un hombre insistente, querida. Mi propuesta es que me permitas comprobar la veracidad de su historia y regresar cuando haya recabado las pruebas necesarias.

Ese mismo día, un poco más tarde, mientras Mary ayudaba a la señora Wilkes a lavar los platos de la cena, alguien llamó a la puerta.

—Me apuesto algo a que vuelve a ser Boswell —dijo con una mirada de preocupación—. Tal vez haya averiguado algo sobre Castel.

Mary había estado muy nerviosa todo el día. Quería creer al señor Castel, pero Boswell recelaba tanto de su historia que había intentado no

levantar castillos en el aire.

Recorrió el pasillo con paso acelerado y se quitó el delantal, pero en cuanto abrió la puerta le flaquearon las piernas.

Era el señor Castel, acompañado de Dolly.

No se había confundido. Dolly tenía el mismo aspecto que nueve años antes, cuando se despidió de ella para tomar el barco que habría de llevarla a Plymouth. Había conservado todo ese tiempo el recuerdo de su nariz respingona, de sus ojos azules. Lo único que pudo hacer Mary fue soltar un grito ahogado y cubrirse la cara con las manos.

–¡Mary! –dijo Dolly sin levantar la voz–. ¡Eres tú! Temía que el señor Castel se hubiera equivocado.

De repente, Mary se vio rodeada por los brazos de su hermana mayor. Permanecieron en la puerta, aferradas la una a la otra, balanceándose y sollozando después de tantos años de separación.

–Entrad, por favor –dijo la señora Wilkes con firmeza–. La escena es conmovedora, pero no quiero que seáis la comidilla de la calle.

Al llegar al salón, las hermanas se abrazaron de nuevo y lloraron. Pasados unos minutos, empezaron a reír histéricamente a pesar de las lágrimas. Todo resultó muy confuso, preguntas a medias que recibían respuestas a medias, un esfuerzo absurdo para salvar el vacío de nueve años.

El señor Castel le había explicado a Dolly una parte de lo que le había sucedido a Mary, pero su versión, que procedía de lo que había publicado la prensa, no era del todo precisa. Aunque Mary intentó explicarle la verdad a su hermana, Dolly estaba demasiado conmovida y desconcertada para asimilar su relato.

–Ahora parezco mucho mayor que tú –dijo Mary en cierto momento, mirando a su hermana con orgullo.

Siempre habían guardado un gran parecido. Ambas tenían el pelo oscuro y rizado como su madre, la misma complexión robusta y una altura superior a la mayoría de las chicas del pueblo. Sin embargo, Dolly tenía los ojos azules, no grises como Mary, y la nariz más respingona.

Las diferencias más acusadas estribaban en su carácter. Dolly siempre había sido sumisa, práctica y obediente. Desde que tenía uso de razón, Mary recordaba a su hermana como una chica de aspecto impecable con el rostro despejado, el pelo recogido en una trenza muy tensa y el vestido immaculado. Sorteaba los charcos de barro, evitaba las zarzas y se sentaba tranquilamente

en la puerta de casa para observar a Mary mientras jugaba, hacía el bruto con los chicos y volvía con la ropa desgarrada y manchada de barro.

Dolly seguía vistiendo de un modo sobrio y muy cuidado, como correspondía a un ama de llaves. Llevaba un vestido azul enjaretado de cuello alto con botoncitos de perlas, un pequeño sombrero de paja con una sencilla cinta azul y calzaba unas botas negras muy lustradas. Mary sabía que tenía treinta años, pero su tez blanca y sin arrugas aparentaba veinte.

—No he pasado por momentos tan difíciles como tú —dijo Dolly, con los ojos arrasados en lágrimas—. Estás delgadísima, Mary. Antes tenías un aspecto más lozano.

A las hermanas les resultaba imposible hablar con franqueza bajo la mirada del señor Castel y la señora Wilkes. Dolly empezó a preguntarle por sus dos hijos, pero se quedó a medias. Mary, por su parte, ansiaba recibir noticias de sus padres y quería saber si Dolly se había prometido, pero no podía hacerlo delante de la señora Wilkes y de Castel.

Entonces apareció Boswell.

La señora Wilkes abrió la puerta y Mary oyó que le decía que Dolly estaba dentro.

—Oh, es maravilloso —exclamó la señora Wilkes—. No han dejado de reír y llorar.

Boswell entró con cara de pocos amigos. Por la mañana le había pedido a Castel que le dejara preparar el encuentro entre Mary y Dolly. Una hora antes había ido a Bedford Square a ver a Dolly, pero al llegar descubrió que Castel ya había estado allí y que había acompañado a la joven a casa de la señora Wilkes. Sin embargo, al ver la cara de felicidad de Mary recuperó su buen humor habitual y se disculpó ante Castel por haber dudado de él. Entonces colmó a Dolly con todos sus encantos, la halagó con cumplidos y le aseguró que, si en algún momento había puesto algún obstáculo, lo había hecho para proteger a Mary.

La señora Wilkes abrió una botella de porto para celebrar el reencuentro y sugirió que tal vez lo más sensato sería que dejaran a Mary y a Dolly a solas para que pudieran hablar tranquilas.

—Pero le prometí a la señora Morgan que acompañaría a Dolly a casa —repuso Castel.

A juzgar por la mirada llena de cariño que le lanzó, todos se dieron cuenta de que estaba enamorado de ella.

–Me temo que no puedo quedarme mucho más tiempo –dijo Dolly, volviéndose hacia Mary–. La señora Morgan quiere que regrese a las nueve y media. Pero podemos pasar el miércoles juntas. Es mi día libre.

–Disculpa, Dolly, pero tal vez antes de marcharte podrías contarle a Mary la cuestión de la herencia de tu tío –sugirió Boswell–. Quizás sea una impertinencia por mi parte, pero creo que es un tema que a Mary le gustaría aclarar.

–Es cierto –dijo Dolly, cogiendo la mano de su hermana como si temiera que, al soltarla, Mary fuera a desaparecer de nuevo–. El tío Peter legó todo su dinero a papá. Una cifra muy elevada. Papá le pidió a Ned que me escribiera para contármelo todo y quería que volviera a casa, pues ya no había necesidad de que siguiera trabajando.

–Entonces ¿por qué no te marchaste, Dolly? –preguntó Boswell, que prefirió no cometer la grosería de preguntar a cuánto ascendía la herencia, sobre todo en presencia de Castel.

Dolly se sonrojó.

–Me gusta Londres y mi trabajo –dijo–. Soy muy feliz con los Morgan. No quería acabar siendo una vieja solterona en Fowey.

–Dudo que sigas soltera durante mucho tiempo –dijo Boswell con galantería.

–Mary lo entendería –dijo Dolly, mirando a su hermana en busca de apoyo.

–¿Lo entiendes, Mary? –preguntó Boswell.

–Sí –respondió Mary, que dirigió una sonrisa irónica a su hermana–. Durante todos los años que he pasado fuera, siempre te he imaginado casada y con un regimiento de niños. Eso era lo que querías en tu juventud. Pero fuera cual fuese el motivo que te llevó a marcharte, has sabido ganarte bien la vida. Regresar a Fowey sería como enterrarte viva.

–Así es como me sentía –admitió Dolly, con seriedad–. No podía cambiar de vida sólo porque nuestro padre de repente tuviera dinero. Tal vez ahora vivan en una casa más grande, vistan mejores ropas y no les falte comida. Pero ¿quiénes serían mis amigos? Los de mi niñez son pobres, me evitarían. Y los ricos me mirarían con desdén.

Mary asintió para mostrar su conformidad. Creía que el escenario descrito por su hermana era el más probable. Además, también había que tener en cuenta a los cazafortunas. Dolly quería a un hombre que la amara por lo que

era, no por su dinero. Mary suponía que sería muy difícil adivinar los auténticos sentimientos de cualquier hombre hasta mucho después de la boda.

—¿No piensas regresar nunca? —le preguntó Boswell, quien se planteó la posibilidad de que ya hubiera un hombre en su vida.

Era obvio que Castel sentía algo por ella, pero el abogado no creía que la atracción fuera mutua.

—Tal vez dentro de unos años —dijo la hermana mayor, mirando a Mary con una sonrisa—. Pero creo que Mary debería ir a Fowey a ver a nuestros padres. Se alegrarán muchísimo de saber que te encuentras bien y a salvo.

Mary le preguntó si estaba segura de que sus padres desconocían lo que le había sucedido.

—El año pasado, cuando tuve noticias de nuestro padre por última vez, no sabían nada. Me habló de ti y me dijo que esperaba que el motivo que te hubiera impedido volver a Plymouth fuera que te hubieras casado y tuvieras hijos.

Mary pensó en ello durante unos segundos. Rayaba lo absurdo que sus padres creyeran que se encontraba en Plymouth, a poco más de sesenta kilómetros de casa, cuando en realidad había estado en las antípodas. Si regresaba a casa, ¿cómo diablos iba a contarles todo lo que había hecho y visto? Bastante duro era tener que enfrentarse a sus recuerdos, a los contrastes y a las grandes distancias que había recorrido. Además, no creía que su madre, que nunca se había alejado más de treinta kilómetros de Fowey, pudiera entenderlo.

—¿Podría ser que nuestro padre lo hubiera descubierto desde que te escribió? —preguntó.

—Quizás —dijo Dolly, frunciendo el ceño—. El señor Castel me dijo que tu historia se había publicado en los periódicos. Pero si yo, que estoy en Londres, no supe nada de ti, ¿por qué iban a saberlo ellos, que viven tan lejos?

Mary lanzó un suspiro.

—Quizás fuera mejor que no tuvieran noticias mías, Dolly. Habría sido un golpe muy duro.

—Mejor llevarse un golpe como ése que vivir convencidos de que su hija los abandonó o está muerta —insistió Dolly.

Al cabo de un rato Boswell salió con Castel y Dolly, y ambas hermanas acordaron que Dolly iría a verla en su día libre. Cuando se marcharon, Mary subió a su habitación. Deseaba estar a solas.

Se sentó junto a la ventana abierta, con la mirada perdida en la oscuridad. El aire cálido y tranquilo transportó hasta su habitación los sonidos de las ruedas de los carruajes, los murmullos y las risas de la gente, los llantos de los bebés y las notas de un piano lejano, tal y como había sucedido en otras ocasiones desde que vivía en casa de la señora Wilkes. Eran los sonidos de la vida familiar que se producían a su alrededor, y hasta esa noche siempre se había sentido muy sola cuando los oía porque el destino la había separado de sus seres queridos.

En ocasiones, incluso, se dejaba arrastrar por el cinismo al pensar en su libertad. Había llegado a creer que, a pesar de que podía caminar por toda la ciudad, seguía encadenada mentalmente a la culpa, la vergüenza y el dolor. Sabía que dependía por completo de Boswell, lo que convertía a su abogado en una suerte de carcelero. Era un carcelero bondadoso, sí, pero decidía adónde iba, con quién se reunía y también la mantenía. Hasta entonces no había encontrado la forma de romper esa dependencia y empezar una vida propia.

Ahora por fin se le presentaba una oportunidad.

«Pero ¿tendré suficiente valor para volver a casa?», murmuró para sí. Una cosa era contar su historia a Dolly, una mujer joven, comprensiva y sin prejuicios, o incluso a su padre, quien había visitado distintos países como marinero y había conocido a hombres de la más variada condición.

Sin embargo, su madre iba a ser harina de otro costal. Su mundo era mucho más reducido, limitado por la iglesia y los vecinos. ¿Sería capaz de mostrar una mentalidad lo bastante abierta para aceptar que Mary había recibido un castigo desproporcionado por el crimen que había cometido? ¿Sería capaz de perdonarla e ignorar los cuchicheos de los vecinos?

Mary no las tenía todas consigo. Grace Broad nunca había sido una persona tolerante ni inclinada al perdón. De niña, a Mary siempre la habían considerado una criatura extraña. Le gustaba pasar tiempo con los pescadores, ir a nadar, trepar a los árboles y alejarse de casa. Su padre siempre se lo había tomado a risa y decía que tendría que haber nacido chico, pero su madre la miraba con una grave expresión reprobatoria.

Sin embargo, ahora Mary entendía el motivo. Charlotte y Emmanuel le

habían permitido comprender muchas cosas que en el pasado le resultaban inconcebibles. El papel de una madre era alimentar y proteger a sus hijos. El hecho de elogiarlos o reprenderlos no era más que una forma de guiarlos para evitar que corrieran peligros innecesarios. Ahora no le cabía ninguna duda de que su madre había sentido pánico ante la terquedad indómita de su hija. Quizás siempre había temido que aquello la metiera en graves problemas. Y el tiempo le había dado la razón.

Mary dudaba que las chismosas de Fowey consideraran la audaz fuga como un acto heroico, tal y como había sucedido en Londres. Harían hincapié en ciertos aspectos de los buques prisión, en las cadenas y en la horca, y murmurarían que había pasado mucho tiempo a solas con un grupo de hombres, lo que a sus ojos la convertiría en una mujer licenciada.

A Mary le rodó una lágrima por la mejilla. Sabía que en su juventud había sido temeraria y egoísta, pero eso era agua pasada y quería regresar con su familia. Nunca había podido hablar con nadie del martirio que había supuesto la pérdida de sus dos hijos, pero quizás, si su madre la abrazaba, podría compartirlo con ella. Quería que su familia supiera que, durante sus años de encarcelamiento, habían ocupado un lugar muy importante en su corazón. Tal vez ahora que era una mujer adulta podría compensar toda la tristeza y preocupación que les había causado.

Mary creía que necesitaba la paz familiar y el cariño de su pueblo para purificar su alma y librarse de las penas que atenazaban su interior. Tal vez hubiera obtenido el perdón del rey y del gobierno, pero no valía gran cosa sin el perdón de los suyos.

Durante los días siguientes, la confusión de Mary fue en aumento. El día que pasó a solas con Dolly fue uno de los mejores de su vida y ambas aprovecharon para repasar todo lo que les había sucedido en los últimos nueve años.

Mary siempre había considerado que su hermana era el paradigma de la virtud femenina. Su habilidad para la costura, el esmero con el que limpiaba y hacía la colada, su buena mano para cocinar sabrosos platos con ingredientes humildes y, por supuesto, su carácter dulce y afable, habían contribuido a forjar su imagen de hermana aburrída a ojos de la joven Mary. Sin embargo,

nueve años más tarde, Mary había descubierto que su hermana mayor tenía más inquietudes de las que había supuesto.

Dolly había aprovechado su cargo como ama de llaves para familiarizarse con todos los aspectos del estilo de vida de las clases adineradas. Había pocas cosas que no supiera, desde cómo peinar a una dama hasta administrar una gran casa. Pero había aprendido mucho más que esas habilidades domésticas de sus amos. Conocía sus secretos, sus opiniones religiosas y políticas. Gracias a ellos se había convertido en una chica educada y había dejado atrás a la campesina inocente de antaño. Tal vez nunca tomara la palabra cuando no le correspondía ni saliera sola de noche, pero le reveló que había tenido dos amantes.

Le confesó a Mary que uno de ellos había sido el hermano menor de su amo, algo que le había hecho comprender que una mujer inteligente podía controlar su propio destino. También le contó que no tenía intención alguna de casarse con un humilde lacayo ni un comerciante como el señor Castel y dedicar el resto de sus días a criar a sus hijos y llevar una vida de estrecheces. Le dijo a Mary que, si no conocía a un caballero dispuesto a casarse con ella en los próximos años, pensaba crear su propio negocio, tal vez una agencia de personal doméstico.

Dolly le explicó que su padre no había querido revelarle la cuantía a que ascendía la herencia por motivos de seguridad. En la carta que le había escrito para comunicarle la noticia sólo le había dicho que era una cantidad más que suficiente para permitirles llevar una vida desahogada, y que si necesitaba dinero para ascender de categoría, sólo tenía que pedirselo.

Mientras Mary escuchaba a Dolly, no le cupo ninguna duda de que su hermana era perfectamente capaz de levantar su propio negocio. Tras su apariencia de calma y dulzura se escondían una gran determinación y un incontestable sentido común. De modo que, cuando Dolly insistió en que Mary fuera a Cornualles, empezó a pensar que tenía razón.

Dolly era una mujer previsora e imaginativa. Le mostró cómo, con sólo un pequeño capital, Mary podría administrar una casa de huéspedes en Cornualles. Le sugirió que se emplazara en la localidad de Truro, por la que circulaba mucha gente, o incluso en Falmouth, donde podría hacer negocio con los oficiales de los barcos y sus familias. Otra idea era la posibilidad de convencer a sus padres para que compraran una pequeña granja y que Mary se encargara del cultivo y la venta de ciertos productos.

–Incluso podría unirme al proyecto si Londres empezara a aburrirme – dijo Dolly entre risas–. No olvides nunca que no eres una mujer común, Mary, eres valiente, fuerte e inteligente. Esas cualidades son más que suficientes para triunfar. Si te quedas en Londres, los únicos trabajos que podrás conseguir serán los más humildes, como ayudante de cocina. Sé que no lo soportarías. No podrías hincar la rodilla ante una cocinera malhumorada o un ama altanera. Has visto mucho mundo para acabar así. Sé valiente una vez más y ve a casa.

Septiembre llegó con un tiempo espléndido. Siempre que Dolly podía escaparse unas horas, las pasaba con Mary compartiendo risas, sumidas el placer de descubrir lo mucho que tenían en común. Mary vio aliviado el dolor provocado por la pérdida de sus hijos y sintió que recuperaba el optimismo y las fuerzas de antaño.

El señor Castel, con la ayuda de Boswell, había escrito a Ned Puckey para pedirle que informara a los Broad acerca de la situación de su hija. Boswell, por su parte, se había puesto en contacto con su amigo el pastor John Baron de Lostwithiel para que intentara asegurarse de que Grace y William Broad estaban dispuestos a recibir la visita de Mary.

Sin embargo, antes de que Ned Puckey o el pastor Baron recibieran las cartas de Boswell, Elizabeth Puckey, la mujer de Ned, envió una misiva a casa del abogado. Al parecer, la familia de Mary no había tenido noticias del paradero de su hija hasta que se publicó que le habían concedido el indulto, momento en el que, a través de un periódico de Cornualles, también descubrieron que la habían deportado y que posteriormente se había fugado. Ahora estaban deseosos de saber cómo y dónde se encontraba. Elizabeth instaba a Mary a que regresara a casa para reunirse con su familia, la cual, tal y como ella misma expresó, «actualmente goza de una posición muy distinta, gracias a una cuantiosa herencia». También decía que Mary tendría un recibimiento muy cálido por parte de todos los miembros de su familia y que William y Grace Broad habían sentido un gran alivio y alegría al saber que su hija menor había sobrevivido a todas aquellas horribles desgracias.

A pesar de que la carta le aseguraba a Mary que recibiría todo el afecto de su familia, y a pesar de que había despertado en ella el auténtico deseo de verlos, aún albergaba sentimientos encontrados. Le gustaba Londres, no quería

separarse de Dolly, Boswell había demostrado ser un gran amigo y una compañía de lo más estimulante, y también estaba la señora Wilkes, por quien sentía un gran cariño.

Boswell le había abierto los ojos a una vida que no existía en Cornualles. La llevaba al teatro, a cafeterías y a restaurantes. Con Dolly podía revivir su juventud, hablar de hombres, de ropa y del gran cambio que había experimentado su vida, en comparación con la que habían llevado en Cornualles.

La señora Wilkes ejercía de madre y tía. Era sabia y cariñosa, culta y refinada. Mary tenía la sensación de que quería que se quedara con ella y la ayudase a administrar la casa de huéspedes, posibilidad que le resultaba muy atractiva. Allí se sentía segura, pero tal y como había señalado Dolly, tendría que encargarse del trabajo más duro, de vaciar los bacines, subir el agua caliente a las habitaciones, hacer la colada y fregar los suelos. Dolly le insistió en que debía aspirar a algo más que eso.

Por otra parte, sus amigos seguían encerrados en Newgate. Mary no se sentía capaz de abandonar Londres mientras ellos siguieran en la cárcel. Cuando apenas habían transcurrido unas semanas del reencuentro con Dolly, y haciendo caso omiso de los consejos de Boswell y de la señora Wilkes, había ido a visitarlos. Después de vivir en un ambiente tan cómodo, se horrorizó y quedó consternada al regresar a Newgate. Le pareció imposible que pudiera haber soportado esas horribles condiciones durante casi un año. Aunque sabía que Boswell seguía luchando por sus amigos, no había indicios de que fueran a concederles el indulto de forma inminente.

Sam estaba tan desmoralizado que había solicitado el alistamiento en el Cuerpo de Nueva Gales del Sur, un grupo de hombres que iban a asumir las funciones de los marinos para mantener el control de la situación en la nueva colonia. Su cambio de opinión se debía a que se había dado cuenta de que Inglaterra no podía ofrecer nada a hombres como él, mientras que en Nueva Gales del Sur le concederían tierras por ser un hombre libre.

James seguía enfrascado en la redacción de sus memorias. Le dijo que Nat y Bill cambiaban de idea a diario sobre lo que harían cuando fueran libres. Mary tenía miedo de que nunca llegara ese día, pero los hombres insistían en que les concederían el indulto. Le aseguraron que eran razonablemente felices y la conminaron a seguir adelante con su vida y no permitir que su relación con ellos se convirtiera en un lastre.

Fue Sam quien la convenció de que debía separar su vida de la de ellos. La acompañó hasta la puerta y aprovechó el momento a solas para hablar con ella.

–Nos darán el indulto –insistió–. Pero no debes esperar a que llegue ese momento. Cuando nos liberen, no seguiremos juntos. Hasta ahora nos hemos mantenido unidos por las circunstancias, no por elección. Yo quiero regresar a Nueva Gales del Sur, y James habla de marcharse a Irlanda. Bill se irá a Berkshire y Nat regresará a Essex. Hemos compartido una aventura maravillosa y momentos de gran penuria, pero cuando seamos libres todo eso quedará para el recuerdo, nada más.

Sam le estaba diciendo que la adversidad era lo único que había forjado un vínculo tan estrecho entre ellos, y supuso que quería distanciarse de los demás porque tenía miedo de que se convirtieran en un lastre. En el fondo, Mary compartía ese temor, aunque no lo habría expresado.

–Me salvaste la vida en el muelle de Port Jackson –dijo Sam, con la voz quebrada por la emoción–. Espero que un día pueda hablarles a mis hijos de ti. Pero ahora vete y no vuelvas. Ya has hecho bastante por nosotros.

Mary rodeó su rostro descarnado con las manos y le dio un beso fugaz en los labios.

–Buena suerte, Sam –le deseó con ternura, recordando que en el pasado lo había considerado su red de seguridad.

Ahora sabía que no la necesitaba.

Hacia finales de septiembre, la bonanza del clima de la que habían disfrutado hasta entonces acabó de repente con una gran tormenta que arrancó de raíz varios árboles de los parques e inundó las calles. Siguió lloviendo incluso cuando el vendaval ya había cesado, y de pronto Mary vio todo aquello de lo que le había hablado Boswell tras salir de Newgate.

Las calles se habían vuelto un lugar peligroso, cubiertas de una capa de barro mezclado con excrementos humanos y animales que podían salpicar de pies a cabeza a todo aquel que tuviera la osadía de desplazarse a pie. Empezaron a producirse brotes de fiebre en los distritos más pobres y Boswell le explicó a Mary que las fosas a las que trasladaban a los fallecidos, convertidas en fosas comunes, se llenaban rápidamente. El hedor nauseabundo

lo impregnaba todo, acompañado de una neblina sulfurosa que caía todas las noches.

En la práctica, Mary quedó encarcelada en la casa de Little Titchfield y se dio cuenta de que, a menos que partiera hacia Cornualles antes de que llegara el invierno, seguiría en Londres en primavera. Sus padres se hacían mayores y nunca se perdonaría a sí misma que les sucediera algo antes de volver a verlos. Además, sentía la llamada de Cornualles, una sirena que la atraía con su cautivador canto todas las noches cuando cerraba los ojos y la apremiaba para que regresara al lugar que la había visto nacer.

Se imaginaba a sí misma en la proa de un barco que arribaba al puerto de Fowey al atardecer, mientras el sol otoñal se hundía lentamente en el mar como una inmensa bola de fuego.

Veía el pueblo que se extendía colina arriba, desde el muelle, las casas de piedra gris apiñadas, los destellos fugaces de las calles adoquinadas por donde corrían los niños para regresar a casa antes de que oscureciera.

En el muelle, los pescadores se estarían preparando para salir a faenar de noche. El dueño de la taberna debía de estar encendiendo las lámparas, mientras los ancianos del pueblo se encaminaban hacia allí con paso lento y se quitaban la gorra para saludar a las mujeres que encontraban a su paso.

Mary casi podía oler las sardinas, oír el embate de las olas contra el muelle, el graznido de las gaviotas y el viento que susurraba entre los árboles, en lo alto de la colina. Quería llenarse los pulmones con el aire limpio y salado, oír el acento de su infancia y sumergirse en la sencillez de la vida de pueblo. Su lugar no estaba en Londres.

–Creo que debería comprar un pasaje de regreso a Cornualles –le dijo Mary a Boswell una tarde en que el abogado había ido a visitarla.

Boswell guardó silencio un instante y le lanzó una mirada socarrona.

–Sí, deberías hacerlo –dijo al final–. Pero yo no quiero que te vayas.

–¿Por qué? –preguntó ella, pensando que tal vez Boswell creyera que le aguardaba un futuro más prometedor en la ciudad.

–Porque te echaré de menos –repuso con sencillez.

Mary se llevó una gran sorpresa al ver que Boswell tenía los ojos anegados en lágrimas.

No sabía qué responder. ¿Era una declaración de amor velada? En caso de ser así, ¿qué podía ella hacer o decir?

—No me echarás de menos. Ahora podrás ir a visitar a esos maravillosos amigos a los que durante tanto tiempo has descuidado —dijo Mary, intentando quitarle hierro al asunto.

—Los he descuidado porque en comparación contigo son muy superficiales —se defendió Boswell con voz temblorosa—. Tú le has dado una meta a mi vida, me has abierto nuevos horizontes.

—Qué cosas tan bonitas me dices —añadió Mary, abrumada—. Pero soy yo quien debe darte las gracias. Me has devuelto la vida.

Boswell negó con la cabeza y no levantó la mirada del regazo.

—Durante gran parte de mi vida me he comportado como un estúpido —dijo el abogado con un hilo de voz—. Pero me siento honrado de que el destino me haya elegido para ayudarte. Mary, eres la persona más increíble que haya conocido jamás. Has sabido encajar los golpes de la vida con valor y entereza. Nunca te he oído culpar a nadie de tus males.

—No tengo a quien culpar —dijo ella con brusquedad—. Soy yo quien ha cometido los errores.

Boswell se echó a reír.

—Oh, Mary —balbuceó—, ésa es tu esencia. Si la gente se comportara como tú, el mundo sería un lugar mucho mejor. Durante toda la vida he estado rodeado de personas que siempre intentaban culpar a otros de sus desgracias. Yo también culpé a mi padre, a mi madre, a mi fallecida esposa, a las rameras, a la bebida, a la falta de dinero e incluso a la falta de comida de mis fracasos. Ojalá fuera un hombre más joven y pudiera emprender el camino de la vida a tu lado.

Boswell le acarició el pelo con un gesto afectuoso y, entonces, sujetó un mechón, cogió unas tijeras del cesto de costura de la señora Wilkes y se lo cortó.

—Un pequeño recuerdo —dijo, guardándolo en una cartera que sacó del bolsillo.

—Yo guardaré todos mis recuerdos de ti aquí —dijo Mary, llevándose la mano al corazón—. Y asegúrate de que les conceden el indulto a mis amigos, o esta vez te culparé a ti.

—No tardará en llegar —aseveró—. Henry Dundas tiene el asunto bien encauzado.

La noche del 12 de octubre Mary y Boswell se encontraban en Beals Wharf, en Southwark, donde Mary iba a embarcar en el *Anne and Elizabeth*, el cual zarparía en dirección a Fowey con la marea del amanecer.

Era una noche húmeda y ventosa, por lo que se refugiaron en una taberna próxima. Boswell había ido a recogerla a ella y el baúl con sus pertenencias, y se había presentado en la casa de la calle Little Titchfield con su hijo de quince años, quien quería conocerla.

El joven James Boswell tenía los mismos ojos oscuros y los labios carnosos de su padre, pero era más alto, esbelto, agraciado y tenía la tez más clara. Como era de esperar, se mostró algo tímido, pero con muchas ganas de conocerla. Le dijo que su padre les había contado a sus hermanas y a él su historia y que todos ellos le deseaban mucha suerte para el futuro.

James acordó reunirse con su padre un poco más tarde esa misma noche. Mientras el coche de caballos avanzaba por las calles mojadas y azotadas por el viento en dirección al Támesis, Mary guardaba silencio, acuciada por las dudas. Ahora no estaba tan convencida de que regresar a Cornualles, y sobre todo dejar a Boswell, su querido amigo y salvador, fuera una buena idea. Lo miró en varias ocasiones durante el trayecto, mientras el dolor se acumulaba insoportablemente en su interior. Sabía que el abogado no se encontraba bien. Su tez sonrosada y la rigidez de sus miembros le hicieron temer que lo aquejaba alguna dolencia.

Volvería a ver a Dolly, y quizás también a la señora Wilkes. Pero tenía la sensación de que las pocas horas que faltaban hasta que embarcara serían las últimas que habría de pasar con Boswell.

En la taberna, Mary se quitó la pesada capa de lana de color verde oscuro que le había regalado la señora Wilkes. Se sentía casi tan en deuda con la bondadosa mujer como con Boswell por todo lo que le había enseñado. Ninguno de los clientes de la taberna portuaria la tomarían por una ramera o una delincuente. Todo, desde la capa y el sombrero hasta el cálido vestido de lana y las resistentes botas, transmitía una imagen de elegante institutriz. Sin embargo, la señora Wilkes no sólo había elegido esa ropa porque era cálida y práctica, sino porque también la hacía más atractiva. El vestido de cuello alto estaba adornado con un volante de encaje de color crema, las enaguas estaban

también rematadas con encaje y las medias eran de un color rojo muy de moda. Mary tenía mucha más ropa en el baúl y le resultaba difícil identificar a la hermosa mujer que veía reflejada en un espejo con la pobre desgraciada que hasta unos meses antes llevaba harapos y cadenas.

Mientras bebían ron, sentados en un banco de madera junto a una hoguera crepitante, se formó una cálida corriente de ternura entre ellos. Mary lamentaba no encontrar las palabras adecuadas para decirle a Boswell lo que sentía por él. Boswell, por su parte, guardaba un silencio poco habitual y la cogía de la mano, un gesto que demostraba que quería aferrarse a ella todo el tiempo que pudiera.

Aquel lugar recordaba a Mary las tabernas de Fowey y Plymouth, con el suelo de piedra mojado por las botas de los hombres, el ambiente cargado de humo y el intenso olor que desprendía la ropa húmeda. Sin embargo, era un local agradable en el que los marineros intercambiaban historias, se relacionaban con mujeres dispuestas a estar con ellos y se bebían la mesada que tanto les había costado ganar. A Mary le parecía muy acertado pasar las últimas horas en un lugar que le resultaba tan familiar. Al día siguiente Boswell regresaría a su entorno natural, a cenar en restaurantes elegantes y a tomar café con sus ilustres amigos, o quizás volvería a sentarse a su escritorio para escribir mientras el barco en que viajaba Mary surcaba el mar embravecido con destino a Cornualles.

—He acordado con el pastor John Baron de Lostwithiel que disfrutarás de una anualidad de diez libras —le comunicó Boswell de repente.

Entonces sacó un billete de cinco libras del bolsillo y se lo puso en la mano.

—Esto es para que pases la primera mitad del año. En abril tendrás que ir a verlo para que te dé la otra mitad y firmar con tu nombre, tal y como te he enseñado.

—Pero ¿por qué, Bozzie? —exclamó Mary, consternada—. No lo necesito y sé que no eres un hombre rico.

Aunque Boswell era un hombre acaudalado en comparación con la gente de la clase trabajadora, Mary había descubierto que había pasado gran parte de su vida saltando de una crisis económica a otra. Había estado al borde de la ruina en varias ocasiones y, si había acabado esquivándola, se debía a la buena suerte y a los buenos amigos que lo habían salvado.

—Te dará cierta tranquilidad —dijo.

No quiso añadir que, en caso de que su vida en Fowey fracasara, siempre podría contar con ese dinero. Tal vez fuera reacio a señalar que era una posibilidad, pero Mary entendió a qué se refería.

Mary le dio las gracias y el nudo que tenía en la garganta le impidió añadir nada más. Guardó el billete en el monederito que la señora Wilkes había bordado para ella como regalo de despedida, y sacó un pequeño paquete atado con una cinta roja.

–Esto es un pequeño recuerdo mío –dijo en voz baja, y se lo puso en las manos–. No tiene ningún valor, pero fue lo único que me sirvió de consuelo durante los momentos difíciles en Port Jackson.

Boswell la miró con curiosidad, vio las lágrimas que se le empezaban a acumular en los ojos y abrió con cuidado el paquete, que sólo contenía unas cuantas hojas secas.

–Nosotros lo llamábamos «té dulce» –le explicó–. Cogí las hojas el último día, antes de la huida. Y las que ves ahí las guardé durante la travesía, en Kupang y en Batavia, y también al llegar a Inglaterra y en Newgate. Ojalá pudiera regalarte un reloj de oro con tu nombre grabado, pero estas hojas, por humildes que sean, tienen una mayor importancia para mí. Si las miras de vez en cuando te acordarás de mí.

Boswell volvió a atar el paquete y se lo guardó en el bolsillo.

–Las conservaré siempre –dijo, con voz temblorosa–. Pero no las necesito para recordarte, Mary, porque ocupas un lugar muy especial en mi corazón.

Boswell le cogió las manos y se las llevó a los labios mientras sus ojos oscuros y luminosos escrutaban su rostro como si lo estuvieran grabando en su mente.

–En el pasado he jurado amor a tantas mujeres que creo que no debería hacerlo ahora por temor a trivializar lo que siento por ti, querida –dijo–. Pero la verdadera amistad, la más pura, nace del amor. Nunca muere, nunca pierde lustre. Y sobrevive a la muerte.

De repente, un grito interrumpió aquel momento de ternura. Mary y Boswell alzaron la cabeza y vieron que los hombres de la taberna saludaban a otros dos que acababan de entrar. Uno era un tipo pequeño y nervudo, de unos cuarenta y cinco años; el otro, alto, rubio y tal vez diez años más joven.

–El mayor es el capitán del *Anne and Elizabeth*, y se llama Job Moyes –dijo Boswell–. Lo conocí cuando reservé tu pasaje. El otro es el primer

oficial. Voy a invitarlos a que vengan con nosotros a tomar un trago de ponche. No quiero que pasemos el tiempo que nos queda sumidos en la tristeza.

Job Moyes y su primer oficial, John Trelawney, saludaron a Boswell y a Mary de forma muy afectuosa. Estaba claro que lo sabían todo sobre ella.

–Será un placer tenerla a bordo, señora Broad –dijo Job, con unos ojos azules resplandecientes–. En caso de que encontremos mala mar, sabemos que podremos contar con sus habilidades para la navegación.

John Trelawney miró a Mary con un gesto de franca admiración.

–Es más menuda y más guapa de lo que esperaba –dijo–. Sería un placer que me contara sus aventuras durante el viaje.

Mary se emocionó ante el cumplido del primer oficial. Era un hombre muy atractivo, con ojos de color ámbar que recordaban levemente los de un gato, con los pómulos altos, los dientes muy blancos y una melena rubia recogida en la nuca. Tenía una voz muy agradable, profunda y resonante, con un leve acento de Cornualles.

El ponche llegó a la mesa y Boswell propuso un brindis por el futuro de Mary. Mientras le hacía algunas preguntas a Moyes sobre el cargamento que iban a transportar, John miró a Mary de un modo que hizo que el corazón le diera un vuelco.

Hasta entonces había creído que nunca podría volver a sentirse atraída por un hombre, y le parecía absurdo cambiar de opinión justamente ahora que estaba a punto de abandonar Londres.

–¿De qué parte de Cornualles es? –preguntó Mary.

–De Falmouth –respondió el oficial, que sonrió y le mostró su bonita dentadura–. Pero ya no tengo familia allí. Mis padres fallecieron hace unos años y mi hermano ha emigrado a América.

–Entonces ¿dónde está su hogar? –preguntó ella.

–En el *Anne and Elizabeth* –dijo él, entre risas–. Pero si tuviera que echar raíces en algún lugar, lo haría en Fowey.

–¿Así que no tiene esposa ni prometida? –preguntó Mary, enarcando una ceja de manera inquisitiva.

John negó con la cabeza.

–Nunca he conocido a una mujer que estuviera dispuesta a aceptar que el

mar es mi amante.

Aquellas palabras desataron unos sentimientos reprimidos desde hacía mucho tiempo y Mary lanzó una mirada de curiosidad al oficial.

—Es una frase que le robé a su tío —dijo John—. Peter Broad. Navegué con él cuando era un muchacho. Él siempre fue un buen hombre y me enseñó todo lo que sé.

Mary soltó un grito ahogado.

—¿Navegó con mi tío?

John asintió.

—Y con su padre. Es un buen hombre, y será un honor para mí poder llevarla de vuelta a casa para que se reúna con él.

—¿De qué habláis? —preguntó Boswell, que sólo había oído el último fragmento de la conversación.

—Le decía a Mary que navegué con su tío y también con su padre, señor —dijo John—. Pero eso usted ya lo sabe.

—Bozzie —dijo Mary en tono reprobatorio—, ¿por eso has insistido tanto en que tomara este barco?

El abogado esbozó una sonrisa malvada.

—¿Crees que le confiaría una carga tan preciada a cualquiera? —preguntó—. Hablé con varios capitanes antes de dar con Job. Quería un barco en el que te sintieras a gusto.

Volvieron a llenar los vasos y Boswell hizo reír a los hombres con una versión muy graciosa de lo que él definió como su «excursión por Cornualles» el año anterior.

Mary era feliz simplemente observándolos y escuchando. Era una alegría ver lo animado que estaba Boswell mientras contaba lo sucedido durante su viaje. Tenía el don de describir escenas y a gentes con tal precisión que lograba que sus oyentes se sintieran partícipes de sus relatos. Iba a echarlo mucho de menos, pero la inquietud por su vuelta a casa se había desvanecido. Cornualles era su hogar.

Cuando ya habían dado las diez, salieron de la taberna y se dirigieron al barco. Moyes y John, cargados con el baúl, se habían adelantado un poco. Mary, quien caminaba agarrada del brazo de Boswell, los seguía.

—Despidámonos aquí —le dijo cuando llegaron al barco—. No subas a bordo. Tienes que reunirte con James, tal y como habéis acordado.

El fuerte viento había amainado y también había dejado de llover. Por

una vez no había niebla, lo que convertía el río en un manto oscuro de luces que rielaban en el agua. El sonido de las olas que batían contra el casco del barco le recordó el de su viaje desesperado, algo en lo que no había pensado desde hacía mucho tiempo.

–¿Estás bien? –le preguntó Boswell, desprovisto de la habitual seguridad en sí mismo.

–Claro que sí –dijo ella, y le dio un beso en la mejilla–. El mar no me asusta.

Boswell la abrazó con fuerza y su rostro rejuveneció bajo la luz de las antorchas del barco.

–Si algún día me necesitas, házmelo saber –le dijo.

Mary asintió.

–Cuídate, Bozzie –respondió–. Y despídeme de James, Bill, Nat y Sam. Diles que siento no poder estar aquí para celebrar su libertad.

Mary oyó que Moyes o John tosían y cayó en la cuenta de que estaban esperando para subir a bordo.

–Adiós, mi querido amigo –dijo ella, y lo besó de nuevo, esta vez en los labios–. Nunca te olvidaré. Me has devuelto la vida.

Mary decidió embarcar sin más demora por miedo a romper a llorar. Cuando llegó a la cubierta se volvió y se despidió con la mano. Boswell la miró, inmóvil. Los botones de plata de su abrigo y la cadena de oro del reloj refulgían bajo la luz de las antorchas. Se quitó el sombrero de tres picos y le dedicó una majestuosa reverencia. Después, se volvió y se alejó.

–¿Echará de menos Londres? –le preguntó John, que se encontraba junto a ella.

Mary se volvió hacia el oficial de primera, lo miró y sonrió. Tenía la sensación de que, en el fondo, la pregunta era si iba a echar de menos a la gente célebre como Boswell, no la ciudad en sí.

–No, no lo creo –respondió ella con sinceridad–. Me alegro de haber vivido en Londres, pero prefiero llevar una vida más sencilla y rodearme de gente con la que pueda ser yo misma.

De pronto, la embargó la sensación de que ya había estado en ese mismo sitio. Confusa, miró a su alrededor, pero en la oscuridad sólo podía ver los destellos del metal y el resplandor del cabo blanco.

–¿Qué sucede? –preguntó John–. No me diga que una marinera nata se inquieta con el vaivén de las olas.

–No, claro que no –respondió Mary.

El acento de Cornualles de John le refrescó la memoria. El olor del agua del río y un hombre por el que se sentía atraída completaron la imagen del pasado.

Iba a bordo del *Dunkirk*, y era una chica vestida con harapos y encadenada que entregaba su corazón a un oficial con un leve acento de Cornualles.

–Permítame que le muestre su camarote –dijo John–. Aquí fuera podría enfriarse.

De repente Mary se sintió liberada, mucho más que cuando salió de Newgate. John iba a acompañarla a su camarote, no a la bodega. Mañana zarparían al amanecer y comería con Moyes, John y los marineros. Y podría utilizar una cuchara si quería porque no le importaría a nadie. Beberían ron, contarían historias de marineros y los hombres la tratarían como a un igual.

Mary se echó a reír mientras bajaba los pronunciados escalones que llevaban a los camarotes.

John, que se encontraba al final de las escaleras esperándola con el baúl en las manos, también se rio.

–¿Se alegra de estar a bordo? –preguntó John, que la miraba con sus ojos castaños y centelleantes bajo la luz tenue–. Yo estoy encantado, pero creíamos que se habría hartado de navegar.

–Yo también lo creía –contestó Mary, sin dejar de reír–. Pero aquí me siento como en casa.

## Epílogo

*Confieso que nunca miré a esa gente sin lástima y asombro. Habían fracasado en su heroico esfuerzo por conseguir la libertad después de haberse enfrentado a todas las penurias y de haber salvado todas las dificultades.*

*La mujer había llegado a Port Jackson en el mismo barco que me había llevado hasta allí y se distinguió por su buen comportamiento. No pude por menos que reflexionar con admiración sobre la extraña combinación de circunstancias que nos habían unido de nuevo, dando al traste con cualquier intento de previsión y desterrando cualquier propósito de especulación humana.*

Fragmento del diario de Watkin Tench, 1792

## Palabras finales

Me resultó muy duro dejar a Mary en la cubierta del *Anne and Elizabeth*. Me sentía tan unida a ella que me habría gustado escribir un relato ficticio acerca del enamoramiento con John Trelawney durante el trayecto de regreso a casa. También me habría gustado permitirte asistir al feliz reencuentro con sus padres en Fowey, y después a su romántica boda con John y al nacimiento de dos hijos sanos y hermosos.

Sin embargo, la historia de Mary es verdadera. Aunque mi imaginación ha desempeñado un papel importante en la definición de ciertos rasgos de su personalidad, de sus amigos y de las penurias que soportó con gran valentía, me he ceñido a los hechos históricos que conocemos sobre ella y a los personajes que desempeñaron un papel importante en su historia. Así pues, no sería correcto transmitir una imagen falsa de su vida después de abandonar Londres.

Por desgracia, no sabemos nada acerca de lo que le sucedió a Mary tras regresar a Fowey. Sabemos que fue a cobrar su anualidad por el reverendo John Baron, quien escribió a James Boswell en nombre de Mary para agradecerle su amabilidad y dejó constancia de su buen comportamiento. Pero no existen documentos que prueben que se casara o que diera a luz, ni siquiera un certificado de defunción que atestigüe que vivió en Fowey hasta el final de sus días.

Sin embargo, creo que una mujer tan inteligente y audaz no habría querido quedarse en un lugar donde fuera siempre objeto de chismorreos. Si la información de James Boswell sobre la herencia que recibió su familia es cierta, y no hay motivos para dudar de ello, creo que Mary debió de marcharse a vivir a otro lugar, tal vez al extranjero.

También creo que es muy probable que una mujer amada y admirada por todos los hombres que la conocieron volviera a casarse. Espero que conociera a un buen hombre y que tuviera hijos.

James Martin, Sam Broome (también conocido como Butcher), Bill Allen y Nat Lilly obtuvieron el indulto en noviembre, poco después de que Mary abandonara Londres. En cuanto salieron de Newgate, se presentaron ante James Boswell para agradecerle su bondad.

Sam se alistó en el Cuerpo de Nueva Gales del Sur y regresó a Australia. De los otros tres no se sabe nada, pero me gustaría pensar que James Martin regresó a Irlanda para criar caballos después de ganar el dinero suficiente con sus memorias, o que partió hacia América.

En cuanto a James Boswell, falleció el 17 de mayo de 1795. Su familia canceló la anualidad de Mary, y aunque anotó en su diario que había escrito cuatro páginas sobre «la chica de la bahía de Botany», nunca se han encontrado. Pero estoy convencida de que James es muy feliz al saber que *Vida de Samuel Johnson* ha sido reconocida como la mejor biografía de todos los tiempos.

Watkin Tench se convirtió en una suerte de héroe. Fue capturado en Francia y, al parecer, logró escapar de un campo de prisioneros de guerra. Llegó a obtener el rango de almirante general. Sonreí al descubrir que se había casado con una tal Anna Maria Sargent. Sargent era mi apellido de soltera y mi padre fue infante de marina. Watkin y Anna no tuvieron hijos, pero adoptaron a los cuatro de la hermana de Anna tras la muerte de su marido en las Antillas.

Los diarios de Watkin Tench, junto con los de muchos otros oficiales que fueron destinados a Australia con la primera flota, han sobrevivido y no cabe duda de que fue un hombre inteligente, compasivo y justo.

Mary nunca reveló quién era el padre de Charlotte, por lo que el teniente Spencer Graham es un personaje inventado. Algunos expertos creen que fue Watkin Tench, pero yo tengo serias dudas: en tal caso, habría dejado constancia de su angustia al presenciar su funeral en alta mar.

Me gusta pensar que los hombres buenos de la primera flota, ya fueran prisioneros, oficiales o marinos, se alegrarían y se sentirían orgullosos al comprobar que Australia es hoy un país maravilloso.

Quién sabe, tal vez Mary regresara con otro nombre y sus descendientes sigan viviendo hoy en esas tierras. Haciendo gala de la misma valentía e ingenio que su antecesora.

## Agradecimientos

A Pam Quick de Sydney, Nueva Gales del Sur, no sólo por toda la información, libros y fotografías que me proporcionaste sobre la primera flota, sino también por estar siempre ahí. Sin tu gran interés, la generosidad con que me dedicaste tu tiempo, tu ayuda y tu apoyo inagotables nunca habría acabado este libro. Cuando vuelva a Sydney, te debo al menos un buen banquete. Muchísimas gracias.

Durante el proceso de documentación para escribir *El increíble viaje de Mary Bryant* leí docenas de libros, pero éstos son los más destacables:

*To Brave Every Danger*, de Judith Cook. La verdad acostumbra a ser más extraña y heroica que la ficción, y el libro de Judith Cook, fruto de una minuciosa investigación sobre Mary Bryant de Fowey, es una obra ejemplar y de lectura indispensable para todos aquellos que sientan pasión por la historia.

*La costa fatídica: la epopeya de la fundación de Australia*, de Robert Hughes. Un libro fascinante y fabuloso sobre los primeros años de la historia de Australia.

*The First Twelve Years*, de Peter Taylor. Un libro muy bien ilustrado que, sin resultar árido ni aburrido, contiene una cantidad increíble de información.

*Orphans of History*, de Robert Holden. Una historia muy emotiva acerca de los niños olvidados de la primera flota.

*Burdeles flotantes*, de Sîan Rees. La historia de las mujeres deportadas que viajaban a bordo del *Juliana*. Estremecedoramente informativo.

*Presuntuoso afán: así escribió James Boswell. Vida de Samuel Johnson*, de Adam Sisman. Un magnífico libro sobre James Boswell.

*Dr Johnson's London*, de Liza Picard. Una maravillosa obra de fácil lectura y que transmite una imagen increíblemente vívida del Londres del siglo

XVIII.

*English Society in the Eighteenth Century*, de Roy Porter.

## **Biografía**

Lesley Pearse es una de las autoras más conocidas en el Reino Unido, con más de siete millones de libros vendidos. Ha tocado varios géneros, desde el thriller hasta la aventura histórica. El increíble viaje de Mary Bryant está basado en los hechos reales que marcaron la vida de su protagonista.

*El increíble viaje de Mary Bryant*  
Lesley Pearse

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Remember me*

Diseño de la portada, Eva Mutter / © del diseño de la portada, Eva Mutter, Círculo de Lectores  
© de la imagen de la portada, Sandra Cunningham / Trevillion Images

© Lesley Pearse, 2003

© de la traducción, Robert Falcó Miramontes, 2015

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2014

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.arrobabooks.com](http://www.arrobabooks.com)

Un sello editorial de Círculo de Lectores

[www.circulo.es](http://www.circulo.es)

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-16494-13-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)